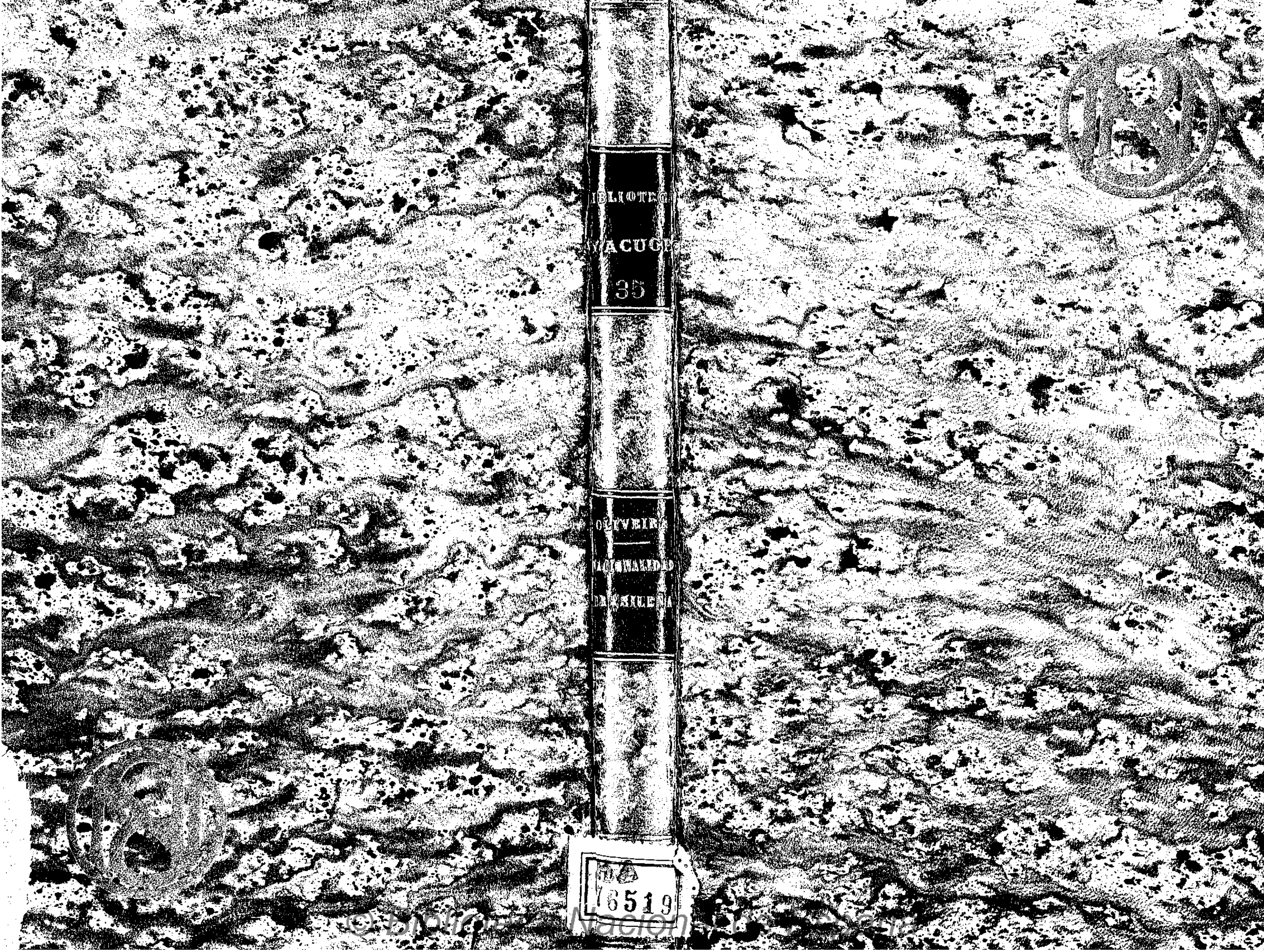

35
76519

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

M. OLIVEIRA LIMA

# FORMACIÓN HISTÓRICA
## DE LA
# NACIONALIDAD BRASILEÑA

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE
CARLOS PEREYRA



EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID
1918
—
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

---

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29; teléf. 14-30.—Madrid.



FORMACION HISTÓRICA DE LA NACIONALIDAD BRASILEÑA

# BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

I-II.—Memorias del general O'Leary:

*Bolívar y la emancipación de Sur-América.*

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas. Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—Memorias de O'Connor sobre la *Independencia Americana.*—5 pesetas.

IV.—Memorias del general José Antonio Páez.—7,50 pesetas.

V.—Memorias de un oficial del ejército español.

Por el Capitán Rafael Sevilla.—5 pesetas.

VI-VII.—Memorias del general García Camba.

*Para la historia de las armas españolas en el Perú.* Dos volúmenes á 7,50 p.

VIII.—Memorias de un oficial de la legión británica.

*Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación hispano-americana.*—4 pesetas.

IX.—Memorias del general O'Leary:

*Ultimos años de la vida pública de Bolívar.*

Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.—Precio: 7,50 pesetas.

X.—Diario de María Graham.

*San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.*—7,50 pesetas.

XI.—Memorias del Regente Heredia.

*Monteverde.—Bolívar.—Boves.—Morillo.*—4,50 ptas.

XII.—Memorias del general Rafael Urdaneta.

*General en jefe y Encargado del gobierno de la Gran Colombia.*—7,50 ptas.

XIII.—Memorias de Lord Cochrane.—6 pesetas.

XIV.—Memorias de Urquinaona.

*Comisionado de la Regencia española al Nuevo Reino de Granada.*—7 p.

XV.—Memorias de William Bennet Stevenson.

*Sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.*—5,50 pesetas.

XVI.—Memorias póstumas del general José María Paz.—8 pesetas.

XVII.—Memorias de Fray Servando Teresa de Mier.—8 pesetas.

XVIII.—La Creación de Bolivia, por Sabino Pinilla.—7,50 pesetas.

XIX.—La Dictadura de O'Higgins, por M. L. Amunátegui y B. Vicuña Mackenna.—7,50 pesetas.

XX.—Cuadros de la historia militar y civil de Venezuela

*(Desde el descubrimiento y conquista de Guayana hasta la batalla de Carabobo),* por Lino Duarte Level.—8 pesetas.

XXI.—Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho, por Antonio José de Irisarri.—7,50 pesetas.

XXII-XXIII.—Vida de Don Francisco de Miranda.

*General de los ejércitos de la primera República francesa, y generalísimo de los de Venezuela,* por Ricardo Becerra. Dos volúmenes á 8 ptas. cada uno.

XXIV.—Biografía del general José Félix Ribas, primer teniente de Bolívar en 1813 y 1814 (época de la guerra á muerte), por Juan Vicente González.—5 pesetas.

XXV.—El Libertador Bolívar y el Deán Funes. Revisión de la historia argentina, por J. Francisco V. Silva.—8,50 pesetas.

XXVI-XXVII.—Memorias del general Miller. Dos volúmenes á 8,50 ptas. cada uno.

XXVIII-XXIX-XXX.—Vida del Libertador Simón Bolívar, por Felipe Larrazábal.—Edición modernizada, con prólogo y notas de R. Blanco-Fombona.—8,50 pesetas tomo.

XXXI-XXXII.—Noticias Secretas de América (Siglo xviii), por Jorge Juan y Antonio de Ulloa.—8,50 pesetas tomo.

XXXIII.—Historia de la independencia de México, por Mariano Torrente.—8,50 p.

XXXIV.—Los Estados Unidos de América y las Repúblicas hispano-americanas de 1810 á 1830. (Páginas de Historia diplomática), por Francisco José Urrutia.—8,50 pesetas.

XXXV.—Formación histórica de la nacionalidad brasileña, por M. Oliveira Lima.—Traducción y prólogo de Carlos Pereyra.

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

M. OLIVEIRA LIMA



# FORMACIÓN HISTÓRICA DE LA NACIONALIDAD BRASILEÑA

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE

CARLOS PEREYRA





EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID
1918

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 21

## AL ESTADO DE SAO PAULO

EL MÁS ADELANTADO DEL BRASIL, PATRIA DE LOS "BANDEIRANTES", CUNA DE JOSÉ BONIFACIO Y FOCO DE CIVILIZACIÓN, AL QUE ME UNEN LOS MÁS ESTRECHOS VÍNCULOS INTELECTUALES.

## AL GRAN PERIÓDICO «O ESTADO DE SAO PAULO»

EN EL QUE TENGO LA HONRA Y EL GUSTO DE COLABORAR DESDE HACE SIETE AÑOS, CON TODA INDEPENDENCIA DE ESPÍRITU, Y EN EL QUE TODAS LAS OPINIONES HONRADAS, LIBREMENTE EMITIDAS Y SOSTENIDAS CON VALOR, ENCUENTRAN ACOGIDA Y RESPETO.

O. L.

París, a 7 de mayo de 1911.

# PROLOGO

## I

*Don Rufino Blanco-Fombona ha realizado una obra que es colosal si se atiende al esfuerzo y magnífica si tomamos en cuenta los resultados. Antes de la* Editorial-América *las relaciones intelectuales entre los países hispanoamericanos eran tan raras o poco menos que en los tiempos de Carlos III. Sólo esporádicamente y por azar salvaba tal o cual nombre ilustre las fronteras de su patria. Rodó se adueñaba de la admiración y del afecto; pero sus libros eran conocidos fragmentariamente, y de adquisición dificilísima. Francisco García Calderón llegó en francés a la América Española, llevado por el editor parisiense Flammarion. Un ejemplar del* Facundo *era en Méjico una rareza bibliográfica. Nadie acaso conocía en Cuba y en Centroamérica el nombre de Alberdi. Había en muchos países la imagen vaga de un productor de ideas llamado Mitre, que además de dar batallas y de ser presidente, era autor de libros voluminosos en los que estaba condensado el saber histórico del más paciente de los investigadores y del más penetrante de todos los críticos de la tierra. Los sudamericanos querían leer algo acerca de los indios de Méjico, y buscaban afanosamente libros en que se les hablase de Cuautémoc o de los palacios de Mitla. América era un misterio para América.*

*¿Cómo conocer a Bolívar? ¿Cómo darse cuenta de la tragedia de Maximiliano? ¿En qué libro podía encontrarse una explicación de la incruenta revolución que trajo la caída de Don Pedro II, el emperador filósofo del Brasil?*

*De pronto el velo empieza a descorrerse. Ya no decide un azar de librería, como sucedió hasta hace poco años, sobre el personaje que nos es dado conocer o sobre el episodio que se nos revela. Un autor-editor; un americano de sentimientos fervorosos; un hombre de acción que tiene el raro mérito del patriotismo espiritual, y el mérito más excelso todavía de un patriotismo continental, ha concebido el plan, ya en buena parte realizado, de sistematizar la propaganda de aproximación y mutuo conocimiento, a fin de que todo hombre de estudio pueda en Caracas tener a la mano cuanto sea necesario si quiere no ignorar la historia de la República Argentina o del Paraguay; para que su colega en la Asunción pueda saber todo lo que quiera saber acerca de Venezuela o de Cuba; para que en Bogotá no sea privilegio de un Antonio Miguel Caro el conocimiento de las obras de García Icazbalceta; para que Gutiérrez Nájera entre en todas las bibliotecas americanas, a la par de José Enrique Rodó.*

*Concebir esta idea era mucho. Realizarla es mucho más. Y digo que concebirla era mucho porque quien la concibe es venezolano,—hispanoamericano,—y los hispanoamericanos concebimos todo lo concebible, sobre todo si estamos en Europa, menos hacer algo americano. Ni para el escepticismo somos originales. Cuando nos presentamos como escépticos, por nada queremos un escepticismo nuestro, sino algo ajeno, que nos venga en fórmulas francesas. Si en vez de escépticos somos afirmativos y dados a glorificaciones de héroes, ¿cómo vamos a buscar héroes en América? Tenemos héroes franceses. Y los tendríamos chinos y hasta kalmukos por no tenerlos americanos. No invento, desgraciadamente. No exagero. Podría presentar textos. Si hacemos versos, serán versos para*

Mimí. *Y no como un dilettantismo. Lo consideramos como un deber.*

*El descastamiento es un signo de inferioridad. El que se viste de ajeno confiesa que no tiene ropa. Y el que no tiene ropa la usa a la medida de otro, la usa raída y la usa pasada de moda. Esta es una de las mil causas de que seamos ridículos. No formamos conjunto, ni grey. Nos reunimos en mascarada. Cuando historiamos, vamos al Rastro y compramos de segunda mano dos o tres fórmulas de Taine, que ya nadie quiere en Europa. Si filosofamos, nuestra filosofía,—lo ha observado hasta el viejo Bryce, el Herodoto de la ramplonería,—es una filosofía tomada de las obras del ingeniero Spencer, filósofo sólo en la América Española. Hay entre nosotros el tipo Carlyle, (por ahí andan unas conferencias cortadas sobre el patrón de* Los Héroes). *Hay el tipo Thiers, el Victorhuguito, el llanero adantonado, el gaucho con ínfulas de Guizot, el charro de pretensiones parisinas, el ñáñigo que atisba grisetas en el Puente Nuevo, y les compone una novelita cursi.*

*De allí la burla que se hace de nosotros. Publicamos una revista en francés. ¡Lo que se ríen los franceses de nuestro francés y de nuestra revista! Nos entusiasma Washington. Y los yanquis sienten la extrañeza de que veamos a Washington como si fuera nuestro padre. En los grandes conflictos de la humanidad, tomamos el partido filosófico, elegante y distinguido; el de los defensores del derecho contra la fuerza; el de los débiles, dueños de los mares, del oro y de las conciencias. ¡Ya vamos corriendo tras del carro triunfal de los que organizan la* Sociedad de las Naciones, *y nos da impaciencia por ver cómo se hace de nosotros los negritos lavaplatos de la* Sociedad!

*Nos falta la gallardía, nos falta el empuje de la individualidad que se afirma. Esa es nuestra mil veces irritante pequeñez. Por eso alabo en Fombona el patriotismo. Es una rectificación. Es una voz que dice a los europeos lo que hay en América de genuinamente expresivo: su belle-*

*za y su fealdad, su riqueza y sus miserias, su heroísmo y sus crímenes, su fuerza y la maldición que arrastra. El patriotismo que se actualiza en una obra buena, merece aplausos, pero merece mil veces más aplausos porque borra una ignominia.*

*Además, pone delante de América un espejo para que los que andan vestidos de ropa ajena, corran a desnudarse, y a ponerse la que les corresponda: levita, chiripá o taparrabó. Levita he dicho. Tenemos gente de levita. Gente como la mejor de Europa. Cuando Díaz Rodríguez, por ejemplo, habla de Florencia, puede hacerlo. Es Díaz Rodríguez. Y además, cuando regresa de Florencia no va a contar que es florentino y que ignora quién es Monagas. Nada impide que un escritor hispanoamericano adquiera la gloria de hacer la historia del Renacimiento y de merecer los mismos honores que se le tributan a Symonds o a Pater. No era romano Gibbon. Prescott no era español. La cultura es universal. Todos podemos aspirar a ella. Pero una cosa es la cultura y otra la simulación del que está avergonzado de sí mismo y quiere afectar parentescos o alianzas que no le tocan sino en el remoto entronque de Adán.*

## II

*Concebida la generosa idea inicial, y realizada en gran parte, como lo atestiguan los catálogos de todas las librerías españolas y americanas, cada día que pasa se ve una nueva extensión agregada al dominio que al principio parecía limitado. El Sr. Blanco-Fombona era un bolivarizante que deseaba dar a comprender mejor al mundo la figura del héroe. Publicó dos o tres libros sobre Bolívar, y estos libros sobre Bolívar solicitaron la publicación de otros y otros, hasta que la* Biblioteca Ayacucho *vino a ser*

*un repertorio histórico de la América Española. Al lado de la* Biblioteca Ayacucho *se creó la Biblioteca Andrés Bello. Y al lado de la Biblioteca* Andrés Bello, *otra de obras que no son literarias ni exclusivamente históricas, sino de análisis, entre las que figuran principalmente las consagradas al conocimiento de las instituciones políticas desde un punto de vista crítico. Y empezó a formarse también la* Biblioteca de la Juventud, *cuya idea primitiva fue la de simple exposición de hechos memorables en forma breve y accesible para una curiosidad poco solícita y no bien preparada.*

*Van publicados centenares de tomos, y el editor advierte que en esa dilatadísima zona de sus trabajos hay todavía terrenos enteramente vírgenes. ¿Quién ha hablado del Brasil a la América Española? El Brasil es tan desconocido para la América Española como no lo es ningún país asiático. Y además tiene un exotismo tan sorprendente, tan maravilloso, tan lleno de encantos poéticos como en los tiempos de Américo Vespucio, cuando la tierra de la Santa Cruz y de la madera color de brasa, hacía correr por toda Europa el estremecimiento del que entra en contacto con lo misterioso. Todo en el Brasil es tan inédito como en los primeros años del siglo XVI. Y se nos ofrecen allí cosas que entonces no había. La naturaleza es la misma. Es la naturaleza tropical; es la cuenca fluvial más extensa del globo. Pero hay además un Brasil nuevo en donde el cuadro de las bellezas naturales realza armoniosamente la obra de una civilización que guarda emociones desconocidas.*

*Hay que leer mucho para conocer el Brasil. Este libro no es sino el pórtico para entrar en un jardín de flora extraña. Pero el pórtico por sí solo, aun cuando no hubiera jardín, o el jardín fuera menos interesante, merece toda nuestra admiración. Difícilmente podría encontrarse una iniciación más adecuada. Oliveira Lima, ya conocido del público de habla española por sus conferencias acerca de la América Latina, es un expositor admirable. No ha es-*

*crito un compendio, por más que este libro presenta todas las ventajas de los buenos compendios. Su obra tiene tanto del poeta, por la sensibilidad y la fantasía, cómo del pedagogo, por el arte de la simplificación metódica.*

*Es un evocador. Pero como todos los grandes evocadores, posee un resorte y un secreto. Hay quienes evocan con el sonido musical. Hay quienes lo hacen con la línea. Otros tienen don de pintores. Oliveira Lima es de estos últimos, pero está filiado entre los que pintan almas, como Frans Hals. No sé si por sugestión extraña al libro o por el libro mismo, veo a Oliveira Martins en las pequeñas galerías del Museo de Harlem concibiendo su obra frente a las figuras de los* Arcabuceros de S. Jorge. *Oliveira Lima retrata como Hals. Así vemos sus personajes no sólo en el conjunto del cuadro y en la perfección externa de cada figura, sino en la prolongación misteriosa que nos lleva hasta la íntima penumbra de la personalidad cuando sentimos el choque magnético de la mirada que sale eternamente de la tela de Frans Hals cómo el mayor de los prodigios humanos.*

*La obra de Oliveira Lima no sería una excelente historia si no fuera también una excelente geografía. Pero es una geografía sin pretensión de nomenclaturas. Es un paseo. El libro pasa los límites de una disertación sobre la geografía histórica. Tiene la visión directa del libro de viajes. Más de la mitad de su encanto le viene de que viajamos con el autor. Nos lleva a Pernambuco, su tierra. Nos pasea por la ciudad primitiva. Nos cuenta alguna historia emocionante de corsarios, y entretanto sus tramoyistas han cambiado la decoración. Nos muestra entonces el Pernambuco de la invasión holandesa. Y comienzan los retratos históricos. El primero,—uno de los mejores,— el de Mauricio de Nassau, dice ya todo lo que ha de ser el libro. Pero no sólo vemos personajes históricos, y ciudades, como Pernambuco, Río Janeiro y Sao Paulo. Nos muestra inmensos cafetales, plantaciones de caña de azúcar, quilombos de negros, luchas de piratas, hazañas de*

*paulistas, exploraciones de bandeirantes en busca de oro y de esclavos, —todo en fin lo que se encuentra en un libro de aventuras como el* Robinson *o la* Isla Misteriosa *de Stevenson. Después llega el tiempo de los problemas de organización. El autor habla de política. Hay en su libro mucha política y una riqueza sólida de consideraciones acerca de todas las cuestiones de orden social. Pero todo esto va siempre acompañado de un interés concreto que se manifiesta en dramas individuales. No hay, pues, disertación, ni dogmatismo, ni lo que se llama sociología, salvo cierto abuso de la palabra evolución.*

*El libro tiene por objeto contar cómo se formó la nacionalidad brasileña. El autor lo cuenta, como he dicho, llevándonos a presenciar directamente la acción de los que consumaron aquella obra interesante. Llega sin embargo un momento en que ésta es menos anónima, menos social, menos difusa; en que por fuerza se hace más episódica, más política, más consciente en suma. Hay que retratar a muchas gentes. El autor está en su elemento. Pero es necesario hablar de las teorías de esas gentes. Son oradores, periodistas, personas que se han batido por sus ideas. Se habla, pues, de las ideas, pero como de cosas personales, que salen de la convicción, es decir, del conjunto de pasiones, intereses o fantasmas íntimos que mueven a cada hombre. ¿Por qué declaró la independencia Don Pedro I? Vemos al joven soberano. Es el mismo que veía Bolívar, impulsivo, valiente, ambicioso, brillante, lleno de fuego en la acción. Vemos el fulgor de su espada cuando la desenvaina para gritar:* ¡Independencia o muerte! *Lo seguimos en el galope inverosímil con que recorre la distancia que lo separa de la capital. Llega afanoso. Conversa con José Bonifacio. Comunica al pueblo el entusiasmo de la idea nacional con una actitud teatral, una frase y una escarapela. Ya lo tenemos de cuerpo entero. Es un* Libertador.

*El retrato, hecho sin esfuerzo ni artificio, es de una maestría perfecta. Esta se acusa más y más a medida que*

*el estudio de la lucha entre progresistas y conservadores, entre esclavistas y abolicionistas, entre monárquicos y republicanos, va llevándonos de los tiempos de Don Pedro I y de la Regencia, a la caída del emperador Don Pedro II. En todo este desarrollo de acontecimientos, las ideas no son abstracciones, los intereses no son partidas de números, las pasiones no son ejércitos de entidades morales: ideas, intereses y pasiones encarnan en hombres; hombres de acción y hombres de palabra.*

*Un historiador mediocre cansa o satisface. Oliveira Lima sabe avivar el deseo de conocer. Y hay mucho que conocer después de la lectura de su libro,—hechos que él apenas puede diseñar; libros y hombres que nos presenta y que quisiéramos conocer a fondo. Satisface pues una curiosidad, pero despierta otras. Cada tema que trata es un deseo que enciende. Después de la publicación de este libro en lengua española, se podrá decir que por primera vez en la historia de América, el Brasil no es una tierra incógnita para muchos de nosotros. Lo hemos recorrido en una rápida y amena excursión, pero deseamos volver para reanudar algunas amistades y trabar otras nuevas.*

## III

*El autor que así escribe, es más conocido en la América Española por su nombre que por su habilidad, y más por su habilidad que por sus obras.*

*De su persona sabemos poco. He preguntado, y obtengo una respuesta que marca la conformidad entre el hombre y sus libros. Manuel Oliveira Lima nació y vive en Pernambuco. Es un hombre corpulento, rubio, de naturaleza expansiva. Es un gran señor que vive con esplendidez, a la manera tradicional. Fuma del mejor tabaco, bebe champaña y tiene una mesa de príncipe. Ha viajado*

*por toda Europa, por algunos países de América y por el extremo Oriente.*

*Ha sido diplomático... Eça de Queiroz cuenta que cierto individuo cuando veía en Cintra un ejemplar extravagante decía: «Ese ha de ser loco o diplomático.» Probablemente si el observador de Eça de Queiroz hubiera visto a Oliveira Lima, habría dicho: «Ni loco ni diplomático.» Pasó por la diplomacia, pero no tuvo de diplomático sino lo poco que puede tener de eso un hombre de talento. Y entendió el oficio de un modo que haría dignos de expulsión de la carrera a casi todos los diplomáticos, si la diplomacia se entendiera según el ideal que él tiene y ha formulado en su libro* Cousas Diplomaticas.

*Naturalmente Oliveira Lima no concibe que un hombre pueda ser diplomático si no sabe dar conferencias en la Sorbona y escribir tratados de geografía económica. Tal vez no exige tanto para otros, pero para sí mismo no se conformó con menos, quien ha ocupado la cátedra en Lovaina, en Bruselas, en París y en las universidades norteamericanas; quien ha presentado una memoria al Congreso de Geografía de Ginebra y ha hablado en el Congreso de Americanistas de Viena. Además, en su patria ha convocado auditorios inteligentes en Río Janeiro, en Pernambuco y en Sao Paulo, para explicar sus ideas o para dar cuenta de sus investigaciones. Se ve, pues, la vocación. Y para ser justos no deberíamos decir que Oliveira Lima es un modelo de diplomáticos, sino que es un escritor y un propagandista que hizo de la diplomacia ocasión, vehículo y elemento coadyuvante de lo que él se proponía realizar.*

*Su obra,—en la que este volumen ocupa una parte central,—se compone de libros y de conferencias. Las conferencias se han impreso y corren como libros. Aparte de las* Cousas Diplomaticas *ya citadas, y de un ensayo dramático* O Secretario d' El Rey, *los trabajos de Oliveira Lima,—tanto los libros como las conferencias,—son de viajes y de historia. Habiendo viajado tanto, no podía*

*dejar de escribir acerca de los países en que ha vivido. Tiene pues un libro de* Impresiones políticas y sociales, *sobre los Estados Unidos, y otro,* La Tierra y la Gente, *relativo al Japón. Ha escrito sobre el* Panamericanismo, *y ha estudiado en un libro a Bolívar, a Monroe y a Roosevelt. Sus conferencias en las Universidades norteamericanas de Stanford, Berkeley, Lawrence, Chicago, Madison, Cornell, Columbia, Johns Hopkins, Yale, Harvard y otras, sobre la América Latina y su evolución histórica, publicadas en español por la* Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, *constituyen un estudio comparativo que merece figurar en primera línea como síntesis histórica. Después de ese libro, viene en orden de generalidad el que el lector tiene en sus manos. Está compuesto también de una serie de conferencias. Las dio el autor en la Sorbona, y formaron un curso que comenzó el 15 de marzo de 1911. El resultado brillante de esta exposición despertó el deseo de los norteamericanos, y el conferenciante recibió inmediatamente la invitación que se le hizo de los Estados Unidos para que llevase el prestigio de su palabra a las cátedras de aquel país. Las universidades hispanoamericanas no supieron anticiparse a ese movimiento, ni lo imitaron. ¡Bendita sea la insensibilidad!*

*Lo más voluminoso de la obra de Oliveira Lima es el conjunto de estudios dedicados a la historia de la independencia de su patria. Tiene, en efecto, un libro de más de mil páginas sobre la acción de Don Juan VI en el Brasil, y otro que pasa de 300 páginas sobre el* Reconocimiento del Imperio. *En diversos trabajos ha estudiado la obra de Machado de Assis, la figura política de José Bonifacio y las notables investigaciones de Varnhagen.*

*La enumeración es incompleta, pero he dicho lo bastante para dar a conocer el esfuerzo de Oliveira Lima. Este hombre ilustre ha consagrado a la patria la flor de sus años y el perfume de su alma, pues no se escribe tanto como él ha escrito acerca de las luchas políticas del Brasil, de su formación histórica, de sus relaciones inter-*

*nacionales y de sus hombres más eminentes, así soberanos como políticos y poetas, sin la necesidad interna de exteriorizar un rico fondo afectivo.*

*Tenía por fuerza que compartir con sus compatriotas algunas ideas y sentimientos que para muchos de nosotros, extraños á la vida del Brasil, no pueden acaso ser aceptables. Y para que no haya confusión, debo decir que no me refiero con este reparo al monarquismo demasiado transparente en el estudio de Oliveira Lima. Por mi parte carezco del prejuicio republicano, y si fuera brasileño sería más monárquico acaso que el propio Don Pedro si resucitara. El punto de disentimiento a que quiero referirme es otro. Es el viejo pleito de la oposición histórica entre el Brasil y los componentes del desintegrado virreinato de Buenos Aires. Sería poco inteligente desconocer las razones de política real en que se fundó la acción brasileña de intervenciones y guerras. En ciertos conflictos las dos partes tienen razón. Hay dos afirmaciones incompatibles. ¿Cuál debe triunfar? Yo no oculto que reconociendo al Brasil una perfecta legitimidad en su esfuerzo de expansión, hubiera querido como hombre de sangre española, mayores bríos en el Plata,—hombres de visión más amplia que los del patrón de Mitre, capaces de conservar la herencia española y de mantenerse fuertes frente al Brasil. Hecha esta expresión de un deseo, debe reconocerse el derecho que le asiste a Oliveira Lima como escritor para presentar la tesis de su patriotismo. Además, hay que aplaudir en él una gran videncia política y una rara delicadeza para el análisis de las consecuencias que produjo la actitud del Brasil en las cuestiones platenses.*

*Las reservas apuntadas se refieren sobre todo a la guerra del Paraguay, pues dejando aparte razones de sentimiento, considerada la cuestión con criterio realista, toda la simpatía de un hispanoamericano debe inclinarse al vencido, no por débil y vencido, sino porque la causa paraguaya representaba la tendencia a la reincorporación confederada de las antiguas fracciones del virreinato de*

*Buenos Aires. Aun desde el punto de vista brasileño, puede considerarse como un error la obstinación en llevar la guerra hasta un desenlace vindicativo, después de la oferta de paz que hizo López en términos aceptables para sus adversarios. El Imperio asumió la responsabilidad de la culpa del emperador, y el Brasil pagó esa culpa del Imperio, pues creo que la republicanización del Brasil es uno de los acontecimientos más funestos para la nación. Pero hay más, pues también creo que podrían darse muchas razones para conceptuar que la guerra, conducida por soberbia contumaz, ciega a toda consideración política, no sólo fue perjudicial para los países del Plata y para el Brasil, por sus consecuencias directas, sino para todo el mundo iberoamericano, por sus consecuencias indirectas.*

*Tal vez en este punto pudieran volver a encontrarse mis modestas opiniones con las muy autorizadas de Oliveira Lima. Pero de cualquier modo, y aun en los casos de más seria disidencia, hay que acatar los dones superiores del crítico. También debe consignarse una mención especialísima de las dotes del hombre, que lo hacen acreedor a un respeto muy alto. Ha pasado por las insulseces y las tentaciones de la diplomacia, sin contaminarse de frivolidad o de haraganería. Probo y noble, intelectual y delicado, es de aquellos que se conservan puros por estética. No es una de las muestras menos elocuentes de su probidad y de su independencia, el retiro a que lo han llevado sus convicciones, sustentadas con dignidad y entereza de que hay raros ejemplos.*

*Nos gusta leer libros bellos, pero es más íntimamente satisfactorio para el lector respetar al hombre después de haber admirado la perfección del artista.*

CARLOS PEREYRA.

# I

El siglo XVI.—Descubrimiento y primeras tentativas de colonización.—El indio como elemento de población.—El indianismo como manifestación literaria.—Los jesuítas y la catequesis.—Los brasileños durante los festejos de Ruan a Enrique II, en 1550.—Ferdinand Denis y su obra.

Antes de comenzar tengo que pediros perdón por mi atrevimiento. Dar en la Sorbona un curso sobre una historia que sin duda consideráis poco interesante, es ya por sí solo un atrevimiento, pero hacer esto en francés, toca en lo temerario. Sin embargo, no era posible proceder de otro modo, si se quería alcanzar en este caso particular uno de los fines que se propuso la excelente *Agrupación de las Universidades y Grandes Escuelas de Francia* para el estrechamiento de relaciones con la América Latina. Un curso en portugués, sería en esta cátedra absolutamente inútil, y antes que llegar a tal extremo, valdría más dar de mano la empresa. Creemos,—cada pueblo tiene sus vanidades, que el Brasil merece que se le conozca en su aspecto histórico, pues presenta un interesante resumen evolutivo de la cultura moderna. Víctor Hugo escribió a los brasileños en los momentos de la muerte de su amigo Ribeyrolles, proscrito del 2 de diciembre que se había refugiado entre nosotros, y nos llamaba nación generosa. "Tenéis,—tal es la frase lapidaria del gran poeta, y la repito con orgullo y emoción,—tenéis la ventaja

de poseer una tierra virgen y de pertenecer a una antigua raza. Un gran pasado histórico os liga al continente civilizador. Reunís la luz de Europa al sol de América." Me entrego a vuestro juicio, y os pido indulgencia para los defectos del francés que hablo, no patrióticamente mal, como el personaje del novelista portugués Eça de Queiroz, sino involuntariamente mal como casi todos los extranjeros.

Se ha discutido mucho en el Brasil, entre los hombres de estudio, para dilucidar si el descubrimiento de aquel país fue obra del azar o resultado de un plan preconcebido. O en otros términos, y precisando el sentido de ese plan, ¿iban las carabelas de Alvares Cabral, como tantas otras, en busca de tierras desconocidas, o más bien dicho, de tierras mal conocidas, que vagas tradiciones, profecías interpretadas arbitrariamente, y aun representaciones cartográficas más o menos fantásticas, señalaban como islas misteriosas, situadas en donde se encuentran las dos masas territoriales americanas? Podría citaros algunas de aquellas cartas y de aquellas esferas, ejercicio de fácil erudición que haréis vosotros mismos con profusión de pormenores. De paso diré sólo que un grabador italiano de mediados del siglo XV, autor de una medalla Maine, de bronce con la efigie de Carlos IV de Anjou, conde de en un mapamundi que dibujó, sorteó ciertas dificultades mediante el desenfado característico de su raza, poniendo bajo el nombre latino *Bruma*, el cuarto continente que solicitaba a la sazón de una manera absorbente la atención de los cosmógrafos.

A la obsesión heroica de arrebatar la Tierra Santa a los infieles que la ocupaban y que manchaban con su presencia impura el sepulcro de Cristo,—obsesión que había inspirado las Cruzadas y que ilustró algunos siglos de la Edad Media,—sucedió en los albores del Renacimiento la preocupación más práctica de arrebatar a esos mismos infieles el comercio del Oriente que mantenían a través del Egipto y del mar Rojo, y que enriquecía a Ve-

necia. La emulación mercantil entre pueblos cristianos impulsó a las naciones de la Península Ibérica, que movidas por el instinto del negocio, herencia de los fenicios, tendieron la vista hacia el Océano tenebroso. Una de esas naciones empleó el siglo XV en el bojeo del Africa buscando un derrotero hacia las Indias. Lo encontró justamente cuando la otra, haciendo rumbo al Occidente para llegar a las regiones maravillosas del Oriente, se halló sin pensarlo frente a un mundo que fue llamado nuevo, pero cuya existencia ya se sospechaba.

No remontaré al diluvio; mas en la antigüedad clásica, el filósofo griego Aristóteles, y Estrabón, geógrafo de cultura grecolatina, tuvieron la intuición de que en medio del Océano Atlántico, había continentes poblados, a cierta distancia del Mediterráneo. Estrabón sobre todo afirmó la existencia precisa de una tierra occidental, que ocupó más tarde la imaginación de muchos sabios, con tendencias de humanistas, quienes a veces la veían reducida a la isla de las Siete Ciudades o Antilia, y a veces la imaginaban con las proporciones de una *Tierra Firme.*

Cierto que no podemos llamar sabio a Cabral. Vemos en él sobre todo al cortesano, de inteligencia despierta y muy al corriente de estos datos, o más bien dicho, de estas conjeturas. Viajaba con él un físico, maese Juan, instruído por su oficio, si no curioso por naturaleza. Así, pues, la inteligencia de Cabral y la ciencia del físico, son dos elementos que abogan en favor de la segunda hipótesis; pero temería complicar el asunto, sobre todo para un auditorio que no está familiarizado con él, si adujese otras probabilidades, que no alterarían el resultado final de la investigación de este problema histórico, resultado completamente negativo.

No diré que los problemas históricos sean por naturaleza irresolubles, pero nadie negará que se apoyan en suposiciones y discusiones, puesto que el historiador completa la obra del analista e intenta explicar los hechos de la humanidad, comprobándolos previamente, y analizando

sus móviles y consecuencias, o en otros términos, determinando el espíritu filosófico que encierran. Según esto, la historia vendría a ser la realidad social, la actividad moral interpretada, de igual modo que el arte es la interpretación de la naturaleza.

En un modesto trabajo mío sobre el descubrimiento del Brasil, he adoptado una actitud conciliadora. Las posiciones moderadas y eclécticas son siempre las más cómodas, casi siempre las más justas y a veces las más estables. Alvares Cabral se dirigía ostensiblemente y en realidad hacia las Indias, que acababa de visitar Vasco de Gama por la ruta del cabo de Buena Esperanza. Vasco de Gama había recomendado a la nueva expedición que dentro de lo posible navegara siempre hacia el oeste, a fin de evitar las calmas chichas de la Guinea, bien conocidas por los veleros de aquellos parajes. Cabral tomó el consejo, y es posible que lo siguiera al pie de la letra, con la secreta esperanza de ver surgir alguna de las islas fabulosas que diariamente, desde que se rompió su encantamiento, surgían frente a la proa de los marinos, maravillados de que encerrara tantas cosas ignotas el Océano que antaño se llamó tenebroso.

Tal vez sobrevino alguna tempestad, porque es necesario justificar la bonanza; sin embargo, bastarian las condiciones ordinarias para llevarnos al mismo resultado. La flota, compuesta de doce naves, alejada más cada día de la ruta marítima directa para el oriente, fue arrastrada por los vientos alisios y las corrientes marinas que han reconocido los oceanógrafos. Llegó así a las riberas de un continente que como era natural, dadas las ideas del tiempo, fue tomado por una isla,—error que viajes posteriores permitieron rectificar. Los vientos y corrientes que van de la Guinea a la América meridional, figuran ya en los primeros portulanos, y sin embargo, en el siglo XVII, el holandés Linschot reproduce todavía el consejo dado por los pilotos portugueses a los navegantes: dirigirse del Senegal o de Sierra Leona al Brasil, para ir de allí al

Africa del Sur, con objeto de doblar con más seguridad el cabo de Buena Esperanza. (E. Guérin, *Los Franceses en el Brasil.)*

La aventura de 1500 llegó a ser más importante de lo que Cabral habría podido imaginar. El Brasil fue descubierto en una longitud que lo situaba dentro de la esfera de influencia o más bien de dominio otorgada a Portugal por la Santa Sede.

La historia de aquel reparto que se hizo del Nuevo Mundo ha sido escrita ya, y Mr. Henry Harrisse, el explorador infatigable de la *Americana Vetustissima,* le dio los últimos retoques. No se debió a un espontáneo impulso de generosidad de la Santa Sede el que Portugal conquistase sus derechos a la conversión de los paganos y a la salud eterna de los infieles. Menudearon las peticiones a los Papas,—da fe de ello un sinnúmero de bulas y de breves,—y las concesiones papales fueron objeto de negociaciones con España cuando ésta se dio a proteger empresas arriesgadas más allá de las columnas de Hércules, después de acceder a las sugestiones de Colón.

El impulso fue de tal magnitud que en 1500, año en que fondeó Cabral en Porto Seguro, Yáñez Pinzón reconoció una parte de la costa norte del continente meridional, y se detenía en la gran boca del Amazonas, que él tomó por un mar de agua dulce. Entretanto Diego de Lepe, también español, anclaba frente a las costas septentrionales del Brasil, señalaba el cabo San Agustín y notaba que a partir de ese punto se inclina gradualmente el litoral hacia el sudoeste.

Sin embargo, las dificultades diplomáticas no provenían únicamente de Castilla, en donde por lo demás, ya habían sido zanjadas por medio de tratados cuya precisión matemática estaba lejos de ser perfecta, pero que imponía cierto orden y cierta moderación en el espejismo del oro que se buscaba con impulsos desenfrenados a través de lo desconocido. También Francia tenía marinos audaces y comerciantes ambiciosos. Los armadores de Honfleur y de

Dieppe gozaban de la fama, muy merecida, de ser los más opulentos de la época, y los corsarios armados por ellos figuraban entre los más atrevidos que cruzaban los mares.

Precisamente uno de los problemas históricos de que os hablaba hace un momento,—y que no ha sido resuelto de un modo definitivo, no obstante el empeño que puso en estudiarlo M. Margry, erudito de grandes vuelos, porque aparte del amor a la ciencia tenía la pasión del patriotismo,—es el problema de la prioridad que en el descubrimiento del Brasil sostienen los navegantes normandos. Os recomiendo sobre este punto particular los interesantes trabajos de M. Paul Gaffarel y de M. E. Guérin,—muy reciente este último,—y por mi parte me limito a llamar vuestra atención sobre la perseverancia con que en tiempos pasados mantuvo Francia sus pretensiones respecto de una región que debía dominar más tarde por la inteligencia y por el sentimiento, puesto que ha llegado a ser la educadora de nuestros espíritus, llevados en pos de horizontes más amplios, y la inspiradora de nuestras almas sedientas de libertad.

Los primeros colonos del Brasil fueron deportados que el gobierno portugués enviaba, generalmente por parejas, con el objeto de que aprendieran la lengua del país y pudieran servir de intérpretes a las expediciones futuras. Hubo también aventureros de esos que no retroceden ante las perspectivas de la soledad moral. O bien eran marineros salvados de naufragios muy frecuentes a causa de los escollos de la costa, en donde quedaban deshechas las embarcaciones enviadas para practicar reconocimientos o para hacer carga. Por último, había numerosos traficantes que se dejaban seducir por los encantos de la barbarie. Cada año era mayor el número de colonos, y el de los viajeros que se dirigían al Brasil como aves de paso.

Algunos de estos hombres han dejado recuerdos imperecederos. Tal es el *Bachiller de Cananea*, licenciado en derecho, deportado por un delito y desembarcado en el puerto de ese nombre en 1501, por la flotilla que salió a

practicar un reconocimiento tan pronto como se anunció el descubrimiento en Lisboa. En esa flotilla iba Américo Vespucio, como piloto experimentado. Treinta años después, la escuadra de Martím Affonso de Souza, enviada a ocupar formalmente la nueva colonia, encontró al Bachiller viviendo pacíficamente entre los indios.

Otro colono de esta clase fue Joao Ramalho, quien se instaló arriba de la planicie que cae casi a pico sobre la banda del litoral en que está situado el puerto de Sao Vicente, cerca de la actual ciudad de Sao Paulo, a cuya fundación concurrió sin renunciar a su familia indígena, en medio de la cual vivió sesenta años, pues murió como un verdadero patriarca, dejando una descendencia numerosa, documento vivo de la fusión de las dos razas: la invasora y la esclavizada.

El *Caramurú* es el más célebre de estos personajes, a causa del apodo en que se funda una de las tradiciones más antiguas y populares de nuestra historia primitiva. Al desembarcar en Bahía en el año 1510, por alguno de los accidentes de la navegación, este portugués, llamado Diego Alvares, se vió rodeado de indios que mostraban disposiciones hostiles. Tuvo la buena idea de disparar su trabuco para asustarlos. En efecto, la detonación sembró el espanto en ellos, haciendo suceder el respeto a la animosidad, lo que valió a Alvares su famoso apodo de *Caramurú*, nombre de una especie de pez eléctrico (gimnoto) cuyas descargas provocan una violenta conmoción.

Héroe de graciosas leyendas, de poemas épicos y de dramas líricos, el *Caramurú* no podrá caer en el olvido. Una leyenda, que la historia confirma, lo casa con la hija de un jefe indio: es la misma historia de la princesa Pocahontas, de Virginia, y del capitán Smith, reproducida en nuestro continente. Otra leyenda que se tiene por falsa, le hace venir a Francia acompañado por su mujer, quien tiene por madrina de bautismo a Catalina de Médicis. Pero la más tierna de las leyendas relacionadas con el *Caramurú* es la que el monje Santa Rita Durao aprovechó

en su epopeya, traducida al francés por Eugene de Monglave, pronto hará un siglo. En ella aparecen las mujeres abandonadas por el *Caramurú* siguiendo a nado el barco que llevaba a Diego Alvares y a la bella *Paraguassú*.—El *Caramurú* se había hecho polígamo como tantos otros.—Una de sus mujeres, la más empeñosa en perseguirle, la pobre Moema, agotada por la fatiga y más aún por el dolor, se dejó arrastrar de las olas que había cortado durante varias horas con todo el vigor que le prestaba su afán amoroso.

Ninguno de los personajes de aquellos primeros tiempos del Brasil, podría jactarse de haber tenido mayor número de aventuras que el español Don Rodrigo de Acuña, quien siguiendo el derrotero del primer circunnavegador del globo, Fernao de Magalhaes a quien llamáis generalmente *Megellan*,—y los españoles Fernando de Magallanes,—se dirigió en 1525 hacia el archipiélago de las Molucas. Habiéndose dispersado la escuadra antes de pasar el estrecho que conduce al Pacífico, Acuña buscó abrigo en un puerto, al sur de Santa Catalina. Algunos de sus compañeros encontraron a los que habían ido con Solís, el explorador del Río de la Plata, y prefirieron establecerse allí antes que correr nuevos peligros. Por estas razones Don Rodrigo decidió volver a España, hizo escala en Bahía, donde perdió algunos hombres, prisioneros de los salvajes, y más lejos, en la cercanía del Río de Sao Francisco, tuvo que buscar un puerto porque su barco hacía agua. Había a la sazón en aquel paraje tres embarcaciones francesas que cargaban madera del Brasil. Los recién llegados fueron acogidos benévolamente, y se les proporcionaron dos calafates. Pero cuando el bajel español quedó en seco, los franceses quisieron apoderarse de él; Don Rodrigo logró domarlos con un regalo de vino y aceite, y mientras él proseguía las negociaciones, sus compañeros, algunos de los cuales habían quedado a bordo, pusieron el barco a flote terminadas que fueron las reparaciones. Con gran prisa levaron anclas y se dieron a la

vela. Cuando advirtieron esto los franceses, ya el barco español bogaba rápidamente hacia alta mar. Don Rodrigo lo siguió en un bote de vela, casi durante dos días, gritando y gesticulando como un loco. No quisieron oírle ni verle. El barco desapareció en el horizonte, y el infortunado comandante tuvo que volver a tierra con los marineros fieles que le acompañaron. Desembarcó diez leguas al norte del sitio en donde se había detenido la primera vez, y desde donde siguió en esta ocasión, con la costa a la vista.

Entretanto habían partido dos de los barcos franceses, y el tercero alojó, durante cierto tiempo, a los abandonados marineros, pero no quiso transportarlos. Abandonados otra vez en el bote, siguieron costeando y saltando a tierra en diversos lugares para recoger moluscos y frutos silvestres, así como para reponer su provisión de agua. En la isla de Santo Aleixo encontraron harina de trigo, un barril de galletas mojadas, y anzuelos que emplearon para una buena pesca. Pasaron de allí a una factoría portuguesa, en donde, para colmo de desgracias, les negó pasaje de regreso Christovao Jacques. Don Rodrigo de Acuña no volvió a Europa sino mucho después. Se cree que lo hizo cuando Jacques fue llamado y llevó consigo trescientos prisioneros hechos entre los corsarios franceses.

Las quejas del malaventurado navegante fueron sin embargo transmitidas a sus destinatarios de España y de Portugal, y gracias a esta circunstancia se conocieron los detalles de la serie de lances referida, rara aun en aquellos tiempos de viajes peligrosos. Por lo dicho os habréis hecho cargo de que no faltaba animación en las costas del Brasil, durante la primera mitad del siglo XVI. La vida era una continua sucesión de peripecias emocionantes, y muchas de interés dramático.

La factoría en donde estuvo Don Rodrigo de Acuña fue la de Pernambuco, que como la de Iguarassú, situada frente a la isla de Itamaracá, fue fundada por el mismo Christovao Jacques, español de nacimiento según se su-

pone, quien tuvo el mando de la primera escuadra defensora de las costas brasileñas en 1526, y que en 1521 había visitado el litoral de las tierras nuevamente descubiertas, y probablemente había remontado el Río de la Plata. Ambas factorías fueron el núcleo de la capitanía llamada oficialmente Nueva Lusitania.

Durante la primera mitad del siglo XVI, los cargamentos de madera del Brasil,—madera de tinte cuyo nombre, derivado de brasa por su color rojo, se substituyó al título oficial de la Tierra de la Santa Cruz, que en un principio recibió aquel país muy cristianamente,—esos cargamentos de madera tintórea, dieron ocasión para rudos combates navales. Las luchas se libraban en las aguas próximas a informes factorías cuyo núcleo era una palizada que franceses y portugueses levantaban o abatían alternativamente, con empeñosa decisión. Aquella rivalidad sangrienta, que no lograron calmar las interminables negociaciones, oficiales o secretas, entre Francisco I de Francia y Juan III de Portugal, por medio de sus embajadores o de sus agentes confidenciales, fueron la causa principal de la ocupación efectiva del país por los portugueses.

Dueños éstos de todo el Oriente, comenzaron por ver con desprecio la nueva posesión, no obstante las elegantes frases de la relación sobre el descubrimiento, redactada en el propio lugar por el escribano real Vaz de Caminha, en la que se ponderaban las delicias de la nueva tierra, y a pesar de las excesivas alabanzas de un personaje tan célebre como Américo Vespucio, quien se dio maña para ver en ese pais nada menos que el paraíso terrenal.

La carta de Vaz de Caminha es la fe de bautismo del Brasil. Fue dirigida al rey para darle cuenta del feliz hallazgo. Era por otra parte el tiempo de las sorpresas cotidianas. El verboso tabelión describe con prolijidad minuciosa pero amena, con muchas observaciones, ingenuas unas y otras epigramáticas, pero todas curiosas, los más

triviales incidentes del conocimiento entre portugueses e indígenas americanos. Habla de la recepción de dos salvajes llevados a bordo. Esta recepción tuvo cierta solemnidad, o por lo menos quiso dársele tal carácter, pues el comandante de la flota tomó asiento en un sitial que se había colocado sobre un tapiz. Llevaba al cuello una cadena de oro muy pesada y vistosa, para valerse de ella a fin de descubrir si el pais era rico en ese precioso metal. Uno de los individuos de la expedición tomó parte en las danzas de los indios. Hombre de buen humor, pidió a alguno de sus compañeros que tocase la dulzaina, mientras él tomando por las manos a los salvajes, daba saltos con ellos. Acabó por ofrecerles una exhibición de acrobatismo que los indios encontraron muy divertida, pero que no fue bastante para disipar su desconfianza, todavía benévola.

Vaz de Caminha habla poco del país, pues no habiendo visto sino una corta extensión, es imposible que se dé cuenta de lo que era propiamente aquella tierra. La describe como muy boscosa, de temperatura fresca y regada con abundancia. "Hay en ella tantas ventajas naturales, que quien se proponga sacar partido de su pródiga naturaleza, lo conseguirá por la abundancia de las aguas." Los aventureros normandos y bretones no tardaron en hacerse cargo de la excelencia de la tierra que los portugueses habían anexado a sus dominios, y de las ventajas que ofrecía para el tráfico marítimo.

En efecto, si el Brasil no fue repartido en capitanías entre los nobles de la corte y los veteranos de las guerras de Indias, esto se debió únicamente a que la defensa contra los franceses era un apremio que no consentía ningún aplazamiento, tanto más cuanto que por lo regular el indígena manifestaba cierta simpatía hacia los franceses, hecho que se traducía en alianzas amenazadoras.

La simpatía de que hablo también se manifestó en otros lugares, y principalmente en la América del Norte. Con sobrada razón pues se mostraba airado Paul Bert cuando

protestaba contra la acusación que se hace a los franceses de no ser colonizadores. Recordaréis sus palabras: "¡No son colonizadores! Preguntad a los indígenas de todos los países por donde hemos pasado lo que piensan de una raza alegre, benévola, enemiga de la solemnidad, hábil para adaptarse a las costumbres de los vencidos, y más apta para producir que para destruir..."

Eran sin embargo belicosos los indígenas, a quienes presenta como seres superiores, llenos de valor, de altivez y nobleza, el indianismo literario del siglo XIX, engendrado por Chateaubriand y estimulado por el espíritu político de la independencia, ansioso de romper toda liga con la época colonial. "¿En dónde están aquellos pueblos primitivos, — se preguntaba nuestro novelista José de Alencar, hace medio siglo, en un poema indianista no concluído que imprime en estos momentos la Revista de la Academia Brasileña,—qué se han hecho, patria mía, nuestros hermanos, tus primogénitos, tus hijos salvajes? Se han extinguido. Algunos de ellos vagan dispersos, abrigados en antros como fieras perseguidas, privados de su antiguo esplendor, descendientes degenerados de una casta pura y altiva... Otros abjuran de sus antiguos ritos para abrazarse a la cruz, y a la sombra de ésta han mezclado su sangre con la sangre extranjera. Casi todos han muerto defendiendo el suelo en que reposaban los huesos de sus antepasados; la tierra en donde estaban sus campos, gloria y conquista de sus abuelos, y en donde alentaba la libertad, ley, derecho sagrado; más aún que derecho y ley, culto profundo, religión viril de un pueblo no domado. La serpiente se arrastra, palpitando de indecible placer en torno de su nido. Y se regocija viendo a sus hijuelos crecer como imagen suya..."

De pronto, en el poema, aparece el halcón, más allá de las nubes, con mirada rencorosa y con las garras contraídas, en tanto que la serpiente agita la cola y saca la lengua bífida, que se previene para destilar el veneno. Temiendo sin embargo que falle la mordedura, devora a sus

hijos, para que no sean presa del ave rapante. "Y da sepultura viva en el seno que la formó, dice el poeta, a la nidada que no ha podido salvar. Así, oh, Patria mía,—prosigue Alencar,—habías mecido a tus hijos a la sombra de tus profundas selvas, a la orilla de tus ríos, junto al rumor de tus cascadas. Los acariciabas con ternura en el seno florido de tus valles. Pero el sol de la adversidad asoma en el horizonte. Cuando vagabundos, escondidos en la espesura del bosque, extranjeros en la tierra que meció su cuna, inclinan la frente atormentada, tú les abres tu seno y los recibes. Tú prefieres ser una madre huérfana de sus hijos, antes que la patria de una vil raza de esclavos."

He traducido este fragmento de los *Hijos de Tupán*. Tupán quiere decir trueno, fenómeno que los indios consideran como una manifestación sobrenatural, pues su espíritu, en el que se ha creído encontrar la revelación de una creencia panteísta en una divinidad, estaba muy lejos de tales concepciones, y no había llegado a individualizar las fuerzas de la naturaleza. El pasaje de nuestro poeta os indicará el sentido de la generación romántica entre nosotros. En esto ha consistido su originalidad. Todo el valor de aquella producción literaria está en el sentimiento. Fácilmente mediréis la distancia que separa al Brasil de ayer, en el que florecía esta errónea pero sincera concepción patriótica,—que hacía independiente del país una derivación de la raza indígena,—y el Brasil de los primeros tiempos en los que el aventurero portugués esclavizaba a los pueblos circunvecinos y perseguía a los que pretendían eludir el yugo.

Bruscamente había cesado la amenidad, y aun pudiéramos decir la cordialidad, que a veces reinó en las primeras relaciones de conquistadores y conquistados. Los indios aprendieron lo que significaba aquella ocupación de su territorio, que al principio no dejaba de ser una diversión para ellos. La primera impresión que tuvieron de la nueva casta fue la vista de una cruz hecha con dos tron-

cos de árbol, plantada en la arena, bajo una enramada, y de un fraile de luenga barba, revestido de albeante sobrepelliz y vistosa casulla, que celebraba al pie de esa rústica cruz los oficios de un rito extraño. Después se les dio a entender que debían obediencia a los recién llegados. Ahora bien, pronto supieron que en el lenguaje de esos hombres, obediencia quería decir servidumbre perpetua.

Poco después llegaban otros hombres, pálidos, vestidos de negro ropaje talar, sobrios, ascéticos, de dulce palabra y de ademán amoroso. Eran los defensores de la raza esclava. Sin ellos, ¿qué esperanza podían tener, ni quién los protegería contra aventureros ávidos de riqueza, hombres de pasiones desmandadas entre los que no había otro vínculo que el de la codicia y la esperanza de satisfacerla en aquella perversa unión? Pero los hombres austeros de traje talar, que habían llegado con un gobernador, emprendieron una ardiente y valerosa campaña en favor de los oprimidos. Fundaron misiones para los neófitos, y daban continuamente a la corte noticias exactas sobre las condiciones morales de aquella sociedad lejana en vías de formación.

Su abnegación y perseverancia, que no dejaron de suscitar sangrientas reacciones, fueron una reparación del crimen colectivo que se cometió sometiendo una raza y privándola de sus más elementales derechos. No tardó en sustituirse al trabajo del indio el del negro, importado de Africa, y considerado como una mercancía desde los primeros días de los descubrimientos. Los jesuítas denunciaban cuantos abusos cometían las autoridades, y predicaban contra los vicios de los colonos, uniéndose en una cruzada, que a pesar del pequeño número de sus miembros, puso frenos a la inmoralidad y a la violencia. A esto llama el escritor alemán Boehmer, traducido recientemente al francés por M. Monod, "tomarles la delantera a los gobiernos coloniales, y discernir, plantear y resolver, de una manera independiente, los grandes problemas de civilización que presentaban a los conquistadores las tie-

rras vírgenes, con sus prodigiosas riquezas naturales y sus millones de salvajes indígenas...“

El nombre de la Compañía es popular en el Brasil, y hace algunos años, el tercer centenario de la muerte de Anchieta, el santo apóstol de nuestros indios, fue celebrado por los intelectuales de mayor nombradía y por las voces más elocuentes de un país de tradiciones e ideas liberales que no vacila a pesar de ellas en realizar un acto de justicia considerando indisolublemente asociados los esfuerzos de los piadosos misioneros del siglo XVI a la fundación de la cultura nacional. Y aun podría afirmarse, sin peligro de incurrir en error, que el recuerdo grato de los eminentes servicios que prestó el clero a la civilización brasileña, pesó mucho en favor del trato generoso que recibió la Iglesia en el momento de separarse del Estado, según lo decretado por el gobierno provisíonal de la República en 1890. Esta separación,—y el hecho es muy conocido,—se efectuó de un modo digno y elevado, con la conciencia de los derechos del más fuerte y el respeto a los derechos del más débil. En la medida que se adoptó, quedó asegurada por una parte la independencia laica del Estado, y por la otra se preservó toda la autoridad moral de la Iglesia. Las órdenes religiosas conservaron intacto el patrimonio que les habían formado muchas generaciones de creyentes. Las escuelas neutrales fraternizan con las de todas las confesiones. Esta manera de resolver las cosas, honra al país. El mismo temperamento justiciero se adoptó para la abolición de la esclavitud, que data de 1888, o sea un año antes de la separación de la Iglesia y el Estado, y que se consumó sin sacudimientos, por medio de una legislación progresiva cuyos orígenes datan de 1818, no sin rudas campañas parlamentarias y pacíficas manifestaciones populares.

Veamos cómo se estima la obra de los jesuítas en el mejor de los tratados escolares de historia del Brasil, y cómo se les hace justicia. El libro a que me refiero es el que sirve de texto en el curso superior del Gimnasio Na-

cional. Y es tanto más notable lo que vais a oír cuanto que en ningún país del mundo hay menos clericalismo que en el Brasil, si entendemos por clericalismo el espíritu de exagerados sentimientos ultramontanos y de antipatía hacia las ideas liberales. Baste decir a este respecto que los revolucionarios brasileños sacrificados en el patíbulo a fines de la época colonial, eran en su mayoría sacerdotes, y que durante la Regencia, el principio de autoridad se encarnó en un sacerdote, el P. Feijó, quien supo satisfacer las ideas federativas y mantener la unidad del Imperio en aquel período que fue a no dudarlo el de la crisis política más grave por que haya atravesado el Brasil durante las luchas del siglo XIX.

El manual de Joao Ribeiro dice:

"Los primeros jesuítas imaginaron un sistema que consistía en exagerar el culto exterior para forzar la atención de los infieles. Las procesiones y peregrinaciones fueron muy frecuentes, y se hacía un empleo notable de trompetas, tambores y otros instrumentos de música; se exhibía una profusión de estandartes vistosos y de doseles formados de ricas colgaduras; todo lo cual, con las oriflamas, las enramadas, las calles tapizadas de follaje, el resplandor de los cirios y el aroma de los incensarios, producía una impresión muy honda en el alma de los catecúmenos. A esta pompa, el P. Anchieta, que era poeta sin duda, unía el raro encanto de su inspiración, y componía autos sacramentales, como los de la literatura peninsular contemporánea, y diálogos rimados que los niños recitaban en las aldeas de la misión durante la catequesis. Anchieta fue el primer maestro de lengua tupi, en la que compuso una gramática y otros libros, adaptándolos á las necesidades de la religión y de la nueva vida de los indígenas. Y fue el primer maestro de portugués que tuvo la primera generación de *mamelucos*, o sea de brasileños blancos. Pero Anchieta no fue solamente maestro. Desempeñaba funciones diplomáticas en la triste eventualidad de las guerras; ejercía la medicina y enseñaba a los indí-

genas los secretos de la terapéutica de su tiempo, y las virtudes de las plantas medicinales que ellos no conocían. No desdeñaba las tareas del enfermero, y su actividad se extendía a las de simple obrero en todos los oficios que había dominado con su aplicación admirable. Poseía tales aptitudes que la imaginación de los contemporáneos llegó a atribuirle los dones misteriosos del taumaturgo, reputación que en verdad merecía, pues hizo milagros.

"En tiempo de Anchieta,—prosigue Joao Ribeiro,—la provincia del Brasil poseía ya tres colegios y residencias de la Compañía, templos de virtud y de trabajo, en donde no penetraban las amarguras de la lucha por la existencia, y en donde la piedad para el prójimo era el primero de los deberes. Se puede juzgar de sus servicios recordando que los Padres se hallaban constantemente cerca de los gobernadores cuando había levantamientos de indios, y que en la segunda mitad del siglo XVI, fueron por lo menos cien mil los naturales que se sometieron por el influjo de los jesuítas".

Toda la historia brasileña del siglo XVI cabe en muy pocas palabras. Redújose a esfuerzos continuos de la metrópoli para organizar la colonia, cuyo valor acabó por ser comprendido, y que reivindicó la Corona contra los beneficiarios de las primitivas concesiones. Esos esfuerzos se tradujeron en tentativas para educar a los empleados públicos, en la fundación de la vida municipal con el otorgamiento de fueros y cartas, en la adopción de medios de defensa, en la creación de la agricultura, en la formación de la jerarquía eclesiástica, y en la tolerancia para las *entradas* hacia el interior, puesto que el *quinto* de los metales preciosos rescatados o beneficiados correspondía al rey. Por otra parte, vemos los esfuerzos de los colonos para adaptarse a las nuevas condiciones mesológicas, y sobre todo, a las nuevas condiciones sociales,—si puede darse el nombre de sociedad a la híbrida confusión de los primeros lustros que siguieron al descubrimiento. Entre esos esfuerzos de los colonos, figuran en primer

término sus tentativas para descubrir tesoros minerales ocultos en las montañas o mezclados a las guijas y arenas de los ríos; pero no debe omitirse el trabajo agrícola de los mineros, para proporcionarse medios de subsistencia, ni callar algunas empresas de mayor amplitud como la aclimatación de la caña de azúcar, que llegó a constituir la más saneada de todas las rentas coloniales.

No podemos omitir en este cuadro de la vida del siglo XVI, los esfuerzos de los franceses, y los que más tarde impendieron los ingleses, quienes a partir del reinado de Enrique VII, trataron como aquéllos de romper los eslabones de la gran cadena formada por las factorías portuguesas y aprovechar los beneficios acumulados en éstas.

Por último, hablaremos de los trabajos realizados por los misioneros para disciplinar a los europeos y civilizar a los indígenas, comenzando por hacer a éstos sedentarios, lo que se lograba reuniéndolos en pueblos o reducciones, pues con el desalojamiento constante de la vida nómade no era posible que dejaran de sustraerse las tribus a la influencia religiosa. De este modo, las dulces palabras del evangelio se dirigían a los poderosos de una raza y a los oprimidos de la otra. Esta última, atacada y perseguida, comenzó por emplear la fuerza contra la fuerza, ebria de venganza, pero estaba muy diseminada y tenía una inferioridad muy considerable respecto de los invasores, cuyos recursos eran ilimitados. Reconociendo su debilidad, los indígenas cejaron, retrocedieron y comenzaron a perecer, diezmados primero por las guerras y después por las epidemias. Cayeron finalmente en postración irremediable, no tanto por faltarles las sugestiones de una conciencia nacional, o si se quiere común, cuanto por el terror que se propagó de tribu a tribu.

En la inteligencia poco despierta de la raza indígena, y en el fondo de su espíritu poblado de leyendas, se levantaba la amenaza de un poder destructor cuya personificación se actualizaba sin duda para los indios en aquellos extranjeros de mano despiadada. Dieron, pues, los indios

el último adiós a la vida autónoma, que no era en realidad sino una lucha perenne entre pueblos enemigos, cuyas batallas terminaban con festines antropofágicos, pero que el poeta, haciendo uso de una de tantas licencias que concede la musa, describe como una existencia paradisíaca. "Arroyo de leche y miel, rayo de luz, efluvio, tal era la vida que se entreabría como una flor en esta tierra. Los labios la recogían sonriendo, antes de que la marchitase un soplo cálido, o de que la quemase la gota de una lágrima. La vida era dulce y la tierra maternal; un áspid bajo el césped, el veneno de una mordedura, y todo concluía; llegaba la noche, y con la noche el sueño sin ensueño..." (José de Alencar: *Los hijos de Tupán.)*

No os invitaré a que me sigáis en el camino de las consideraciones etnológicas y etnográficas, porque es un dédalo de hipótesis en el que abundan las fábulas. Muy hábil será el que no se extravíe. Cuanta suposición hay, tanta se ha invocado para explicar los orígenes de los indios de América,—desde la más sencilla, la ascendencia mongólica, que se justificaría con las migraciones asiáticas por el estrecho de Behring, en donde casi se tocan los dos Mundos,—hasta las más absurdas que hacen de los salvajes del Brasil descendientes de los fenicios extraviados en nuestras costas, o de tales o cuales nietos de Noé, que emigraron después del fracaso de la empresa de Babel. La única conclusión segura hasta cierto punto, es la que han adoptado los especialistas, y que se reduce a esto: había en el territorio del Brasil actual, razas vencidas y razas invasoras. Entre ellas las diferencias eran muy grandes, como lo atestigua el lenguaje. Ahora bien, los tupis pertenecían a la raza invasora. Como ocupaban el litoral, han sido objeto de mayor atención por parte de los primeros viajeros, y más tarde, de los hombres de estudio.

Tapuya era el nombre con que los tupis designaban a sus enemigos, bárbaros en relación con los tupis. Ciertas razones antropológicas justificadas,—principalmente la

identidad de rasgos anatómicos entre ellos y el cráneo paleozoico de Lagoa-Santa, exhumado por el sabio danés Lund,—permiten clasificarlos entre los más antiguos habitantes de la América meridional, por lo menos de los conocidos. Los invasores desalojaron a estos pueblos y los arrojaron al interior. No son por lo demás el único grupo extraño a los tupis-guaranies, que forman un solo grupo.

Mencionaremos a los aruaques del Norte, que ha estudiado recientemente con especialidad el explorador alemán Karl von den Steinen, y que representaban una civilización superior, o más bien dicho, una barbarie menos baja que la de la raza victoriosa de la costa, a la que probablemente enseñaron el cultivo del manioc. Distinguíanse los aruaques por su conocimiento de la cerámica, que tal vez les habían transmitido los pueblos infinitamente más cultos de las altiplanicies andinas. Pero heme aquí ya engolfado, sin quererlo, en las mismas hipótesis contra las que os ponía en guardia, y que aun proponiéndome tratar de ellas, tendría que abandonar a la competencia de los eruditos, como mi compatriota Alfredo Carvalho, quien publicó, hace menos de dos años, una obra muy documentada sobre la prehistoria sudamericana.

Las migraciones, luchas e influencia de que hablo, no dejan huella alguna directa sobre los orígenes de la nacionalidad brasileña. Este es un dominio en el que la fantasía tiene grandes prerrogativas, pues ya sabemos que la ciencia no es incompatible con la imaginación, y en el que las inferencias carecen generalmente de base sólida.

El elemento que influye verdaderamente en la época posterior al descubrimiento, y que establecido en el litoral, recibió el empuje de los primeros europeos, fue perseguido por los colonos y defendido por los misioneros, y al fin tomó parte en las luchas más sangrientas del período colonial. Este es el elemento tupi, constituído por tribus de cazadores y pescadores, más bien que de agricultores, dotadas de un instinto nómade. Añadamos á

esta porción del elemento indígena, la de los caribes, que ocupan las costas del norte de la América Meridional, desde la desembocadura del Amazonas hasta el lago de Maracaibo, indígenas a quienes el sabio alemán Martio consideraba como hermanos de los tupis, pero que en realidad no tienen en común con éstos sino una evolución semejante, pues bajaron como ellos por los cauces de los ríos para establecerse en las costas, y allí se transformaron gradualmente en piratas del mar de las Antillas y en crueles guerreros de las llanuras inundadas por las aguas del Amazonas y del Orinoco.

Os sorprenderá sin duda saber,—pues no todos vosotros habréis tenido ocasión de entrar en estos nimios detalles,—que en 1550, cinco años antes de la ocupación de Río Janeiro por Nicolás de Villegagnon, cincuenta indígenas de la tribu de los tupinambas dieron una exhibición de combates simulados y de juegos guerreros para amenizar el "triunfante, feliz y nuevo advenimiento de S. M. Enrique II y de la muy ilustre dama Catalina de Médicis, su esposa, a la ciudad de Ruan." El hecho es sin embargo auténtico, y lo describe un folleto editado en 1551, con grabados que ilustran el texto y que representan a los *brasileños* recién llegados a Francia. No es posible encontrar un ejemplar de este folleto, pero fue reeditado con muchos comentarios, eruditos y amenos, por el difunto Ferdinand Denis.

Y permitidme que me detenga aquí, para presentar un homenaje lleno de emoción a la memoria de un escritor amable, que muchos de vosotros recordaréis, porque fue durante largos años encargado de la Biblioteca de Santa Genoveva, en París. El Brasil le es deudor de una larga, invariable e inteligente simpatía. Y yo soy de aquellos, felizmente no raros en nuestra patria, que reconocen los servicios con que nos honran extranjeros del mérito de M. Ferdinand Denis.

Visitó el Brasil en su juventud, durante los días de la Restauración en Francia, y murió bajo la Tercera Repú-

blica, a la edad de noventa años. Desde 1822 hasta su muerte, ha tenido siempre el espíritu abierto y la pluma siempre en actividad, para recoger las tradiciones históricas y literarias del país sudamericano y de su antigua metrópoli portuguesa. Lo que ha escrito sobre esto forma toda una biblioteca de obras llenas de ciencia y de interés. Son libros de una variedad extraordinaria, puesto que abarcan desde las leyendas árabes hasta las sugestiones poéticas de la naturaleza tropical, y desde las manifestaciones artísticas precolombinas hasta las crónicas peninsulares. Son de una lectura constantemente agradable, y figuran entre lo mejor de cuanto se ha escrito sobre nuestro pasado, bajo la evocación de los mitos indígenas y con el aliento de nuestro lirismo. No hay una sola página en que no aparezca la curiosidad intelectual, la amenidad, el gusto discreto y la diligencia de aquel anciano infatigable,—uno de los representantes más auténticos de la penetración, del encanto y de la simpatía humana que distinguen al espíritu francés. El día en que Francia y la América brasileña se unan verdaderamente por el corazón, como lo están por el espíritu, tarea a la cual nos consagramos, el nombre de Ferdinand Denis radiará como el de un precursor a quien tributa nuestra patria los mismos honores que a Auguste de Saint-Hilaire.

## II

Las tentativas de ocupación francesa durante el siglo XVI y el XVII, tanto en el Norte como en el Sur.—Villegagnon y La Ravardière.—La defensa portuguesa.—El sentimiento nacional se revela en una literatura naciente.

Para tener idea de lo que fue, según las narraciones contemporáneas, la exhibición brasileña de Ruan, de que hablé al terminar en la vez pasada, no tenéis sino imaginar una aldea javanesa, senegalesa o iroquesa, como las que vemos en las exposiciones universales contemporáneas. En verdad no hay nada nuevo bajo el sol. Se escogió para los tupinambas un sitio umbroso. Eran cincuenta los indígenas, pero se hizo subir el número a trescientos por medio de un hábil reclutamiento de franceses, "vestidos y equipados como los salvajes de América que vienen de donde se trae el palo del Brasil", y que "por haber visitado aquel país,—en la Normandía hubo siempre marinos familiarizados con nuestras costas,—hablaban más o menos bien la lengua, y sobre todo, reproducían con tanta exactitud los gestos, ademanes y actos de los salvajes, como si fuesen realmente nativos del propio país de éstos".

Nada se omitió por lo demás para dar mayor viso de realidad a la apariencia. Había árboles cargados de frutos de diversos colores, que imitaban a los de la naturaleza americana. Había chozas de troncos, cubiertas de jun-

cos, a falta de hojas de palmera, y defendidas por estacadas. Entre el follaje se veía una gran cantidad de animales vivos y auténticos del Brasil, tales como el loro común y el guacamayo de librea azul y púrpura, y monos que habían sido importados en gran número para alegrar los antiguos castillos feudales y los nuevos palacios de la burguesía. Los indios, verdaderos y falsos, disparaban sus flechas contra las aves, corrían tras de los monos, se mecían en hamacas, imitaban el corte del palo de tinte y su embarque en un navío con velas aparejadas y banderolas al viento, o luchaban entre sí esgrimiendo chuzos y disparando flechas.

Como veis, no faltaba el color local en un espectáculo que era entonces bien poco vulgar, y que obró sobre las imaginaciones con tal vigor que su influencia llegó a trascender en las bellas artes y en los dominios del pensamiento. La Iglesia de Santiago, en Dieppe, posee algunos famosos bajorrelieves, en los que vemos a los indígenas americanos con plumas y hojas de palmera como vestido y adorno, armados de arcos y flechas. Y por otra parte, un autor tan ilustre como el de los *Ensayos*, dos siglos antes de Juan Jacobo Rousseau, sintió la sugestión seductora de la vida salvaje viendo en ella, como dice Ferdinand Denis, un desdén razonado para nuestras costumbres, en vez de la infancia del estado social, que era realmente lo que se podía ver en aquellos pueblos. Denis recuerda que el estribillo de una canción indígena, transmitido por uno de los compañeros de Villegagnon, inspiró a Montaigne, quien puso en esa expresión la gracia que elogiaba en ella, y que dominado por tales ideas hizo sus observaciones sobre el genio primitivo, sobre la poesía sin trabas, así como sobre la altivez del espíritu independiente de aquellos pueblos que en su sencillez ofrecían el modelo de una sociedad prudente. El gran pecado de los indígenas era el de no llevar calzón, si hemos de creer a Montaigne. Con un desnudo ingenuo habían representado ante el rey de Francia y la hermosa

Diana de Poitiers, una *seyomaquia* salvaje,—palabra bárbara de aquel tiempo, usada por los eruditos, y que significa, según su etimología griega, un combate con la propia sombra; por extensión, la simulación de un combate, y en realidad, el ejercicio atlético.

Si el autor de los *Ensayos* es imaginativo hasta este punto, no puede sorprendernos que nuestros indianistas, esforzándose por espíritu patriótico en la idealización de los indígenas, les hayan fabricado una teogonía, les hayan atribuído sentimientos e ideas que no pueden ser producto anterior a una larga evolución de cultura, y hayan visto en ellos improvisaciones guerreras de una elevación y de un valor sorprendentes, y tradiciones literarias impregnadas de piadosa emoción. Este era el punto de vista que adoptaba vuestro famoso moralista, cuando en su tarea escéptica, opuesta a la vanidad del dogmatismo, elogiaba "la poesía natural, única que con exclusión de la poesía mediocre, suspendida entre dos extremos, sin honor y sin precio, puede alcanzar las excelencias de aquella otra poesía, perfecta según el arte". El escepticismo contemporáneo, que por fuerza tiene que diferir en sus conclusiones del de los *Ensayos*, ha despertado de aquella ilusión que entre nosotros lleva el nombre de indianismo.

No tuvo el Brasil en el siglo XVI un poeta nacional que expresase con toda la sinceridad de su alma la pasión de la lucha empeñada por la cultura contra la naturaleza, lucha que constituyó la apretada trama de la historia inicial. Y esta ausencia de un poeta representativo, se revela en toda nuestra literatura, pues el indianismo del siglo XIX no fue en suma sino una convención poética injertada en el tronco de la ruptura política con la metrópoli. El hecho apuntado no indica que Portugal careciese de vida superior. Esta era por el contrario muy intensa, y el siglo de la conquista fue también el de la más noble época literaria de Portugal, pues la poesía se elevó con Camoens, a la fusión admirable de la tradición católica medioeval con el renacimiento pagano, y la prosa adqui-

rió con Joao de Barros una amplitud y un esplendor en el que se delatan las magnificencias de los tesoros fabulosos del Oriente. Pero en América la atmósfera estaba por decirlo así compuesta de otros elementos, y los que se habituaban a respirarla abandonaban poco a poco todo contacto físico y moral con lo que había formado su ambiente, hasta el grado de perder el recuerdo de la vida anterior metropolitana.

El hecho es que las proezas de antaño esperan aún el cantor que las encomie. Los indios fueron idealizados por el romanticismo que buscaba almas elevadas; los africanos encontraron defensores de vuelos audaces; pero los valerosos iniciadores de la conquista, hombres de estatura épica, no han merecido aún la misma simpatía, si bien Lamartine, en sus Conversaciones sobre la Literatura, soñaba otros *Lusíadas,* escritos en ultramar y en lengua portuguesa, más latina, decía él, y más bella que la española.

Hay sin embargo un libro que forma por sí solo todo nuestro acervo literario del siglo XVI,—a no ser que le agreguemos las relaciones de los jesuítas, preciosas para la historia de la formación moral del país. El libro de que hablo no es de estilo elegante, ni tiene atractivos para la imaginación. Y sin embargo, vale tanto como una biblioteca entera, porque representa el balance de la obra portuguesa en la América meridional hasta el momento de la unión con España, y porque deja ya entrever una ternura ingenua para el país, germen del futuro sentimiento patriótico.

El libro de que hablo es una descripción del Brasil, compuesta en Bahía,—capitanía que fue centro administrativo de la colonia,—por un plantador de caña de azúcar, portugués naturalmente, que atosigado de la fiebre minera, solicitó personalmente en Madrid una concesión que como era uso no se despachaba si el pretendiente carecía de protectores. Pasó largos días en las antesalas de los ministros, y largas noches glaciales en su alojamiento,

ilusoriamente calentado por el brasero. Para distraer sus melancolías, y sobre todo para dar ocupación a sus veladas, aunque sólo creyese él hacerlo con el propósito de justificar sus pretensiones, Gabriel Soares evocaba el país ausente, de cuyas riquezas tenía una intuición, en un boceto corográfico, amenizado por recuerdos históricos y datos sobre la raza y las costumbres de los indígenas. El amor con que escribió su trabajo y el espíritu local de que lo impregnó inconscientemente, le han dado derechos a una supervivencia que no comparten descripciones más completas, más exactas y más literarias de otros autores. En cierto modo, el libro de Soares debe ser considerado como la primera afirmación de una nueva entidad que aparecía en los anales del mundo.

En el siglo XVII aumentaron considerablemente los enemigos del Brasil, o más bien debería decir sus amigos, porque no tenían sino el deseo de la posesión, cada uno por su parte, de una tierra de promesas que a sus ojos era una tierra de promisión. A los adversarios de Portugal se unieron, en efecto, los de España, pues a partir de 1580, como bien lo sabéis, Felipe era soberano único de toda la península. El ensueño de la unión ibérica se había realizado por fin en provecho del más fuerte, lo que está en el orden natural de las cosas.

De las pequeñas naciones formadas durante la resistencia de elementos iberos, celtas, romanos y visigodos,—para no hablar sino de los más importantes,—y que se habían fundido en una amalgama cristiana; de las conquistas sucesivas de aquellas naciones, a expensas del invasor árabe, reducido a Granada, y arrojado de Granada a Marruecos, surgió al fin Castilla, con Galicia, León y Aragón bajo su cetro. Era de prever, sobre todo después de la serie de adquisiciones dinásticas que hicieron de Carlos V un Carlomagno, y de la corte de España un centro de fascinación singular, que en la primera oportunidad Portugal entraría también dentro de la órbita de atracción de Madrid.

Este movimiento fatal, de una fatalidad por otra parte transitoria, porque no iba a tardar en perder el centrotodo su prestigio, se produjo para la nación portuguesa en el momento final del ciclo heroico que comenzó con la batalla de Aljubarrota, consagración de su independencia en 1385, cuyo punto culminante fue el descubrimiento de las Indias y del Brasil, y que acabó tristemente en Marruecos, al desaparecer en Alcazarquivir el rey D. Sebastián con la flor de sus valientes.

Invocando derechos de sucesión, que eran indiscutibles pero que otros podían invocar con los mismos títulos,—la casa de Braganza, por ejemplo, que era nacional y que se reservó para mejores tiempos,—el rey de España, valiéndose como siempre de la espada del duque de Alba, puso en fuga al rey proclamado por el populacho de Lisboa. Este rey no era otro que el ruin D. Antonio, prior de Crato, nieto bastardo de D. Joao III, pretendiente ocasional que murió en Francia, abandonado y pobre, después de haber tenido el pensamiento de llevar al Brasil su realeza popular, y de haber negociado con la astuta Catalina de Medicis, la cesión del mismo Brasil a Francia, como recompensa de un apoyo decisivo para su advenimiento al trono de Portugal.

Hay documentos,—y puedo mencionar entre ellos una carta de Catalina de Medicis, dirigida a Strozzi, encontrada recientemente en San Petersburgo,—por los que se comprueba este ensayo de combinación política, que no nos sorprenderá si recordamos la habilidad desplegada por el primero de los Valois durante el largo desfile de reclamaciones portuguesas presentadas contra las incursiones de los corsarios normandos y bretones, lo que hace suponer la existencia de un plan de ocupación permanente de algunas de las tierras brasileñas, si no de todo el país. Y menos podrá sorprendernos aquel proyecto, recordando las dos tentativas de colonización francesa en el Brasil, que estuvieron a punto de verse coronadas por el éxito más feliz, y que se dirigieron, la una a Río Janeiro,

durante el reinado de Enrique II, y la otra a Maranhao, en tiempo de Luis XIII.

Rechazada por el elemento portugués en las dos ocasiones, Francia no dejó sin embargo de pensar en el país de los papagayos y del oro, ya tratando de llegar al Amazonas, es decir, de ensanchar su dominio en la Guayana hasta la ribera izquierda del gigantesco río, lo que le habría dado una situación admirable, ya buscando pretextos para entrar en la inmensa colonia. El malogrado ataque de Leclerc en 1709, y la afortunada expedición de Duguay-Trouin en 1711, empresas dirigidas contra Río Janeiro,—adonde se trasladó la capital por la proximidad de las minas y por las buenas condiciones de su bahía majestuosa,—fueron consecuencias lejanas de la famosa guerra europea llamada de Sucesión; pero según cierto documento que conozco por la bondad de un amigo, Escragnolles Doria, quien se ocupa actualmente en remover los archivos de París para hacer ciertas investigaciones, hay datos muy sugestivos sobre la persistencia de las pretensiones francesas, harto halagadoras para nosotros, pues no se desea sino lo bueno.

El documento de que hablo, y que puedo ofreceros inédito, es una recomendación del ministerio de Marina, que data de 1717, para que se auxilie a los paulistas del Brasil contra los portugueses. He aquí los términos de esa disposición:

"Al Señor du Puy, en San Malo.

"Versalles, a 15 de diciembre de 1717.

"Recibí la carta que me escribisteis con fecha 29 del mes pasado, y que contiene pormenores sobre lo que habéis averiguado en la costa del Brasil acerca de la guerra entre los portugueses y los paulistas *(polistes* en el original), y me parece que aun sería tiempo de auxiliar a estos últimos. Me favoreceréis enviándome un proyecto pormenorizado sobre la manera de realizar el proyecto sin que éste trascienda al público."

En este documento, la palabra *portugueses* quería decir

los dueños del país, contra los cuales se habían levantado en armas los paulistas, nombre genérico aplicado a los descubridores de oro que se establecían en la altiplanicie de Minas Geraes, y que habitualmente ocupaban sus ocios en reñir, en rechazar a los recién llegados y en sublevarse contra los gobernadores.

El Brasil, o por lo menos Río Janeiro, estuvo a punto de ser francés en 1555. Un caballero de Malta, aventurero de fama, llamado Nicolás Durand de Villegagnon, que desafiando mil peligros había llevado a María Estuardo a Francia para que se casase con el delfín, y sobre el cual ha escrito recientemente M. Arthur Heulhard un magnífico ensayo, supo atraerse la protección de católicos y protestantes, obtener el favor del rey y la buena voluntad del almirante Coligny, y partir con el designio de fundar en un islote de la bahía de Guanabara,—tal era el nombre indígena,—una colonia, modelo de independencia y de toleranoia religiosa, una Arcadia en donde Lutero y Calvino, reconciliados bajo el sol de los trópicos, formarían una sola familia, pacífica y obediente a la ley reformada.

Este hombre batallador, a quien no era desconocido el norte de Africa, por haber matado infieles en Argel con Carlos V, contaba de un modo excesivo con los efectos sedantes del clima tropical. Pero contra lo que él esperaba, las luchas teológicas se encendieron más ardientes aún, sobre todo después de la llegada de un refuerzo de ginebrinos. Los piadosos reformados habrían acabado por exterminarse en un degüello teológico, sin el peligro común que surgió a tiempo para interrumpir sus querellas.

Villegagnon se había deshecho de los calvinistas suizos, embarcándolos para Europa, y él no tardó en seguirlos sin aguardar el fracaso de su empresa colonizadora. Sucedió que propagada la noticia de la presencia de los franceses, se organizó en Bahía una expedición para desalojarlos del punto que habían ocupado, y a pesar del apoyo que encontró aquel núcleo de la Francia Antárti-

ca, como se le denominaba, en el elemento indígena de la tierra firme, los extranjeros tuvieron que resignarse a la pérdida de sus esperanzas en 1560. No les quedó ni la de volver a sus hogares, puesto que no los tenían aquellos menesterosos que el inquieto sobrino de Villiers de l'Isle Adam había reclutado en medio del arroyo y en las cárceles, para ayudar a "algunas personas honorables", a apoderarse del Brasil meridional, mientras llegaba el momento de ocupar el Brasil septentrional.

Los ginebrinos, por su parte, después de repatriados casi milagrosamente, no calmaron su ardor sectario, y el odio de las controversias se prolongó lejos de su cuna colonial, resonando en ecos literarios, tanto más cuanto que Villegagnon, cuyas convicciones religiosas carecían de solidez, había abrazado de nuevo la fe católica.

De esta invasión quedan,—aparte del nombre geográfico de Villegagnon dado al islote, que él fortificó,—dos libros franceses, los primeros en esta lengua sobre el Brasil: el *Voyage* de Jean de Léry, protestante, y las *Singularitez de la France Antarctique*, del Padre André Thévet, fraile cosmógrafo. Las primeras ediciones de estos libros fueron respectivamente de 1578 y 1558. Los dos son muy curiosos en sí mismos, e inestimables para el conocimiento del país aun salvaje y el estudio del primer siglo de su historia. Léry, sobre todo, y Hans Stade, —alemán de Marburgo, en Estiria, que cayó en poder de los salvajes, se escapó de ser devorado y pasó muchas aventuras,—merecen un puesto de honor entre los viajeros extraordinarios, pues hay muy pocos que les sobrepujen por el estilo pintoresco y por la animación del relato. Os leeré, ya que de esto hablamos, una página de Léry, que tomo al azar en un ejemplar muy raro de la primera edición.

"Así, para continuar esta plática, después de tales disputas, y hablando frecuentemente ambos a la vez, el que ya se apercibía para el asesinato, levantaba su maza con ambas manos y la dejaba caer sobre la cabeza del pri-

sionero, dando en la cabeza del prisionero con tal fuerza que no es mayor la que emplean los carniceros cuando matan bueyes, y he visto caer a muchos de esos prisioneros, muertos del primer golpe que se les pega con la extremidad redondeada de la maza, sin que la víctima mueva brazo ni pierna. Tendidos ya en tierra, se estremecen y tiemblan, a causa de los nervios y de la sangre que se retira, pero los encargados de la ejecución aciertan de tal modo a descargar el golpe en la coronilla, o detrás de la oreja, que sin derramamiento de sangre, ni dar un segundo mazazo, el prisionero queda muerto. Por esto la manera de hablar en aquel país, y esta manera había pasado ya a la boca de nuestros franceses, no es decir en las querellas de los soldados y otros: te abriré en canal, sino que se le dice al enemigo: te romperé la cabeza.

„Y tan pronto como el prisionero queda así muerto, si tenía mujer, como ya he dicho que se les da a algunos, ella se coloca cerca del cuerpo del muerto y hace algunas señales por donde se vea que le pesa, aunque sea poco, y digo poco, puesto que hacen verdaderamente lo que dicen que hace el cocodrilo; a saber, que habiendo matado a un hombre, llora delante de él antes de comérselo, y así esta mujer después de haber dado algunos suspiros y de enjugar algunas lágrimas fingidas cerca de su marido muerto, si puede es la primera que come de su cadáver.“

Os hablaba en la otra conferencia del indianismo, y hoy he tocado también el tema de la exaltación del salvaje en las letras románticas, pero debo añadir, ya que nos ocupamos en esbozar la Francia Antártica y la Francia Equinoccial, que el indianismo viene de vosotros y que el elogio más cálido del indígena brasileño se halla en los primeros libros franceses sobre el Brasil, que he mencionado, presentándolo como fiel amigo y cruel enemigo. Escuchad lo que dicen estas páginas de Léry, tan ingenuas e impresionantes:

"Volviendo al asunto del tratamiento que los salvajes dispensan a quienes les hacen una visita: después que de

la manera dicha han bebido y comido a su antojo los huéspedes, y después que han descansado, y han dormido en sus casas, si son buenos, las dan ropas, tijeras o pinzas para arrancar la barba de los hombres, y a las mujeres les dan peines y espejos, y a los niños avíos de pesca.

„Y si por otra parte hablando de víveres o de otras cosas que ellos tengan, se les pregunta lo que quieren por ellas, puede uno tomarlas y llevárselas después de haber hecho entrega de lo convenido. No teniendo caballos, ni asnos, ni otras bestias de las que llevan cargas o tiran de un carro, como ya he dicho que faltan en el país, la manera ordinaria de viajar es ir muy gentilmente a pie, y sin lanza; pero cuando los viajeros extraños se hallan cansados, con dar un cuchillo u otra cosa semejante a los salvajes, encontrarán quien los lleve a cuestas, pues por su natural son muy solícitos en complacer a sus amigos. Y hubo así algunos que, poniéndonos la cabeza entre las piernas, y colgando nuestros pies sobre sus vientres, nos llevaban así más de una legua larga sin tomar descanso. Queriéndoles detener a veces para darles respiro, burlábanse ellos, y nos decían en su lengua: ¿y cómo pensáis, hermanos, que somos mujeres, o tan apocados que nos rinda la carga? Uno que me llevaba de este modo sobre su cuello, me dijo: yo te llevaré todo un día sin parar. Con esto reíamos nosotros a mandíbula batiente del ardid que nos llevaba sobre pies ajenos, y viendo su buena disposición, les aplaudíamos por ella, y animándolos decíamos: sigamos, pues, adelante.

„De su caridad natural diré que diariamente se reparten caza, peces, frutos y otros bienes de que hay en su país, y hacen esto de manera que un salvaje moriría de vergüenza si viera a su prójimo o a su vecino carecer de lo que él tenga, y este no es un sentimiento fingido, sino que yo lo he experimentado, pues usan de la misma liberalidad para con los extranjeros sus aliados. Y como ejemplo de esto diré que en esa ocasión (como lo tengo dicho en el capítulo X), habiéndonos extraviado por los

bosques dos franceses y yo, estuvimos a punto de ser devorados por un grande y espantoso lagarto, después de dos días y una noche que anduvimos perdidos y sin comer, hasta que llegamos por fin a una aldea llamada Pavo, a donde ya habíamos ido antes, y no es posible ser recibido mejor de como lo fuimos por los salvajes de ese lugar. Porque primeramente, oyéndonos contar los males que habiamos sufrido, y el peligro en que nos hallamos de ser devorados de las bestias crueles, y de caer en poder de los margayas, enemigos nuestros y suyos, que nos habrían comido, pues sin saberlo nos aproximamos a su territorio, y como además al pasar por los desiertos, las espinas nos habían herido, ellos después de oirnos y de vernos, que daba piedad el estado a que nos veíamos reducidos, tuvieron lástima de nosotros, y no hicieron como los de acá que sólo con la lengua compadecen hipócritamente al afligido, lo que está muy lejos de la humanidad de aquellas gentes a las que llamamos bárbaras. Para venir a nuestro cuento, referiré cómo después de haber traído expresamente agua muy fresca y clara, comenzaron por lavarnos pies y piernas, lo que me recordó la manera de los antiguos, teniéndonos a los tres franceses en lechos cada uno aparte, y los ancianos que desde nuestra llegada habían dado órdenes para que se nos preparase comida, recomendaban a las mujeres que con diligencia hiciesen harina tierna, de la que según ya he dicho en otro lugar, quisiera comer tanta como del pan más blanco y delicado, y viéndonos asi refrescados, nos sirvieron muy buenas viandas, como caza, volatería, peces y frutos exquisitos de que nunca se hallan escasos.

„Y después de esto, llegada la noche, el anciano huésped, para que mejor descansásemos, mandó retirar a todos los niños, y en la mañana cuando despertamos vino a decirnos: *Atur afá*, que es como muy bien, y nos preguntó si habíamos descansado durante la noche. Y respondídole que hubimos satisfactoriamente, nos dijo: Hijos, descansad, porque yo bien vi anoche que estabais

muy fatigados. No puedo explicar la buena calidad de los manjares con que fuimos regalados por aquellos salvajes, los que hicieron por nosotros, para decirlo en una palabra, lo que San Lucas dice en los Hechos de los Apóstoles que hicieron los bárbaros de la isla de Malta con San Pablo y los que le acompañaban, cuando el apóstol escapó al naufragio de que allí se hace mención. Y como no salíamos nunca sin llevar cada uno un saco de cuero lleno de mercería, que nos servía como dinero para conversar entre ese pueblo, al partir dejamos lo que nos pareció bien; a saber, como ya he dicho que es costumbre, cuchillos, tijeras y pinzas a los buenos ancianos; peines, espejos y brazaletes de cuentas de vidrio a las mujeres, y avíos de pesca a los niños...

„Y si queréis que os diga más, sobre la frecuentación de los salvajes de América de que trato ahora; a saber, si estábamos seguros entre ellos, respondo que así como odian mortalmente a sus enemigos, que como habéis oído antes, cuando los tienen prisioneros los matan y se los comen: por el contrario, aman tan estrechamente a sus amigos y confederados, como lo éramos de esa nación llamada de los tupinambús, que más bien para garantizarles y antes de que reciban un desagrado se dejarían hacer mil pedazos, como suele decirse; de tal modo que habiéndolos experimentado, más me fiaría de ese pueblo que llamamos de salvajes, y estaría más seguro con él, que en cualquier lugar de nuestra Francia con los franceses del día, desleales y degenerados. Hablo de los que son tales, porque de las gentes de bien, de las que por gracia de Dios no está vacío el país, haría muy mal si tocara a su honor.“

Os he traído a la memoria que los indígenas habían manifestado una vez más su simpatía hacia los franceses, lo que dicho sea de paso, prueba la fuerza de seducción de vuestra raza. Después de la partida de los franceses, los indígenas siguieron en armas. Uniendo sus esfuerzos muchas tribus,—o una nación como se diría en la América

del Norte hablando de los pieles rojas,—dos años después de la toma del fuerte Coligny, se apercibieron en 1562, no sólo para impedir la fundación de la ciudad que los portugueses levantarían en alguna playa de la bahía, a fin que no quedara al arbitrio de las tentaciones ajenas aquella posición maravillosa, sino que se propusieron también destruir la colonia más próxima, que era la de Sao Vicente.

Uno de los poetas románticos más excelsos, Domingos de Magalhaes, que publicó en París, durante el período agudo de la crisis lírica, una colección de *Suspiros poéticos*,—equivalente del prólogo de *Cromwell* en la fase literaria correspondiente del Brasil,—sacó de este episodio el asunto para un poema indianista, epopeya que tenía por título *La Confederación de los Tamoyos*, y que fue traducida al italiano. El poema es hermoso por su ritmo, defectuoso por pertenecer a un género anticuado, y convencional por sus caracteres heroicos. El episodio es en sí mismo muy sugestivo, especialmente en cuanto pone de manifiesto la solidaridad naciente del país.

A la intervención de los Padres de la Compañía de Jesús se debió que no llevasen a efecto los salvajes su propuesto ataque contra Sao Vicente. En el fresco y brumoso clima de la altiplanicie de Piratininga, habían fundado los jesuítas un pueblo que llegó a ser más tarde la ciudad de Sao Paulo, puesto avanzado de donde partieron en su día los aventureros que buscaban oro y los misioneros que buscaban almas. A Sao Paulo toca pues la honra de haber sido el centro más importante de la exploración geográfica, y el foco de población y civilización del Brasil meridional, sin que dejase por esto de llevar su influencia hasta el extremo norte, de lo que es un ejemplo y un resultado el Piauhy. La palabra paulista es sinónimo a la vez de brasileño y de conquistador. *Grandes bandidos paulistas*,—tal es la expresión con que los designa el excelente abate Raynal, en uno de sus libros de sonora retórica y de filosofía tan infantil como disolvente, que

ejercieron sobre los contemporáneos una influencia igual a la de Diderot o de Montesquieu. Este hablaba de los persas, Marmontel de los incas, y Raynal, sin limitarse a tal o cual país del Nuevo Mundo, trataba de todos ellos. Nadie predijo con expresiones tan elocuentes la independencia de la América Latina.

De Piratininga, o sea de Sao Paulo, acudieron los jesuítas para mediar entre portugueses y tamoyos, y el resultado fue tan feliz como noble el móvil. La causa de la paz y de la cultura obtuvo en esa ocasión una notable victoria. Otros éxitos igualmente afortunados se reservaba a los jesuítas en el dominio de la evangelización. El estado de semicivilización a que llegaron los indios con la catequesis religiosa, era lo que más podia convenir a su mentalidad estrecha que no sentía los aguijones de una necesidad intelectual. Diríase que los jesuítas y los otros misioneros que con más o menos fortuna los imitaron, se guiaban en el ejercicio de aquella tutela por las ideas científicas de nuestro tiempo. Su plan era casi perfecto cuando maduró. Limitaban a lo esencial la educación de los salvajes, lo que quiere decir que era rudimentaria; y su organización comunista realizaba cuanto podría soñar el colectivismo de hoy, puesto que éste no excluye una dirección social; el trabajo era suave, y el pago del jornal se hacía en objetos de utilidad, lo que excluía el uso indispensable de la moneda; por último, el impuesto personal era satisfecho bajo la vigilancia de los Padres, quienes con gran bondad inspeccionaban los trabajos en que consistía tal impuesto; á saber: los de la apertura de caminos y navegación de ríos, ejecutados por los indígenas mediante la orden superior del gobierno.

Inútil es decir que los beneficios de las comunidades de indios ingresaban a las arcas de la Compañía, pero debe advertirse que los fondos correspondientes no eran destinados a fines mundanos o impíos, sino que se consagraban a los gastos de nuevas exploraciones y de nuevas misiones. Estas no llegaron a ser tan numerosas ni tan in-

dependientes de la autoridad civil que permitiesen la formación de un imperio en el Brasil, como pasó en el Paraguay, o digamos más bien, la formación de una república teocrática. Nuestros colonos alcanzaban una cifra más elevada y se hallaban más cerca unos de otros. La guerra que declararon a los misioneros no se atenuó jamás, a pesar de la preferencia concedida a los esclavos negros por su fuerza, su diligencia y su docilidad, en comparación con los indios, menos resistentes para un trabajo continuo, y que eran además indolentes e insumisos.

La única ventaja de los indios era su número y el hecho de encontrarse a la mano. Los africanos costaban más, porque había que contar los gastos del vergonzoso tráfico de los negociantes de la costa con sus proveedores, ya fueran reyezuelos, ya comerciantes, y además, tomar en consideración las pérdidas ocasionadas por los peligros del viaje marítimo y por la enorme mortalidad de los infelices transportados, a quienes azotaban las epidemias y diezmaban el suicidio y la nostalgia.

Una vez desembarcados y vendidos, los negros se encontraban casi siempre más felices que en su medio primitivo. La condición de los esclavos del Brasil era infinitamente más tolerable que en casi todos los otros países donde existió esa institución. Allí el prejuicio de raza es nulo por decirlo así, y la caridad no sólo se practica como acto público, sino que obra más bien como virtud social. La importación de esclavos africanos comenzó naturalmente allí donde el bienestar y la calma estaban más asegurados, y prosperó en primer lugar con la industria agrícola. He mencionado a Pernambuco. Al mismo tiempo que se unían dos puntos de ocupación del Brasil meridional, estableciéndose entre ellos vínculos morales, como lo hemos visto, en el norte Pernambuco era un centro activo de civilización. Su mayor proximidad a Europa, y el hecho de estar en la ruta de Bahía a los territorios del Amazonas y de sus afluentes, que andando el tiempo iban a marcar el límite del dominio portugués en Améri-

ca, hubieran bastado por sí solos para señalarle el destino que le aseguraban, por otra parte, las circunstancias peculiarísimas de su fundación. Pernambuco fue entre todas las primitivas capitanías la única que se afianzó y prosperó. La fortuna sonrió a su donatario, el austero y enérgico Duarte Coelho, quien pudo ejecutar sus planes de colonización sin atraerse la enemistad de los aventureros emigrados, como les pasó a donatarios menos escrupulosos.

En estos planes entraba el establecimiento de nobles, mediante la concesión de grandes extensiones de tierras, y la instalación de ingenios como los de Madeira, bajo un clima que no era el más propicio al cultivo tropical de la caña. El carácter aristocrático de Pernambuco, que se ha mantenido de un modo muy acentuado, a lo menos mientras subsistió la esclavitud en que se basaba su explotación agrícola, y la industria del azúcar que fue muy considerable y que constituye todavía su recurso principal, son los resultados vivos del buen éxito con que se vio coronada en este caso particular una tentativa general, pero excéntrica y anacrónica, de gobierno feudal.

Las prerrogativas vinculadas en los feudos eran muy amplias. La Corona había hecho cuanto le fue posible para inducir a los donatarios a que no dejasen eriazos sus terrenos. Podían distribuir concesiones,—las *sesmarias,*—fundar ciudades, conceder privilegios municipales, nombrar justicias, gobernadores, alcaldes y comandantes militares, y en los primeros tiempos hasta reducir indígenas paganos a la servidumbre y vender cierto número como esclavos en el mercado de Lisboa. La jurisdicción criminal de los donatarios no tenía apelación hasta la pena de muerte para los individuos del pueblo,—*peoes,*—para los esclavos y los infieles, la deportacion por diez años, y multas de cien *cruzados* como *máximum* para los *fidalgos:* todo ello naturalmente de acuerdo con las Ordenan-

zas Reales que Dom Manoel había mandado reunir,—la expresión codificar sería inexacta,—y que Felipe II mandó redactar de nuevo: las Ordenanzas Filipinas cuyo espíritu persiste bajo la legislación moderna y las codificaciones recientes.

Ningún donatario podía ser suspendido en sus derechos o juzgado antes de que el rey oyese sus descargos. Y la Corona se comprometía, además, a no enviar autoridades judiciales con poderes directos de la corte. Sólo podían ir los oficiales de la real hacienda para percibir los impuestos debidos a la Corona. Dejando a un lado los derechos aduanales de que estaban exentos los colonos en las Capitanías feudales, pero no en Lisboa, los impuestos consistían en el quinto real de los metales y piedras preciosas y en el diezmo de todos los productos para la Iglesia. De estas contribuciones correspondía a los donatarios un décimo del quinto y otro del diezmo eclesiástico. El palo del Brasil y las especias eran los únicos monopolios de la Corona, la cual cedía, como vemos, casi todos sus derechos soberanos, limitándose a una especie de protectorado, por lo que la independencia del Brasil existió desde antes de la colonización, según la expresión de Varnhagen, cuyas pacientes investigaciones en numerosos archivos de Europa y de América han permitido dar bases firmes a nuestros anales.

Como sabéis, no transcurrió mucho tiempo antes de que la importancia creciente de la colonia, la urgencia de su defensa, el desastroso fin de casi todas las Capitanías y los abusos de diverso género que de aquí resultaron, sugiriesen a la metrópoli la alteración de su plan primitivo, y para dar comienzo a un nuevo sistema se envió al primer gobernador general acompañado de un oidor encargado de la justicia, y de un contador que debía ocuparse en todo lo que se refiriese al tesoro real.

La descendencia de Duarte Coelho fue digna de este hombre ilustre que antes de distinguirse en el Brasil, adquirió una reputación de prudencia y valor en Asia. Sus

dos hijos acompañaron al rey D. Sebastián en su malaconsejada expedición de Africa, y el menor de ellos, por su valor y sus desdichas inspiró el primer poema brasileño,—*La Prosopopeya,* de Bento Teixeira Pinto, cuyo mérito épico es mezquino comparado con el de *Os Lusíadas,* pero que merece nuestra atención como el primer surtidor de una vena poética que está muy lejos de agotarse y que se revela por una continua abundancia.

Un sobrino de Duarte Coelho,—hijo de un cuñado de éste, personaje que tomó a su cargo la tarea de llenar a Pernambuco de hijos naturales, y que cuando la regente Catalina de Austria dio órdenes para que cesase el escándalo se casó, continuando la obra de colonización como padre de muchos hijos legítimos,—aquel sobrino, digo, Jeronymo de Albuquerque, tuvo la honra de recuperar el Maranhao que había caído en poder de los franceses, quienes fundaron la ciudad de Sao-Luiz,—nombre que se puso a esa fundación por el rey de Francia, Luis XIII.

La misión de los capuchinos, establecida a la vez por los intrusos,—nombre con que no podían menos de llamaros los portugueses,—nos valió largas y excelentes relaciones sobre los acontecimientos y sobre el país, escritas por los Padres Claude d'Abbeville, Ives d'Evreux y Arsène de París. Un siglo más tarde, otro religioso de la misma orden, el Padre Martín de Nantes, dejó recuerdos y narraciones de una misión entre los indios cariris del interior de Pernambuco; pero esta fue una golondrina solitaria, un extranjero sin tendencia agresiva. Sus predecesores nos aparecen, por el contrario, como agentes de una absorción que sólo gracias a la expedición organizada en Pernambuco no convirtió el Brasil en una Francia Equinoccial.

Aquel episodio histórico se distinguió por una especie de justa caballeresca, que no es inútil recordar, porque son raros los hechos de este género, sobre todo en países donde reina la barbarie. El comandante portugués, a quien el comandante enemigo rindió por carta un home-

naje conmovedor, diciéndole que el nombre de Albuquerque merecía todo género de respetos,— el comandante portugués, digo, concedió los honores de la sepultura a los muertos franceses, y el Señor de la Ravardière, por su parte, envió un cirujano para que atendiese de preferencia a los heridos portugueses, porque como decía el cirujano, De Lastre, "nunca le faltará a Francia la cortesía".

He aquí, en la narración de Claude d'Abbeville, y según sus propias palabras, cómo se izaron en Maranhao los pendones de Francia:

"Los tambores y trompetas abrían la marcha, redoblando y tocando, seguidos de la compañía francesa desplegada y en orden perfecto, y a continuación venían los seis indios arriba mencionados, con sus casacas azules marcadas de cruces blancas por delante y por detrás, y con el susodicho estandarte francés a la espalda. Los señores de Rasilly y de la Ravardière, tenientes generales, marchaban detrás, y llevaban en las manos los extremos del estandarte. Acompañábanlos y les formaban escolta los gentileshombres franceses de la expedición. Seguía por último una gran muchedumbre de indios, que habían acudido de todos los pueblos cercanos. Después de marchar así en triunfo desde el alojamiento de los dichos tenientes hasta el lugar de la cruz, en donde se clavó el dicho estandarte, y después de la exhortación hecha por el Reverendo Padre Ibo, el Señor de la Ravardière, dirigiéndose a los franceses, arengó de este modo:

"Señores: Ya veis cómo los indios levantan el estandarte de Francia, poniendo así esta tierra en posesión del Rey, y cómo protestan vivir y morir con nosotros, en calidad de verdaderos súbditos y fieles servidores de Su Majestad. El Señor de Rastilly, de cuya fiel asistencia no podemos dudar, saldrá en uno de estos días para Francia. Dará noticia a Su Majestad y a toda la nación de la importancia que tiene este acto, y en nombre de todos nosotros suplicará muy humildemente a Su Majestad, que

sea muy servido de enviarnos a la vuelta del Señor de Rasilly, los auxilios necesarios para el establecimiento perfecto de esta nueva colonia. Suplico y exhorto a todos los hombres de bien y de valor de esta compañía, a que me presten su cooperación durante la ausencia de este caballero, para conservar la colonia. Y por mi parte, me consideraré dichoso si muero en tan justa y honorable defensa."

„Después de una arenga a los indios, a la que éstos respondieron, se plantó el estandarte.

„Y en aquel momento, ellos clavaron el estandarte, y levantaron las armas de Francia, al son de las trompetas y al redoble de los tambores, y con salvas de artillería y mosquetería, señal de júbilo y de alegría, y del grandísimo contentamiento de los franceses y de todos los indios.

„Y para que nadie se sorprenda de ello, diré de paso que la primera cosa que los antiguos romanos hacían en sus conquistas, era plantar sus estandartes en el sitio más eminente, para que por ello se reconociese que eran los soberanos señores y poseedores, y que seguirían siéndolo.

„¿Cuántas otras naciones no han hecho lo mismo? Y para distinguirse unas de otras, han tenido cuidado de pintar sus armas o cualquiera otra divisa particular en sus estandartes. Así se ve el águila y el minotauro como enseña de los romanos, la paloma de Semíramis como la de los asirios, y los tres halcones de Darío, para dar a entender que pretendía subyugar las tres partes del universo."



## III

La unión hispanoportuguesa y sus consecuencias para el Brasil.—La ocupación holandesa en el siglo XVII.—La administración de Mauricio de Nassau.—Expulsión de los extranjeros.—Consolidación del espíritu nacional.—Despertar de los sentimientos de rebeldía.

A pesar de todo, la Francia Equinoccial no tuvo sino una corta duración.

En los primeros años del siglo XVII, los portugueses habían llegado a considerar la colonia del Brasil como un territorio verdaderamente elástico, que se ensanchaba diariamente gracias a las exploraciones y viajes, y cuya extensión no tenía otros límites que los del continente. Los únicos rivales eran los españoles, pero éstos eran ya hermanos políticamente, puesto que los regía un soberano común para las dos metrópolis. Los conflictos entre autoridades, y aun entre aventureros de una y otra nación, se atenuaban. Los galeones de España, cargados de barras de plata, hallaban a veces abrigo en los numerosos puertos de la costa brasileña. Las exploraciones continentales, por la cuenca de los ríos y por las cimas de las cordilleras, no tenían las taxativas que imponía la línea de Tordesillas y de las convenciones concluídas después. En verdad, el sol no se ponía en los dominios de Felipe, y era un sol que circuía con su aureola de fuego el emblema del poderío español.

Y sin embargo, el Brasil llegó a ser tan poco español como lo era el mismo Portugal. Si la independencia cesó

para la monarquía, que llevaba más de cuatro siglos de disfrutarla, y que había tenido reyes como Juan I y Manuel el *Afortunado*, sobrevivió al menos la autonomía de hecho,—lo era también de derecho, según los compromisos contraídos por los castellanos,—y pienso que en as provincias de ultramar las distancias se guardaron mejor y se definieron con mayor precisión las respectivas posiciones. Y es que aun cuando la idea de una separación entre la metrópoli y la colonia fuese aún extraña a todo cálculo, y no obstante que los destinos portugueses se hubiesen identificado con los destinos brasileños, de igual modo que los sentimientos políticos brasileños tenían que ser idénticos a los sentimientos políticos portugueses, existía ya un elemento que no podía dejar de tomar incremento con el transcurso de los años y que daba a nuestra sociedad un aspecto muy peculiar, aspecto que ciertas circunstancias,—como la mezcla de razas en primer lugar,—le aseguraban ya desde entonces en su conformación física.

Hemos visto que Gabriel Soares, el colono de Bahía, recordaba con emoción la tierra de sus afanes y en la que esperaba todavía alcanzar la fortuna. Inmediatamente después de él, un autor anónimo, puesto que no estamos seguros de que fuera el poeta de la *Prosopopeya*, se enorgullecía de *su país*, en el que probablemente no había nacido, pero en el que había vivido, es decir, en donde había sufrido, gozado y amado. Este autor anónimo escribió un trabajo descriptivo como el anterior, pero en el que apuntaba cierta pretensión literaria. Lo tituló *Diálogos de las Grandezas del Brasil.*

Fijaos en el sustantivo. El autor no emplea la palabra *bellezas*. Sube más en la escala lexicográfica, y busca un término que traduce sin duda alguna toda su confianza en el porvenir de una colonia tan imperfectamente conocida todavía, pero que dejaba ver diariamente nuevos aspectos en la altivez de su naturaleza virgen, y que inspiraba ya tales pasiones.

Los interlocutores de esos *Diálogos*, que datan aproximadamente de 1618, son dos únicamente: un veterano de la colonización y un recién llegado. Este es persona de poco seso, como conviene, y además muy crédulo; se hace eco de cuanta fábula existe sobre la colonia, y sostiene los prejuicios desdeñosos del vulgo ilustrado de la metrópoli que veía despectivamente aquel país, menos por supuesto las ganancias. El otro interlocutor es maestro en todos los oficios, conocedor de todos los puertos y hasta de las selvas del interior, aunque en menor grado; amante poco delicado del paisaje, pero lleno de fe piadosa en la fortuna de una tierra tan admirable y bella; tiene por último en las palabras y en los labios el sabor de los amores salvajes.

Si no fuera por la naturalidad y llaneza de los diálogos, creeríase que fueron escritos dos siglos después, cuando las susceptibilidades entre brasileños y portugueses se envenenaron hasta el punto de poderse prever una ruptura inminente, que por lo demás, hay que decirlo, estaba plenamente justificada. La confusión de procedencia hubiera sido tanto más fácil, cuanto que en los primeros años del siglo XIX se abusó de la forma dialogada para presentar los argumentos de una tesis, condenar los sofismas y confundir a los disputantes. Esto fue precisamente lo que hizo quien desde tiempos tan remotos se ocupaba en la apología del Brasil, mostrando sus ventajas y demostrando la mala fe de sus detractores.

Los franceses habían puesto el pie, y esto sin buena suerte, sólo en dos puntos desiertos del territorio brasileño. Y al emplear la palabra *desierto*, me refiero únicamente a la población portuguesa, pues los indios vegetaban en toda la costa, aunque su número no era muy crecido. Los franceses acabaron sin embargo por abandonar un negocio ilícito, como era el del palo de tinte, negocio que declinaba a medida que se iba consumando la devasta-

ción de los bosques inmediatos a la costa, a medida que entraban en las industrias otras substancias colorantes, y cuando todo ello determinó condiciones en que las desventajas superaban a las ganancias.

Aun el comercio legítimo quedó cerrado desde que se hizo la unión ibérica, pues los españoles impusieron a las posesiones portuguesas los principios de exclusivismo nacional absoluto, propios más bien del gobierno de Madrid que del de Lisboa, lo que demuestra el hecho de que durante el siglo XVI se tolerase a los extranjeros en las ciudades y villas del Brasil, aunque sin las prerrogativas concedidas a los comerciantes de la metrópoli. Bajo este régimen de relativa franquicia, los Scheltz, de Amberes, — importante casa de comercio que rivalizaba con la de los Fugger (Fúcar), banqueros alemanes de Carlos V, así por la extensión como por la variedad de sus negocios,—poseyeron en Sao Vicente, o sea en Sao Paulo, plantaciones e ingenios.

El gran peligro de la conquista francesa había desaparecido desde la primera mitad del siglo XVII. Los ingleses no se presentaron sino individualmente en aquellas costas, como honrados corsarios, salvo algunos establecimientos más o menos ficticios que fundaron antes de mediados del siglo XVII, en la Guayana Brasileña, es decir, en la región situada al norte del Amazonas y confinante con la Guayana Francesa. El último de los establecimientos ingleses fué Cumaú, que cayó en poder de los portugueses en 1632. Por lo que respecta a la actividad característica de que hablé primero, recordaremos el saco de Santos por Cavendish en 1591, el desembarco en Recife de Jaime Lancaster hacia 1598, y el cargamento que hizo el mismo Lancaster en el puerto de Olinda, con el robo de los almacenes llenos de cajas de azúcar que debían ser expedidas a Europa, y el de las sedas, vinos generosos y otros artículos que acababan de llegar para satisfacer los apetitos suntuarios de los enriquecidos colonos de Pernambuco: segundones que se formaban un patrimonio

como el de los mayorazgos que las leyes les arrebataban en Portugal, y pecheros a quienes la pobreza arrojaba de las calles de Lisboa, ciudad en donde había tantos mendigos harapientos y sórdidos, como hidalgos perfumados y resplandecientes de pedrerías.

Los grandes vicios de la India habían sido las costumbres disolutas y el fausto que doraba la pereza. Historiadores imbuídos de las enseñanzas de Tácito, como Joao de Barros y Diogo de Couto, achacaban a esos vicios la pérdida del valor y de la fortaleza de los primeros conquistadores. Las delicias de Capua son de una generalidad geográfica completa y de una perfecta continuidad cronológica; pero debemos notar que en el Brasil, donde el viajero italiano Filippo Sassetti observaba a fines del siglo XVI tendencias hacia el lujo comprobadas por las relaciones anuales de los jesuítas, y que el *Tratado Descriptivo* de Gabriel Soares pone de relieve, la lucha por la existencia era demasiado intensa para que el efecto enervante del clima pudiese obrar de igual manera sobre todos los colonos.

Ante todo, la población indígena no era civilizada como la del Asia. O se ponía recelosa y adoptaba una actitud hostil, o bien había que disputársela a los Padres de la Compañía que se presentaban dondequiera para proteger a los indios y para reunirlos en misiones, incendiadas frecuentemente por los cazadores de esclavos con la mira de dispersar el ganado humano a fin de apropiárselo. Y además de esto, la riqueza no era como en el Oriente, de las que están al alcance de la mano, o como la que andando los tiempos se descubrió a flor de tierra en el Brasil. La tierra guardó celosamente sus tesoros durante cerca de dos siglos, lo que permitió a los señores de ella que fincasen su posesión sobre bases más sólidas y de cimentación más profunda. La agricultura creó la fortuna del Brasil, antes de que las minas diesen esplendor a su renombre de país rico.

Sin embargo, la fama del país no podía dejar de llamar

la atención de los holandeses cuando estos súbditos de España, rebelándose primero contra Roma y después contra Su Majestad Católica, creyeron posible trasladar el conflicto desde sus *polders* a la inmensidad de los océanos. Así en la Bolsa de Amsterdam como en los Estados Generales de la Haya, se comprendió que una independencia estable no debería limitarse a alcanzar la seguridad de los propios hogares, sino que era preciso atacar al enemigo en un punto vital privándolo de las fuentes que le proporcionaban los medios para prolongar la guerra, y con ella el pillaje a que se entregaban los regimientos castellanos, flamencos, milaneses y napolitanos, ya bajo las órdenes del duque de Alba, ya bajo las de Alejandro Farnesio, ya bajo las del marqués de Spinola. Se diría que con este militarismo multicolor, el monarca del Escorial trataba realmente de presentar una imagen de la Iglesia Universal en cuyo fuego purificaba sus ambiciones temporales.

Los holandeses obraron con gran cordura dando a la lucha política y religiosa el carácter marítimo que la ensanchó y le puso término, puesto que se convencieron de la necesidad en que estaban de buscar una base territorial para su naciente tráfico ultramarino, y de la consiguiente transformación de su pueblo en potencia colonialista. Abrieron una nueva jurisprudencia, de carácter internacional, oponiendo la práctica del *mare liberum* a la doctrina peninsular del *mare clausum*, defendida por un profesor portugués en la Universidad española de Valladolid, Seraphim de Freitas, en un tratado que forma juego, o más bien contraste, con el incomparablemente más famoso tratado de Grocio.

Los buques holandeses tomaron naturalmente el camino de América para hacer presa en los galeones españoles y en los navíos portugueses que volvían de allá cargados de tesoros. El nombre de Pret Heyn es popular en los Países Bajos, por haberse apoderado ese marino de la famosa *flota de la plata*,—convoy anual de las minas de

la Nueva España y del Perú,—y las canciones callejeras evocan todavía su pata de palo y su fructuosa proeza. Pero las miras con que se inició la Compañía de las Indias Occidentales, organizada por comerciantes emprendedores y hábiles, de acuerdo con el modelo de la Compañía de las Indias Orientales, se dirigieron hacia la explotación del Brasil, viendo en este país un punto objetivo semejante al que la India ofreció a la vista de los fundadores de la otra compañía.

El Brasil era en primer lugar la región menos lejana de su base de operaciones. Y en segundo lugar, los informes transmitidos a los centros israelitas de Amsterdam, obra de judíos portugueses arrojados al Brasil por los asesinatos de Lisboa, y que no se creían a cubierto de todo peligro, tanto más cuanto que la Inquisición podía perseguirlos allí, como lo había hecho en Goa,—esos informes, digo, describían la tierra ponderando su fertilidad y la falta de medios de defensa. Joao Ribeiro, el más filósofo de nuestros historiadores contemporáneos, que no desdeña ciertos pormenores, aun cuando aparentemente sean de mera curiosidad, supone que el conocimiento del diálogo de *Las Grandezas del Brasil* no sería extraño a los proyectos holandeses. El hecho es que el manuscrito de esta obra, inédita hasta nuestros días, y que trataba especialmente de las Capitanías de Pernambuco, Parahyba e Itamaracá,—que formaron justamente el núcleo del Brasil holandés,—se conservaba depositado, o más bien, olvidado en Leyde.

No es sorprendente que permaneciera inédito un trabajo tan sugestivo y tan propio para despertar la codicia, ya de suyo cada día creciente. Portugal y España guardaban con recato cuanto se refería a sus colonias. El rey Joao II, que a ejemplo del Infante D. Enrique llamado *el Navegante,* tomó tan a pechos la expansión portuguesa hacia el Africa, prohibía bajo penas muy severas que sus pilotos desmintiesen la opinión aceptada y corriente sobre las enormes dificultades de los viajes costeros a lo

largo del continente negro. En los tiempos de Dom Manoel y de Carlos V, los cosmógrafos de los dos países rivales eran sospechados de traición, y en efecto tenían un comercio clandestino de datos geográficos.

No será, pues, nada extraño que el Informe político, administrativo y social, que sirvió de complemento a los trabajos científicos de Jorge Juan y Ulloa, célebres sabios españoles, fuese impreso en Londres bajo el título *Noticias Secretas de América* después de que el imperio colonial dio nacimiento a las repúblicas independientes. Había en este informe una masa de datos que el orgullo, si no es que el honor de España, necesitaba mantener ocultos. Pero lo más grave es que un libro puramente descriptivo y económico, titulado *Opulencia y Recursos del Brasil,* escrito en el siglo XVIII por un jesuíta italiano, Andreoni, bajo el seudónimo de *Antonil,* fuera confiscado y destruído por orden del gobierno de Lisboa, y no se publicase en una nueva edición sino hasta 1838.

Las dos obras arriba mencionadas,—los *Diálogos de las Grandezas* y el *Tratado de la Opulencia,*—son de la misma categoría: lo que representa el uno para el primer siglo de la colonización, es el otro para los doscientos cincuenta primeros años. Leyendo ambos, nos damos cuenta de la riqueza real del país, y adivinamos sus riquezas latentes. Nace la admiración, y de este sentimiento al deseo no hay sino un paso, sobre todo para pueblos que buscan expansión. Se habla en esos libros de las rentas y de todos los recursos con especificación, como si se tratase de levantar empréstitos o de atraer emigrantes, y Dios sabe que el Portugal de entonces no quería ni lo uno ni lo otro. Tenía el propósito de bastarse a sí mismo, o más bien, deseaba que el Brasil le bastase, sobre todo desde que el Oriente comenzaba a salir de su dominación. En manos de los holandeses, los *Diálogos de las Grandezas* eran una encuesta consumada, que no les costaba trabajo, y que estimulaba el apetito de los *desarrapados del mar,—gueux de la mer,*—como se llamaban a sí mismos con jactancia.

El manuscrito fue llevado probablemente de Bahía, en donde se presentaron los holandeses por el año 1624, con fuerzas suficientes para apoderarse de Sao Salvador y establecerse allí como señores absolutos y tiránicos. Dispersados después de la capitulación, o fugitivos desde antes de este acontecimiento, los habitantes de la colonia se dirigieron al interior, y guiados por su obispo, quien dio muestras de más espíritu militar que los jefes del ejército, y que pagó con la vida su decisión bélica, sitiaron a su vez al enemigo por tierra. Con todo, la ocupación extranjera no cesó sino años después, cuando la gran flota hispanoportuguesa de D. Fadrique de Toledo ancló en la rada de Bahía. Si la armada más grande de todas las armadas había sido destrudía por los elementos antes que por sus adversarios, aun podía España organizar fuerzas importantes para reconquistar territorios perdidos.

Estos acontecimientos tuvieron una gran resonancia en Europa, y hay muchas narraciones de ellos en las principales lenguas; a saber: en portugués, en español, en italiano y en alemán. Yo poseo en mi colección una hoja suelta, especie de suplemento de periódico, que da al público francés, con estampas, una breve y sucinta relación de la pérdida y reocupación de Bahía, hechos palpitantes cuyo equivalente en nuestros días, sería por ejemplo, desde el punto de vista del interés que despierta, la ocupación de las Filipinas por los Estados Unidos. Además de los trabajos brasileños y holandeses, se ha escrito recientemente una relación minuciosa y fiel por el Reverendo Edmundson, publicada por la *Revista de la Sociedad Histórica de Londres.*

Sao-Salvador, que era ya una ciudad de vida fácil y abundante, sociable y licenciosa, rasgos que la caracterizaron en el siglo XVIII, cuando el sibaritismo de las costumbres llegó a correr parejas con el color local,—Sao-Salvador, digo, fue durante cierto tiempo un centro cosmopolita de primer orden, una especie de Babel europea,

en la que se reunían calvinistas de Zelandia, luteranos del Imperio, portugueses, españoles, flamencos, valones, súbditos italianos del rey de España, y aventureros polacos. Toda esta gente se entregaba a la bebida, y en sus reyertas no era raro que se acuchillase por celos de las negras. ¿Podía quejarse el Brasil de ser un país desconocido?

Aun después de haber sido expulsados de Bahía, los holandeses siguieron navegando en nuestros mares, desembarcando en nuestras costas y capturando navíos españoles y portugueses. No les bastaba esto, sin embargo, y en 1630 concentraron todos sus esfuerzos para la conquista de Pernambuco, única subsistente aún entre todas las capitales de donatario, y mal preparada por lo mismo para la defensa, o si se quiere no mejor preparada que las otras, y con los inconvenientes mayores de una administración ejercida desde lejos con espíritu cerrado a toda idea generosa.

Matías de Albuquerque,—hermano del donatario, marqués de Alegrete posteriormente, y vencedor de Montijo en la guerra de independencia de Portugal,—era el teniente gobernador, y como tal opuso una resistencia tenaz al ataque de los holandeses. Disputó palmo a palmo el feudo de su familia. Después del saco de Olinda, capital fundada por Duarte Coelho en un sonriente collado, y que no volvió a recuperar su vida de semiesplendor, vino el saco de Recife, puerto descrito con grandilocuencia en la *Prosopopeya*, y en donde los asaltantes se atrincheraron mientras que los portugueses a su vez organizaban el famoso campamento de *Bom Jesus*.

La lucha tuvo una tregua con esto, antes de renovarse y de cobrar mayor intensidad, por empezarles a sonreir la fortuna a los holandeses, desde que un mulato inteligente y activo, llamado Calabar, defeccionó y se puso al servicio de los invasores. El nombre de este Calabar es sinónimo de traición en nuestra historia, y ha dado tema a novelistas y dramaturgos. Denunciado por sus malversa-

ciones, y huyendo del castigo, el traidor sirvió a los holandeses como explorador, guía e informante, hasta que entregado por el enemigo en la toma de Porto Calvo, se le condenó a la horca.

Os haré gracia de todos los incidentes de una guerra prolongada, que ha sido magistralmente referida por nuestro historiador Varnhagen, vizconde de Porto Seguro,—conocido de los eruditos franceses, sobre todo a causa de su polémica con D'Avezac, y de sus alegaciones en defensa de los cuatro viajes de Américo Vespucio. También el general holandés Netscher ha escrito en francés un libro sobre la invasión. Hay estudios más recientes y mejor documentados, con datos del archivo de la Compañía de las Indias Occidentales y de los Estados Generales. Y hay crónicas contemporáneas,—infolios majestuosos, como la narración de Barlaeus y el poema de Plante, documentos que valen como testimonio de la perfección tipográfica alcanzada en los Países Bajos durante la era feliz de los Elzevires y de los Plantin-Moretos. Nos llevaría muy lejos el estudio minucioso de los acontecimientos, y sería superfluo en una revista general del desarrollo histórico del Brasil, tal como la que procuro encerrar en algunas conferencias,—película cinematográfica, diría yo, si no faltase en mi narración el movimiento que sólo puede comunicar la reproducción artística de la vida.

Los holandeses tuvieron entre sus mejores capitanes,—el mejor sin duda,—en el primer período de la ocupación, a un aventurero, de origen polaco, llamado Artiszewski, hombre culto, muy distante del reitre vulgar, y que por su valor y habilidad sacó gran partido de los refuerzos con que se auxiliaba a la expedición desde Europa. Los portugueses, por el contrario, no recibían auxilio de ninguna especie, y no tardaron en agotarse las reservas de hombres y los depósitos de víveres.

Era rey de España Felipe IV, cuyo favorito, el omnipotente ministro conde-duque de Olivares, dominado por

el ideal de centralización política que debía legitimar el que ejerció de hecho Felipe II con su acción, y diremos, con el genio tal vez de su naturaleza, entrometida y triquiñuelesca,—se ocupaba sobre todo en reducir a la nada los privilegios municipales y en abolir los fueros provinciales. El Brasil, que no era colonia española, sino portuguesa, poca ayuda podía esperar de Madrid. La metrópoli tenía muchas posesiones que vigilar, y ante todo debía pensar en el barrido interior de su vivienda.

No se escatimaron las expediciones navales, que tanto prodigaba España en aquel tiempo de indudable decadencia, oculta bajo una grandeza aparente; pero esas expediciones fracasaron de un modo grandioso. Podemos admirar en San Sebastián la estatua del almirante Oquendo, quien, por excepción, derrotó a su adversario el almirante Pater. Poco después, en 1640, la armada mucho más imponente del conde de la Torre, la manifestación más gallarda del esfuerzo marítimo hispanoportugués, era destruída y dispersada en una batalla de cuatro días que los cuadros de Franz Post, reproducidos en la crónica de Barlaeus—*Rerum per octennium in Brasilia gestarum*...,—dejaron grabados para siempre en sus principales episodios.

Aquel momento fue el del apogeo de la dominación holandesa en la América del Sur, que parecía eclipsar a la dominación portuguesa. El desaliento cundió entre los nacionales cuando la Compañía de las Indias Occidentales, orgullosa por su naciente imperio, y satisfecha de los beneficios que éste comenzaba a darle, confió el gobierno del Brasil holandés a un príncipe de la casa de Orange, Juan Mauricio de Nassau-Siegen, humanista y *condottiere*, distinguida figura de mundano pródigo y de soldado magnánimo que dejó entre nosotros un recuerdo tal vez no muy preciso, y más bien legendario, pero por eso mismo imperecedero, de lealtad, de honor y de generosidad.

Mauricio de Nassau desembarcó en Pernambuco dispuesto a reinar como soberano, a vivir como epicúreo y

a derrochar como pródigo. No era precisamente el hombre ideal para la Compañía mercantil, pero era el ideal propio del gobernador. Por su nombre y por su valor conseguía sin procurarlo que los hombres prácticos de Amsterdam cerrasen los ojos, a lo menos durante el tiempo de las vacas gordas, y que no parasen mientes en pretensiones que sin duda eran elemento primordial de su prestigio. Esas pretensiones, justo es decirlo, iban asociadas a cualidades más sólidas de militar y de administrador.

Bajo su consulado, la ocupación holandesa se extendió por el norte hasta englobar el Maranhao, es decir, casi hasta llegar al Amazonas, y no se detuvo por el sur sino en el río Sao Francisco, lo que cubría más de un tercio, y tal vez la mitad del Brasil entonces conocido. Acabamos de ver que la potencia marítima de la península ibérica recibió de manos de Mauricio de Nassau el golpe más terrible que se le hubiese asestado desde los tiempos de la Invencible Armada. Si se rechazó el asalto a Bahía—servicio memorable que se debe al napolitano Bagnuolo, en compensación de los primeros fracasos de este honrado general—, las colonias africanas situadas frente a las del Brasil,—Mina, Sao Thomé y Angola—, es decir, buena parte del Africa occidental, en donde se proveía de esclavos Portugal para las plantaciones del Brasil, quedaron sometidas a la autoridad holandesa.

La Compañía de las Indias Occidentales que en 1630 no poseía un palmo de tierra, diez años después tenía un imperio. De Pernambuco, que era corte de aquel dominio regio, y de Recife, que recibió el nombre de *Mauritzstadt*, irradiaba la autoridad del príncipe gobernador, con un esplendor que deslumbraba a los mismos comerciantes que se pagaban el lujo de aquel *stathouder* colonial, sin conseguir que se redujese a sus funciones de agente subalterno, por lo que empezaron a dirigir miradas inquietas hacia la residencia lejana del héroe de tantas victorias, y lo que para ellos era peor, depositario de tanta prudencia, señor de tanta munificencia y caballero de atributos tan

seductores. El empleado era en efecto superior a sus patronos, y era a la vez superior al medio en que actuaba, medio que él quiso poner a la altura de su notable inteligencia y de su espíritu liberal.

No se contentó Mauricio con llevar soldados y armas. Como soberano ilustrado, partió acompañado de un grupo de escritores, de sabios y de artistas. Los escritores se dedicaron como era natural a elogiarlo, y no podían hacer otra cosa, puesto que su Mecenas les daba materia para el panegírico y hechos para la historia. Los sabios estudiaron con dedicación y competencia el clima, la fauna y la flora, que eran novedades para Europa. Entre esos sabios se hallaban Piso, médico holandés, y Markgraf, naturalista alemán. Estos dos hombres compusieron la *Historia Natural del Brasil*, de la que hay dos ediciones elzevirianas, y que no sólo es considerada como obra clásica, sino que goza de la consideración de obra fundamental,—tronco del que parten las ramas, cubiertas después de hojas, flores y frutos, que forman la literatura científica del Brasil. El volumen no contiene sino una pequeña parte de los trabajos de Markgraf, perdidos casi en su totalidad.

Los fenómenos meteorológicos, las observaciones astronómicas, y entre éstas las relativas al eclipse solar de 1643, para las que se sirvió del observatorio fundado por su protector, los estudios de geografía matemática y los trabajos de geodesia destinados a la formación de las primeras cartas terrestres de aquellas regiones, la nosología local, las costumbres de los indígenas, la vida de los animales no conocidos y las características de las plantas extrañas a la antigua botánica, formaron los numerosos e interesantísimos temas a que se consagraron aquellos dos sabios. Uno de ellos, Markgraf, víctima de la fiebre, murió en plena juventud, en Angola,—Africa occidental,—adonde se había trasladado para continuar sus investigaciones; pero Piso llevó a término la publicación de la obra común, en la que, sin embargo, cada autor tiene

una parte distinta. Fue el mismo caso que se repitió dos siglos después con los sabios bávaros Spix y Martio, exploradores de una gran parte del Brasil, que estudiaron las lenguas indígenas, las condiciones climatéricas, las singularidades de la vida animal, las maravillas vegetales y las riquezas del mundo mineral. Spix murió al regreso, agobiado por la fatiga; pero afortunadamente Martio pudo sobrevivir para disponer los materiales de la colosal *Flora Brasiliensis*, que es uno de los monumentos científicos de nuestra edad.

Los pintores que acompañaban a Mauricio, conde de Nassau-Siegen, ministraron los primeros documentos artísticos del país, reproduciendo con la fidelidad de la evocación, ya que no con la amplitud de ejecución que poseía en tan alto grado la escuela holandesa de aquel tiempo, ejemplares de razas indígenas, y los animales y plantas que el naturalista europeo acogía con tan legítima curiosidad. Uno de los castillos reales de Dinamarca y la Biblioteca real de Berlín, conservan la mayor parte de aquel legado artístico, que fue vendido parcialmente, en un momento de apremio, al elector de Brandeburgo. Lo demás, que no se sabe en dónde está, fue enajenado a vuestro rey Luis XIV, quien visitó la colección, acompañado de su corte, según testimonio de los documentos contemporáneos.

Después de su regreso a Europa, Mauricio de Nassau tuvo tiempos felices y tiempos de adversidad. Su naturaleza dada a la prodigalidad, se ostentó en Pernambuco con dos residencias, un palacio dentro de la ciudad y una casa de campo, en donde había jardines magníficos, casa de fieras, pajareras, viveros y plantíos, y en donde daba torneos y otras fiestas que asociaban la exuberancia de la kermesse flamenca y el exotismo pintoresco de ultramar. El palacio en que se halla instalado actualmente el museo de pintura de La Haya,—*Mauritshuis*,—fue también construído por él, para su futura morada. La obra se hizo durante el tiempo que permaneció su dueño en el Brasil, y

de allí envió para ella las mejores maderas, escogidas en bosques productores de los árboles preciosos más raros.

Las malas lenguas,—que no faltan en ningún tiempo,—daban a ese palacio el nombre de la *Casa de Azúcar*, manera de insinuar el origen de los beneficios de su dueño. ¿No estaba el gobernador pagado por la Compañía, e interesado, según contrato, en sus ganancias? La Compañía fue tan poco sensata que aceptó la dimisión, impuesta casi al gobernador por la mala voluntad y la desconfianza que le mostraba el Consejo. Nadie sino la Compañía sufrió las consecuencias de haber desconocido los actos de una administración tolerante. Mauricio de Nassau no persiguió a los católicos, pues aun cuando él perteneciese a una familia ligada con la Reforma, y que personalmente se hubiese mezclado en el torbellino de las guerras religiosas, tenía ideas demasiado elevadas para no comprender la conveniencia de convocar a una especie de asamblea regional, embrión parlamentario, en el que los asuntos públicos fueron discutidos con toda libertad, y en el que se dio franca expresión a las quejas y deseos del pueblo, para que llegasen a oídos de las autoridades holandesas.

Lo que ha hecho Inglaterra para el Africa del Sur, con aplauso del mundo entero, dando una constitución autónoma a un país dividido la víspera por los odios de una guerra sangrienta, pretendió hacerlo aquel príncipe de Nassau en el siglo XVII, en medio de una lucha, y para una sociedad a la que era extraño por la lengua, las costumbres y el espíritu. ¿No merecía, por lo tanto, que Napoleón I le concediese el honor de la restauración de su tumba en Cléveris, donde murió Mauricio siendo gobernador, y en donde las guerras del Rhin llevaron la destrucción hasta al propio sitio de su reposo final?

Mauricio de Nassau tiene derecho para ser considerado como un modelo de gran administrador y aun de gran político, porque en una época de despotismo y gobernando un país conquistado, estuvo siempre dispuesto a escuchar las quejas y peticiones de los nacionales. Así fue

cómo, con su aprobación, los colegios, que reemplazaron a los ayuntamientos de origen portugués, fueron organizados con miembros holandeses y brasileños. Naturalmente los altos empleados de la administración, los consejeros de gobierno y los burgomaestres eran holandeses. El príncipe sin embargo escuchaba las opiniones de muchas personas del país, que estaban cerca de él, y seguía sus consejos. Algunas de esas personas formaban parte de su círculo de amigos, como el mercader João Fernandes Vieira, quien se enriqueció asociándose a un judío holandés, y el religioso Manoel de Salvador que prestó los auxilios espirituales al traidor Calabar en sus últimos momentos, y escribió una crónica interesantísima, en estilo llano, obra extraordinariamente agradable junto a tantas otras contaminada de gongorismo. Salvador prestó tales servicios a la Iglesia Católica, gracias a su amistad con el gobernador general, que el Papa le dirigió una carta de agradecimiento.

Es natural que se haya exigido del clero brasileño el juramento de fidelidad a la soberanía de la Compañía de las Indias Occidentales, pero en cambio se concedía la libertad más amplia al culto romano, y se le dejaba a la Iglesia una independencia absoluta en el manejo de sus bienes. Mauricio de Nassau cuidó de la construcción de iglesias, y cuando la intolerancia de los predicadores calvinistas pretendió que se impidiera la práctica de las procesiones públicas, el gobernador se puso del lado de los católicos.

Si a la vez no se hubiese prohibido a los israelitas que construyesen sinagogas y que se entregasen a la propaganda del judaísmo, obligándolos a mantener su culto dentro del recato más estricto, podría decirse que el Brasil había ya realizado entonces la conquista de la libertad religiosa que hoy le da títulos para una satisfacción muy justificada. La tolerancia del príncipe, en efecto, era obra directa de su propia cultura, y a cada paso tenía que vencer los obstáculos con que se le oponían empleados

subalternos y mercenarios del servicio militar ultramarino. Hoy la tolerancia es el resultado de un equilibrio a que se ha llegado por un esfuerzo imparcial y por la reflexión de todos los asociados.

La tregua religiosa que se alcanzó mediante la equidad manifestada por el gobernador general, no eliminó sin embargo las prevenciones ni estableció la conciliación entre los dos pueblos. Durante el cuarto de siglo que se sostuvo la dominación holandesa, hubo a todo rigor un centenar de matrimonios entre holandeses y brasileñas, pero ni uno solo de brasileño con holandesa. Las dos nacionalidades mantenían una línea de separación, y ésta era tan profunda que en un brillante torneo imaginado por Mauricio de Nassau para celebrar la proclamación del duque de Braganza como rey de Portugal, las dos cuadrillas se presentaron ante las damas brasileñas, holandesas, francesas e inglesas, según la enumeración del P. Manoel de Salvador, por un lado los brasileños vestidos de terciopelo negro, a la española, y por el otro lado los flamencos, nombre con que eran designados los holandeses, llevando justillos de colores brillantes, pero unos y otros eso sí, muy elegantes y montados en caballos de pura sangre.

El regreso del conde de Nassau-Siegen a Europa fue la señal de la decadencia para los holandeses. El gobernador se embarcó, según la voz pública, lleno de resentimientos, en 1644, y diez años después, Pernambuco capitulaba, lo que por otra parte no fue sino una simple fórmula, pues desde 1648 las fuerzas de ocupación habían quedado casi desbaratadas en las dos famosas batallas de los montes Guarapes. La derrota no era cosa que pudiera sorprender. Los sucesores del gobernador,—un triunvirato de burgueses obreros,—mantenían el espíritu de la más severa economía en los gastos del ejército para restaurar la maltrecha hacienda de la Compañía.

Pero un orden basado en la cicatería de trastienda era incapaz de producir buenos resultados entre las bandas mercenarias de combatientes que una mano firme y generosa de príncipe con alma de héroe, había sabido sujetar dentro de la disciplina, fieles a un pabellón mercante. Desaparecida aquella influencia benéfica, el nuevo gobierno mostró en toda su desnudez la codicia, fin esencial de su administración, y como los hombres que trabajan empeñosamente por dinero, acostumbrados a no oir sino el lenguaje del interés, pierden todo su fuego y todo su valor en los días de la adversidad, la Compañía careció de servidores abnegados. En el campo contrario se había realizado un acontecimiento de la mayor importancia,—un hecho moral muy significativo: tal fue la separación de Portugal y España, que devolvió a aquella nación su antigua independencia. La escisión disipaba resentimientos, hacía renacer esperanzas y despertaba un patriotismo que había estado adormecido solamente.

No habían transcurrido aún dos años desde la partida del príncipe, cuando se produjo un levantamiento de plantadores arruinados, a quienes la Compañía de las Indias Occidentales exigía un reembolso de sus deudas hipotecarias, amenazándolos con el embargo y remate de las fincas gravadas. Este levantamiento se propagó con la rapidez del incendio en un henar. La miseria en perspectiva, el odio por las ofensas sufridas durante largo tiempo y el sentimiento religioso excitado por las persecuciones, formaban los elementos de esta insurrección, afirmación primera, segura e irrecusable de la unidad, y aun me atrevería a decir, de la nacionalidad brasileña.

Ya no era Portugal, era el Brasil quien se insurreccionaba y hacía frente a Holanda. Muchos oradores de guardacantón han emitido esta observación mucho antes de que el sabio Martio publicara su ensayo sobre la interpretación de la historia del Brasil, y han dicho que las diferentes razas mezcladas bajo nuestro cielo tomaron una participación gloriosa en el restablecimiento de la autoridad portuguesa.

Colonos de Portugal, brasileños de nacimiento, indios y negros se unieron para combatir al enemigo, y rivalizaron en valor durante veinte años, mientras el rey Joao IV, se veía amenazado en la frontera portuguesa por las tropas de España, y temiendo a cada instante ver una flota holandesa en la desembocadura del Tajo, sin contar entretanto con otro apoyo que el platónico de Richelieu. ¿Qué hacía el rey? Aconsejar, por lo menos públicamente, la sumisión de los portugueses de ultramar a los holandeses.

Cuando después de la victoria definitiva, los representantes de las cuatro clases de la población fueron condecorados y ennoblecidos, la metrópoli reconoció tácitamente todo lo que debía a esas clases y a cada una de ellas en particular para la conservación de su imperio americano. Los condecorados y ennoblecidos fueron: el rico mercader Fernandes Vieira, quien había emigrado en su juventud de Madeira; el maestre de campo Vidal de Negreiros, originario de Parahyba; el cacique indio Camarao, y el capitán del *Regimiento de Negros*, Henrique Dias. Estas recompensas eran un reconocimiento de las partes constitutivas de la gran nación que Portugal había fundado y que se mostraba ya capaz de defenderse antes de poder bastarse a sí misma.

Honrando a esos hombres, la corte de Lisboa se honró a sí misma, porque europeos, indios y negros le habían guardado una lealtad a toda prueba, y porque la unión de esos europeos, indios y negros en un sentimiento que debía sobreponerse a todas las conveniencias y seducciones, hacía de la metrópoli portuguesa el objeto supremo de la actividad de todos ellos. Los casos de apostasía religiosa o política fueron muy raros en unos y otros. Entre los portugueses el más famoso, a la vez que el menos conocido en su intimidad, hasta la publicación del proceso seguido por la Inquisición, fue el del padre jesuita Manoel de Moraes, erudito que había especializado el dialecto tupi, y que conducido a Holanda, se hizo calvinista y se

casó dos veces, lo que no le impidió volver más tarde a su religión y a su celibato, escapando a los suplicios y al auto de fe por la sinceridad reconocida de su arrepentimiento.

Los honores concedidos por el rey a los jefes de la Restauración de Pernambuco fueron recibidos con extremos de reconocimiento, como era de suponer. Joao Fernandes Vieira, a quien un fraile que escribió su biografía, llama el gobernador de la divina libertad, se dirigía al rey en 1672, en un documento inédito aún, dándole las gracias por el nombramiento de inspector de las fortificaciones de Pernambuco, y le decía: "Desde que comencé a servir a Vuestra Alteza, he justificado siempre con mis actos cuanto decía con mis palabras, y sólo alimentaba la esperanza de deber a la munificencia de Vuestra Alteza la satisfacción de algunos honores, no necesitando de riquezas, por lo que doy gracias a Dios. Y si los empleos que Vuestra Alteza se dignó confiarme producen algún sueldo, gastaré el cuádruplo de éste en servicio del Rey. Por lo que respecta a la disposición de servir, si tiene que ser la de un anciano de setenta años, el ardor del corazón igualará al de un joven."

Estas altivas palabras fueron escritas cuatro años después de haber sido reconocida la independencia de Portugal por España, y doce años después de la orden dada por la reina regente para que Francisco de Britto Freire se encargase del gobierno de Pernambuco para que preparara allí la instalación de la familia real de Braganza. Habían pasado los momentos de desesperación en que Portugal, atacado por las tropas españolas y acosado por las fuerzas navales holandesas que le arrebataban una a una sus posesiones orientales, no tenía otro sitio en donde poner la vista sino el territorio de Pernambuco, reconstituído en su grandeza primitiva por los propios pernambucanos.

La influencia ejercida por la ocupación holandesa del Brasil septentrional fue nula, puesto que no le sobrevivió.

Sus vestigios desaparecieron rápidamente. No quedaron rastros de la arquitectura, ni de la economía agrícola, ni de la estructura social. Aun el recuerdo de aquella raza extranjera pasó pronto, si se exceptúa la glorificación literaria de la expulsión. Todo ello es testimonio de la fuerza de resistencia del elemento portugués, cuya facultad de adaptación, bien conocida, se acomoda a las regiones más frías y a los climas ardientes.

Algunos nombres patronímicos, ligados a propiedades o vinculados por alianzas de familia, es lo único que ha quedado de la ocupación, aparte del sentimiento más acentuado de independencia y de orgullo en el Brasil de los tiempos coloniales. Así pasó la dominación efímera de la Compañía de las Indias Occidentales. La exaltación moral que resultó de esto, procedía únicamente de sentimientos reflejos. Lejos de provenir directamente de gérmenes políticos abandonados por los demócratas del otro lado del Escalda, derivaban del estado de espíritu determinado en los vencedores por el éxito de una lucha desigual y feliz.

La libertad de que hacían ostentación los *senhores d'engenho*, grandes plantadores de Pernambuco, verdaderos aristócratas por el origen, las maneras y el fausto, no era otra cosa que la satisfacción de obrar a su antojo, y de dominar a todo el mundo, desde el burgués comerciante hasta el capitán general. En 1666 llegaron al extremo de apoderarse de un gobernador y embarcarlo para Bahia, sólo porque no se mostró complaciente con sus caprichos. Souchu de Rennefort en su viaje a Madagascar con M. de Mondevergue, gobernador general y almirante de la Francia Oriental, y que tuvo que hacer escala en Recife, fue testigo accidental del episodio, que cuenta de este modo breve:

"El 31, día del mes de agosto, al salir de la Iglesia parroquial, adonde había ido para acompañar al Santísimo Sacramento, fue detenido el gobernador, y a la vez lo fue el Sr. D'Andrade. Cuarenta personas lo vigilaban desde hacía cuatro meses para apoderarse de él, y por

fin, viéndolo en escasa compañía, pidieron el Viático para un hombre que no estaba enfermo, pues como es costumbre acompañar al Diviníśimo cuando lo encuentran al paso, y hacen esto hasta las personas de más alta alcurnia, calcularon bien, que si el Viático iba por el barrio en donde estaba a la sazón Dom Mandocio, éste lo acompañaría, como sucedió en efecto, y a la vuelta fue rodeado por los que se habían propuesto aprehenderlo..."

Empicados en este juego, los señores pernambucanos intentaron en 1711 un verdadero movimiento revolucionario, por haber querido la Corona portuguesa dar franquicias municipales a la ciudad de Recife, cuyo tráfico prosperaba, con lo que venía a menos la capital Olinda. Esta capital era el refugio de los hidalgos, y tenía enemistad con la ciudad de los negociantes, que según aquéllos, ejercía un sistema de explotación, y que en todo caso atraía sobre sí el odio de que son objeto los acreedores. El levantamiento de la nobleza, a la que acompañaron sus clientes, fue en un principio feliz, y en una asamblea constituída por los terratenientes y por los burgueses, se propuso el establecimiento de una república aristocrática, "como la de Venecia", según la expresión de los iniciadores de la idea. Prevaleció, sin embargo, el sentimiento de fidelidad, y los culpables no lograron escapar a las penas de deportación y confiscación.

También se habló, aunque vagamente, de transferir el juramento de fidelidad a otro soberano, al de Francia principalmente, como consecuencia del estado de guerra que existía entonces entre ambos países, y como resultado de los ataques de Lecrec y de Duguay-Trouin contra la capital del Brasil.

Esto debía reproducirse más tarde, digámoslo de paso, en las colonias americanas de España. La nobleza criolla formaba el núcleo de antagonismo contra la metrópoli. De su seno salían los defensores más celosos de la separación política, que pagaron con su sangre el sentimiento de fidelidad a los ideales de independencia nacional.



La conquista del interior durante la época colonial.—Los *bandeirantes* paulistas y su grande obra.—El español como enemigo.—La determinación de los límites.

Hemos hablado del Brasil septentrional, y de la invasión holandesa. Aquel Brasil era una fachada sin fondo. Hoy vamos a estudiar, por el contrario, un Brasil conquistado en el interior.

Hemos visto en el norte una sociedad aristocrática, y sin embargo ya revolucionaria. En el sur del Brasil había una situación totalmente diversa, más desorganizada aparentemente, pero en realidad más libre. Los *mamelucos*, nombre que se daba a los mestizos de español e indígena, habían realizado en Sao Paulo, al comenzar el siglo XVIII, una obra de grande aliento y de trascendencia sobre todo. El famoso historiador portugués Oliveira Martins, ha comparado la guerra de restauración de Pernambuco a la guerra heroica de Troya, y ha llamado a aquélla *la Iliada brasileña*. Podríamos añadir que las proezas de los paulistas son una verdadera Odisea terrestre.

El académico brasileño Arturo Orlando, decía recientemente en el Congreso Geográfico de Sao Paulo que el *bandeirante* era una reproducción histórica del aventurero griego que salía en busca de esclavos y del vellocino

de oro. Pero agregaba con mucha exactitud que el hombre de las selvas no puede poseer esa imaginación, todo sonrisa, del que recorre llanuras cubiertas de césped o visita playas arrulladas por un mar sereno. La selva ensombrece el espíritu, y lo pone tenebroso como es ella. Venus no habría podido salir de las ondas sino acariciada por el sol, y el *Caipora* o *Currupira* sólo viene al mundo en el fondo de una espesura sombría.

No me dirigiréis preguntas sobre Venus, pues sois hijos predilectos de la civilización grecorromana, pero sí me preguntaréis qué cosa es el *Caipora*. Afortunadamente puedo responderos con la novela brasileña *Canaan*, traducida recientemente por M. Clément Gazet, en donde se habla de este mito popular brasileño, es decir, indígena en parte por su inspiración. "En la leyenda del Currupira, aparece un mundo nuevo. Es el alma del arriero del Maranhao. En el bosque tenebroso se esconden las fuerzas eternas de la naturaleza que espantan, y cuyo símbolo es la divinidad errante, alma de los árboles, fuerza de las fieras adormecidas por el sopor tropical y protectora de la naturaleza contra su enemigo perpetuo: el hombre. Espanta, se venga, se apacigua y se transforma en mil figuras, como la del niño malicioso, que es su encarnación favorita, la del animal o la del vegetal, es decir, la astucia o la fuerza, según las circunstancias..."

Y en la novela de Graça Aranha *Milkau*, el emigrante alemán, todo bondad y ensueño, en contraste con Lentz, todo acción y fuerza, piensa en lo que acaba de saber de labios del mulato, cuando éste le describe de una manera pintoresca el pilleulo inquietante y deforme que defiende la espesura y que lo castigó apretándolo en un abrazo diabólico.

Cuando mencionaba, hace algunos instantes, las bandas febriles y obstinadas que dilataron los límites del Brasil primitivo, no me refería al resultado más conocido de su epopeya, esto es, al descubrimiento de las minas, que se efectuó hacia fines del siglo XVII, sino a la conquista del

interior en sí misma, hecho que es digno de comparación con la defensa exterior de que ya he hablado.

Las piedras preciosas y los metales sirvieron, no debemos negarlo, de atracción como la del imán, para llevar exploradores a las regiones ignoradas, y una vez allí, para conducirlos hasta los puntos menos accesibles. Nueve entre diez de los que atravesaban el Océano, soñaban sólo en los tesoros de Golconda. El oro y la plata de los Incas habían confirmado la existencia de riquezas minerales en la América del Sur, y cada cual procuraba llegar antes que sus competidores. Las *entradas* comenzaron desde el siglo XVI, y se dirigieron principalmente, ya que no de una manera exclusiva, al país comprendido entre el Sao Francisco, la gran arteria fluvial brasileña en toda su extensión, y el puerto de Sao Vicente, que es la sección del Brasil tradicional, el núcleo del Brasil histórico.

Muchas de las rutas de entonces no han sido restablecidas sino hasta nuestros días, merced a pacientes y sagaces investigaciones geográficas, porque difiriendo las denominaciones, hay que proceder en la reconstitución por medio del examen topográfico y de la comparación de los parajes con las antiguas descripciones. Las expediciones frustradas, que fueron muy numerosas, no dejaban huellas durables, quiero decir inmediatas. El conocimiento geográfico del país, y la toma de posesión que siguió a ese conocimiento, no parecieron resultados suficientemente importantes para que se olvidara la desilusión que hubo de producirse sobre el fin directo de las exploraciones, que era la mineria.

Los vencedores del desierto, descubridores de un nuevo mundo que había permanecido envuelto en un velo ante los ojos de los primeros navegantes, iban unos en pos de otros, humildes obreros de una gran nación, y dejaban perdidos su esfuerzo y su nombre, por esquivez de la fortuna y de la fama, compañera de ella, que sólo tenían halagos para los combatientes del litoral. La historia

es mujer, y por lo mismo tornadiza; se deja seducir por lo que brilla, y no resiste a la fascinación de la gloria militar. Durante mucho tiempo no se ha ocupado, pues, nuestra historia, a lo menos con preferencia, sino en las proezas de la guerra, que por desgracia ocupan un lugar muy espacioso en los anales humanos, pero que no son todo en la sociedad. Capistrano de Abreu es uno de los que más se han esforzado, entre nuestros escritores contemporáneos, para que se conceda la debida atención a las exploraciones, registro de la formación del país y tela de su historia social, no menos interesante que su historia política.

Esas exploraciones no dejaban por lo demás de ser violentas a veces. Había que luchar contra los salvajes, perseguidos en sus guaridas. Había que luchar sobre todo contra la naturaleza. Y esta lucha no era la menos penosa. Imaginemos la intrepidez que se necesitaba para alejarse de los lugares habitados, en pequeños grupos, y la resistencia física indispensable para subir montañas de vegetación inextricable, para navegar en ríos sembrados de escollos e interrumpidos por cascadas peligrosas, para defenderse de las fieras, de la mordedura de las serpientes y de las flechas de los indios, sin contar en absoluto con los recursos modernos de la higiene, del vestido, de las armas y de las provisiones. Los elementos conocidos del problema eran los peligros, y la incógnita, la riqueza deseada.

Es verdad que los audaces se resarcían cuando no lograban su objeto, trayendo indios por millares para el trabajo de las plantaciones de la costa. A esto se llamaba rescate. No había tal rescate, pues los únicos que verdaderamente rescataban almas eran los misioneros, quienes elevaban al indígena a la altura de su propia fe. Los *bandeirantes* rescataban cuerpos, salvando a los que ellos pretendían sacar de la condición de prisioneros, condenados a los festines del canibalismo en el seno de tribus enemigas. La sociología nos enseña en efecto que la es-

clavitud es un progreso respecto del sacrificio humano.

He empleado muchas veces una expresión completamente brasileña, que no tengo la pretensión de imponer al vocabulario francés, a pesar de que en él se encuentra una palabra que tiene el mismo sentido y la misma filiación ibérica, palabra a la que los *Trofeos* de José María de Heredia bastarían para darle carta de ciudadanía. La expresión es muy nuestra e intraducible en esta acepción. Los viajes más antiguos hacia el interior llevaban el nombre exacto de *entradas*. Cuando las *entradas* se convertían en expediciones más numerosas y menos desorganizadas, recibieron el nombre de *bandeiras*, o sea banderas. Suponíase, y con razón en la mayoría de los casos, que los aventureros se formaban en bandas,—*bandeiras*,— y se ponían bajo la enseña de un jefe a quien juraban obediencia, y que se imponía por el valor, la fuerza o la experiencia. Partían en caravana, mezclándose los adultos, los ancianos, las mujeres y los niños, y llevando consigo cuantos animales podían, ya para el transporte, ya para la alimentación. Nuestra historia los evoca, resignados a no ver más la costa desde donde tendían sus miradas sobre el mar; dispuestos de antemano a sufrir todas las penalidades; guiados en su ruta por la brújula o por las constelaciones; recogiendo al paso leyendas y noticias de todo orden; acampando para plantar maíz si se acababa la caza; derribando árboles gigantescos para construir canoas o almadías y avanzar por los ríos; crueles con los indios si éstos no se incorporaban a la caravana y la auxiliaban; por último, luchando los unos contra los otros, y perpetrando en estos conflictos los asesinatos más alevosos, originados por la codicia, los celos o la venganza.

Uno de los precursores que abrieron la vía de los cazadores de indios, merece que se le recuerde muy especialmente porque presenta los caracteres de un tipo novelesco. Sólo su apodo es ya un título que Dumas hubiera aprovechado. *El Párroco del Oro*, como se le llama-

ba, era célebre por la pasión con que se dedicaba a la alquimia, de la que no sacó sino amarguras y muy serias complicaciones en el Tribunal de la Fe. Sabido es lo que fue para la Edad Media, y aun para los tiempos del Renacimiento, la mezcla de ciencia y fantasía que buscaba entre otras cosas la transmutación de los metales, y que hizo de sus adeptos los visionarios de la química. El Padre Antonio de Gouveia fue durante toda su vida un alquimista incorregible y un ocultista impenitente. Tanto en Italia donde estudió e hizo la guerra, como en el Brasil, adonde se le trasladó su residencia como deportado, se ocupó en organizar expediciones para buscar minas, y en el fondo reducía toda su actividad a la magia. Jesuíta durante algún tiempo, tuvo que salir de la Compañía, impulsado por su obsesión, en la que había una buena parte de charlatanismo, y también,—¿por qué no decirlo?—de intención fraudulenta. Obtuvo el puesto de astrólogo oficial y pensionado de una alta dama, muy ilustrada, hermana de Martím Affonso de Souza, el encargado de inspeccionar la costa del Brasil antes del establecimiento de las Capitanías feudales.

En la casa de la dama se había instalado el laboratorio del alquimista, con sus hornos y sus retortas misteriosas. En ese laboratorio se buscaba la piedra filosofal, se hacia la destilación de plantas milagrosas y se encontraba la fórmula para más de una pomada eficacísima en el tratamiento de ciertas enfermedades o en la corrección de ciertas deficiencias de la naturaleza humana. No podría describiros todos los episodios de la vida aventurera de aquel místico que tenía más aún de mistificador, lo que no le impedía en ocasiones levantar su estatura hasta parecer un investigador libre, en lucha con la ciencia oficial de su tiempo. Con más imaginación y actuando en un medio menos desconfiado, el Padre Gouveia habría podido ser una especie de Fausto portugués. Pero en el Brasil, adonde llegó maniatado, sólo se le conoció por su codicia y sus imposturas. Era una sociedad que carecía

de los refinamientos de la europea, y la magia parecía admirable *ad usum hominis silvestri.*

Nuestro primer cronista Fray Vicente do Salvador, cuenta que el *Párroco del Oro* se dirigió hacia el interior de Pernambuco en compañía de treinta europeos y doscientos indios para entregarse a la propagación del evangelio, y sobre todo a la busca de metales preciosos. Su método de evangelización predilecto era la captura violenta de indios, a los que bautizaba sin enseñarles la doctrina, pues sólo quería tener esclavos cristianos. Sin embargo, recurría también a los sortilegios, y con ellos atraía a las tribus amigas, que eran después reducidas a la servidumbre. Si hemos de creer a los jesuítas, enemigos suyos, los tales sortilegios no pasaban de actos vulgares de prestidigitación.

El donatario, hijo del fundador Duarte Coelho, protegía al P. Gouveia, y con esto naturalmente le venía la buena disposición de los principales habitantes de la Capitanía, así es que cuando los jesuítas persuadieron al obispo de Bahía de que lo aprehendiese la autoridad eclesiástica de Pernambuco debía proceder, esto no se logró fácilmente, y trajo consigo reyertas entre misioneros y colonos. Había odios muy vehementes, y a la menor coyuntura tenía que producirse un grave conflicto. El canónigo que desempeñaba las funciones de auditor, insinuaba en su informe a los inquisidores, que era muy inconveniente para el Brasil la afluencia de gentes que supieran tantas cosas, y con muy bien juicio indicaba que la colonia era hostil á las querellas y persecuciones religiosas. "Confieso, escribía, que los negocios de la Fe no tienen aquí la importancia que se les da en nuestra tierra, y que nadie está dispuesto a romper lanzas por la gloria de Dios, como hacen los cristianos."

Como quiera que sea, la Inquisición, establecida en Lima, y que funcionaba asimismo en Goa, la capital de las Indias, fundada por el gran Affonso de Albuquerque, no existió jamás en el Brasil. Esto no impedía que muchos

judíos o cristianos nuevos, como se llamaba a los israelitas bautizados, muriesen en los calabozos o en el quemadero de Lisboa. En éste murió a los treinta y cuatro años de edad, un brasileño de notable talento dramático, en el auto de fe de 1739.

Antonio José de Silva imitó a Molière y a Regnard, pero tenía una originalidad y una riqueza de expresión que parecían inagotables. El género que cultivaba este hombre infortunado era la ópera, como la entendían los portugueses de entonces, o sea como una comedia de orden inferior o una tragedia clásica rebajada al nivel de una farsa. Para tener una idea aproximada de lo que era aquélla, recordemos *La Bella Elena* u *Orfeo en los Infiernos*. Se daba una interpretación desenfadada a las tradiciones mitológicas, y se empleaba una audacia de forma que pasaba de los límites del decoro. Faetón, por ejemplo, dice en una de esas piezas que a veces la tiranía es el primer escalón para ascender en la vida. En *El Laberinto de Creta* se aconseja a una princesa que una la severidad a la indulgencia como medio de buen gobierno. Ella responde a la que le da estos consejos: "Es inútil aprender máximas de gobierno. Si soy princesa, habrá que soportarme, ya sea mi genio suave, ya sea el más agrio del mundo."

El autor dramático apeló para la parte musical a las melodiosas *modinhas* populares de la patria lejana, que para él era el Brasil, y daba con ellas atractivo a la intriga de sus obras. La *modinha* brasileña fue acogida con pasión por todas las clases portuguesas, altas y bajas, durante el siglo XVIII. Era una regresión de temas líricos emigrados en tiempos remotos, transformados por las influencias de la exótica vida tropical.

Partiendo de Sao Paulo, las *bandeiras* seguían las sendas abiertas en los bosqus inmensos de la zona marítima, o navegaban sin dificultad por los ríos, según las indicaciones que había en las cartas geográficas para evitar el peligro de las cascadas. Pero una vez fuera del dominio

conquistado por las exploraciones anteriores, iban guiadas por el instinto a la región del oro y de los diamantes. ¿Qué otra cosa sino el instinto llevó a la altiplanicie boscosa de Minas Geraes a los precursores, aquellos precursores de las *entradas* de Bahía y de Espíritu Santo, dos provincias formadas de cuatro Capitanías? Minas Geraes fue en el siglo XVIII el núcleo de la vida brasileña, gracias a la explotación minera.

La geografía parecía indicar la dirección del movimiento expansivo. Por una curiosa anomalía, los ríos de la región situada entre Sao Paulo y el Paraná, corren del litoral hacia el interior, como una predestinación para que llevasen a los aventureros. Lo más difícil de la empresa era escalar la cadena montañosa de la costa. Una vez arriba de ella, la extensión de las planicies invitaba a recorrerlas, pues los ríos no abren cauces profundos, y el único obstáculo que presentan es el de las escolleras y el de las cascadas. De oriente a poniente, en dirección de Minas Geraes, el descenso es continuo, si bien la rampa se va suavizando, y no toma el nivel de la costa, pues antes bien mantiene uno relativamente elevado, lo que le permite prolongar hacia el norte la mesa de las grandes planicies. Los ríos corren, ya en torrentes hacia el Océano, y estos fueron los que encontraron las primeras *entradas* del siglo XVI, ya hacia el cauce del Sao Francisco, el río histórico por excelencia del Brasil, y que no toma la dirección de la costa, bruscamente eso sí, hasta indicar a los exploradores el camino de los ilimitados campos del interior de Pernambuco y del Piauhy, cuyas riberas habían detenido a los invasores.

Esto indica que los *bandeirantes* de Minas Geraes tenían que avanzar por fuerza en la dirección del nordeste, y lo hicieron, puesto que al atravesar la parte elevada de Minas y las tierras altas de Bahía, llegaron a los campos del Piauhy, abajo del Maranhao, en donde encontraron a los exploradores que habían subido sucesivamente de las riberas del Sao Francisco, a quienes ayudaron para que

introdujeran los grandes rebaños de ganado mayor que forman todavía su principal riqueza. Y avanzaron también hacia el noroeste, puesto que encontraron oro en las planicies inocupadas de Goyaz y en la inmensa extensión de Matto Grosso, en donde tienen su origen las grandes cuencas hidrográficas de la América del Sur, esto es, la del Paraguay y la del Amazonas. Por último, también avanzaron hacia el sudoeste, puesto que rechazaron a los españoles de la ribera derecha del Paraná, convertido así en río nacional, por lo menos en buena parte, y anexaron al Brasil una de las secciones más fértiles y admirables de su enorme dominio.

El español fue en el siglo XVIII,—y ya lo era desde la segunda mitad del XVII,—un enemigo, el enemigo más bien, pues personificaba el obstáculo para la expansión, para la marcha hacia el Oeste; que fue nuestra dirección mucho antes de que la tomaran los americanos del Norte. Debe observarse que retenidos en las planicies de los Andes por la riqueza minera cuya explotación era allí tradicional, los españoles no atendieron a nuestra expansión, y que cuando se dio la voz de alarma ya era tarde, pues los invasores habían avanzado mucho en su primer impulso.

El general Gordon, que no se mordía la lengua,—era uno de esos ingleses, como Sir Richard Burton, que saben decir cosas desagradables a su país, pensando siempre en él y en su grandeza,—ha hecho una observación sobre el Imperio Británico. Dice que este ha sido el producto de los aventureros ingleses y no el fruto de la previsión y de la amplitud de miras del gobierno inglés. No discutiré la exactitud de esta sentencia, y me limitaré a decir que la primera parte puede aplicarse al imperio portugués en América, más que a otro caso semejante. Fue obra de los brasileños, de su energía, de su audacia, y también de su codicia. Sería, sin embargo, injusto acusar de imprevisión o timidez al gobierno de la metrópoli. La corte de Lisboa hizo cuanto pudo para estimular los esfuerzos de sus súbditos coloniales, con lo que quiero de-

cir que no les faltó nunca su protección, exceptuando, y esto hasta cierto grado, el episodio holandés, y que jamás escatimó su simpatía a una actividad que por lo demás le interesaba como a nadie.

Sin embargo, los jesuítas obtuvieron en muchas ocasiones que los reyes, cuya conciencia dirigían, condenaran las frecuentes expediciones contra la libertad de los indígenas, las que habían producido como resultado indirecto el descubrimiento y ocupación de nuevos territorios que se iban agregando a los del Brasil, un Brasil bien poco semejante en extensión a lo que habría sido según la fe de los tratados. El siglo XVII, sobre todo, es para nosotros el siglo de los grandes conflictos entre misioneros y *bandeirantes*. Estos no retrocedían ante ningún obstáculo cuando se trataba de hacer a un lado a los defensores de los indios, pues no sólo apelaron a la violencia contra ellos, sino que llevaron el espíritu de independencia hasta rebelarse contra las autoridades civiles. En 1640, al restablecerse en Portugal la monarquía nacional, los habitantes de Sao Paulo quisieron coronar como rey a uno de los suyos. El suplicio de Beckman, rico propietario, jefe de la revuelta de Maranhao, forma en el Norte un término de comparación para que se vea lo que pasaba en el Sur. El levantamiento tuvo por causa el monopolio de la Compañía de comercio, no menos que el odio a los jesuítas. Instituciones mercantiles como aquélla, tan estimadas en el siglo XVII, no eran desconocidas en el Brasil, pues empezaron a funcionar allí hacia 1649, si bien no tardaron en provocar la antipatía popular por su exclusivismo feroz y por sus extorsiones.

No insistiré sobre los pormenores de esta lucha, pues no ofrece nada de particular en su acción dramática, y me bastará añadir que la oposición tenaz del espíritu de proselitismo sólo sirvió para excitar, como era de prever, el ardor de los cazadores de esclavos, cuyo número aumentaba constantemente a medida que las minas presentaban perspectivas más problemáticas. No era Sao Paulo el úni-

co punto de partida de las expediciones. Muy al norte, el mercado exigía con apremio trabajadores indígenas, a medida que se implantaba la agricultura, y tanto más cuanto que la navegación hacia la costa de Africa se hacía muy difícil, y muy rara por lo tanto, y que las riberas del Amazonas y de sus afluentes presentaban en su población abundante y pacífica un vasto campo para la *trata roja.*

La parte septentrional extrema del país, no fue dominada por la corona de Portugal sino hasta el siglo XVII. Entre el famoso viaje de descubrimiento de Orellana, que bajó a la ventura *el gran río de las Amazonas,* y el viaje de Pedro Teixeira, que deliberadamente lo remontó y lo bajó de 1637 a 1639, el intervalo es de un siglo. Una vez hecha la exploración, siguió rápidamente la colonización, si bien ésta fue poco numerosa, y los misioneros, es decir, el elemento de cultura humana, ya tradicional, acompañaron o precedieron, según los casos, a los aventureros que representaban la colonización y por lo mismo el elemento de civilización europea. Gracias a esto el Maranhao, organizado por la metrópoli como un Estado independiente del Brasil en lo administrativo y político, y que estuvo a punto de ser en la crisis de la independencia un Canadá realista de nuestros Estados Unidos Brasileños, pudo oír en sus humildes iglesias enjalbegadas y en las plazas públicas, la voz poderosa de Antonio Vieira, apóstol de los indios, no a la manera de Anchieta, suave, místico y resignado en su fervor evangélico, sino vehemente, práctico y letrado, como San Pablo.

Antonio Vieira es uno de los escritores más notables de la raza portuguesa; uno de los maestros de la lengua, cuyos recursos y artificios desarrolló con perfección; un imcomparable sofista y un orador extraordinario. Su verba fue inagotable; sus conocimientos, variados; prodigioso su ímpetu imaginativo. La sorprendente actividad de que estaba dotado y que lo acompañó hasta la muerte, acaecida en Bahía a la edad de noventa años, y la maravillosa flexibilidad de su espíritu, le abrieron de par en par las

puertas del mundo social. Se le vio pasar fácilmente de las riberas palúdicas de las grandes arterias ecuatoriales del Brasil, en donde difundía la palabra divina con sus prédicas, al mundo burocrático de los ministerios de La Haya para negociar por cuenta del rey el abandono de Pernambuco; se le vio asimismo abandonar la real cámara de Lisboa en donde conspiraba en favor de los indios, y encaminarse a las basílicas y a los palacios cardenalicios de Roma para hacer temblar las bóvedas de aquéllas con su palabra grandiosa, escuchada por la reina Cristina de Suecia, y para tejer intrigas políticas en los camarines de los príncipes de la Iglesia.

Voy a transcribiros una de las cartas de ese hombre de genio, que públicamente enviaba su correspondencia al rey Joao IV, de quien fue consejero, como lo fue después de su viuda, la altiva Luisa de Guzmán, por cuya mente pasó la idea fugaz de establecer la monarquía en el Brasil, libertado por la iniciativa y el esfuerzo de los brasileños, cuando la reina desesperaba de que el monarca español reconociese la independencia de Portugal, cuya regencia desempeñó durante la menor edad de su hijo. Las primeras palabras de esta carta os permitirán apreciar a la vez el estilo del más ilustre de los gongoristas y la pasión del más celoso de los catequistas, y daros cuenta asimismo del espíritu colonial, cuyos ecos vigorosos despierto no sin emoción:

"Acatando la orden general y reciente de Vuestra Majestad, doy cuenta a Vuestra Majestad del estado en que se encuentran estas Misiones, y de los progresos que gracias a Ella, revelan la fe y la cristiandad de sus conquistas, y que muestran cuán universal es la ayuda que Dios presta al reinado feliz de Vuestra Majestad en toda la Monarquía, puesto que al mismo tiempo que del Reino se escribe a las conquistas sobre las victorias milagrosas, nosotros escribimos de las conquistas al Reino noticiando otras victorias que con igual y aun con mayor razón pueden llamarse milagros. Dios triunfa allá por la sangre, por las



ruinas, por las lágrimas y por el dolor de la cristiandad; aquí, triunfa sin ruinas, ni guerra ni sangre, y también sin gastos, pues en lugar del dolor y de las lágrimas de los vencidos, que en parte tocan también a los vencedores, lo hacen con alegría, con aplausos y con triunfo de todos y de la Iglesia misma, que a medida que se siente rebajada y debilitada por la sangre que derrama en Europa, aumenta en tanto más y se acrece con pueblos, naciones y provincias que gana y adquiere en América."

La ironia de la historia, tantas veces recordada, nos trae la comprobación de que el enemigo más encarnizado de los jesuítas, el famoso marqués de Pombal, fue el primero de los estadistas portugueses que concedió importancia al Estado de Pará-Maranhao, cuyas misiones celebraba el Padre Antonio Vieira con tanto entusiasmo. Los holandeses, a la vez que los ingleses, fueron los primeros ocupantes de hecho en aquellos parajes abandonados después de las expediciones y reconocimientos del siglo XVI. Los fuertes de Orange y de Nassau se levantaban en la ribera izquierda del Xingú, cuando Caldeira fundó en 1616 la ciudad de Belem del Pará. Sin embargo, en 1625 las dos posiciones extranjeras estaban ya en manos de los portugueses, y éstos fueron los exploradores de aquel magnífico y vasto *hinterland*. La exploración se hizo progresivamente, ya que no de un modo metódico, y las canoas se diseminaron con intrepidez por los afluentes y por los afluentes de los afluentes del Amazonas, hasta que las detuvo la invasión contraria que después de haber escalado los Andes y de estacionarse en sus cimas, descendía por la vertiente opuesta y llegaba por último a los valles en donde comienza la extensión infinita de las tierras anegadizas y de los húmedos bosques.

El encuentro se efectuó en las primeras misiones ecuatorianas del Amazonia, y en la región de las minas donde hoy están los últimos pueblecillos bolivianos de la frontera. Quedó terminado el croquis de todo el perímetro de nuestro territorio, pues se reconoció la unión virtual del

sistema amazónico y del platense, a través de una pequeña extensión de donde parten en opuestas direcciones las fuentes de los dos ríos gigantescos. El día en que una embarcación, salida de la desembocadura del Amazonas, llegó al lugar en que las aguas de los ríos comienzan a correr hacia el sur y no hacia el norte, la suerte del Brasil quedó plenamente asegurada, se hizo el trazo de sus límites interiores, se afirmó su integridad territorial y no quedó a la diplomacia portuguesa sino la tarea de que se diese una sanción internacional a los resultados que alcanzaron las proezas de los aventureros brasileños y los viajes de los misioneros que triplicaron la extensión de la colonia primitiva.

Esto acaeció antes de que el marqués de Pombal pudiese prestar su atención absorbente y su envidiable maestría en los negocios, al desarrollo de Pará-Maranhao, lo que hizo enviando a su hermano como gobernador y creando una Compañía local de comercio. Esta, aunque tarde y con una constitución que reflejaba los métodos despóticos de su fundador, contribuyó sin embargo en cierto modo a los progresos de una región hasta entonces descuidada, y que atrajo desde aquel día la inmigración portuguesa.

Debe tenerse como muy curioso que un brasileño de Santos, Alexandre de Gusmao, diplomático que anduvo en París extraviado entre tahures, y que llegó a ser confidente del rey, quien le tenía por hombre de ingenio, durante su residencia en la corte devota y sensual de Joao V, en la que eran ministros los cardenales y los frailes de pocas luces, inspirase, si no es que él mismo negociara el tratado de 1750 entre los gobiernos de Madrid y Lisboa. Después de dos siglos de conquistas en el Nuevo Mundo, se definió en este tratado la legalidad geográfica de las dos metrópolis ibéricas, mantenidas hasta entonces en el alejamiento de sus respectivas posesiones y que hasta principios del siglo XVIII entraron en contacto en diversos puntos de la América del Sur.

Según ese tratado, que no satisfizo a la opinión pública en ninguno de los países interesados, y que anulado, fue seguido de otro, copia casi literal del primero, Portugal cambiaba la colonia del Sacramento por los territorios conquistados del otro lado de la línea de Tordesillas, que España había traspasado en el Oriente con la conquista de las Filipinas. Como se ve, el tratado era una transacción que no dejaba satisfecha a ninguna de las dos potencias. Los territorios confirmados a Portugal hacían retroceder la línea occidental y meridional hasta las fronteras de la Argentina, del Paraguay y de la Bolivia de nuestros tiempos, y la línea septentrional y occidental hasta el curso superior del Amazonas.

El nombre de la *Colonia de Sacramento* evoca dos siglos de luchas casi no interrumpidas. Una expedición portuguesa descubrió el Río de la Plata al principio del siglo XVI, pero lo exploraron las expediciones partidas de España, pues se hallaba dentro del meridiano de esta última nación. Ocupados y preocupados los portugueses por otros asuntos, pues ya hemos visto que la posesión del Brasil no dejó de producir conflictos, dejaron transcurrir el tiempo, y cuando en 1680 quisieron establecerse en la orilla izquierda del estuario, ya era tarde para que pudieran hacerlo impunemente. Se levantaba enfrente Buenos Aires, y la fortificación portuguesa se hallaba aislada de las otras posiciones brasileñas por una extensión considerable de tierrras inhabitadas de blancos y por un mar que es frecuentemente hostil. En efecto, al sur de la isla de Santa Catalina, frente a la cual desembarcó Cabeza de Vaca en 1541 para llegar a la Asunción del Paraguay a través del continente, no había población europea alguna, y el país en donde se organizó después la provincia de Río Grande do Sul estuvo a punto de solicitar la codicia extranjera por su abandono.

He aquí un documento inédito que debo también a la bondad de Escragnolle Doria, y que prueba que Francia pensaba en buscar una compensación en la costa del

Brasil, por la renuncia que tuvo que hacer en Utrecht Su Majestad Cristianísima. Esa renuncia, que aceptó de buen grado Luis XIV en 1700, para que Portugal reconociese a Felipe de Anjou como rey de España, — lo que no se consiguió, — se refería a las pretensiones francesas respecto de la ribera izquierda del Amazonas, entre el fuerte de Macapá, — antiguo fuerte de Macaú, construído por los ingleses, — y el río de Oyapoc, llamado de Vicente Yáñez Pinzón. Se había insistido en estas pretensiones después de la ocupación de Cayena en 1677, que con esto fue sucesivamente holandesa, inglesa y francesa.

El documento a que hago referencia tiene la fecha en Marly, a 11 de agosto de 1714, y está dirigido a M. Fontaniai, á quien se envió asimismo, según decía el departamento de Marina, copia de una carta del Sr. Rigord, "quien proponía establecer una colonia entre el Río de Janeiro y el Río de la Plata". Se aprovechaba a la vez la ocasión para enviar una carta del Padre Fouillée, mínimo, *sobre el mismo asunto,* y se rogaba a M. De Fontaniai que hablase con los directores de la Compañía de las Indias acerca de este proyecto, y que lo discutiese a fondo, "para ver lo que convendría hacer a fin de ponerlo en práctica".

No era fácil hacer algo, porque el gobierno portugués velaba con más celo que nunca para la conservación de su colonia americana. Había llegado a ser ésta en el siglo XVIII la más rica de las colonias del mundo, y la que por consiguiente rendía más utilidades a su metrópoli. Ha quedado la memoria del país de oro y diamantes que solventaba la magnificencia de la corte de Lisboa y que proveía a la circulación monetaria de Inglaterra. Según los cálculos más exactos, en sesenta años la exportación del oro brasileño fue de dos mil cuatrocientos millones de francos.

Nadie disputaba a Portugal su soberanía en ese admirable dominio, por lo menos abiertamente, y aun los espa-

ñoles se habían puesto a la defensiva en las Cordilleras, temerosos de que el ardor de la expansión brasileña llevase a los portugueses hasta el litoral del Pacífico.

Los conflictos armados con Buenos Aires, que no cesan durante el siglo XVIII y que ya determinan la toma de la Colonia del Sacramento por los brasileños, ya la ocupación de Santa Catalina por los castellanos, no eran en el fondo sino la consecuencia de las malas inteligencias que reinaban entre Portugal y España, aunque revistiesen un carácter local irritante, porque la manzana de la discordia era la orilla izquierda del Río de la Plata, es decir, lo que forma actualmente la República del Uruguay, que lógicamente debería ser la frontera meridional del Brasil. Hay que reconocer, sin embargo, que los límites naturales, perfectos en teoría, quedan reducidos en la práctica a lo que las circunstancias históricas les permiten.

A pesar de lo dicho, hubo en aquel siglo maquinaciones europeas contra la soberanía portuguesa en América, y ya he mencionado varias veces la predilección persistente con que nos ha honrado Francia durante nuestro pasado colonial. Si de ella hubiera dependido, el Brasil sería francés. Cuando los Borbones se adueñaron del trono de Carlos V, el Pacto de Familia hubiera tenido en aquel caso una anticipación portuguesa. Las dinastías que reconocían por antepasado común a Enrique de Navarra, se preocuparon por el porvenir de la América portuguesa. España era la eterna rival de su vecino en la Península, y hemos visto que esta rivalidad se repetía en el Nuevo Mundo. Además de las prevenciones de sus súbditos, exacerbadas por la separación, Felipe V de España tenía razones personales para malquerer a la potencia que se había puesto del lado de la candidatura austriaca en la Guerra de Sucesión.

Aprovechando estas pasiones, la corte de Versalles propuso en 1740 a la de Madrid una convención sobre división de Portugal y de sus posesiones, mediante la cual, el reino europeo y las islas adyacentes deberían incorpo-

rarse a España, y el Brasil a Francia. La corte de España temió las consecuencias de este pacto, y al advenimiento de Fernando VI en el año de 1746, dejó de tratarse de estos proyectos que menciona el escritor alemán Handelmann en su *Historia del Brasil*, que es el estudio más notable de cuantos hay sobre este asunto.

El sucesor de Felipe V, en efecto, se había casado con doña Bárbara de Braganza, hija de Joao V de Portugal, y esta inteligentísima princesa, que tenía un gran ascendiente sobre su marido, con el que formaba la unión más perfecta, trató de establecer un acuerdo entre las dos naciones ibéricas. Y la prueba de que realizó su objeto se encuentra en el tratado de 1750, de que he hablado.

Era infinitamente más fácil para España unirse a Portugal que para Francia conseguir la anexión del Brasil. Por otra parte, la corte de Portugal no perdía de vista su colonia americana, para el caso eventual de una conquista europea. Uno de los diplomáticos portugueses más entendidos, Dom Luiz da Cunha, plenipotenciario en el Congreso de Utrecht y embajador en París durante mucho tiempo, viendo lo que nadie podía ver en el medio político del Portugal de Joao V, aconsejaba el plan de una emigración real inmediata. La dinastía debía pasar al Brasil, y estableciéndose en Río, se declararía titular del Imperio de Occidente, sin reverencia, pero también sin irreverencia para la memoria de Carlomagno.

"Portugal, escribía aquel diplomático en una de sus Memorias, tan luminosas como sencillas, puede dividirse en tres partes: una inculta, otra que pertenece a la Iglesia, y la tercera que no es bastante para las necesidades de la población." No se perdía mucho por consiguiente, y el reino se encontraría a cubierto de toda conquista, pues el rey de España sería el primer interesado en no exponer a represalias sus ricas colonias sudamericanas, principalmente el Perú, amenazado al parecer por la expansión brasileña.

Los límites del Imperio estaban trazados de antemano,

según Dom Luiz da Cunha. Los designaba así: el Oyapoc al norte, el Plata al sur, y al oeste el Paraguay, que debería prolongarse por el Yavarí. Esto, dicho sea entre paréntesis, habría dado al Brasil el Uruguay, Entre Ríos, Corrientes y el Paraguay.

Dom Luiz da Cunha no se detenía en este punto de su proyecto. Adivinando y practicando ya el imperialismo, pensaba en el canje de la provincia portuguesa del Algarve por Chile y los territorios que llegan hasta el estrecho de Magallanes, o sea toda la actual República Argentina y la Patagonia, lo que daba a *su* imperio una extensión que comprendía los dos tercios de la América Meridional. "Si esta visión no se realiza inmediatamente, decía, se realizará más tarde." El porvenir le ha dado un mentís, pero Alexandre de Gusmao, su amigo y confidente, con el que mantuvo una correspondencia muy espiritual e interesante, logró que se legitimara la conquista del interior brasileño.

## V

Bahía, centro de lujo.—Minas Geraes, centro de actividad.—La prosa de los versos y la poesía del oro.—Las minas, fuente de pobreza.—El sistema administrativo portugués.

Los que tengan deseos de conocer íntimamente el Brasil de antaño, hallarán en el siglo XVIII dos puntos interesantes por el aspecto particular que tiene cada uno de ellos y por el contraste que resulta: Bahía y Minas. El uno fue centro de la vida de bolganza, y el otro foco de actividad práctica. No quiero decir con esto que en Bahía todos fuesen holgazanes y en Minas todos trabajadores; pero el hecho es que la característica general de los dos núcleos de civilización se presenta del modo que digo en la época a que me refiero.

Bahía se convirtió bien pronto en ciudad de iglesias y conventos. Las fiestas del culto sobrepujaban en esplendor a las de todo el Brasil, y el pueblo constituído en su mayoría por negros, añadía el elemento de su desorden pintoresco para exagerar con exótica originalidad aquel desbordamiento de jovialidad religiosa. Los templos de Bahía son siempre dignos de verse a causa de la riqueza de sus retablos dorados, de un lujo chillón y bárbaro que llevó hasta el último extremo el barroquismo portugués en el Brasil. Sin embargo, los conventos han dejado de ser lo que eran entonces: centros de vida social, conser-

vatorios de la gula, salones de parlanchinería, y aun teatros en donde se representaba la comedia heroica y el agudo sainete.

Capital de la colonia hasta que Río Janeiro la desposeyó, por ser este puerto el más próximo a las minas; sede eclesiástica, puesto que allí residía el arzobispo primado; centro judicial, como residencia de la corte superior de apelaciones de la colonia, Bahía fue por consiguiente el lugar en que se congregaban los burócratas, los magistrados y los eclesiásticos de una sociedad provinciana, exclusivista, puntillosa y llena de envidias; campo de todos los prejuicios coloniales y teatro de todas las intrigas. Allí tenían su púlpito los oradores sagrados, su arcadia los poetas didácticos y un mentidero los académicos verbosos. A falta de teatro había sermones enfáticos. La retórica suplía todas las deficiencias, así las de carácter en las costumbres poco sinceras, como las de la inteligencia en una vida de letrados sin estudio.

El tipo literario más adaptado a la época y al medio, era el del académico Rocha Pitta, cuyo nombre no es nuevo para vosotros, pues lo he encontrado en una colección francesa de anécdotas españolas y portuguesas del siglo XVIII, formada por el abate Bertoux. Esa colección dice que se puede juzgar del gusto literario en Portugal durante aquel tiempo, por la introducción, muy elogiada y citada no pocas veces, de una *Historia de la América Portuguesa,* obra del autor mencionado arriba, pasaje con el que se prueba cuando menos que los *Diálogos de las Grandezas* habían dado fruto y que el entusiasmo por el país se había exagerado y se había hecho estrepitoso. He aquí el pasaje de Rocha Pitta que encuentro en la colección francesa:

"De todas las partes del Nuevo Mundo, desconocido durante tantos siglos y calumniado por tantos sabios; de ese Mundo Nuevo al que no pudo llegar Hannon a pesar de sus viajes, ni Hércules el Líbico con sus columnas, ni Hércules el Tesaliense con sus Trabajos, la porción más

considerable es el Brasil: región inmensa, tierra feliz, cuya superficie está cubierta de frutos, cuyo seno desborda de tesoros, y cuyas montañas y costas embriagan con sus aromas; región cuyos campos dan como tributo el alimento más útil y cuyas minas producen el oro más fino; de cuyos árboles mana el bálsamo más exquisito, y cuyos mares arrojan el ámbar más precioso: país admirable, eternamente rico, en donde la naturaleza maravillosamente pródiga se difunde en fértiles producciones que para la opulencia del Monarca y la dicha del mundo, el arte refina sacando de sus cañas un néctar agradable y de sus frutos una ambrosía deliciosa, junto a los cuales el licor y viandas que los más delicados y cultos paganos presentaban en las mesas de sus dioses, no eran sino una sombra y una débil imagen...“

El abate Bertoux reconocía sin embargo que en Lisboa comenzaba a verse con disgusto ese juego de palabras y esas comparaciones forzadas. En las colonias no había tantas exigencias. Por lo demás, la hinchazón de estilo del historiador Rocha Pitta cuadra a maravilla con su admiración ingenua de las bellezas naturales del país, con su adaptación jactanciosa de las fábulas locales a los mitos de la antigüedad pagana, y con la grandilocuencia de sus relatos militares, en los que la defensa del Brasil toma invariablemente proporciones épicas.

He dicho que allí encontraríamos el tipo literario de la época, si no lo hubiera precedido alguien que hacía palidecer de antemano la gravedad de Rocha Pitta con una risa burlona. El analista solemne de Bahía fue efectivamente precedido por el poeta satírico, un poeta implacable para toda ridiculez y todo vicio, para toda insinceridad de que tenía noticia, y que no perdonaba a nadie, así fuese el más elevado personaje. Su verba fustigadora no calló ni en la prisión ni en el destierro. Habló sin trabas, de lo sagrado y de lo profano, del virrey y del arzobispo, del general y del magistrado. Y como era magistrado, sus sátiras parecían tanto más temibles cuanto que

iban dirigidas a los hombres de su misma condición, y autorizadas por su carácter de juzgador.

Educado en Portugal, este poeta, llamado Gregorio de Mattos Guerra, residió treinta y cinco años en la Metrópoli, lo que no impide que se le considere como el fundador, y aun el símbolo de nuestra literatura, por haber elevado el amor a la tierra hasta hacer de él un sentimiento íntimo, y por haber transformado su acritud hasta producir una verdadera explosión de particularismo poético. La crítica exagera con estos juicios el mérito y la significación de Gregorio de Mattos. Tuvo grande influencia en su tiempo y en su medio como demoledor de las conveniencias sociales y del respeto a la jerarquía. Y fue hombre de valía también para la nación, en el sentido de que se adaptó de una manera perfecta a la sociedad brasileña cuando volvió a ella después de muchos años de ausencia, pues tenía pocos cuando salió de la patria. Y también fue nacional porque obró en él intensamente la influencia de la voluptuosidad, o más bien, de la lascivia que reinaba en aquel medio. La mulata fue su musa. Por último, realizó en grado sumo el fenómeno psicológico y social que uno de nuestros críticos, Araripe Junior, llama *obnubilación*.

Araripe Junior describe en estos términos la clave que tiene para la interpretación de la literatura brasileña, a lo menos la de los dos primeros siglos:

"Este fenómeno consiste en la transformación que sufrían los colonos al atravesar el Océano y aclimatarse en el Brasil. Ya fueran portugueses, franceses o españoles, no bien desembarcaban y penetraban en el interior, olvidaban su origen, como si lo hubiesen dejado en la carabela o en la pinaza.

„Dominados por la rudeza del medio en que vivían, embriagados por la naturaleza tropical, identificados con el país, casi todos ellos se hacían salvajes. Cuando nuevos colonos, que llegaban sucesivamente, no los sostenían en la lucha, generalmente acababan por teñirse el cuerpo y

por adoptar las ideas, las costumbres y hasta la bestialidad de los indígenas. Hay numerosos ejemplos históricos: Hans Stade, Soares Moreno, Anhanguera, y los intérpretes de quienes tuvo tantas quejas Villegagnon. Ni el mismo jesuíta Anchieta escapó a este influjo. Su vida entre salvajes y el prestigio que adquirió en el seno de las tribus, superior al de los encantadores originarios de la tierra, nos demuestran que el misionero, si no compelido por la fuerza del medio, deliberadamente y con arte consumado, se convirtió en un *pagé* o hechicero. Sólo la magia explica el poder que adquirió, aceptando o copiando hábilmente los procedimientos de sus émulos, procedimientos de que se valió para su catequesis."

No discutiré esta última proposición que me parece muy aventurada, pero creo que nuestro crítico tiene sobra de razón en lo que se refiere a la influencia que la vida de Bahía ejerció sobre el viejo fauno Gregorio de Mattos, cuando volvió a su tierra para entregarse al cultivo del lirismo criollo y de la sátira contra las tres razas. Y es no menos exacto que las cualidades esenciales de su obra literaria deben considerarse como expresión personal de atributos colectivos, porque éstos no cesaron de formar parte integrante del alma brasileña, predispuesta siempre a la generosidad hacia los débiles y a la burla contra los poderosos que quieren abusar de su fuerza. Gavroche tiene primos en el Brasil, y primos que se le parecen más de lo que muchos creen, a pesar de las diferencias de pigmentación. Los pasquines de Río Janeiro en los días de la independencia fueron tan numerosos y cáusticos como los de la Roma pontificia.

Para describiros la vida de Bahía en el siglo XVIII, y poner ante vuestros ojos elementos de juicio, nada mejor que pedir su testimonio a los extranjeros que visitaron entonces la ciudad. Fueron muy pocos. El Portugal de la Restauración ocultaba implacablemente su colonia a las miradas de los extraños. Sólo por la fuerza de las estipulaciones concluídas con Inglaterra y con Holanda, levantó

aquellas severísimas prohibiciones, aunque a decir verdad, ingleses y holandeses no se manifestaron muy presurosos para hacer uso de las franquicias obtenidas por sus gobiernos, sin duda a causa de las dificultades prácticas que había para aprovecharse de ellas. Pero a pesar de todas las prohibiciones, mientras las hubo, la metrópoli no podía mandar sobre los elementos, e impedir que escuadras o navíos aislados recalasen para reparar averías o para adquirir provisiones, en su ruta hacia el mar del Sur, como se llamaba entonces al Pacífico. La humanidad imponía sus fueros, aun antes de la Declaración de los Derechos del Hombre, y ya a bordo de su embarcación, ya en los puertos en donde tomaban tierra, y siempre bajo una constante vigilancia, aquellos viajeros ocasionales a quienes no se podía rehusar el auxilio solicitado, estudiaban la organización social del Brasil, como estudiaban la del Japón de los Shogunes, en el trayecto de Deshima a Yedo, los holandeses a quienes se permitió que fuesen en diputación, aunque escoltados, según nos lo refiere la obra de Kaempfer.

Escribe Froger en la relación del viaje de la escuadra de M. de Gennes, efectuado a fines del siglo XVIII, que los habitantes de Bahía, exceptuando a los individuos de la clase ínfima, caracterizados por una extraordinaria insolencia, son limpios, atentos y honrados, y dados a la pasión amorosa, por la que nada escatiman, y en la que se muestran celosísimos guardianes de la predilecta... Omito pormenores sobre la jactancia masculina. Hay otros datos de la mayor importancia. El viaje alrededor del mundo, hecho por M. Le Gentil, impreso en Amsterdam en el año 1728, contiene detalles extraordinariamente curiosos acerca de la ciudad de Bahía en aquella época. "Sin sus santos y sus queridas, el portugués sería riquísimo." Tales eran en efecto las principales erogaciones del habitante de Bahia. Milord Galloway, comandante de los ingleses en Portugal durante la Guerra de Sucesión, tenía sobre este punto una teoría llena del buen sentido británico. Según él, la

ley del equilibrio establecida por la Providencia para todo el Universo, requería que hubiese pueblos indolentes y pródigos, poseedores de oro en demasía, y pueblos pobres, pero laboriosos, que suplían su carencia de metales preciosos, entregándose a la industria. Si estos pueblos no adquiriesen los metales preciosos vendiendo sus productos, tendrían que armarse para arrebatar a los otros pueblos el oro que la Providencia les ha concedido a título de depósito. "Vuestra indolencia, decía imperturbablemente Milord Galloway a los portugueses, es el vínculo que forma la sociedad de las naciones europeas."

M. Le Gentil, a quien se obsequió con azúcar refinada, a pesar de su nombre es poco amable en sus juicios sobre los habitantes de Bahía, de los que dice que son falsos bajo apariencias de afabilidad, y de costumbres disolutas, en tal grado, que ni las monjas observan vida de continencia. Hay muchas exageraciones en lo que cuenta, aunque en el fondo se oculte cierta partícula de verdad. Nadie negará el exceso de rasgos caricaturescos en esta pintura que hace de los portugueses: "Vedlos con sus largas batas, con el rosario terciado, con la espada sin funda oculta entre los pliegues de su extraño ropaje, y con una guitarra en la mano. En esa facha pasean bajo los balcones de sus damas, y con voz de una ternura ridícula, cantan tonadillas que recuerdan la música china o las danzas de nuestros marineros en la Baja Bretaña."

No obstante esto, hay en el libro escenas deliciosas por su comicidad, como los saraos mudos del virrey, cuya sociedad estaba oficialmente pautada para el fastidio; las visitas al arzobispado en donde tenía su trono un anciano que gustaba de hablar y que lo hacía bien; la Noche Buena en el convento de Santa Clara, donde las monjas que se diría poseídas de algún espíritu loco tocaban con estrépito diversos instrumentos, desde el arpa hasta el tamboril, y referían en tono medio satírico y medio sentimental las intrigas galantes de los oficiales de la guarnición, algunos de los cuales las cortejaban; por último, y esto es lo

mejor, la fiesta popular de San Gonçalo de Amaranto, en la que el virrey, a pesar de sus años, tuvo que bailar como un mozuelo, y en la que no conoció límites la desvergüenza, pues llegó al extremo de que todas las mujeres de mal vivir se dieran cita en los bosquecillos que rodean la iglesia, y los hicieran teatro de una sensualidad que no hubiera sido mayor en la Hélade, bajo los mirtos y los laureles de algún templo de Venus. Le Gentil reconoce, sin embargo, que no se puso en la lista de los invitados a Dionisos, y que sólo Afrodita hizo los honores de la casa.

La vida de Minas Geraes difería de ésta fundamentalmente. Allí la sensualidad no tenía beatitud, sino fiebre. La codicia y el odio se manifestaban por medio de crímenes. El oro inspiraba actos reprobables, como si la maldición de Alberico en la leyenda alemana hubiese caído sobre todo el rico metal de la tierra, así el que custodiaban las joviales vírgenes del Rhin, como el que rodaba con las arenas de los ríos brasileños. Y la maldición hizo tales daños en ese país de riqueza fantástica mientras duró el afán por hallar el oro, que bien pudo haberse creído en una misteriosa traslación del anillo fatal de los Nibelungos.

Bautizada con la sangre de las bandas que se disputaban los *descubrimientos*, y separada de Sao Paulo, como tendría que estarlo todo el Oeste a medida que avanzase la colonización, la Capitanía de Minas Geraes se pobló y prosperó a medida que iba confirmándose la existencia del oro en las cuencas de sus valles y en las faldas de sus montañas; pero la Capitanía no se enriqueció por ello. La corte y la metrópoli pudieron permitirse dispendiosos caprichos. En Minas Geraes empezó a ostentarse un lujo sin bienestar. La sociedad se cubrió con una capa de cultura que deslumbraba por el reflejo de la luz cruda de los trópicos. Pero, a pesar de todo, el progreso no se manifestó sino cuando, agotado el oro, la agricultura se sustituyó a la minería como sustentadora de la población atraída por la riqueza metalífera.

Minas, sin embargo, se pobló tan rápidamente, que en el momento del ataque a Río Janeiro por Duguay-Trouin, en 1711, acudieron a la defensa seis mil paulistas y extranjeros, nombre este último que se daba a todos los que no eran originarios de Sao Paulo. Llegaron, desgraciadamente, estos defensores fuera de tiempo, cuando ya se había ofrecido y aceptado el rescate. El gobernador no quiso consentir en que se violara la convención.

El descubrimiento de las minas habia provocado en Portugal una gran corriente migratoria hacia el Brasil en los primeros años del siglo XVIII, y el Consejo de Ultramar, corporación encargada de la legislación, administración y justicia de las colonias, se preocupó de tal modo, que en una de sus consultas manifestaba el temor de que el Brasil llegase a tener tantos habitantes blancos como la metrópoli.

Esta colonización espontánea sobrepujaba con mucho a la colonización formada con desprendimientos de las tropas del reino y con emigrantes enganchados para favorecer el desarrollo de la población en aquel inmenso país. Ya no eran los tiempos de los deportados que sobre todo en el primer siglo de la conquista, acudían a las Capitanías feudales en donde el soberano renunciaba al ejercicio de su jurisdicción, y a las Capitanías reales, en donde había el beneficio de la prescripción para todos los crímenes, aun los de pena de muerte, siempre que no fuesen los de herejía, de traición, de sodomía y de fabricación de moneda falsa.

La palabra criminal tenía entonces un sentido hoy atenuado por la humanidad de nuestras leyes, y sobre todo, la indulgencia de nuestros sentimientos y el desarrollo de nuestras ideas. Baste recordar con uno de nuestros más eminentes historiadores, Joao Francisco Lisboa, que simples infracciones, y aun actos que hoy podríamos ejecutar lícitamente, o por lo menos impunemente, pues no hay pena que sancione su prohibición, como decir la buenaventura o besar a una muchacha, eran entonces

castigados con deportación, la que se extendía a doscientas cincuenta especies de infracciones. Así se explica que muchos de los llamados criminales, una vez desembarcados en nuestras playas hospitalarias, fuesen ciudadanos honrados y dignos, con tanta mayor facilidad cuanto que la sociedad ya no tenía los mismos rigores. Se les ofrecían tierras fértiles, como más tarde a los buenos trabajadores no contagiados por la fiebre minera, la que fue perdiendo intensidad como epidemia cuando se disiparon los ensueños de los primeros buscadores y cuando se aclararon las leyendas interesantes que forman uno de los mejores capítulos del *folk-lore* nacional.

Los primitivos fundadores de Minas Geraes eran brasileños por nacimiento, perfectamente adaptados al medio. Comían alimentos indígenas, como el maíz, el plátano y la harina de manioc; dormían en hamaca; peleaban y cazaban con arcos y flechas; creían en lo sobrenatural de los indios, sin darse cuenta de ello, y sentían el reclamo de una poesía sentimental, identificada con la vida ambiente. Eran hombres de músculos de hierro, que se habían sobrepuesto á las pruebas más rudas, y que aventajaban a los colonos y a los nobles de las primitivas donaciones como herederos de dos siglos de civilización local.

Disponían de elementos de éxito de que habían carecido los hombres de las primeras generaciones, señores feudales improvisados para la defensa de la posesión contra las incursiones extranjeras, y contra sus propios vasallos. Entre esos elementos de superioridad se contaban los cultivos aclimatados, introducidos muchos de ellos por los jesuítas, agentes por excelencia del desarrollo y moralización de la colonia en el siglo XVI. Así, por ejemplo, el cocotero, típico de nuestro paisaje, es una importación. Otros elementos de triunfo, y no poco importantes, eran los hábitos, transformados de tal modo que servían de garantía previa del buen resultado en las empresas peligrosas y en la marcha hacia lo desconocido.

Por último, aquellos hombres tenían el auxilio importantísimo de los animales de labor, caballos y bueyes, y los de alimentación, sobre todo las gallinas y gansos, que no existían en el Brasil precolombino.

Los recién llegados, o *emboabas* como los llamaban los paulistas, adoptando una palabra india y refiriéndose con ella a las altas botas que llevaban aquéllos, eran sin embargo más numerosos, más ambiciosos y más pobres, lo que durante cierto tiempo produjo sangrientas luchas, agravadas por crueldades y actos de cobardía propios de situaciones en que se desenfrenan los apetitos y en que reinan todas las pasiones, sin que las temple el misticismo religioso ni exista aún el principio de autoridad con los medios y la energía suficientes para una represión.

Después de esta fase anárquica que han conocido todas las sociedades agitadas por la neurosis del oro y de las piedras preciosas, como California, Australia y el Cabo, y que en el Brasil de los siglos XVII y XVIII tenía que ser diferente de lo que fue en países cuya exploración se hizo en el siglo XIX,—se abrió el período de estrecha vigilancia y de un severo exclusivismo oficial que desvió hacia el Estado la fortuna cuyo secreto entregó al cabo una esfinge interrogada en vano durante largo tiempo.

Si no hubiera intervenido el Estado con su reglamentación draconiana y sus exigencias de participación leonina, estableciendo un espionaje directo sobre los competidores en la explotación, el resultado no habría sido mejor para los particulares, porque las condiciones en que se efectuó la exploración de los yacimientos de cuarzo y de los ríos, presentaba sólo perspectivas de ruina, a la larga por lo menos. En primer lugar, la industria se ejercía de la manera más empírica, y como todo el mundo se dedicaba a las minas, nadie pensaba en las provisiones que tenían que ir desde la costa y que se vendían a precios exorbitantes. Por último, es bien sabido que la prodigalidad más loca acompaña siempre a las fáciles ganancias, y que los afortunados de esta clase no se creen ricos

sino cuando pueden ostentar el lujo más extravagante.

Joao Ribeiro recuerda a este respecto las palabras proféticas del Padre Antonio Vieira, gran imaginativo, cuando predicaba sobre el efecto que produciría el descubrimiento de las minas, que eran para los aventureros el fin principal de sus esfuerzos. "Desde ese momento, decía, comenzaréis a ser administradores y no dueños de vuestros bienes. No os pertenecerá vuestro esclavo, ni vuestra canoa, ni vuestro carro, ni vuestro buey. Os valdréis de todo esto para el trabajo, y nada más. Vuestra casa será ocupada para que sirva de alojamiento a los empleados de las minas. Abandonaréis vuestro plantío de caña de azúcar, pues los trabajadores se irán a las minas, y vosotros mismos perderéis el dominio sobre vuestras personas, porque ya no serviréis sino como materia de impuestos con que se os abrumará inconsideradamente. Sólo vuestros ingenios permanecerán activos, porque vosotros y vuestros hijos seréis exprimidos en los cilindros hasta dejar todo vuestro jugo."

¿El despotismo portugués era de una insensibilidad tan impresionante como la imagen que nos da de ella esta visión del orador sagrado, y como lo confirma la conspiración que a fines del siglo XVIII quiso sustraer la colonia al poder de la metrópoli, y fundar en el continente meridional un Estado que fuese allí lo que era en el continente boreal la República anglosajona?

Todas las colonias tienden a emanciparse de sus metrópolis. Esta es una regla general determinada por el crecimiento y por las necesidades de mayor libertad. Portugal no ha seguido una política más tiránica que otros pueblos dueños de posesiones coloniales. El antiguo régimen era más o menos igual en todo el mundo, y Taine no habría encontrado diferencias substanciales si lo hubiera estudiado en otros países.

El quinto del oro, impuesto de que se quejaba siempre Minas Geraes, sobre todo cuando había que pagar atrasos de una contribución considerada como fija, se había

establecido en los días del descubrimiento del país como impuesto problemático que eventualmente podría ser de gran rendimiento para la metrópoli. El resto del sistema tributario, formado casi totalmente por contribuciones directas,—diezmos y vigésimos de la producción,—se aplicaba en su mayor parte a los intereses de la colonia, según lo ha dicho el historiador Joao Ribeiro. Todo lo que el real tesoro percibía por el Maestrazgo de la Orden de Cristo, se aplicaba íntegramente al culto. Esto por lo que se refiere a los asuntos hacendarios. Las leyes criminales habían sido interpretadas en los primeros tiempos con una gran latitud, en atención a los intereses de la colonización, y así el donatario de Pernambuco, que era hombre de principios, como lo he dicho ya, se quejaba amargamente ante el rey de la liberalidad con que se aplicaba el derecho de asilo entre las distintas Capitanías feudales.

Las libertades municipales otorgadas al Brasil en el siglo XVI, habían venido a menos en el siglo XVIII. Eran iguales a las que en Portugal recordaban la dominación romana,—amplios derechos y una legislación que pasando por los visigodos y los árabes, se hallaba impregnada del particularismo latino; pero esa decadencia era general y de carácter europeo. Los primeros ataques a las franquicias locales databan en el Brasil de un acontecimiento que marcó un progreso considerable en el orden político y social. Me refiero al predominio del Estado de tendencia unitaria sobre las Capitanías privadas.

Hemos visto cómo se borró la huella del feudalismo primitivo por la acción rápida de sus vicios internos, y cómo se afirmó la unidad militar y administrativa ensayada por la metrópoli, aprovechando el movimiento unionista resultante de las necesidades de la lucha contra el enemigo holandés, dueño de una gran parte del Brasil, y el movimiento de colonización espontánea provocado por la azúcar y sobre todo por las minas. En estos dos hechos, que sin ostentación de patriotismo eran ya tendencias de este carácter, se ocultaban un sentimiento instinti-

vo y un embrión de patria. El efecto de cohesión, resultado de todo ello, tendría que corregir la tendencia fuertemente dispersiva de los primeros grupos coloniales que constituían ciclos de actividad independiente.

Por una fuerza de atracción se encontraron en la cuenca del río Sao Francisco el movimiento descendente de Pernambuco y la colonización autónoma de Sergipe, determinada por las *entradas* en persecución de los indios. Por esa misma fuerza, el movimiento ascendente de la Capitanía de Duarte Coelho, movimiento que comenzó en 1584 con la ocupación de Parahyba, pasó al Río Grande, llegó al Ceará en los primeros años del siglo XVII, y por último se encontró frente a Pará en el momento oportuno para arrebatar este punto a los piratas franceses, holandeses e ingleses. Antes de alcanzar el término de su ruta y de reconquistar el Maranhao que estaba en poder de los franceses, sufrió muchos retardos causados por las venganzas de los salvajes, indignados por querérseles reducir a la esclvitud.

No ignoráis que los ingleses se refugiaron en El Dorado, la quimera de Raleigh, y verdadera *res nullius*, país que se extiende entre el Oyapoc, extremo de las expediciones portuguesas, y el Orinoco en donde se detuvo la marcha de los españoles hacia el oriente del istmo de Darién, y en donde las esperanzas de las tres potencias marítimas sucesivamente rivales de las potencias ibéricas, encontraron un remedo de compensación llamada Guayana Francesa, Guayana Holandesa y Guayana Inglesa.

El resto del Brasil ha obedecido a la misma convergencia que dio origen a un esquema de agrupación cuyo ritmo común está formado, según la expresión feliz de Joao Ribeiro, por la alternación del particularismo centrífugo y de la gravitación política. En el siglo XVIII, por ejemplo, el desorden que se recrudece en los centros mineros, da ímpetu al libre desenvolvimiento de las Capitanías iniciales, que a su vez se doblega para ser conducido en una sola dirección por la monarquía independiente.

La riqueza de Minas Geraes,—riqueza de mera apariencia y completamente improductiva, a lo menos con relación a la colonia y las condiciones en que fue explotada,—tuvo una vida muy pasajera. Duró un siglo cuando mucho. Hablo de la riqueza minera, y no de la provincia. Cuando la corte portuguesa llegó al Brasil en los primeros años del siglo XIX, el espectáculo de la Capitanía aurífera era muy diferente del que presentaba en el siglo XVIII. Se estimaba que justamente a la mitad de este siglo, había 80.000 personas, o sea el tercio de la población, dedicadas al laboreo de las minas. Y en 1822, al consumarse la Independencia, ese número bajó a 5.000. La producción de oro, que según los cálculos de Von Schwege, ascendía a más de 945.000 kilogramos hasta 1820, disminuyó de tal manera, que en 1819 el quinto produjo sólo 105 kilogramos.

Lo mismo pasó con los diamantes, que atrajeron una población de 40.000 aventureros al distrito de Minas, en donde se encontraron las piedras con tanta abundancia que el precio del diamante bajó en Europa más de sesenta y seis por ciento, y que para mantener sus beneficios el gobierno portugués tuvo que transformar la vigilancia en espionaje y verse obligado a castigar severamente los fraudes, y elevar de 40.000 a 240.000 (1.500 fr. aproximadamente) el impuesto personal. La última medida de este orden fue la creación del monopolio de Estado, tan rigoroso según las disposiciones del marqués de Pombal, que la industria antes libre no pudo volver a prosperar bajo el régimen de sujeción.

La pérdida de la Colonia del Sacramento había sido también un golpe muy rudo para los intereses del Brasil, pues allí florecía el más escandaloso y a la vez el más fructuoso comercio de contrabando con la ciudad de Buenos Aires, situada enfrente, con las provincias de Tucumán y del Paraguay, y aun con el virreinato del Perú, a través de la Cordillera. Las mercancías introducidas de este modo, y que provenían de Europa con escala en Río

Janeiro, podían venderse en Lima a un precio menor que las de Panamá, en donde los comerciantes de Sevilla, poseedores del monopolio de tráfico en las colonias españolas, tenían las productivas ferias de Porto Bello.

El deseo de poner fin a este contrabando desenfrenado, que seguía la línea más corta, por lo menos con relación a Buenos Aires, y que en lo relativo al Perú compensaba con las utilidades el factor de la distancia mayor, entró por mucho en la resolución que adoptó el gobierno español de expulsar a los portugueses posesionados de la llamada Banda Oriental. Preciso era hacerlo, puesto que la metrópoli española no quería decretar la libertad del comercio, lo que haría el gobierno de Portugal cuando la corte se trasladase al Brasil. Un año después del tratado de límites que reconoció a la Colonia del Sacramento como posesión española, se expidió la nueva ordenanza que autorizaba el tráfico directo de las colonias con la metrópoli. Esta ordenanza es de 1778.

Las minas no fueron la única razón de que se poblase el interior del Brasil. Al lado de ellas figuraba como causa determinante, especialmente en el norte, entre Bahía y Maranhão, en una región sujeta a prolongadas sequías y que forma contraste con las llanuras inundadas del Amazonia, una industria más pacífica y menos aleatoria, la ganadería, característica de nuestro *sertao*. Este es el nombre de una parte de nuestro país, la menos atractiva, descubierta por los buscadores de oro, recorrida por las expediciones y guerrillas de los tiempos de la dominación holandesa, y colonizada por los ganaderos, a quienes corresponde el mérito de haberla explotado desde el siglo XVII, cien años antes de la ocupación permanente del interior meridional y central en donde se explotó la minería. La población poco densa de los terrenos de pasto, de clima menos cálido y menos húmedo que el de la cos-

ta, tomó un carácter particular. Es de raza más pura que la del litoral, pues hay poca sangre indígena, y casi no existe la negra. Se distingue por su laboriosidad y su frugalidad. Vive casi exclusivamente de carne y leche. Es desconfiada y orgullosa de su aislamiento económico y de su consiguiente independencia. Está siempre dispuesta a recurrir a las medidas violentas, y no la abandonan los sentimientos caballerescos. Tampoco es extraña a ciertas crisis de exaltación religiosa.

Nadie ha descrito mejor el *sertao* que uno de nuestros literatos, muerto hace menos de dos años, en plena juventud y en circunstancias dramáticas muy extrañas. Euclydes da Cunha se reveló como escritor de genio con el libro vigoroso que publicó sobre los aspectos y el hombre de aquellas regiones; libro que puedo calificar como extraordinario porque une en él su autor noticias científicas, intuiciones imprevistas y un estilo nervioso de gran originalidad. Siento no poder citaros capítulos enteros de esa obra, pero no dejaré de leer algunos pasajes que os bastarán para daros cuenta de la fisonomía del país a que acabo de referirme.

"Hegel, escribe da Cunha, ha definido tres categorías geográficas como elementos fundamentales que colaboran a la reacción que ejerce el medio sobre el hombre para crear las diferenciaciones étnicas. Tenemos en primer lugar las estepas de vegetacion raquítica o grandes llanuras áridas; después, los valles fértiles de riego abundante, y por último, las costas y las islas. Los *llanos* de Venezuela, las sabanas en que se prolonga el valle del Mississippi, las desmesuradas pampas y la vasta mesa de los Andes con sus médanos movedizos, se inscriben rigurosamente en la primera categoría... Pero no dan arraigo al hombre. Su flora rudimentaria de gramíneas y de ciperáceas, que renace llena de robustez en las estaciones de lluvias, es una incitación a la vida pastoral, a la formación de sociedades errantes de pastores que se movilizan con extrema rapidez, constantemente ocupadas

en plantar y en levantar sus tiendas, y dispersas a los primeros fuegos del estío.

„En los *sertaos* del Norte brasileño, que a primera vista tienen tanta semejanza con aquéllos, les falta sin embargo un lugar en el cuadro del pensador germánico. Cuando los cruzamos en estío, creemos en efecto que caben dentro de la primera categoría; pero si volvemos en invierno, pensaríamos que forman parte integrante de la segunda: Son ya espantosamente estériles, ya maravillosamente exuberantes. En plena sequía, forman un desierto. Si la sequía no se prolonga como azote que obligue a penosos éxodos, el hombre lucha como los árboles, aprovechando las reservas acumuladas en los días de abundancia, y en ese combate feroz, anónimo, terriblemente obscuro, ahogado en la soledad de las llanuras, la naturaleza no lo abandona enteramente. Lo sostiene aun más allá del límite de las horas de desesperación que llegan con el agotamiento de las últimas *cacimbas*, es decir, de las últimas gotas del agua conservada en las cisternas.

„Sobrevienen las lluvias, y la tierra se transfigura, revistiendo aspectos fantásticos que contrastan con la desolación precedente. Los secos cauces se convierten en ríos, y los morros eriazos se cubren de verdor como islas en un mar muerto. Las grietas ostentan una coloración múltiple de flores, y la vegetación, que cuelga por los acantilados del abismo, da formas graciosas de colinas a los bloques geométricos que se superponen como terrazas. Las inmensas llanuras, cortadas por pequeños valles, se unen con una suave ondulación a las altas mesas. Baja la temperatura, la atmósfera reseca se satura de vapores tónicos, y el hombre fatigado respira, libre del hálito sofocante que lo abrasaba. El paisaje adquiere nuevos tonos, y la transparencia del aire pone de relieve las líneas más ligeras con todos los matices de forma y de color. Los horizontes se dilatan. Al perder el azul intenso de los desiertos, el cielo alza su bóveda y se hace más profundo sobre la tierra que ha renacido.“

El hombre contribuye a este resultado, y es colaborador de los agentes meteorológicos. Según la expresión del autor, ha sido en efecto un elemento geológico, puesto que ha tomado a su cargo el papel de creador infatigable de desiertos. El fuego, instrumento esencial en la agricultura primitiva de los indígenas, pues con un incendio cambiaban zonas de bosque en tristes eriazos, cubiertas apenas de una vegetación enana, se empleó de igual modo por los colonos portugueses, así por los que no querían sino campos para sus rebaños, como por los que trataban de aclarar el horizonte y detestaban las masas de árboles, en su afán por el tesoro mineral o por el apoderamiento del indígena fugitivo.

Hay que reconocerlo y lo repito: sobre todas las razones de la expansión brasileña, aun cuando sea menos confesable y menos honorable, figura la caza de indígenas. Esta persecución desenfrenada e implacable puso en contacto hostil, desde la primera mitad del siglo XVII, y aun antes de que se rompiese la unión, a las dos naciones peninsulares en la región bañada por los grandes ríos Paraná y Paraguay, en donde los jesuítas españoles habían fundado ya dos ciudades: la Guaira, en la desembocadura del Pequirí, y la Villa Rica en el Ivahí. La destrucción de las misiones catequísticas y la toma de las fundaciones civiles, eran actos de guerra y de vandalismo ejecutados en plena paz, y aun bajo el régimen de la fusión política, por los emprendedores paulistas, con la tolerancia de las autoridades coloniales. Ya os he dicho que su resultado fue la anexión de aquella admirable región que tuvo mártires antes que colonos, y desde donde extendieron fácilmente los brasileños sus expediciones hasta el Uruguay, transformándolas constantemente en conquistas. El Brasil, como toda nación progresiva, se ha formado con sus conquistas.



## VI

El espíritu de autonomía contra el despotismo.—La conspiración de 1779, producto de la filosofía francesa y de la sugestión republicana de los Estados Unidos.—Democracias neolatinas de América. El suplicio de *Tiradentes*.

En Bahía como en Minas Geraes, Capitanías que ocuparon especialmente nuestra atención en la última conferencia, la población esclava llegó a ser más numerosa que la población libre, pero esto no inspiraba temores porque la vida era demasiado alegre en Bahía, y en Minas Geraes demasiado sujeta Sin embargo, el primer *Quilombo*, o unión de negros cimarrones, de que hablan nuestras crónicas, se hizo en Bahía, en el año 1575. Pero el más importante y conocido, que fue registrado por la historia y que subsiste en la leyenda, es el de Palmares en Alagoas, destruído en 1699. Su crecimiento y organización obedecieron a las leyes del desarrollo de las sociedades humanas. A un grupo de fugitivos se reunieron otros en las selvas vírgenes; se formaron familias; éstas se establecieron en chozas de arcilla con techos de palma; rodeaban su ranchería de muros y estacadas, con baluartes como los de las aldeas africanas de donde eran originarios esos negros; fuera del recinto fortificado tenían sembrados de manioc y legumbres, y por último cultivaban relaciones de comercio, o de trueque, con los esclavos de las propiedades menos remotas. La proximidad de esta agrupa-

ción inquietaba a los plantadores, tanto a causa de las depredaciones a que estaban expuestos sus cultivos, como por el mal ejemplo que la tentación del *quilombo* significaba para los esclavos.

Una especie de policía rural, compuesta de negros criollos y de mulatos libres, resguardaba las propiedades recorriendo los distritos semisalvajes donde había *quilombos*, y se encargaba de aprehender a los esclavos fugitivos. Los jefes de estas bandas eran llamados capitanes de los bosques o praderas, y la institución subsistió, para la aprehensión de esclavos, hasta que fue abolida la esclavitud. El oficio requería mucho valor y mucha resistencia física. Aun armados hasta los dientes, aquellos hombres llevaban consigo perros corredores que la humanidad de nuestras costumbres suprimió en el transcurso del tiempo.

Dejo a vuestra imaginación que evoque los episodios desgarradores de aquellas batidas, y el tratamiento a que se sujetaría a los negros capturados, así como las represalias reservadas a los encargados de la persecución. Un estado de cosas de esa especie tenía que dar lugar a muchos abusos. Había capitanes de bosque tan poco escrupulosos que se robaban los esclavos de las plantaciones para traerlos de nuevo como fugitivos capturados y percibir la gratificación. Otros mantenían en su poder a los fugitivos durante algunos meses, y los explotaban por su cuenta antes de entregarlos a su dueño. Pero en último análisis, y dejando a un lado los horrores de su funcionamiento, la institución tuvo la ventaja de impedir que el Brasil se poblase de negros cimarrones, cuya multiplicación habría hecho imposible la vida por la falta de seguridad.

Podemos juzgar de las dimensiones a que llegarían los *quilombos*, cuando un historiador alemán no vacila en llamar a uno de ellos *Nigerstaat* (Estado negro). Su duración fue de más de medio siglo. Palmares nació de la profunda perturbación que hubo en la Capitanía de Per-

nambuco a consecuencia de la invasión holandesa. Y aun se admite como posible que su punto de partida no fuera una congregación de esclavos fugitivos, resultado de un designio, sino la llegada de un corsario holandés a la costa, que después de apoderarse de algún cargamento de negros de Africa, conducidos por negreros portugueses, hubiese tenido que desembarazarse de su mercancía, y abandonarla allí antes de venderla, a fin de emplear en la guerra el buque capturado.

En todo caso, el hecho es que antiguos esclavos de muchas plantaciones devastadas y abandonadas durante la invasión,—esclavos que no se habían alistado bajo ninguno de los pabellones enemigos,—se incorporaron en aquel primer núcleo, del que salieron otros *quilombos*. Muchos pequeños *quilombos* rodearon así al primero de todos ellos, y cubrieron el territorio actual de Alagoas, sometidos a la autoridad del *quilombo* primitivo. Así nació un esbozo de organización para la que no es exagerado el término de *Estado negro*. Esa organización, como todas las de su especie, se basó en el robo y la violencia. Las plantaciones indefensas eran atacadas, robadas e incendiadas. El botín enriquecía al *quilombo*. Los asaltantes mataban a los blancos, y se repartían sus esposas e hijas. Los esclavos aumentaban el número de habitantes del *quilombo*. La situación llegó a ser tan amenazadora que Mauricio de Nassau se propuso remediar el mal, y lo intentó después de la tregua, enviando una expedición cuyos resultados poco halagadores, quedaron todavía más comprometidos cuando la campaña de liberación permitió al *quilombo* de Palmares reconstituirse más fuerte que nunca, hasta el punto de ponerse en condiciones de desafiar a las fuerzas militares de la Capitanía de Pernambuco.

Para buscar algún alivio, no les quedaba a los plantadores otro camino que el de la transacción, y así fue como, entrando en relaciones con los negros, obtuvieron el rescate de las mujeres, y pactaron una contribución

mediante la cual el *quilombo* se abstenía de sus depredaciones. Las relaciones iniciadas de este modo se fueron regularizando hasta crearse relaciones normales de comercio. Los plantadores daban armas y municiones a los negros en cambio de los artículos que éstos producían en sus huertas y sementeras. No se dirá que el Estado negro vivía fuera de las leyes de la evolución.

En lo relativo a la organización interior del *quilombo*, llegó éste hasta la constitución de una autoridad representada por un jefe vitalicio, el *Zumbi*, a quien se debía obediencia ciega. Gracias a esto, no se turbaba la paz de los *quilombos*, pues en cada uno de ellos había un comandante delegado del *Zumbi*, que desempeñaba funciones políticas, administrativas y judiciales. Las leyes se transmitían oralmente. La religión se componía de una mezcla de simbolismo católico y de fetichismo africano. La esclavitud existía como en el continente negro. Sólo eran ciudadanos los negros que se incorporaban libremente en el *quilombo*, pero los hermanos de raza, capturados en las plantaciones, eran sometidos a servidumbre.

Según cálculos de los portugueses, la población de Palmares llegó a contar 20.000 almas, y había por lo menos 10.000 hombres capaces de tomar las armas. Durante el último ataque a la capital fortificada, el *quilombo* hizo una resistencia heroica. Los negros lucharon con bravura en medio de sus pequeños grupos de casas, a la sombra de las palmeras, en el cauce de los arroyuelos y a las orillas del estanque central que los proveía de pesca.

A fines del siglo XVII, un gobernador general de Pernambuco tuvo suficiente iniciativa para poner sitio al temible *quilombo*, cuyo nombre bastaba para infundir miedo a los más audaces. Caetano de Mello e Castro, nombre de aquel valiente, pidió ayuda al gobernador de Bahía, y éste le envió un destacamento de mil paulistas e indios bajo la jefatura de Domingos Jorge. Creyendo fácil la empresa, los atacantes se arrojaron contra la posición, pero tuvieron que retroceder hasta incorporarse con

las tropas regulares cuyo efectivo total ascendía a seis mil hombres. Siguió un verdadero sitio, en el que hubo asaltos contra tres puertas de la ciudad negra, en la que se agotaron las municiones y los víveres. Forzadas las puertas, los sitiadores entraron en el recinto, sembrando la muerte y la desolación, en tanto que el *Zumbi,* seguido de sus principales guerreros, se precipitaba al fondo de un abismo, prefiriendo la muerte a la esclavitud, suerte que tocó a casi toda la población del *quilombo,* repartida entre los vencedores. La capital fue arrasada. No cabía en verdad un Estado africano en aquella serie de colonias europeas que pasados algunos años, ya no pensarían sino en su emancipación.

El sentimiento de autonomía que iba a manifestarse en los últimos lustros del siglo XVIII, y que si bien ya se había revelado antes, se organizó entonces y pasó de un simple estado de aspiración latente,—era una reacción muy natural contra la omnipotencia del Estado, omnipotencia por nadie encarnada mejor en el Portugal del siglo XVIII que por el marqués de Pombal. Su despotismo ilustrado no conocía límites. ¿Cómo podía tenerlos en una colonia superiormente modelada desde el siglo XVI, a imagen de la metrópoli, no obstante el libre desarrollo que se dejó a las actividades locales? Toda resistencia tenía que ser inútil así en la metrópoli como en la colonia, tratándose de una resolución meditada, apoyada por la fuerza, para llevar las cosas por la violencia hasta el límite extremo que permitiese la razón.

La disciplina portuguesa había vencido en el Brasil a la anarquía social, surgida de las propias circunstancias de la colonización europea, y sobre todo de las condiciones de población, que antes de ser una fusión de razas de tres continentes, había representado el conflicto entre dos de ellas. Ahora bien, la sociología afirma y la historia demuestra que el contacto de razas en diferente grado de

civilización, es poco propicio para un progreso moral correlativo. El efecto es deplorable, aun cuando no fuera sino para las relaciones de una opresión mitigada por la sensualidad, y de una servidumbre rectificada por la revuelta.

La sociedad de Minas Geraes en el siglo XVIII nos parece menos que otra alguna de ultramar, fuera de esta situación, y dispuesta a modificarla por propio impulso. Las minas, más que los campos, requerían trabajo esclavo, y la fiebre del oro no podía traer consigo algo que no fuera la alucinación de la riqueza o la pesadilla del crimen. Para que el elemento civil que aspiraba a gobernar, pronunciase las palabras de justicia práctica hacia el negro y de simpatía sincera hacia el indio de que había dado tantos ejemplos el elemento religioso, había que esperar la Constitución de 1823 y la voz reflexiva y humana de José Bonifacio, cuya educación científica se había perfeccionado en los países más cultos de Europa, y cuya sabiduría política no era fruto de un entusiasmo juvenil, sino de la experiencia de una edad madura.

Los proyectos legislativos de José Bonifacio sobre la civilización de los indios, la abolición de la trata negrera y la emancipación de los esclavos, son por todo extremo honoríficos, así para el espíritu generoso de José Bonifacio como para la asamblea que les prestó una atención simpática. El sentido político de aquel hombre era sin embargo demasiado sutil para que no se diese cuenta de las dificultades. "Estas se acumulan por culpa nuestra, decía hablando de los indios. En primer lugar, tenemos que referirnos a los temores continuos y arraigados que inspira a los indios la antigua servidumbre; al desprecio con que generalmente los vemos; a la usurpación tolerada de sus mejores tierras; a las tareas a que los sujetamos pagándoles salarios ínfimos, hasta negándoles a veces toda compensación por su trabajo, y alimentándolos siempre mal; a nuestra mala fe en los contratos de compraventa que celebramos con ellos; a la crueldad con que los arrebatamos durante años enteros a sus familias y ocupaciones, en

beneficio de las obras públicas y aun de particulares, y por último a la despreocupación con que les inculcamos todos nuestros vicios y todas nuestras enfermedades, sin transmitirles en cambio nuestras virtudes y talentos."

El que iba a ser designado con el nombre de *Patriarca de la Independencia*, tomaba al hablar de los negros un acento no menos convencido y generoso: "¿Por qué, escribía, solamente los brasileños han de ser sordos a los llamamientos de la razón y de la religión cristiana, y aun diré más, del honor y de la dignidad nacional? Porque somos la única nación de sangre europea que trafica de un modo abierto y público, comprando esclavos africanos. Soy cristiano y filántropo. Dios me inspira para que me atreva a levantar la voz en favor de la justicia y de una sana política. No temáis, legisladores, las protestas del sórdido interés... Si el antiguo despotismo fue insensible, esto se debió a que su conveniencia hallaba ventajas en ello. Quería que fuésemos un pueblo mezclado y heterogéneo, carente de nacionalidad y de fraternidad, a fin de conservarnos mejor en la esclavitud. Pero gracias al cielo y a nuestra situación geográfica, somos ya un pueblo libre e independiente."

Esta exclamación, llena de la grandeza del patriotismo, no podía salir de los labios de José Bonifacio sino porque la formación de nuestra nacionalidad nos daba los títulos legales para una vida independiente. La libertad, sin embargo, nace sólo a costa de grandes dolores. La libertad civil fue reconocida en teoría a los indígenas bajo el ministerio del marqués de Pombal, en el momento de la expulsión de los jesuítas, como para mostrar que ellos eran quienes la conculcaban.—Notemos que la libertad civil no es equivalente a la libertad política. Se deriva de ésta, si es que no la precede. De cualquier modo que sea, el hecho es que la libertad política constituyó el ideal inmediato, por no decir el ideal único de los conspiradores que pretendieron fundar la República en la pintoresca Villa Rica de Minas, de calles estrechas y escarpadas

como las de los puntos fortificados de los árabes. Allí en una ancha plaza rodeada de sombríos edificios que tenían por horizonte colinas tachonadas de pequeñas iglesias blancas, sin gusto ni estilo;—allí se desarrolló aquel drama.

No es inoportuno recordar que la savia de las antiguas tradiciones portuguesas de libertad se había vigorizado en el medio virgen de la colonia, y que merced a los hábitos creados por la vida aventurera, florecieron aquellas tradiciones. Es curioso observar lo que se hizo en Maranhao durante el levantamiento de 1664, que expió Beckman en el patíbulo, levantamiento que infundió serios temores al gobierno por suponer éste que los alzados pedirían auxilio a los franceses de Cayena, lo que habría convertido en realidad los sueños de la intentona de La Ravardière. Pues bien, durante esa revolución se confió el poder ejecutivo a tres nobles acompañados por dos *procuradores del pueblo,* tribunos a la manera de la antigua Roma. El *juez del pueblo*, magistrado popular como lo indica su nombre, que gozaba de un prestigio proporcionado a sus funciones, y que en los momentos críticos se encargaba de los intereses de sus conciudadanos, era un personaje que no faltaba nunca en todo movimiento subversivo. Llegó a llamar tanto la atención esa tendencia, que se abolió el cargo en 1712, es decir, durante el recrudecimiento del despotismo real, pues se temía que causase embarazos al gobierno la acción demagógica de una magistratura tan prestigiada.

La conspiración de Villa Rica se efectuó en el mismo año de la toma de la Bastilla por una muchedumbre enfurecida que, antes de atacar a los representantes de la institución monárquica, dirigía sus fuerzas contra los símbolos más odiosos del absolutismo. Este acontecimiento señala el triunfo de la libertad política, y es la afirmación del gran principio de que partió el movimiento mental del siglo de la *Enciclopedia,* extendido por el mundo entero, porque se sabe que las ideas eluden una prohibición oficial más fácilmente que las mercancías. Es un con-

trabando que se puede hacer siempre. Perseguidas, escapan a la persecución, y se infiltran dondequiera. Llegaron al Brasil, como a todos los países, y la mejor prueba de su influjo sobre el movimiento abortado en 1789, es que fue éste ante todo una conspiración de literatos, familiarizados por sus lecturas con las expresiones de racionalismo, contrato social y ventura del género humano, con las máximas del libre examen, de la libre asociación y de la libre sensibilidad, o lo que es igual, de la libertad bajo el aspecto intelectual, afectivo y volitivo. La economía había reemplazado a la teología para el examen de los resortes del espíritu. Al estudio de las manifestaciones de Dios se prefería el de las riquezas de las naciones, y se decía que la mala organización social era causa de que se hubiese pervertido la bondad ingénita del hombre.

Jamás se había oído el rumor de teorías más halagadoras para los oídos, como lo eran las de aquellos que soñaban en el progreso de la especie humana, para quienes el porvenir no escondía indeterminadas esperanzas, sino magníficas realidades. Los filósofos franceses del siglo XVIII pensaban mucho en América, y pensaban en ella como en una tierra admirablemente dotada por la naturaleza, pero que gemía bajo la opresión de metrópolis implacables. Voltaire exclamaba en *Alcira*:

*Tu vois de ces tyrans la fureur despotique,*
*Ils pensent que pour eux le ciel fit l'Amérique.*

Estos versos que adoptaba como epígrafe un periódico político del tiempo de la Independencia, el *Tamoîo,* nombre de los indios de Río Janeiro, redactado por los hermanos Andrada, sonaban ya como metal falso en los albores de la Revolución, puesto que América estaba emancipada, en parte por lo menos.

El ejemplo de la insurrección de las colonias inglesas, insurrección coronada por un éxito feliz, fue tan sugestivo como las lecturas de Rousseau y de Montesquieu, los dos evangelios de las democracias sudamericanas. Más

sugestivo aún, pues siempre lo concreto influye más que lo abstracto. La revolución de los Estados Unidos fue la señal de una marcha hacia adelante; fue un modelo que se impuso a la imitación. La América Latina llegó a la victoria como la otra América, aun sin contar como ésta con el apoyo material de Francia, pues por el contrario, se levantó frente a ella la hostilidad de la más que Santa Cavilosa Alianza. Veremos sin embargo que esta última observación se aplica sólo a la América Española, merced a las condiciones en que se efectuó nuestra independencia.

Hay en la historia de la conspiración de Minas Geraes un episodio interesante, por el que se puede medir la influencia que ejercía en nuestra sociedad,—medio propicio para la incubación de las ideas de libertad,—la organización autónoma de los Estados Unidos. Un estudiante brasileño de la Universidad de Montpellier, apellidado Maia, unido por el espíritu y por la acción a los revolucionarios en embrión, quiso interesar en aquel magno proyecto al ilustre demócrata Thomas Jefferson, y obtener por su conducto la ayuda de la República que acababa de nacer en la América del Norte. Maia escribió con este objeto una carta, reproducida íntegramente en la Correspondencia de Jefferson, que se ha reimpreso innumerables veces en los Estados Unidos. La carta de que hablo aparece incluída en la nota de Jefferson al secretario de Estado, John Jay, del 4 de mayo de 1787.

Os leeré esa carta, aun cuando su estilo no sea impecable, ni su autor iguale en elocuencia a Mirabeau, sólo porque a pesar de su incorrección, de su torpeza y del énfasis que al escribir respiraba con la atmósfera de su tiempo, contiene notas muy vivas que traducen el estado de espíritu de la colonia, o por lo menos de las clases cultas:

"Soy brasileño, y sabéis que mi desdichada patria gime en una odiosa esclavitud más insoportable todavía desde la época de vuestra gloriosa independencia, puesto que

los bárbaros portugueses no perdonan medio para hacernos desgraciados, temerosos de que sigamos vuestros pasos. Y como conocemos que estos usurpadores contra la ley de la naturaleza y de la humanidad, no piensan sino en abrumarnos bajo el peso de la tiranía, hemos resuelto seguir el impresionante ejemplo que acabáis de darnos, y romper por lo tanto nuestras cadenas para que renazca nuestra libertad, enteramente muerta y sometida por la fuerza, que es el único derecho que tienen los europeos sobre América. Es necesario que una potencia dé la mano a los brasileños, puesto que España no dejará de unirse a Portugal, y a pesar de las ventajas que tenemos para defendernos, no podremos hacerlo, o a lo menos no sería prudente que nos aventuráramos sin estar seguros de un éxito lisonjero. Supuesto lo anterior, toca a vuestra patria, Señor, prestarnos el auxilio necesario, y así lo creemos, no sólo por el ejemplo que nos ha dado, sino también porque la naturaleza nos ha hecho habitantes del mismo continente, y en cierto modo compatriotas. Por nuestra parte estamos dispuestos a dar todo el dinero que sea necesario y atestiguar en todo tiempo nuestra gratitud hacia nuestros benefactores. He aquí, Señor, más ó menos, el resumen de mis intenciones, y para el desempeño de esta comisión he venido a Francia, puesto que no podría ir a los Estados Unidos sin despertar las sospechas de los que se enteraran de mi viaje. Os toca juzgar si pueden realizarse tales intenciones, y si queréis dar informes a vuestra nación, yo me encuentro dispuesto a rendir los que estiméis necesarios."

„Montpellier, 21 de noviembre."

La entrevista solicitada por Maia se efectuó en el anfiteatro romano de Nimes, y el informe llano del ministro de los Estados Unidos en Paris, nos da una imagen muy pálida de la conversación. Habríase necesitado la prosa vibrante y magnífica de Chateaubriand,—las cadencias de *Atala* o del *Itinerario*,—para traducir la impresión de aquella plática entre el fogoso virginiano y el brasileño

ingenuo, que respiraban los tibios efluvios de una noche de primavera en Provenza, perfumada por el romero, a la luz de la luna. Hablaron largamente los dos. Jefferson era sin duda un idealista, pero su idealismo religioso tenía por expresión la moral y por contrapeso el utilitarismo, y no revelaba como el de Chateaubriand la preocupación de la belleza. En su conversación con Maia, afectó una severidad que ocultaba el fuego de sus pasiones.

Maia, en su ímpetu, confesó a Jefferson que la revolución era un deseo de los hombres de letras, pero que no habría oposición, pues casi todas las fuerzas militares se componían de brasileños, y sólo la mitad de la oficialidad era portuguesa, y esta parte no se distinguía por su instrucción militar ni por su apego a la forma de gobierno; que los nobles carecían de aristocratismo, que el clero no ejercía influjo sobre las clases inferiores, y que los esclavos, por último, estaban identificados con sus dueños. Dado el hábito de la caza, era seguro que los hombres del pueblo sabrían servirse de sus armas de fuego. Lo que se necesitaba era un jefe, alguien que se pusiese al frente del movimiento, y para que este hombre se resolviese a salir de la sombra, era preciso contar con el concurso de una gran potencia como los Estados Unidos, que facilitase a los revolucionarios las armas, las municiones, los soldados, los jefes y las provisiones de que carecían, como trigo y bacalao, todo bien pagado, con monedas de oro contantes y sonantes, cuya existencia estaba garantizada por las minas. No era de temerse una resistencia de Portugal, pues no poseía el país ni ejército ni marina dignos de tal nombre, y el odio brasileño haría prodigios.

La respuesta de Jefferson honra a este diplomático. Tiene la sequedad de una comunicación oficial. Voy a traducir textualmente su carta, para que las palabras en ella empleadas no pierdan la dosis de buen sentido que tienen, ni su corrección de cancillería:

"Durante la conversación, procuré hacerle comprender que yo carecía de instrucciones y autoridad para tratar de

este asunto con quienquiera que fuese, y que no podía comunicarle sino mis ideas personales. Estas eran que nuestra situación no nos permitía tomar parte como nación en guerra alguna, y que estábamos particularmente empeñados en cultivar buenas relaciones de amistad con Portugal, a cuyo pueblo nos unían las relaciones de un comercio próspero. Una revolución victoriosa en el Brasil no dejaba, por otra parte, de solicitar nuestro interés. Y era posible que la perspectiva de ganancias, pudiese hacer amigos de los revolucionarios a muchos individuos, y que algunos de nuestros oficiales, entre los que hay muchos de óptimas cualidades, sirviesen a la revolución por motivos más puros. Nuestros ciudadanos gozan de la libertad de abandonar su patria individualmente, sin que sea necesario el consentimiento del gobierno local o federal, y pueden dirigirse al país de su elección."

La conversación debía detenerse en este punto, tratándose de dos interlocutores animados de un modo tan diverso, y que veían la cuestión desde puntos de vista opuestos. Ambos representaban a las clases superiores de sus respectivos países. El uno era de la clase de los *gentlemen-farmers*, preparados por la independencia de la vida social inglesa y la libertad de su existencia política colonial, al ejercicio del gobierno de la Federación establecida entre esas posesiones, mientras que el otro, joven estudioso de familia acomodada, puesto que podía ir a Europa y seguir allí una carrera liberal, tenía la obsesión de los proyectos de emancipación que fermentaban en el espíritu de algunos de sus compatriotas, que lejos de él, sobre todo los de la Capitanía entregada al culto del oro, sufrían más que los otros las trabas impuestas a los actos y aun a los pensamientos, la coacción y la desconfianza diaria de las autoridades públicas.

Maia tenía sólo relaciones indirectas con los conspiradores de Minas Geraes. Según las declaraciones rendidas durante la instrucción de las causas respectivas, algunos comerciantes de Río Janeiro le dieron el encargo de abrir

negociaciones en el extranjero, lo que indica la extensión que había tomado la aspiración a la libertad, y lo generalizado que estaba el deseo de un levantamiento, sobre todo después de lo acaecido en la América del Norte. En una conferencia sobre el *Tiradentes*, mártir de aquella conspiración, a cuya apología se ha dedicado José Feliciano de Oliveira con el fervor de su alma de apóstol y el rigor de su educación filosófica, dice el orador que el *Tiradentes*, que ha llegado a ser el héroe legendario del Brasil, lloró de entusiasmo al saber por un amigo procedente de Inglaterra, la historia pormenorizada de la Revolución de América, (Estados Unidos), y que desde ese día no cesó de rogar a sus amigos que le tradujesen del inglés las obras que trataban de un asunto tan apasionante para su patriotismo.

Esto os indicará la influencia ejercida por aquel acontecimiento en las clases ilustradas de las colonias iberoamericanas. No debemos olvidar que en el caso mencionado, se trataba del único hombre audaz en un grupo de ideólogos tímidos que durante el proceso y en el momento del peligro, pues la revolución había sido entregada por delatores, perdieron completamente la serenidad y rivalizaron en cobardía.

Movimiento de ideólogos. Tal fue la conspiración de 1789 en su matiz más democrático, que no dejará de advertirse si la comparamos con la sedición de Pernambuco, en 1710, cuyo carácter fue exclusivamente aristocrático en su nacionalismo. Esta divergencia de las dos tentativas revolucionarias es visible en sus propósitos. Bernardo Vieira de Mello, que fue quien finalmente asumió la dirección del movimiento en Pernambuco, era noble, o digamos, miembro de una familia con pretensiones nobiliarias: autoritario y violento con sus inferiores y subordinados, como era de rigor entre *capitaes-mores*, especie de prefectos o corregidores en quienes el pueblo personifica el tiranuelo, tenía como mérito más relevante la participación que había tomado en la destrucción del *Quilombo* de Palmares.

El *Tiradentes* era un hombre que desempeñó varios oficios con poca fortuna, tal vez a causa de sus ambiciones que lo sacaban del medio a que pertenecía. De tumbo en tumbo, llegó por último a oficial de milicias locales, conservando después de tantos cambios de existencia una reputación intachable de honradez y lealtad.

En una y otra tentativa de emancipación, pudo comprobarse sin embargo la ausencia del elemento verdaderamente popular. Hubo que llegar a 1817 para que los mestizos de Pernambuco, producto de tres siglos de cruzamientos, abandonasen su deferencia tradicional hacia la remota realeza, y creyesen elevarse por la fraseología revolucionaria hasta la altura de la más compleja civilización, cuando en realidad no hacían otra cosa que abandonarse a las inclinaciones negativas de su salvajismo. En dos páginas vigorosas que os ruego escuchéis, Joao Ribeiro, el más filósofo de nuestros historiadores, presenta con rasgos enérgicos la psicología de los pueblos latinoamericanos en la primera fase de su vida, contemporánea de la Independencia.

„En vano adaptan (esas razas) a su organismo las ideas de civilización. Carecen del sentimiento que tales ideas suponen, así como de las virtudes y cualidades morales, que a la inversa de las teorías, sólo se infiltran en el espíritu humano, y eso con gran dificultad, por obra de una educación histórica secular. Podría decirse de ellas que son razas catequizadas, pero no cristianas; el cristianismo es en ellas como en un vaso de agua las gotas de vino que la coloran y que alteran su sabor. En general esas razas asimilan de preferencia los principios y sistemas del radicalismo más acentuado, y sólo porque tales principios no son posibles sin la subversión social. Así a la vez que se declaran amigas del bien público, satisfacen un instinto fundamental, que es puramente destructor, como el de los niños. Sin el apoyo moral de las costumbres, los cambios de ambiente espiritual son más rápidos y vertiginosos. Pasan de la religión a la impiedad y al ateísmo; del

gobierno a la anarquía, y generalizando, se puede decir que en el orden buscan sólo el medio de producir trastornos.

„Los que vienen directamente de la esclavitud o de la selva virgen, nada tienen que ver con un pasado que su progenie, carente de nobleza, no puede apreciar. Nada aceptan de la historia, que es para ellos naturalmente sospechosa o indiferente, y buscan un remedio imposible en las utopías del porvenir que no sostienen su frágil moralidad. Se ríen de los reyes consagrados por la historia, y se burlan más aún de los falsos dioses que ellos mismos han fabricado y que se proponen inútilmente venerar. No saben ni gobernar ni ser gobernados, en primer lugar porque confunden la autoridad con la fuerza, en la que ven su único símbolo, y en segundo lugar, porque confunden la obediencia con el servilismo. El goce del mando es tan grande en ellos como ignominiosa la vergüenza del acatamiento. Y como según su concepción, la obediencia es una esclavitud, todos y cada uno luchan por esa autoridad, como si se tratase de un alimento esencial para la vida, motivo por el cual falsifican todos los actos y todos los métodos de la vida pública que conducen al poder, empleando para ello la violencia o el fraude. Cuentan los años de existencia por las revoluciones y las crisis, y menosprecian el trabajo para no pensar sino en los azares y en los empleos. El gobierno es en suma para ellos el órgano del comunismo, y el agente de la nueva distribución de la fortuna.

„El único remedio para estos pueblos es el que ensayó la antigua colonización: la continua inmigración europea de artesanos y labradores, que llevan la vida y sacan coordinación del desorden, sin gravámenes para el tesoro público.

„Los pueblos no se clasifican por las formas políticas puramente exteriores, como no se clasifican por el traje. Las ideas y las teorías se propagan de pueblo á pueblo, y cada uno de ellos se arroga el derecho de sacar el parti-

do que puede, según sus recursos. La independencia republicana de los Estados Unidos ha hecho progresivamente republicanas a todas las naciones de América. El federalismo, expresión espontánea de aquel pueblo, llegó a ser una teoría política común para todas las nuevas repúblicas. No hay duda en que estos países han tenido el deseo de encontrar el bienestar y la libertad, alcanzándolos a través de estas formas, y tal era el fin que se proponían en sus imitaciones que no podían producir ningún buen resultado por falta de conocimiento de los secretos de la historia, o por falta de historia. Es natural que la experiencia les haya hecho pagar a precio muy alto sus espejismos y sus errores. La decena de naciones que viven a lo largo de la cadena andina, atestigua las torturas de un sacrificio que no ha terminado aún.

„Sin embargo, el resultado debe considerarse como inevitable. No era posible romper el vínculo de lealtad al rey sin perjuicio para la realeza. La falta de tradiciones ha suprimido en América el obstáculo de la inercia, y favorece el progreso de todas las ideas que tienen porvenir. América debía ser forzosamente republicana algún día, y a pesar de las incertidumbres y de los errores, estaba destinada a representar un gran paso de avance en el progreso de las instituciones políticas."

Veremos que el Brasil pudo escapar a la crisis prolongada que atravesaron los otros pueblos latinoamericanos, gracias a la monarquía, que es la autoridad sin la tiranía, la fuerza sin la violencia, la moral sin la hipocresía y la libertad sin la indisciplina. De aquellos pueblos, algunos salieron hace ya largo tiempo de la era de convulsión, y han hecho adelantos maravillosos en el camino del perfeccionamiento, pero para otros la crisis continúa y pesa sobre ellos de una manera más o menos opresiva.

Verdad es que sólo el Brasil tuvo entre todos los países americanos la ventaja de una corte, aun durante el período colonial. Fue una etapa en la evolución política, con todo lo que implica la palabra en lo relativo a cultura y

refinamiento. Esta ventaja, de que carecieron los otros pueblos, fue debida a la prudente resolución del rey Joao VI, entonces príncipe regente de Portugal, quien buscó un refugio en el Nuevo Mundo para ponerse a cubierto de la agitación que reinaba en Europa por obra de Napoleón, y estableció personalmente las bases del imperio en que habían soñado ya, bajo forma democrática, espíritus más ilustrados pero menos benévolos que el suyo. Formó en efecto ese imperio con la dulzura y la simpatía más bien que con la tradición y la fuerza, de suerte que su hijo sólo tuvo que recoger la herencia cuando sonó la hora de la separación que los conspiradores de Minas Geraes habían creído inminente y quisieron más radical.

*Libertas quae sera tamen,*—tal había sido la divisa. Pero la libertad no llegó cuando era esperada, ni se presentó en la forma que le dieron en su imaginación los poetas que pagaron su quimera con prisiones, destierro, miseria y sepulcro, pues uno de ellos se suicidó en la cárcel.

Los nombres de esos poetas,—Claudio Manoel da Costa, Gonzaga y Alverenga Peixoto,—figuran entre los más ilustres de la lengua portuguesa. No los había de la misma altura en la metrópoli. La desgracia los hizo hermanos, y la posteridad los ve unidos indisolublemente, rodeados de otros poetas que no vivían en Minas y que no tomaron parte en la conjuración. Se ha inventado en nuestra historia literaria la expresión Escuela *Mineira* (expresión contra la cual protestaba José Verissimo en un artículo reciente, publicado por la Revista de nuestra Academia de Letras). Y bajo ese nombre de Escuela *Mineira* se designa a una pléyade que propiamente no fundó escuela ni organizó una Arcadia ultramarina. Si a pesar de su característica individual muy marcada desde el punto de vista literario, merecen que se les clasifique aparte, y sin relación con sus contemporáneos portugueses, no puede ser esto sino en razón del acento más sincero de su expre-

sión poética y de la tendencia que manifiestan, sobre todo Gonzaga, a buscar en la naturaleza la fuente de la inspiración que hasta entonces sólo se había pedido a las reminiscencias clásicas. Para Claudio Manoel Costa, que no era sino un neoclásico europeo que versificaba en Minas Geraes, lo primero es la preocupación de la forma correcta. Era ya un parnasiano. Alvarenga Peixoto muestra por otra parte el prurito de la superioridad colonial respecto de la metrópoli, que será el *leitmotiv* de la independencia. Gonzaga, todo suavidad, produce la nota elegíaca que el lirismo romántico derivará de la contemplación de nuestra naturaleza, más melancólica que sonriente a pesar de su grandeza.

Uno solo de los conspiradores de 1789 subió al patíbulo, y su recuerdo vive en el alma nacional, naturalmente identificado con ella. No era intelectual, si bien había recibido cierta instrucción. Era más bien hombre de acción, cuya última profesión, como he dicho, fue la de militar con el grado de teniente. Pertenecía a las milicias, ya tradicionales entonces, que habían nacido de la obligación estipulada por el gobierno de Lisboa con los primeros colonos, quienes debían tener por lo menos una arma, obligación que iba en aumento según la fortuna, pues si eran dueños de una plantación se les exigía que tuvieran todo un pequeño arsenal. Recorriendo constantemente los caminos a la cabeza de su destacamento, para vigilar los manejos activos del contrabandismo, el subteniente, a quien se designaba con el apodo de *Tiradentes*, solía custodiar hasta Río Janeiro las barras de plata que habían de ser embarcadas para Portugal. Así fue como se le designó para que estableciese el vínculo de unión entre los conspiradores de Minas y los del litoral, más en contacto entonces con la metrópoli que con las Capitanías del interior.

El carácter de los *Mineiros*, proverbialmente desconfiado, lo que se explica por la estructura de esa sociedad, los mantenía aislados, y por esta razón los conspira-

dores no tuvieron aquella simpatía necesaria para que un movimiento político se extienda. A la conspiración de Minas le faltó no sólo el apoyo exterior, sino el de la nación misma. Sin embargo, el ejemplo no fue inútil, e inspiró otras actividades a medida que la cultura se generalizaba. Pero nadie negará que si no se hubiera realizado en la Monarquía la unión de aspiraciones a la emancipación, ésta habría sido imposible por falta de acuerdo entre los fragmentos de aquel mosaico que no formaban aún las partes componentes de un todo. Era tal vez indispensable que se derramase sangre humana para que la fusión fuese una realidad, y no pudo haber habido sangre más generosa que aquella que corrió a consecuencia de la más ingenua y la más idealista de las conspiraciones de que haya memoria, pues se creía seguro el triunfo, no por medio de la violencia, sino por la convicción filosófica y por la fuerza persuasiva del derecho.

Es verdad que la figura de *Tiradentes* tomó proporciones heroicas en el patíbulo, y que su negativa a hacer revelaciones o a denunciar a sus cómplices dio grandeza en el infortunio a aquel oficial que hasta entonces se había distinguido por su locuacidad sin freno. En medio de los desmayos de muchos y de la cobardía de no pocos, sólo él mantuvo la calma y la fortaleza de un hombre. Cuando el mártir supo que únicamente a él se le negaba la conmutación de la pena capital, apareció una sonrisa en sus labios. Sólo él en efecto iba a sufrir el suplicio infamante, después del cual se le descuartizaría para que sus miembros fuesen expuestos sobre picas en lugares distantes. Se arrasaría su casa, y se cubriría de sal el suelo. Mientras sonreía, ha de haber pensado que en él, y únicamente en él, se había refugiado el espíritu errante y siempre indomable de Felipe dos Santos, el tribuno del pueblo, personaje de los primeros tiempos de Minas, que por disposición del conde de Assumar fue atado a las colas de dos caballos fogosos y arrastrado así por las cuestas escarpadas de Ouro Preto, nombre con que fue conocida desde

entonces la legendaria Villa Rica, que sobrevive, desdeñada y pobre, tendida a la sombra de las cumbres graníticas del Itacolomi, como en los días de su pasajero esplendor, cuando las carrozas y los palanquines circulaban difícilmente por sus estrechos senderos, y cuando las barras de metal se amontonaban en las cuevas de la Casa de Moneda y el polvo de oro era bastante para que las negras que lo barrían dieran a sus cabelleras el tinte leonado de las mujeres del Ticiano.

Faltaba, sin embargo, a esa exuberancia de lujo el acento de la distinción que caracterizó en los primeros tiempos el fausto aristocrático de Pernambuco. La riqueza envaneció a los pernambucanos hasta lo indecible. Los *Diálogos de las Grandezas* no vacilaban en decir que los individuos de la corte de Lisboa aprendían en Pernambuco las buenas maneras, el lenguaje correcto y los refinamientos de la elegancia. Es verdad que el desenfado y la liberalidad fueron los rasgos característicos de la nobleza provinciana, *gentry* del norte brasileño, y que estos rasgos duraron tanto como las condiciones sociales a que se debió la existencia del medio, que había podido atraer en el siglo XVI algunos aventureros nobles de otras naciones, y que Mauricio de Nassau contribuyó a hacer todavía más aficionado al lujo y a la profusión por los hábitos de munificencia característicos de ese príncipe.

Nobles pernambucanos, licenciados en derecho salidos de Coimbra, oficiales sin empleo de la burguesía criolla, blanca o mestiza,—todos aquellos hombres coincidían en una aspiración común, aunque diferentemente localizada en los primeros tiempos. Todos tendían á la realización de la patria independiente que la realeza de Joao VI hizo posible, y que se unificó bajo la monarquía imperial.

## VII

La corte portuguesa se establece en Río Janeiro.—Un rey prudente.—Transformación política y social bajo la influencia de las nuevas ideas.—El reino del Brasil.

En 1808 se abre una época llena de cosas desconocidas. Ya se sabía en América lo que eran las revoluciones. Las trece colonias inglesas se habían confederado para separarse de su metrópoli, y posteriormente se habían organizado en república federal. La revolución fermentaba dondequiera. Hemos visto que no era extraña al Brasil. Desde hacía tiempo incubaba en las posesiones de España, bajo la mirada benévola de Inglaterra. El venezolano Miranda había entablado relaciones en Europa para dar forma a su ensueño de emancipación. Pero la emigración de una corte europea a un país americano era algo absolutamente nuevo. Y no sólo se trataba de una corte monárquica, sino del solio de uno de los grandes imperios. Lo era Portugal, en efecto, a pesar de las mermas que había sufrido su poderío en el Oriente; lo era puesto que dominaba en los Archipiélagos de Madera, de las Azores y del Cabo Verde; puesto que poseía territorios enormes, poco explorados y casi desconocidos en el Africa, pero que tendían a unir la costa de Angola con la de Mozambique, plan que más tarde hizo fracasar la Inglaterra de Cecil Rhodes; y era un imperio Portugal, finalmente, no sólo porque además de las posesiones

mencionadas tenía las de la India, de la China y de la Oceanía, sino por el Brasil, colosal y floreciente, joya sin duda la más rica del real tesoro.

Como ya he dicho, el Brasil formaba un mosaico de provincias. Cada una de éstas tenía su aspecto peculiar, pero todas estaban unidas por la identidad de raza, de lengua y de religión, así es que no obstante la extrema variedad, había en el conjunto una notable armonía. La autoridad regia se extendía por todo el territorio, y ligaba sus partes unas a otras, subordinadas a una dirección común. Ninguna de las primitivas capitanías feudales había sobrevivido a la guerra holandesa, es decir, a la primera mitad del siglo XVII. Por lo demás, casi todas ellas habían fracasado desde el principio; otras habían quedado ahogadas por la expansión de las Capitanías reales vecinas suyas; otras fueron rescatadas por la corona, y finalmente, algunas se convirtieron en patrimonio litigioso, y los herederos de los primitivos concesionarios no lograron a la postre sino el pago de indemnizaciones pecuniarias en el siglo XVIII.

Cuando el rey Joao VI desembarcó en el Brasil como refugiado, huyendo de Napoleón que declaró desposeída de su corona a la casa de Braganza, dijo que iba a fundar un nuevo imperio. Mientras tanto, el general Junot llegaba a Portugal como procónsul de Francia. Era el mismo Junot que pocos años antes había estado allí como embajador, lo que recordaréis, pues la mujer del teniente de Napoleón, duquesa de Abrantes, en sus conocidísimas Memorias, habla de aquella misión diplomática en tierra de conquista de un modo muy espiritual,—tal vez demasiado espiritual.

Interponiendo una no pequeña extensión del Océano para alejarse del más temible de los conquistadores, el soberano portugués no sólo obró de acuerdo con las reglas de la prudencia más elemental, supuesto que no tenía medios para oponerse a la invasión; sino según los consejos de una sabia política, ya que la suya fue la única tes-

ta coronada de Europa que logró escapar a las humillaciones con que Napoleón trató a las antiguas monarquías representantes del derecho divino. Y además, pudo mantener intacta la autonomía y la integridad de sus dominios, razón de ser de su autoridad, y no cesó de actuar como factor en los asuntos del viejo continente. En el teatro más vasto a que se habia dirigido, que por su grandeza le daba mayor prestigio en Europa, pudo presidir a la evolución del Brasil, elevado por él a la categoría de Reino Unido. Lo abandonó en el momento de una transformación que hizo del país un Imperio independiente. Se ausentó por lo demás muy a pesar suyo, y no sin dejar los afectos más profundos, que han subsistido hasta nuestros días, y que hacen su nombre tan popular en el Brasil como despreciado en Portugal, en donde sus súbditos europeos lo acusaron de haberlos abandonado cobardemente a un triste destino. No los abandonó. Los encomendó a la defensa de la única nación que estaba en aptitud de encargarse útilmente de aquella tarea, es decir, de Inglaterra, yendo él por su parte a cuidar el territorio en donde Inglaterra querría buscar indemnización por los servicios prestados a Portugal. Las previsiones del sabio rey se cumplieron, y los resultados fueron exactamente los que él buscó.

Los soldados portugueses, unidos a las tropas de Lord Wellington, se cubrieron de gloria en Bussaco y en otros lugares. Junot capituló en Cintra; Soult fue rechazado de Porto; Messena tuvo que detenerse ante las líneas estratégicas de Torres Vedras, y Portugal escapó al peligro de convertirse en una presa de los napoleónidas. Antes de palidecer en el cielo de España, la estrella del César moderno había sido envuelta por brumas de mal agüero en el firmamento portugués. La corona de Affonso Henriques fue una de las muy pocas que Napoleón no pudo ceñir en su frente de protector de Europa y desposeedor de reyes. Si Joao VI hubiera seguido la suerte de Fernando VII, cautivo en Valençay, la resistencia patriótica con-

tra el extranjero se habría resentido. En vez de un trono cuyo ocupante se alejaba de Europa, por caso de fuerza mayor, pero sin dejar de gobernar desde América,—pues no salía de sus dominios, y atisbaba la ocasión favorable para el regreso, pasada la tempestad que se llevó en sus remolinos a los que habían intentado apoderarse de la corona,—el trono habría quedado vacante y accesible por ende a todas las ambiciones. ¿Hubo otro pretexto en la sublevación y separación de la América Española que la negativa de obediencia a José Bonaparte?

Para el Brasil fue providencial lo ocurrido,—y os ruego que me perdonéis esta reminiscencia de Bossuet que sólo empleo metafóricamente. El resultado de la estancia del rey en Río Janeiro, fue que se utilizasen los atributos de la soberanía en beneficio de una posesión que por entonces sólo tenía el prestigio de sus tesoros mineros agotados, y que se adaptase el país a los destinos que le prometían sus proporciones, sus capacidades de opulencia y las esperanzas ambiciosas de muchos de sus hijos.

Considerada bajo estos dos aspectos, la llamada fuga de Joao VI aparece revestida de dignidad, y presenta un sentido muy diferente del temor vulgar, sentido que la opinión del Brasil, muchas veces consciente, pero instintiva en la mayoría de los casos, comprendió sin dificultad, de tal manera que no vaciló ni un momento en hacer justicia al monarca a quien la república ha discernido el título de fundador de la nacionalidad brasileña. Esta simpatía colectiva, impulsiva y sincera, fue el equivalente justo de la simpatía individual, indudable y calurosa que el monarca sintió siempre por su patria adoptiva.

El coronel Maler,—encargado de negocios de Francia, antiguo emigrado de 1792 que se refugió en Lisboa y que a la vuelta de los Borbones fue al Brasil con la embajada del duque de Luxemburgo, y permaneció después en Río como cónsul general y agente político,—observaba en su correspondencia oficial dirigida al ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, correspondencia que he tenido

entre mis manos y que me parece llena de interés, que los panfletos de mayor virulencia publicados por las prensas de la capital brasileña después de la revolución portuguesa de 1820, que determinó la partida del rey, respetaban invariablemente al monarca y se referían a él con expresiones de amistad y de veneración. La crítica histórica corrobora hoy una feliz intuición nacional, como la crítica filológica ennoblece las felices locuciones plebeyas, dándoles carta de naturaleza literaria. El buen sentido, o digamos más bien, el buen gusto de la posteridad, tenía por fuerza que descubrir la verdadera fisonomía, sagaz y bondadosa del monarca bajo la exageración de las caricaturas grotescas de escritores apasionados.

No podría tributarse a la memoria de Joao VI un tributo más vibrante que el de este afecto mezclado de cierta compasión. No hablemos de entusiasmo. Nadie pretende evocar algo semejante a la figura de un Gustavo Adolfo, con la coraza ceñida al tronco atlético, con la espada desnuda y centellante, con el caballo fogoso que piafa, difícilmente contenido por el jinete, al frente de las hordas protestantes, en la más devastadora de las guerras religiosas. Tampoco podemos ver en él a un Luis XVI, coronado con la aureola del sufrimiento, expiando las propias culpas, o acaso simples debilidades, con una resignación admirable. Joao VI no fue guerrero, y felizmente para él, tampoco fue mártir. Se limitó a ser, como acabo de decirlo, un hombre sagaz y bueno en proporciones que no son las ordinarias de nuestra flaca naturaleza. Ahora bien, ¿no nos ha dicho el clásico latino que es más frecuente encontrar dioses que hombres?

Sería ciertamente muy lamentable que las pasiones sanguinarias hubiesen elegido como víctima a un hombre incapaz de estimularlas en beneficio propio, y que por otra parte amaba la vida con todos sus placeres, de los que sacaba la mayor cantidad posible de satisfacciones. Lo recordamos admirando el soberbio paisaje que se descubre desde su Tebaida en la isla del Gobernador; lo

vemos recreándose en las óperas pomposas de su compositor, Marcos Portugal, aplaudido por toda Italia, que le había dado el nombre de *Portogallo;* nos lo representamos sensible al encanto penetrante de la música del compositor brasileño José Mauricio, clérigo que emulaba con Mozart; sabemos cómo se deleitaba con los sermones inflados de los predicadores reales, Sao Carlos y Sampaio, y cómo saboreaba las suculentas creaciones de las cocinas regias. La prueba más decisiva de su cordura, que le niegan los portugueses, la encontramos en su epicureísmo, que tenía tanta espiritualidad como materialidad, pues en su naturaleza se equilibraban el dilettante y el gastrónomo.

Hay una infinidad de anécdotas burlescas y picarescas, pocas de ellas auténticas, sobre aquel soberano de quien se reían nuestros padres a causa de las historietas que les habían trasmitido sus progenitores, gente más sensible a la ridiculez de las apariencias que al valor de los resultados. El rey carecía de una virtud esencial: le faltaba la firmeza. Ahora bien, los débiles dan pábulo a la risa. Pero esta misma flaqueza suya contribuyó más que nada a hacerlo no sólo tolerante, sino clarividente. Era tolerante cuando se trataba de mantener el vigor de la autoridad con el *mínimum* de violencia, y de tomar determinaciones decisivas, para las que escuchaba todas las opiniones antes de adoptar la propia. Y era clarividente, puesto que se ingenió para dar siempre las mejores resoluciones, ya se tratase de la conservación del reino de Portugal mediante su retirada al Brasil, ya de la separación del Brasil asociándola al régimen monárquico y a su propia dinastía, mediante el regreso suyo a Portugal.

Joao VI era justamente el hombre que se necesitaba en aquel país y en aquel momento para el desempeño de la tarea difícil de hacer una nación. Euclydes de Cunha lo ha comprendido admirablemente en un estudio sintético que se titula: *De la Independencia a la República.*

"En la situación por que atravesábamos, dice, estábamos

igualmente incapacitados para sufrir el ascendiente de un carácter enérgico, y las medidas de un reformador genial. Lo primero nos habría llevado a las revueltas parciales, con la consecuencia de una disgregación inevitable; lo segundo habría producido las agitaciones inútiles del revolucionario no comprendido. Teníamos necesidad de alguien capaz de ofrecernos la momentánea transacción de las escisiones ya iniciadas, transacción simbolizada en el anillo de alianza de la tradición monárquica, pero de una monarquía establecida a flor de tierra y sin raíces profundas. Esta situación no impedía el advenimiento de la aspiración nacional, emanación paradójica de una dictadura sin vigor."

Aquello habría sido en buenas palabras el triunfo de la mediocridad, si los hechos no demostrasen al historiador imparcial que la voluntad de un débil ha influído definitivamente sobre todos los acontecimientos de la época. Para esto sólo tenemos que pensar en la continuidad de la influencia benéfica e ilustrada que ejerció sobre los negocios públicos del Brasil de entonces, influencia que fue siempre igual con ministros activos y emprendedores en su actividad desordenada, como el conde de Linhares, o con ministros tímidos y de pocos alcances, metidos en un tradicionalismo jurídico, el caso justamente de Thomaz Antonio Villanova Portugal.

La emigración de la corte, por lo menos en las condiciones que acompañaron a su realización, fue obra del rey, pues primeramente sólo se había pensado en el envío del príncipe heredero, lo que no habría evitado los inconvenientes de la deposición del rey.

Si por las vicisitudes de su diplomacia europea, tuvo Joao VI que desprenderse de Cayena en 1817, muy a pesar suyo, pues consideraba esta conquista de 1809 como una represalia de la ocupación de Lisboa por los franceses, y puesto que había logrado en el Congreso de Viena que se pospusiese la restitución, persiguió en cambio con tenacidad sorprendente la anexión de la provincia Cispla-

tina, es decir, la extensión meridional del Brasil hasta su frontera natural de La Plata. Esta incorporación de territorio español se consumó a través de mil perplejidades, contrariedades y hostilidades que dieron tarea durante largos años a los agentes políticos y militares más renombrados con que contaba la corona, sin que las circunstancias pusiesen al rey en situación de renunciar a su designio premeditado. El plan tiene sobre todo el mérito de una intuición genial, como lo expresa Euclydes de Cunha, porque arrebatando la Cisplatina a la autoridad de Buenos Aires, el monarca dio un golpe mortal a la aspiración de reconstitución del Virreinato de La Plata, aspiración formulada en 1811 "como ideal supremo del patriotismo argentino".

Nada escapaba a la meditación y a la solicitud del buen rey: ni las reformas de la enseñanza, dificultadas por la estrechez teológica y ahogadas en una red de falsos principios por el retoricismo; ni el problema de las comunicaciones terrestres y fluviales entre las provincias de un vasto territorio; ni la mejor administración de justicia; ni la repartición más equitativa de los impuestos; ni el desarrollo económico de un país que se abría súbitamente al comercio universal, al trabajo nacional y a la colonización extranjera.

Si la irresponsabilidad era ya un atributo de la regia prerrogativa, todavía era dueña de la dirección exclusiva del Estado, y este soberano jamás trató de sustraerse a los deberes de la misión que le estaba encomendada y que cumplió con la más justa comprensión del régimen monárquico y con procedimientos más bien paternales que autoritarios. No pretendemos descubrir en Joao VI un espíritu innovador y revolucionario, que habría estado en desacuerdo con el ambiente, con la tradición, con su propia posición y con su temperamento, pero hay que reconocer que aislado en un trono, nadie ha aprovechado mejor las lecciones de su siglo. Por la perspicacia, por la equidad, por el desprendimiento práctico ya que no teó-

rico de fórmulas envejecidas y de ideales caducos, y sobre todo, por la adaptación precisa, consumada sin esfuerzo, a las nuevas tendencias del pensamiento y del gobierno, fue un verdadero discípulo de los enciclopedistas, de los economistas y de los moralistas precursores de la Revolución.

Nacido para reinar como depositario de un poder absoluto, llegó en los últimos tiempos a ser un modelo de rey constitucional, y mientras desempeñó la autoridad sin compartirla, se mostró tan tolerante que repudió la Inquisición, cosa que nadie había hecho antes que él, casi no aplicó la pena de muerte, toleró los cultos extraños al catolicismo, protegió el estudio de las ciencias naturales de preferencia al de la metafísica y fomentó los progresos materiales por muy profundas que fuesen las transformaciones que todas estas medidas introdujesen en la sociedad de la colonia.

No reveló un talento menor para detenerse en un justo medio. Hipolyto de Costa, que redactaba en Londres una célebre publicación política y literaria, llamada *Correio Braziliense*, en la que denunciaba los defectos y miserias de la administración portuguesa, dijo que al formar el príncipe regente su primer ministerio en Río Janeiro, con los condes de Linhares, Aguiar y Anadia,—debe recordarse que la reina doña María vegetaba en una locura mística,—habían entrado en el palacio tres relojes descompuestos: uno que tenía un adelanto extraordinario, el otro que cada día iba más atrasado, y el tercero que se había parado. La comparación es muy justa, pero felizmente Joao VI podría compararse a un reloj que marcaba la hora con toda exactitud. Siempre se mantuvo a una distancia igual de los ímpetus reformadores y de la testarudez ininteligente. Y siempre fue oportuno.

Este don de equilibrio moral explica contradicciones de que no nos daríamos cuenta exacta viendo sólo la apariencia de las cosas. Era un tiempo de luchas; los ejércitos de Napoleón habían llevado el incendio a toda

Europa, y el espíritu de la pugnacidad se había comunicado a América. Joao VI era orgánicamente el símbolo de la tranquilidad, o del pacifismo como diríamos hoy. Sin embargo, se le vio enviando de Pará la expedición destinada a la conquista de la Guayana Francesa; se le vio dominando con prontitud y energía la revolución que estalló en Pernambuco, y que organizó en 1817 una república con cierta solidez; se le vio ocupando a Montevideo con tropas de Rio Grande do Sul y de Sao Paulo y con veteranos de las campañas peninsulares disciplinados por Beresford, que en 1816, al partir para el sur, merecieron los elogios del príncipe Max von Wied Neuwied, uno de los combatientes de Leipzig. ¿Qué rey enamorado de las glorias militares habría hecho cosa igual?

Oyendo el fragor guerrero de un período tan corto, se diría que el Reino Unido de Portugal y el Brasil tenía al frente un soberano que no era ciertamente aquel hombre cuyo espíritu ponderado sólo sentía las seducciones de la expansión pacífica. Decía Tácito que Augusto consiguió pacificar hasta la elocuencia. Nuestro rey habría sido capaz de llegar al mismo resultado si hubiera tenido el genio de Octavio y si como él hubiera llevado antes el incendio a todo el mundo romano para disputar el mando supremo. Sin el menor destello de espíritu genial, y aun sin talento, el gobierno de aquel hombre dejó como ningún otro huellas de actividad, así en las intenciones como en los esfuerzos y en los actos.

Notad sin embargo cómo acabó por afirmarse su autoridad en América sin que nadie se la disputase, pues las potencias europeas estaban demasiado lejos, y sobre todo demasiado agotadas, para pensar en una intervención eficaz, y la disgregación de los virreinatos españoles daba relieve al vigor y a la cohesión del Imperio fundado por él y que sin él habría desaparecido. La masa compacta proyectaba una sombra inmensa sobre las democracias que al sur y al oeste hacían el aprendizaje político agitándose en las convulsiones de la guerra civil.

Es verdad que Joao VI contó con algunos auxiliares preciosos. Palmella fue un diplomático lleno de tacto, práctico, que sabía ver, comprender y exponer los asuntos. Desempeñó un papel importante en el Congreso de Viena, y llegó a imponer los puntos de vista de su país a la consideración de estadistas embriagados con el deleite de un triunfo que se pagó a precio muy alto, y poseídos del sentimiento autocrático a tal grado que confundían la tutela de los pueblos por los reyes con la de los pequeños Estados por las grandes potencias. Linhares fue un ministro infatigable, aunque temerario en sus reformas, y la inteligencia del conde da Barca estaba siempre abierta al progreso, y tenía tanta flexibilidad para el manejo de los recursos administrativos como para percibir los matices de la belleza literaria y artística.

Joao VI tenía la rara cualidad de saber en dónde estaba el mérito, y la cualidad más rara aún, de no tener envidia. Esto le daba mucho tino en la elección de sus colaboradores, y poco le importaba por lo demás que éstos tuviesen tendencias poco armónicas, puesto que él sabía obtener los resultados de conjunto en la administración. Los tres auxiliares que acabo de citar, y que fueron los ministros más notables de su reinado, tenían caracteres completamente diversos.

El papel propiamente político de Palmella comenzó poco antes del regreso de la corte a Europa. Palmella había asistido en Lisboa a la revolución de 1820, y de allí se dirigió a Río en donde le aguardaban tareas ministeriales, y adonde fue sobre todo para decidir al soberano a que volviese y encabezase el movimiento liberal si no quería ser víctima de la revolución. Tenía, pues, un espíritu inclinado al sistema constitucional. Era amigo de Benjamín Constant, y figuraba entre los huéspedes de Coppet. Aun se pretende, y esto parece probado por ciertas cartas que se conservan en el archivo de la familia Palmella, que fue el modelo para el Oswaldo de Corina. Seductor por la gracia de su persona, perfecto

gran señor, educado en el extranjero desde la infancia, tertuliano de los salones del siglo XVIII, amante de la buena sociedad, relacionado con lo mejor de las cortes europeas, Palmella era por naturaleza un cosmopolita destinado al favor de su soberano, encantado de la mesura que ponía en los actos y del mundanismo de las formas, cualidades que supo aprovechar el rey no sólo para impedir que el Congreso de Viena discutiese la trata, que la Guayana fuese devuelta sin compensaciones y que Montevideo se adjudicase a España, sino para las negociaciones que posteriormente entabló Río Janeiro ante los gabinetes de Londres y de París en defensa de su conquista de la Banda Oriental.

Linhares era muy diferente. Con la obsesión del recuerdo de Pombal, Linhares, absolutista y progresista, quería gobernar por medio de saltos y de improvisaciones, sin pensar en las circunstancias y a veces sin tener en cuenta los absurdos. La reina Carlota Joaquina era una mujer de mucho ingenio, y detestaba al ministro porque éste se oponía al proyecto que ella alimentaba de ser proclamada regente de Buenos Aires como representante de su hermano Fernando VII, cautivo de Napoleón. Donna Carlota Joaquina, llamaba a Linhares el *Doctor Torbellino*. También le daba el nombre de *Doctor Mescolanza*. Reía de sus planes gigantescos, de su actividad desbordante, de sus perpetuos vaivenes, y de verle entregado a una vida imaginaria en la que la monarquía portuguesa estaba dotada de un brillo incomparable. El rey, por su parte, moderaba tanto cuanto le era posible o cuanto era nenesario, el entusiasmo administrativo de su ministro, sin dejar por eso de aplicar los esfuerzos de una voluntad tan útilmente orientada, en bien de la colonia, que soberano y ministro querían ver desbordante de riqueza.

De su estancia en las embajadas, en las que había hecho sus primeras armas, como casi todos los hidalgos de su tiempo destinados a la vida pública, Linhares salió deseoso de poner en práctica todo lo bueno que había

visto, y su talento, que en ocasiones tocaba los límites del genio, pero que también manifestaba entusiasmos infantiles, difería tanto del escepticismo práctico de Palmella como de la despreocupación consciente de Barca.

Este era un espíritu singularmente inventivo, pero como artista de corazón, coleccionador de cuadros y estampas, bibliófilo, traductor de Dryden y de Gray, se interesaba sobre todo en los descubrimientos y en las sorpresas de la industria. Hombre de mucha experiencia en la vida diplomática, tuvo en ella cierta aureola, por habérsele reducido a prisión en París durante el Directorio a causa de una tentativa de soborno de personajes tan íntegros como Barras y Talleyrand, para que se ratificase un tratado que ya no convenía a los franceses. El conde Da Barca figuraba en el grupo de los hombres *de ideas francesas,* como se llamaba entonces a las ideas de transformación política y social. Con sus prejuicios de emigrado, Maler desconfiaba de Da Barca, y en su correspondencia diplomática asoma constantemente la inquina que le tenía por su jacobinismo. Esto no obstante, Joao VI se hallaba tan a gusto en compañía de su ministro que le dejó la cartera hasta el día de su muerte. Esta ocurrió poco antes de que el Brasil entrase en la categoría de reino. La Escuela de Bellas Artes de Río fue fundada por aquel ministro ilustrado, amigo de la cultura, mediante el apoyo de un soberano que no era ajeno a los sentimientos progresistas.

Ninguno de los ministros mencionados, hombres superiores por la amplitud de sus conocimientos, por la elevación de sus miras y por la autoridad que les venía de una larga experiencia en los negocios públicos, podía jactarse sin embargo de sobrepujar al rey en el buen sentido de que éste daba muestras cada vez que se le sometía una cuestión, ni en la prudencia con que tomaba sus determinaciones y en la habilidad para poner en práctica lo que creía más conveniente.

Uno de sus rasgos más notables, y no el menos carac-

terístico, era la estimación en que tenía a los extranjeros, quienes por su parte le mostraron siempre gran respeto y lo alababan efusivamente. Educado en el seno de una corte suspicaz, en la que dominaba como ley suprema el más mezquino nacionalismo y la más agria intolerancia, como una muestra de oposición al cosmopolitismo del marqués de Pombal, el príncipe rechazó espontáneamente los prejuicios de su educación, y mientras estuvo en Portugal se gloriaba de recibir con afabilidad a críticos tan impertinentes como el riquísimo Beckford, autor de *Vathek*, o a embajadores tan insolentes como el mariscal Lannes, a quienes convirtió en amigos simpáticos. Beckford elogió después a su huésped, y Lannes cambió en tales términos que el príncipe regente llegó a decir que no se habría embarcado para la América del Sur si en lugar de Junot se hubiera nombrado al duque de Montebello comandante del ejército invasor.

No habría obrado de otro modo, pues se trataba de un plan bien meditado. Por lo que respecta a su conducta en el Brasil, desde el punto de vista que estudiamos, baste decir que abrió el país a la curiosidad del mundo entero. Las exploraciones más fructuosas datan de su tiempo, y es bien sabido que todos los grandes investigadores europeos hallaban en él la mejor acogida. Citaremos a algunos de ellos: Spix, Martius, Auguste de Saint-Hilaire, el príncipe Maximilian von Wied Neuwied y De Freycinet. Otros extranjeros fueron llamados especialmente para que desempeñaran funciones de responsabilidad relacionadas con el desenvolvimiento del país, tan pobre en fuentes de explotación efectiva como opulento en recursos potenciales.

Nada se omitió para que la obra del rey fuese grande y digna de admiración. Se procedió a la aclimatación de plantas y de razas exóticas; se utilizó la existencia de minerales que había en abundancia, como el hierro; se abrió al tráfico una red de vías, trabajándose tanto en esto que la noticia de la toma de Cayena llegó por tierra a la capi-

tal; se intentó reducir a la vida sedentaria el elemento nómada de la población; se concedió una protección amplia a los transportes marítimos para establecer relaciones directas entre el Brasil y los grandes centros europeos; se fomentó la riqueza pública mediante el empleo de capitales privados, como el que sirvió para la fundación del Banco del Brasil; se hizo un llamamiento al trabajo europeo para suplir la deficiencia del trabajo esclavo, condenado ya por la filantropía y la política; se proyectó la reunión de las diseminadas posesiones portuguesas, formando con ellas un haz de intereses mercantiles. Ningún país del Nuevo Mundo puede ostentar un período semejante a los trece años que duró la residencia de Joao VI en el Brasil, y no es exagerado repetir lo que dice allá mucha gente: "Cuanto hay, a él se le debe."

Me perdonaréis que os dé algunos pormenores curiosos. Las palmas llamadas reales entre nosotros, que decoran la ciudad como columnas de capiteles rumorosos, provienen de un vástago llevado de Cayena y plantado por el mismo soberano en el Jardín Botánico, después de preparar pesonalmente la tierra. Los estudios patológicos y los descubrimientos profilácticos que tanto honran a los sabios de nuestros días por su actividad, comenzaron en las escuelas de medicina y cirugía, y en el laboratorio químico que fundó el soberano. Los estudios de botánica que no salían del recinto de los huertos conventuales de antaño, y en los que se distinguieron hombres tan eminentes como el religioso Conceiçao Velloso, autor de la *Flora Fluminensis,* fueron sistematizados entonces en cátedras especiales. Los estudios antropológicos, mineralógicos y otros similares fueron cultivados en el Museo que se fundó por aquel tiempo y que actualmente ocupa el palacio de Sao Christovao, donativo de un comerciante opulento. El rey vivía allí con sus hijos, separado de la esposa infiel y desleal, que habitaba con las hijas en el antiguo palacio de los virreyes. Por último, el gusto artístico, que aun cuando parezca jactancia decirlo, nos dis-

tingue particularmente en América y nos hace más sensibles que otros pueblos a las sugestiones del espíritu, reveladas ya en la música, la pintura y la escultura del tiempo colonial, — esa cultura recibió el estímulo de la enseñanza y del ejemplo de un grupo de artistas franceses muy distinguidos, con los que se fundó nuestra Escuela de Bellas Artes.

Los artistas a quienes me refiero fueron en su mayoría hombres que por estar tildados de bonapartismo no eran bien vistos en la Francia de los Borbones. Los encabezaba Lebreton, secretario perpetuo de la Academia de Bellas Artes de París, y entre ellos figuraban Lebret, pintor de historia; los hermanos Taunay, paisajista el uno y escultor el otro; Grandjean de Montigny, arquitecto, y Pradier, grabador. Su influjo fue muy oportuno para atenuar el color local que comenzaba a mostrarse agresivo, y para modelar ciertas manifestaciones de una vida social que procuraba elevar a Río hasta la altura de capital de la monarquía portuguesa, carácter que tuvo la ciudad desde 1808 hasta 1821.

En verdad no escaseaban entonces las ceremonias del culto, las diversiones populares, las fiestas de la corte y otras manifestaciones de vida social propia de un centro político. Las aclamaciones reales, los matrimonios de príncipes, los funerales de tal o cual cardenal, las óperas, los dramas patrióticos, los bailes alegóricos, las justas a caballo, las corridas de toros, las fiestas del culto en que figuraban oradores famosos, las recepciones académicas, las magníficas procesiones y las revistas militares, los desfiles de caridad y las algaradas políticas habían transformado esencialmente aquella ciudad tranquila y provinciana en un teatro con espectáculos de magia que diariamente tomaban proporciones más vastas. La antigua extensión de la ciudad era ya demasiado reducida para la extraordinaria afluencia de población extraña que vino a aumentar la antigua: nobles emigrados de Lisboa; embajadores europeos; damas, chambelanes y músicos de la

corte de Viena que acompañaban a la archiduquesa Leopoldina, casada con el príncipe real Dom Pedro; cardenales del Sacro Colegio; refugiados políticos del Río de la Plata, en donde no se daban tregua las sangrientas disensiones; oficiales retirados del Gran Ejército que cruzaban el Atlántico en busca de batallas; negociantes ingleses y norteamericanos atraídos por el renacimiento de los negocios brasileños; modistas y perfumistas franceses, factores indispensables de la elegancia; desertores de diez países; lobos marinos de todas las zonas habitadas; arrieros que mantenían las comunicaciones con el interior del país; contrabandistas de oro y de diamantes; negreros enriquecidos en la trata; esclavos de Africa y trabajadores enganchados en China.

Franqueado el puerto de Río Janeiro a los buques de todos los países de la tierra, la ciudad tomó el tono de cosmopolitismo que no podía menos de manifestarse al recibir las influencias del exterior, sin que la autoridad regia peligrase en medio de ese desorden pintoresco. La llaneza no excluía en el rey un sentimiento de dignidad, y aun la concepción celosa de lo que correspondía a su autoridad soberana. Al desencadenarse las tempestades del liberalismo en Portugal, naufragó su serenidad majestuosa. La tormenta tenía demasiada violencia para que pudiese resistir seriamente la debilidad característica de su temperamento. Hasta entonces había obrado según su propio albedrío, aun cuando aparentemente lo dominasen las circunstancias. Si Lord Strangford, enviado británico, lo decidió a salir de Lisboa cuando se aproximaron los regimientos franceses, fue porque Joao VI había tomado ya de antemano esta resolución, después de reflexionar maduramente sobre todas las circunstancias de la situación política y militar; pero ese mismo diplomático no pudo decidirlo a volver en 1815, cuando se declaró la paz general, y el mal éxito de las gestiones de Lord Strangford fue causa de que su gobierno lo llamase y le retirase su confianza.

Los excepcionales favores otorgados a Inglaterra, según las estipulaciones del tratado de 1810, que hacían ilusoria la reciprocidad comercial invocada, eran una compensación de la garantía que había dado el gabinete de Londres para la conservación de la soberanía de los Braganzas durante la guerra y para la conservación de la integridad del dominio portugués. Representaban el precio de una alianza con el más fuerte, necesaria en uno y en otro hemisferio para el más débil. Portugal pagaba con la sangre que se derramó desde Extremadura hasta Tolosa, y el Brasil con franquicias aduanales. El Reino Unido saldaba cuentas con la Gran Bretaña.

En su retiro sudamericano, el rey podía desafiar a las otras potencias, dentro de su mansedumbre y de su candor aparente que no tenía poco de irónico, y que hacía pensar en la socarronería de los campesinos. La expedición a Montevideo, por ejemplo, se realizó no obstante la oposición de la Santa Alianza que con una arbitrariedad notoria había levantado una nueva carta política de Europa, pero que se esmeraba en impedir toda alteración forzada en la distribución de los territorios coloniales. La legitimidad ultramarina significaba una geografía política de inmovilidad. En Europa significaba también el *statu quo ante bellum,* pero con cambios benéficos para los vencedores. La distancia daba sin embargo a las relaciones exteriores de Portugal algo que no habían tenido durante mucho tiempo, si se exceptúa aquel en que el marqués de Pombal se dejó llevar por sus ímpetus de brusca altivez. Me refiero a la autonomía.

La distancia permitió también la ejecución de actos militares que parecen poco brillantes si los comparamos con las grandes campañas de aquel tiempo, cuyo recuerdo vivirá eternamente, cuyo estrépito despertaba un eco en todo el universo y cuya gloria deslumbradora llenó los primeros lustros del siglo, mecido en su cuna por las últimas canciones de la Revolución. Digamos sin embargo, que la toma de Cayena fue para el soberano privado de

sus derechos, una satisfacción de amor propio, poco común, y no olvidemos que la restitución de la Guayana después de algunos años de subterfugios y de aplazamientos, decidió al gobierno de la Restauración a admitir una vez más el límite del Oyapoc que nos había hecho perder la guerra de 1801 con España. Digamos también, aunque sea de paso, que Joao VI se aprovechó de la ocupación efectuada en la colonia francesa para transportar al Brasil muchos árboles tropicales ya aclimatados en la Gabriela, admirable establecimiento de horticultura de los reyes de Francia.

Respecto a la anexión de Montevideo, si no pudo ser definitiva y completar de un modo feliz la expansión portuguesa que fue posteriormente expansión brasileña, constituyó de antemano un obstáculo a la política de las nacionalidades que Joao VI predijo en América antes de que fuese en Europa el eje de la política del siglo XIX.

Considero aquí únicamente los resultados prácticos de aquellas dos empresas militares, y me abstengo de su influencia moral sobre una nacionalidad en formación, haciendo sobre ello reflexiones que vosotros supliréis. Prefiero responder a una pregunta que tendréis derecho para formular, después de este ensayo de apología de un rey a quien le fue dado conquistar la popularidad sin haber impresionado la imaginación de sus súbditos por algún acto seductor, y que tenía en contra suya dos hechos que lo presentaban de un modo desfavorable a la vista del público: un físico vulgar y poco simpático, y la desgracia doméstica que le acarrearon las notorias infidelidades de su esposa.

Si me interrogáis por las sombras del cuadro que os he presentado, os diré que las hay en él, pero que sirven para darle mayor atractivo. Y por otra parte, carecen de importancia.

Uno de los más graves defectos que se imputan al monarca, es la prodigalidad con que distribuyó sus favores, al grado de que bajaron mucho en la consideración pública

los títulos de nobleza y las condecoraciones. ¿Era este un crimen imperdonable? Su política se esforzaba en atraer a los unos con los favores que dispensaba la Corona, y no veía que las ambiciones de los desengañados crearían muchos descontentos. El rey sería la primera víctima.

También es verdad que los beneficios hechos a la colonia fueron ponderados con cierto exceso. La ciencia del reclamo no es una novedad de nuestros días. Sucedió que enunciada una idea, se hacía creer que la realización era cosa inmediata, y ha habido casos en que algún acontecimiento desprovisto de la menor importancia se presentara como proeza admirable, obra de la iniciativa y del trabajo. Pero el pecado, que figura entre los veniales, es de los más comunes en el mundo de la política, y queda embebido en el conjunto de las virtudes.

Sin embargo, la corrupción del antiguo régimen no dejó de producir efectos en la nueva capital, tanto por lo menos como en la antigua, y debemos agregar que en las Capitanías aisladas, confiadas a hombres ávidos y brutales, no cesaban los abusos bajo el régimen de la autonomía brasileña. Pero a lo menos comenzó la censura de las corruptelas, y se hizo de ella un tema de acusaciones contra el gobierno. La prensa de oposición, que había comenzado a esgrimir sus armas desde Londres, no tardó en instalar sus baterías en Río Janeiro. Allí estaba el rey, un rey accesible, siempre dispuesto a escuchar todas las quejas y a hacer justicia en favor de sus súbditos.

François Arago, que visitó el Brasil con la expedición científica de M. Freycinet, en un viaje alrededor del mundo, cuenta en sus *Recuerdos de un ciego,* que habiendo oído Joao VI, en el paseo, las exclamaciones de dolor de un esclavo a quien su amo castigaba con bárbara dureza, compró el esclavo y le dio libertad. No era extraño a los sentimientos de la más generosa hidalguía. Supo perdonar a traidores de su círculo, que de acuerdo con su esposa, pretendieron privarlo de la corona y declararlo atacado de la misma dolencia mental que tenía su madre. Perdonó

asimismo a los nobles de primera clase que fueron a Bayona para mendigar de Napoleón la gracia de que les enviase como rey a uno de sus mariscales. Perdonó a otros que como el marqués de Loulé, tomaron las armas contra su patria y sirvieron en el ejército invasor.

Sólo en una ocasión no perdonó, o por lo menos sólo esa ocasión recuerdo. Durante la revolución de Pernambuco, aquel rey tildado de apático, manifestó una actividad extraordinaria para impedir que se propagase el incendio, y lejos de ser indiferente como se le suponía, dio pruebas de energía y de tenacidad en defensa de su trono. Puso el castigo en manos de la justicia militar, y no templó el rigor de ésta cuando envió al patíbulo a los jefes del movimiento y sumió en calabozos a sus partidarios. No se conmovió a la vista de las austeras y nobles figuras que caían bajo la dura represión. Creía cumplir con un deber. Había hecho grandes esfuerzos, había trabajado empeñosamente para vigorizar las instituciones monárquicas, y pretendía que éstas llevasen a todas las provincias el sentimiento de una protección eficaz y de la más perfecta unificación. El árbol debía extender su sombra sobre el país entero.

Cuando él llegó a Río Janeiro, estaba en vigor una legislación anticuada, paralítica, entregada al fatalismo de un horizonte estrecho y cubierta con las sombras de una tragedia reciente. Cuando se embarcó para Europa, el país estaba dotado de los principales elementos del progreso, abierto a todas las conquistas de la inteligencia, lleno de esperanzas, aunque éstas se mezclasen con el recuerdo de no pocos desengaños, y dotado sobre todo de un entusiasmo que las primeras decepciones habían comenzado a moderar.

Si algún rey ha merecido la rama de cerezo de verdor eterno, que en el No japonés lleva un mensajero celeste de parte de la divinidad, al monarca sabio y justo, como emblema y recompensa de sus virtudes, Joao VI fue ese rey. Y no es poco decir que su intervención práctica se

extendió a todas las categorías del espíritu humano, y a todos los departamentos de la actividad social, y que la conmemoración de aquel monarca podría hacerse con la misma justicia en una escuela, en un cuartel, en una fábrica, en una alquería, en una iglesia o en un teatro. La última impresión que de él nos queda es la que dejó el pintor Debret en un cuadro plástico representado en el escenario del teatro de Sao Joao. En torno de un medallón con la efigie del rey, se agrupan en graciosas combinaciones las Cuatro Partes del Mundo sometidas por las Armas Portuguesas, a las que acompañan el Renombre, el Eco, la Epopeya y otras figuras alegóricas.

## VIII

La independencia se realiza como una especie de divorcio.—Importante papel histórico de José Bonifacio.—El Príncipe Real como factor de la emancipación.

La partida del rey y de la corte dejó al Brasil bajo el poder de una Regencia con plenos poderes. Era Regente un príncipe de veintitrés años, impetuoso y lleno de generosidad, cualidades que conservó durante su corta existencia, bruscamente truncada a los treinta y seis años, no sin haber dado la libertad a Dos Mundos, como se decía en la fraseología política de entonces. En realidad, había otorgado franquicias y garantías constitucionales a dos naciones: al viejo Portugal y al joven Brasil; había renunciado a dos tronos, y con esto había conseguido la permanencia de su dinastía en uno y en otro. Pero todo ello se hallaba muy distante aún en 1821. El problema era otro. Se trataba de resistir a la tempestad que el rey no supo dominar.

Por una parte se veía a los portugueses excitados por la revolución de 1820, que iniciada en Porto, encontró eco en Lisboa, y que aclamó un régimen democrático en el que el Príncipe Real quedaba reducido a la condición de mascarón de proa, y en el que la realidad del poder se encomendaba a una sola cámara del tipo de la Convención. Los liberales portugueses, desmintiendo su simpática denominación, estaban resueltos a ahogar las liber-

tades concedidas al Brasil por Joao VI. Su ideal se resumía en un sistema de recolonización, es decir, en la vuelta pura y simple del Reino Unido al estado anterior de colonia.

Sabéis bien que la palabra democracia tiene una sola etimología, pero una variedad infinita de significados. La democracia portuguesa de entonces no brillaba por la tolerancia ni por el espíritu de justicia. Es un hecho positivo, por otra parte, que Portugal había sufrido duramente en su orgullo y en sus intereses por la ausencia de la corte, y que Lisboa no podía resignarse a la situación de capital destronada, privada del fructuoso comercio transatlántico y profundamente afectada en sus recursos, y por consiguiente, en su vida ostentosa. Los celos del país ultramarino eran más fuertes que la fascinación de las nuevas ideas.

Se veía, por otra parte, que los brasileños, incomparablemente mejor dotados de recursos materiales que sus hermanos europeos, estaban muy engreídos de sus privilegios recientes y poco inclinados a abandonarlos en favor de quienes ya sentían el escozor de verse reducidos a la categoría humillante de parientes pobres. Los brasileños contaban con el entusiasmo y el número, sin hablar de la razón, que es también un factor que no debe desdeñarse, mientras los portugueses quedaban atenidos exclusivamente al auxilio de las fuerzas de ocupación, que bien podían ser derrotadas, y que en todo caso no dejarían de poner en sus esfuerzos una tibieza muy comprensible, puesto que luchaban por cosas ajenas.

La revolución de Pernambuco fue en 1817 una manifestación poco equívoca de nacionalismo, que si bien fracasó por haberse presentado bajo una forma republicana, pues eliminó los elementos conservadores, dotados todavía de grandísima fuerza, podía en una nueva explosión destruir totalmente el poder anticuado de la metrópoli. La revolución, por lo demás, abrió una ancha zanja entre los dos bandos. La turba portuguesa llenaba las calles

cuando los patriotas brasileños fueron llevados al patíbulo. Los escupió en el rostro, y este ultraje hizo imposible toda reconciliación sobre las antiguas bases.

En 1821, el Brasil pertenece todavía a los portugueses. El Príncipe Regente parece hallarse en manos de ellos. Adicto a las ideas liberales desde el momento de la aparición de éstas en Río Janeiro, el que debía ser primer emperador constitucional del Brasil, prodigó sus favores a la obra de regeneración de las Cortes de Lisboa y le prestó juramento de fidelidad. A la vez trataba de atraerse la buena voluntad del Brasil con una administración tan benévola como la de su padre, y más económica que ella, pues ya vimos que los abusos y el despilfarro fueron una de las características del régimen de este monarca, tolerante en demasía con los que manejaban fondos públicos. Sólo para gastos de la real mesa, se invertía en tiempo de Joao VI la suma de 275.000 francos, tan sin objeto, que, según el encargado de negocios de Francia, no había soberano que comiese con menos suntuosidad y más a la burguesa que el del Brasil.

A pesar de todo, reinaba la incertidumbre, y a cada paso se animaba y crecía la animosidad, dejando traslucir una separación próxima, semejante a la que procuraban obtener las colonias españolas por medio de luchas crueles, que nos ahorramos felizmente gracias a la resolución que dio la institución monárquica al problema de la independencia.

Dom Pedro había sido educado en el Brasil, y ya sólo por esto merecía la confianza de los brasileños, aun cuando no hubiera tenido las cualidades de fascinación que todo el mundo le reconoce. Por otra parte, no había nacido para ser soberano de Portugal y de su imperio, y él no olvidaba esto, que otros se empeñaban en recordarle a cada momento. Por sus cualidades y por sus defectos, estaba predestinado a desempeñar un papel importante. No se parecía a su padre ni en el disimulo ni en la prudencia, y sólo se asemejaba a él por la facilidad con que

olvidaba las decepciones y las tristezas, una vez pasado el momento de la prueba, por el epicureísmo con que se entregaba a gozar de lo presente y por su indiferencia para lo porvenir. Era hombre espontáneo, impulsivo, a veces temerario, frecuentemente entregado a la pasión y amante fiel de la gloria. Poco instruído, suplía la falta de disciplina con los dones de una inteligencia privilegiada, y su irreflexión era muchas veces compensada por la intuición, heredada de su padre, pero que jamás se ejercitaba a expensas del valor, cualidad que le transmitió la madre.

Era valiente, en efecto, hasta donde más podía serlo; su imaginación política tocaba los linderos del romanticismo; llevaba en la mente un mundo de ilusiones; no carecía de uno o dos granitos de pícaro; tenía una dosis bastante escasa de sentimentalismo... ¿No es este el tipo perfecto del perfecto *libertador?* La época los producía con exceso. El mérito más alto del príncipe consistió en haberse asociado a un movimiento que fatalmente había de triunfar, y en no luchar inútilmente contra la fuerza de las cosas a expensas de su propio porvenir. Los diplomáticos extranjeros, que por el rigor de sus principios conservadores, eran hostiles a aquel movimiento,—llegamos justamente al momento de la reacción, iniciada en 1814,—recelaban mucho de las sorpresas que les reservase el joven príncipe heredero. "El príncipe, escribía el barón de Sturmer, ministro de Austria, en carta a Metternich, incluída en un legajo que pude examinar en Viena, tiene ingenio natural y no está desprovisto de conocimientos. Es activo y valiente, de carácter firme, y lo anima un gran deseo de acertar."

En suma, podía ser un agente inmejorable en manos de un director capaz y experto. Esta feliz conjunción se realizó cuado el Príncipe Regente confió una cartera a José Bonifacio. Callar el nombre de José Bonifacio al hablar de la emancipación política del Brasil, sería tanto como omitir el nombre de Lutero en una historia del

Protestantismo, o como si al evocar el *Risorgimento* se dejase a Cavour en la penumbra. La teoría de los hombres providenciales puede haber cedido el campo a una doctrina más acorde con los principios de una sociología inspirada en la armonía biológica, y sobre todo, más justiciera con las reivindicaciones de la muchedumbre fatigada de su papel anónimo. Los grandes hombres, sin embargo, sobrevivirán en la historia, y seguirán manifestándose en ella, si no como factores únicos de los acontecimientos decisivos, a lo menos como representantes supremos de la aspiración colectiva, y en todo caso como seres excepcionales.

En este sentido podrá siempre darse a José Bonifacio el título de grande hombre, puesto que sirvió a Dom Pedro como un instrumento preciso,—un instrumento mágico dotado de consciencia y capaz de personalidad. El instrumento realizó las aspiraciones políticas del pueblo, y pudo preservar la integridad territorial y moral de una nación que ocupa un vasto lugar en la geografía y que quiere representar un papel proporcionado en la historia.

La política de las Cortes facilitó singularmente la marcha de los acontecimientos en el Brasil. Si aquella asamblea constituyente, legislativa y soberana, se hubiera propuesto prolongar la obra benéfica del rey, tal vez la unión política de ambos pueblos no se habría roto entonces. Pero de las deliberaciones resultó la abolición de las escuelas y de los tribunales superiores; se quiso mantener en sujeción incondicional a un pueblo que ya estaba políticamente emancipado, y se dictó al Príncipe Regente una línea de conducta opuesta por completo a los intereses de los súbditos brasileños que estaba llamado a gobernar. Todo esto produjo gradualmente el divorcio previsto, y colocó a Dom Pedro entre los partidarios más resueltos de la separación. En su egoísmo ciego, las Cortes olvidaban la justicia elemental que era debida al Príncipe Regente por sus esfuerzos para resolver una situación difícil, casi angustiosa desde el punto de vista financiero, a

causa de la emigración de capitales, resultado de la partida de la corte, a causa también de la alarma que cundió en el comercio desde que empezaron los desórdenes políticos, y por último a causa de la desunión local que privó al gobierno de las contribuciones provinciales.

Las Cortes parecían esmerarse en fomentar esa desunión, o más bien diríase que se propusieron engendrarla, pues dirigían sus órdenes a cada provincia aisladamente, considerándola en su capacidad política, representada por la respectiva *Junta Provisional,* con la mira de restablecer la primitiva organización feudal del Brasil, y con el resultado de quebrantar las fuerzas de un cuerpo que si tenía algún valor era por la armonía de su conjunto. A la vez que esto se hacía, los llamados liberales de Lisboa enviaban refuerzos a la división portuguesa encargada de sobreponerse al gobierno antes autónomo de Río Janeiro, imponiéndole la voluntad de las Cortes y los caprichos de la soldadesca que se manifestaban por medio de continuos pronunciamientos. En estas condiciones, los ciudadanos vivían bajo la ley del terror y el ejército aumentaba diariamente su indisciplina. Para dar a conocer la situación, basta que mencionemos el pronunciamiento del 5 de junio de 1821, cuyo objeto fue que el Regente admitiese un comité militar destinado a resolver los asuntos de la corporación militar, y un comité civil que se encargó de la vigilancia suprema de los asuntos administrativos, y que era responsable constitucionalmente ante las Cortes. El Príncipe Regente y su ministerio quedaban por lo tanto completamente nulificados en beneficio de los dos Comités de Salvación Pública.

El servicio más grande que pudo prestar Dom Pedro, fue el de obligar a la guarnición portuguesa de la capital a que entregase las armas y se embarcase para el Viejo Mundo. Y su primer acto de prudencia política, después de haber adoptado la causa del Brasil, fue declarar algunos días antes de esto, que permanecería en su puesto,—el famoso *fico,*—cuando las Cortes le dieron la orden de

volver al aprisco a fin de que emprendiese un viaje de estudios que le hacía mucha falta, según se dijo en sesión plena de la asamblea constituyente, para suplir las deficiencias de su educación literaria, y sobre todo las de su educación política. El nuevo orden de cosas exigía que el príncipe heredero siguiese un curso teórico y práctico de sencillez democrática y de nulidad constitucional.

En ese momento entró en escena José Bonifacio de Andrada e Silva, representante de la Junta Provisional de Sao Paulo, pidiendo al Príncipe Regente que permaneciese al lado de los brasileños. "El hombre fogoso y ardiente," como lo describe el encargado de negocios de Francia en su correspondencia diplomática, era sin embargo, todo lo contrario de un agitador faccioso. Era un letrado; sobre todo, un sabio, mineralogista reputado en los círculos científicos de Europa. Había vivido durante mucho tiempo en Portugal, en el ejercicio de funciones públicas, había profesado en la Universidad de Coimbra, y era miembro de la Academia de Ciencias de Lisboa. Contaba cincuenta y ocho años, y tenía una salud tan delicada que el coronel Maler, agente de Francia en Río Janeiro, se manifestaba sorprendido en una nota del mes de octubre de 1822, de que José Bonifacio hubiese podido clamar al cielo y a la tierra durante diez y ocho meses consecutivos, sin agotarse por completo.

El nuevo ministro del Príncipe Regente era en efecto de naturaleza apasionada, y el encargado de negocios de Francia, cuya intransigencia monárquica no debemos olvidar, pintaba a José Bonifacio como un volcán cubierto por la nieve de sus cabellos blancos, que se embrollaba en sus discursos y en sus actos administrativos, pues divagaba y perdía la brújula, llevado por los ímpetus de su patriotismo y de su odio a las Cortes. Y el coronel Maler se mostraba convencido de la realidad de un patriotismo por el que José Bonifacio no vaciló en alistarse como soldado del Batallón Académico en el tiempo de la invasión de Portugal por los franceses, y por el que más tarde

abandonó sus piedras calcáreas y silicosas para arrojarse a la turbonada de la política militante. Maler decía que las ideas de José Bonifacio eran sanas y que en su excelente corazón palpitaban los sentimientos del más categórico desvío para los antimonárquicos, que le inspiraban un "horror furioso". En este punto se reconciliaban aquellos dos hombres, y allí se encuentra la explicación de la curiosa mezcla de rasgos con que el encargado de negocios pinta al ministro brasileño, y que recuerda las medallas grabadas en las que aparece de un lado el perfil de un personaje de maxilar enérgico, de nariz aquilina y dominadora, y en el reverso el mismo personaje, visto de frente, extraño del todo al anterior por la dulzura de la mirada y la serenidad de una frente espaciosa, reflejo de la inteligencia.

José Bonifacio era monárquico hasta el fondo del alma. Fue ultraliberal transitoriamente, y más tarde, en la vejez, se hizo conservador, todo con fogosidad. No imaginaba la república sino bajo la forma de una demagogia que conduce fatalmente al cesarismo. El sentimiento nacional, consciente o instintivo, le seguía en esto. El barón de Mareschal, sucesor de Sturmer como encargado de negocios de Austria, y que residió durante mucho tiempo en Río, escribía al príncipe de Metternich inmediatamente después de la partida del rey:

"Lo que quieren los brasileños es la independencia, pero independencia respecto de Portugal, no respecto de la familia de Braganza, ni una independencia con República. La residencia del rey durante trece años en el país, les ha hecho este beneficio. Sus leyes y sus promesas prestan una garantía para lo porvenir. Sería imposible declararse contra esto."

Y añadía el diplomático austriaco lo que se verá en esta página desbordante de claridad y de buen juicio:

"Pero si al reflexionar sobre los progresos de la democracia en Portugal y sobre la falta de libertad que habrá encontrado el rey a su regreso, considera el Príncipe Re-

gente que no puede excusar el deber de unir este país y de constituirlo, aun eludiendo si fuere necesario, las órdenes y disposiciones que sólo por la fuerza puede haber aceptado el rey, y cuyos resultados serían manifiestamente desastrosos, no haría sino lo que una política sabia y previsora le prescribiría como más útil a la vez para la casa de Braganza y para el bienestar efectivo de los dos reinos."

El Brasil no carecía de representación, y por lo tanto de defensores en las cortes de Lisboa, en las que como era natural los diputados brasileños formaban una minoría. El ambiente de hostilidad manifiesta no permitía que los brasileños convenciesen de sus errores a la mayoría convencionista. Se les ceceaba, se les aplicaban motes ofensivos, y tuvieron que abandonar el campo, refugiándose en Inglaterra o regresando al Brasil.

La resistencia brasileña comenzó a manifestarse de una manera franca cuando entró al ministerio José Bonifacio, alma de la Junta de Sao Paulo. Esta invitó a la Junta de Minas para que ambas hiciesen causa común, a fin de que constituyeran un núcleo de oposición apoyado por las milicias regionales. El desarme de la guarnición portuguesa de Río Janeiro se efectuó bajo la presión del elemento nacional armado, y la dominación portuguesa terminó virtualmente en la capital del Brasil en medio de la tranquilidad más perfecta. Sin embargo, quedaba por resolver el dificilísimo problema de la asimilación del espíritu provincial por el centro político de la nación, y este problema no carecía de complicaciones a causa de su complejidad. Era necesario contar con el nuevo vigor que habían cobrado las provincias, con los focos de ocupación portuguesa, en los que había una ardiente propaganda, principalmente en Bahía, Maranhao y Montevideo, y orientar por último el elemento nativo hacia la fórmula monárquica, la cual tenía que luchar, en Pernambuco sobre todo, contra las tendencias abiertamente republicanas de ciertos grupos

Esto produjo un gran desequilibrio, manifestación de la gravedad que revestía la transición política. No podía cristalizar perfectamente el nuevo estado de cosas, en tanto que se mezclasen materias extrañas en el conjunto nacional. José Bonifacio, como naturalista, creyó que se imponía una aplicación de las leyes elementales del mundo físico en aquella experiencia de la vida moral, y que lo primero a que debía atenderse era a la eliminación de los cuerpos extraños.

El ministro de los Estados Unidos en Río Janeiro mencionaba el nombre de José Bonifacio en sus informes al Departamento de Estado, y decía que el colaborador llamado por el Príncipe Regente le parecía más bien un hombre de ideas que un hombre de acción, pues tal vez le faltaba la maleabilidad correspondiente a la sagacidad de su pensamiento. Sin embargo, José Bonifacio mostró que no carecía de la habilidad suficiente para aprovechar las circunstancias favorables a sus designios, y tuvo el éxito más halagüeño, debido no sólo a esta cualidad sino a la energía con que venció las circunstancias contrarias a sus designios. Fue hombre de tacto, pero no excusó la dureza cuando tuvo que apelar a ella.

Por otra parte, lo que el ministro no podía hacer, el príncipe estaba capacitado para intentarlo, gracias a su situación especial como personificación de las fuerzas tradicionales, y a esto tal vez se debía, según el encargado de negocios de Austria, que Dom Pedro no obrase nunca con más eficacia que en los momentos de crisis. Dice Euclydes da Cunha que habría bastado su acción de presencia, ese papel tan efectivo como insustituíble que en las transformaciones sociales como en las de la materia, ejerce la fuerza catalítica a cuyo favor se manifiestan las afinidades.

El primer ministro, — lo era en realidad, aunque todos los ministros tuviesen la misma categoría, — jamás habría llegado por sí solo, a pesar de su tino y de la resolución que había tomado de reunir en un haz todas las ramas des-

unidas, a calmar los celos provinciales y las susceptibilidades de campanario y a hacer girar en un eje el sistema de divergencias fomentado por las Cortes, que encontró unidad en la fuerza y en el esplendor de un trono desprendido de ligas con la metrópoli para consolidarse en la adhesión, o lo que es igual, en la voluntad, en la lealtad y en el amor de un pueblo que despertaba a los preceptos de la libertad y a las sugestiones de la cultura.

Comprenderéis por qué, proclamada la independencia del Brasil, meses después de haber sido llamado José Bonifacio al ejercicio del poder público, se fundó un imperio en vez de continuar el reino. El factor de la extensión territorial no tenía gran significación en esto. Aunque constitucional, el reino implicaba la idea de tradición y el derecho hereditario, por más que no fuese el derecho divino. El imperio significaba la conquista revolucionaria y la aclamación popular. Era una aplicación de la concepción napoleónica en beneficio de una dinastía que se trasladó al Brasil en los momentos de ser desalojada de su dominio secular por las fuerzas del emperador de los franceses.

En la noche que siguió al día en que Dom Pedro aceptó el título de emperador que le otorgaron los votos de la cámara municipal de Río Janeiro y de otras cámaras vecinas, en consonancia con la voluntad presunta de todas las cámaras municipales, José Bonifacio hizo al barón de Mareschal estas reflexiones, que el diplomático austriaco transmitió sin tardanza al príncipe de Metternich: "No ignoraba, — José Bonifacio, — que en Europa, compuesta de una república de Estados a quienes ligaban múltiples tratados y los más complicados intereses, un acto como aquel no pudiera realizarse sin estar previamente asegurado de un asentimiento general; pero la posición de ellos (los brasileños) era por completo diferente, y se consideraban a sí mismos como si acabasen de salir del estado natural, y como si el título de emperador que se otorgaba al soberano sólo significase que era la cabeza

de un vasto imperio. Si el rey volviera, la recepción que se le haría pondría de manifiesto la filial adhesión del soberano, y ya que el rey había cometido el error de no tomar en 1816 el título de emperador del Brasil y rey de Portugal, en vez de crear un Reino Unido ilusorio, había que subsanar aquella falta de previsión, puesto que si en aquel momento no se creaba el título de emperador, esto sería inevitable al reunirse la Asamblea General, lo que pondría a S. A. R. en una dependencia extrema y muy peligrosa, mientras que obrando como se había obrado, el príncipe sería emperador sin la intervención de la Asamblea, sino por la voluntad superior y directa del pueblo, y así, la Asamblea dictaría leyes, pero no podría reclamar toda la suma de la soberanía, pues el soberano constituía una parte esencial de la representación nacional, mediante un verdadero pacto entre el pueblo y el soberano, pacto en el que éste no se comprometería previamente a nada y podría rechazar todo lo que fuera inadmisible."

El elemento avanzado impuso el título de emperador, que por lo demás halagaba el amor propio de un príncipe que no era ajeno a la vanidad humana. Concebida así la independencia, y realizada en esa forma, ya no aparecía como resultado de aquel hermoso movimiento de la llanura del Ipiranga, próxima a Sao Paulo, cuando al recibir las últimas noticias de la resolución conminatoria de las Cortes de Lisboa, Dom Pedro, que viajaba a caballo, respondió audazmente a las provocaciones de la asamblea ensoberbecida con el delirio revolucionario para lo portugués y con el delirio reaccionario para el reino hermano. El Príncipe Regente, desenvainando su sable, lanzó el grito famoso: "Independencia o muerte."

Por obra del elemento avanzado, la independencia no aparecía como la improvisación romántica de un momento de fiebre, sino como fruto de un doloroso parto; como el resultado de tres siglos de aventuras y de trabajos. Sin embargo, nadie podrá negarle a Dom Pedro la honra de

haber sido en un momento supremo la revelación superior del estado de alma de la colectividad, de haberse constituído en centro de convergencia, más convencional que espontáneo, de aspiraciones generalizadas, y por último, de haberse hecho el ejecutor de un movimiento político que sin él se habría efectuado igualmente, pero con un carácter dispersivo.

En un medio como aquel no podía haber dos partidos regulares. ¿Cómo llegar a la solidaridad de los esfuerzos y a un acuerdo de voluntades con relación a manifestaciones procedentes de puntos alejados unos de otros, y sin comunicaciones directas y fáciles? Había sin embargo, corrientes definidas de opinión que contrariaban la apatía de la vida colonial, desprovista de todo espíritu político, en el sentido representativo de la palabra, corrientes que la prensa, balbuciente en los primeros momentos, sin dejar por eso de ser gárrula en demasía, se había encargado de canalizar y de activar.

Esas corrientes eran: la que tendía a la recolonización del Brasil, es decir, a una nueva sujeción respecto de la metrópoli, y la que llevaba a la separación, pero por fracciones, o como si dejéramos, por pequeñas patrias. Se notaba la impotencia del gobierno central en los primeros días de la Regencia. Ninguna de las provincias, escribía el coronel Maler, en sus informes a París, se atreve a levantar la visera, pero todas eluden las órdenes que reciben, excusándose con los pretextos más frívolos, y cada Junta está sólo preocupada por el deseo de consolidar el poder local. La concepción política de José Bonifacio, puesta en planta por Dom Pedro, fue la formación de una gran patria con todas aquellas rivalidades y egoísmos, organizando para ello un movimiento general que propagara sistemáticamente la vibración producida por los acontecimientos de Portugal, y encerrara en un circuito a toda la nación.

Es verdad que no había gobierno tradicionalmente organizado que pudiese utilizar la disgregación moral rei-

nante para sostener sus principios ultraconservadores. El gobierno era extraño a todo pensamiento de resistencia contra el movimiento hacia adelante, pero quería orientarlo en beneficio de los intereses dinásticos, que coincidían con los de la nación. La realeza, correctivo de la confusión feudal del siglo XVI, volvía a ser en el siglo XIX un agente de represión del desorden. Su justificación se halla en que no fue un ideal sino un recurso, puesto que el ideal de las clases cultas era republicano. Las ideas democráticas, perseguidas en Europa, se refugiaban en los países de ultramar, y América se había convertido a la fe del sistema llamado popular, hasta el grado de que la emancipación en tales condiciones parecía ser un equivalente de la república.

Como un mes antes de que se proclamara la independencia, Mareschal comunicaba a su gobierno los dos manifiestos del Príncipe Regente. Uno de ellos se dirigía al pueblo brasileño, y su resultado fue la consolidación del gobierno. El otro estaba destinado a las naciones extranjeras. Mareschal atribuye estos documentos a José Bonifacio, que según el diplomático austriaco, era el centro del gobierno. Al dar el informe respectivo, hacía las siguientes consideraciones, impregnadas de una penetrante sagacidad, como toda su correspondencia, inédita aún: "A pesar de ciertas palabras, frecuentemente repetidas, y en mi opinión sin necesidad justificativa para prodigarlas tanto,—entre las que se destacan algunas que como las de libertad, soberanía del pueblo y derechos imprescriptibles de las naciones, parecen poner en duda todos los derechos,—el Sr. Andrada no es demócrata ni liberal en la aplicación corriente de estas expresiones. Lucha contra la revolución, y para ello no se propone calmar o iluminar los espíritus, sino que los desvía, presentándoles otros fines más asequibles y más identificados con sus intereses. Sin esto no se comprendería la palabra independencia, en un país que lo es de hecho y de derecho desde la declaración que hizo el rey de la existencia de un Reino

del Brasil. ¿Se quiere acaso que los habitantes del país sean americanos y no revolucionarios? El gobierno se ha puesto a la cabeza del movimiento, y lo dirige aparentando que lo sigue. No sé si esto será el mejor medio de remediar el mal; ¿pero hay recurso contra el azote de una revolución tratándose de un país aislado, reducido a sus propias fuerzas, una vez que ha comenzado ya el movimiento? Lo que podrá reprocharse al Sr. Andrada es su entusiasmo americano, llevado al exceso, y hacer que hable el príncipe con las expresiones que traducen ese entusiasmo; ¿pero puede no ser americano el que quiera o deba reinar aquí?

La forma republicana de gobierno parecía la del porvenir, mejor asegurado con la autonomía, y esto bastaba para omitir cualquiera otra consideración en el estudio de la situación política. Los diputados brasileños que habían ido a las Cortes de Lisboa se presentaban por lo regular como hombres de ideas republicanas, porque en las instrucciones que se les habían dado, la separación era la nota dominante, y no se podía prever entonces que una fórmula monárquica fuera la más hacedera y la más ventajosa. Por esta razón, republicanos eminentes de Buenos Aires, como Belgrano y Rivadavia, apelaron al sentimiento monárquico cuando llegaron a persuadirse de que el punto de vista democrático no prevalecería.

En nuestro caso, faltaba el sentimiento nacional llevado a una altura que permitiese a la monarquía apoyarse en la generalidad de una preferencia. La preferencia debería ser gradual. El carácter brasileño de la corte de Río Janeiro era ya un rasgo fijo. El círculo de Joao VI se componía, naturalmente, de la vieja nobleza del reino que había emigrado con él. Pero con el soberano partieron sus servidores portugueses, y los que no partieron entonces quedaron sujetos a los varios sucesos desarrollados durante los diez y siete meses transcurridos entre el viaje del rey y la declaración de la independencia. En los primeros días del mes de enero de 1822, todo el personal

del Príncipe Regente había quedado reducido a un mayordomo, un escudero y dos chambelanes de la princesa. No había damas de honor, ni un solo gentilhombre de cámara. El espíritu de la corte había llegado a ser tan estrechamente nacionalista, que según Maler, la princesita María de Gloria, que reinó más tarde en Portugal con el nombre de Donna María II, interrogada sobre sus futuros esponsales con Dom Miguel, tío suyo,—arreglo que se consideraba como el mejor, ya que no el único, para la cuestión dinástica que tendría que surgir de una separación inmediata,—contestó que ese matrimonio era imposible siendo portugués el infante, y ella brasileña.

El príncipe y el ministro habían llegado a una completa identificación—más bien fusión de pensamientos que inteligencia sobre proyectos definidos,—y estaban de acuerdo para hacer de la independencia si era posible un divorcio amistoso, en vez de una ruptura acompañada de odios, o lo que sería peor, de una lucha sangrienta. La despedida de Joao VI a su hijo, y su último consejo, fue que se apoderase de la corona del Brasil si surgía el peligro de que la usurpase algún aventurero. Esta indicación prudente había madurado en el espíritu de Dom Pedro. José Bonifacio, por su parte, estaba resuelto a que el trono asumiese el papel tradicional de protector de las libertades públicas, y de factor de la unidad nacional, contra una oligarquía de advenedizos políticos, como había defendido antaño libertades y unidad contra el feudalismo disolvente.

José Bonifacio admitía sin embargo que los actos del gobierno debían estar animados de cierto espíritu liberal. Era indispensable la energía, pero la tiranía sería insoportable. Después de la organización del Imperio, la lucha entre la autoridad y la libertad fue en el Brasil lo que ha sido en todos los países, y sus primeros episodios se desarrollaron en torno de la declaración de independencia. Esta por lo demás había sido una consecuencia tan prevista y tan lógica, tan natural, podemos decir, de los

acontecimientos, que la gran causa alcanzó en Río su apogeo sin que se produjese la menor alteración del orden público. El príncipe, receloso siempre de la venganza portuguesa, que desde hacía algún tiempo se anunciaba a la antigua colonia bajo la forma de una expedición formidable, volvió de Sao Paulo a la capital, a todo el correr de sus caballos. En cinco días atravesó cien leguas, bajo una lluvia torrencial y por caminos que en algunos trayectos apenas merecían el nombre de senderos. No bien hubo saludado a su mujer y a sus hijos, se dirigió a la modesta casa de su ministro, a la que iba con tanta frecuencia para tratar de los asuntos públicos que un día, cuenta Maler, después de cruzar a caballo la plaza adonde daba aquella habitación, oyó que un transeunte decía, señalando la cabalgadura del monarca, atada a la puerta: "El caballo del ayudante de José Bonifacio."

Frases como esta amargaron las relaciones entre ambos. Pero entonces todo era efusión recíproca. La efusión salió a la calle sin oposición. Al saberse que Dom Pedro había cambiado la divisa del brazo, que determinaron las Cortes, por la divisa verde con la leyenda: *Independencia o muerte,* de metal dorado, todo Río lo imitó casi unánimemente. Los emblemas portugueses desaparecieron como por encanto de los uniformes militares y civiles. En todas partes aparecía el verde como expresión simbólica del renacimiento de nuestras esperanzas, representadas por la eterna primavera de nuestros bosques.

Durante algunos días las banderas de los regimientos no variaron. Flotaba el pabellón del Reino Unido en los fuertes de la bahía. Entretanto, se preparaba nuevo emblema y se daba oficialmente la noticia de los acontecimientos. La separación parecía irrevocable. Nadie hubiera sido capaz de restaurar lo antiguo. La evolución realizó lo que la revolución no había podido hacer.

Después de la proclamación del Imperio, siguieron acontecimientos que aun cuando se produjeron inmediatamente, pertenecen a otra fase de la vida nacional. El as-

cendiente de José Bonifacio estaba destinado a una rápida decadencia. Se eclipsó al resolverse la crisis que él como nadie había contribuído a terminar satisfactoriamente. Cayó con sus hermanos, Martím Francisco, ministro de Hacienda ideal, por su probidad y su economía, y Antonio Carlos, orador apasionado, hombre enérgico y talento superior. Los tres fueron condenados al ostracismo, y el príncipe, emblema vivo de la unión, mostró que había mamado la leche del despotismo. Los Andradas por otra parte no habían sido parcos en arbitrariedades contra los jefes del radicalismo, que reprimidos o voluntariamente contenidos durante la lucha por la integridad nacional, no quisieron permanecer indefinidamente sometidos, cedieron a los impulsos de su ideal y opusieron a las tendencias autoritarias las resistencias demagógicas.

Colocado entre dos corrientes contrarias, en el remolino del encuentro, el patriarca de la independencia perdió el equilibrio, y antes de volver a un espíritu de firmeza en el gobierno, cayó en la indisciplina ultraliberal mientras su soberano cedía a las exigencias de un temperamento voluntarioso e indomable. La alta misión de ambos se había cumplido, sin embargo, puesto que consistía en velar por el Brasil históricamente desunido, y hacer de su conjunto una sola nacionalidad bajo la egida del imperio establecido constitucionalmente. Por lo que respecta a las relaciones personales entre Dom Pedro y José Bonifacio, éstas habían consistido más bien en la conjunción de dos energías que en la simpatía de dos caracteres. Sin embargo, el ministro influyó sobre el monarca hasta la reunión de la Asamblea Constituyente, que trajo el primer conflicto entre el poder ejecutivo y el legislativo. Telémaco y Mentor se separaron entonces, y no volvieron a reunirse sino después de la abdicación de 1831.

Para determinar las responsabilidades de los que alteraron las buenas relaciones entre el monarca y su ministro, tan fecundas para el país, sería preciso tocar en los límites de las indiscreciones de la historia. Sin duda la

envidia anduvo en aquellas maniobras. La popularidad de José Bonifacio eclipsó la del príncipe en ciertas ocasiones, y en otras parecía un mero reflejo de la que rodeaba al trono, así es que al separarse, el príncipe sintió la satisfacción instintiva de quien queda libre de un yugo, y José Bonifacio la impresión melancólica de haber tratado con un ingrato. Los dos tenían razón.

Los dos eran violentos e impulsivos. Para que pudieran marchar unidos durante largo tiempo, habría sido necesaria una abnegación persistente, y pasado lo más grave del peligro, esa abnegación era ya inútil. La regla tenía que ser la de usanza entre personas de educación refinada, y eso era imposible tratándose de dos naturalezas tan reacias a la lima social. A pesar de la gran delicadeza moral de su alma sensible, José Bonifacio fue siempre muy propenso a la injuria, y no se eximía del empleo de las más rudas formas. Colérico por temperamento, esta tendencia se agravaba por la soberbia de su carácter. Y Dom Pedro, no obstante ciertos impulsos sinceros y generosos de su rica sentimentalidad, era a veces presa de accesos brutales que sólo pueden excusarse por las deficiencias educativas de su vida doméstica y por la vulgaridad del medio, extraño al palacio, en donde transcurrió su primera juventud.

La buena inteligencia duró lo necesario para que Dom Pedro pudiese olvidar que era el heredero de un Reino Unido, y para que se saturase su espíritu con la idea de la misión que le incumbía como soberano libertador de un Imperio. El mismo desacuerdo que surgió entre el pensamiento reflexivo y el movimiento espontáneo, puso fin a la pasajera luna de miel entre conservadores y demócratas, cuando el Brasil, cuerpo amorfo de una plasticidad política muy desigual, cuajó en el molde nuevo de la monarquía centralizada.

El gobierno se había propuesto no dejar el timón, por miedo a un naufragio, aun cuando aparentase indiferencia sobre el rumbo, y llegase a afectar que el navío flotaba

sin rumbo alguno. Hemos visto que los demócratas fueron en realidad los inventores del Imperio, y que ellos se habían encargado de tomar la iniciativa en el movimiento de las municipalidades, que contenía una vibrante satisfacción para el amor propio nacional. El príncipe aparentó vacilar, a fin de cubrir mejor las apariencias. José Bonifacio fingió desentenderse de la forma para no ver sino la realidad, y simulando pasividad para que los agitadores profesionalizados se entregasen a su actividad ficticia, se opuso con firmeza a todo aquello que hubiera colocado la corona en una situación de inferioridad evidente.

La intención de los demócratas fue obtener del soberano, junto con la aceptación de la diadema imperial, la anticipada sanción de la ley orgánica que debía ser elaborada por la Asamblea Constituyente, próxima a reunirse, y a la que había servido de preludio la Junta de los Procuradores Provinciales, convocada en Río por la Regencia. Según el encargado de negocios de Francia, José Bonifacio experimentó gran júbilo cuando pudo impedir que esto se realizase, y el coronel Maler lo describe poseído de una gran exaltación patriótica, que se manifestaba con la más extraordinaria locuacidad. Las aclamaciones que se lanzaban en el teatro y en la plaza pública, saludando de antemano la *Constitución Liberal del Brasil,* preocupaban a un monarca que debía su poder a esas mismas aclamaciones, y a quien el partido avanzado, engañándose a sí mismo con una ilusión, presentaba sinceramente como el primer demócrata del Imperio.

## IX

El Imperio y las Grandes Potencias Europeas.—El papel de Austria y el de Inglaterra.—Misión de Sir Charles Stuart en Río Janeiro.—El movimiento autoritario de 1823, la Constitución de 1824 y la Confederación del Ecuador.

No bastaba proclamar la Independencia. Era necesario organizar el Imperio. Euclydes da Cunha dice a este respecto que "legislar para el Brasil de 1823, compuesto de grupos étnicos históricamente distintos, sería todo lo que se quisiera, menos obedecer a la conciencia lúcida del medio. Era un trabajo enteramente subjetivo, o el capricho de una minoría erudita, indiferente a la manera de ser de la mayoría. La única tradición generalizada era de odio contra el amo reciente, armado aún; pero como este odio, que podía servir para propagar el levantamiento, se extinguiría por sí mismo con la victoria, quedaría en pie un problema formidable, que era el de unir y educar en el régimen constitucional, nuevo en la misma Europa, a un pueblo disperso que no había pasado por ninguna de las fases sociales preparatorias. Salto desmesurado y peligroso: temeraria ejecución de una de las revoluciones más graves, la paradójica revolución de arriba, que el genio de Turgot había concebido años antes como el medio extremo para salvar a Luis XVI de los profundos oleajes de 1789.

"Destruídas sus fuentes naturales, la reforma liberal,

que había ensanchado todas las libertades del pensamiento y de la actividad, descendía a fuerza de decretos como decisiones tiránicas. Un grupo de hombres que eran más bien representantes de su época que de su país, impuso esas decisiones. Libres al parecer de las tradiciones nacionales, que a decir verdad no existían, obraban guiados solamente por los espejismos del porvenir. Los espejismos, sin embargo, les dieron una intuición genial, y los iluminaron en la extraña tarea de formar una nacionalidad desprovista de la propia base orgánica constituída por la unidad de raza. Pero estábamos destinados a ser una sola raza histórica, según la concepción de Littré, después del transcurso de un período de existencia autónoma. Alterado el orden natural de los hechos, nuestra integridad étnica se mantendría bajo la garantía de la evolución social. Se nos condenaba a la evolución. O progresar o desaparecer. En las angustias de esta alternativa, fue decisiva la intervención monárquica, y fue además oportuna y benéfica."

La monarquía iba a salvar la unión, pero la democracia había alimentado aspiraciones y no tardaría en presentar quejas. Franca o solapada, sorda o a la luz pública, iba a abrirse la lucha entre ambas, y aun cuando hubiera llegado a adormecerse esa lucha, aun cuando la paz civil hubiera prevalecido resueltamente sobre la discordia militar, el conflicto reaparecería, surgiendo del fondo de nuestra historia durante un siglo entero. La imaginación republicana descubriría incompatibilidades que no serían realmente sino apariencias engañosas, porque las libertades se ajustan a todos los regímenes, siempre que su esencia sea progresiva. El conflicto de influencias forma por lo demás la esencia misma del progreso. Ahora bien, dado nuestro mecanismo político, si el balancín se inclina demasiado hacia la derecha, o sea hacia la centralización, la atracción no deja por ello de manifestarse hacia la izquierda, o sea hacia la federación.

De esto resultó que fuera gradual el desenvolvimiento

político del país, y que se estableciese la cadencia entre la monarquía y la democracia con tanta precisión durante todo el tiempo transcurrido hasta el término de la evolución, que el trono del Brasil acabó por perder casi enteramente el carácter tradicional que podía derivarse de la naturaleza misma del sistema, acercándose en todo lo posible al sistema republicano, y esto quiere decir que coincidía exactamente con lo esencial de una república. No tiene pues nada de extraño que se empleara la expresión de *República Imperial*, que he encontrado en un documento diplomático de carácter confidencial, perteneciente a aquella época. Es verdad que el emperador decía que lo era "por la gracia de Dios y la unánime aclamación de los pueblos", pero la segunda parte del título era la más exacta, porque como ya lo hemos dicho, y lo escribe Euclydes da Cunha, si se proclamó la independencia en un hermoso arranque y por medio de una expresión sintética del príncipe, que el pueblo pudo comprender inmediatamente, encantado de su nota romántica y teatral, el Imperio se proclamó un mes más tarde en Río, por la acción incontrastable de la facción democrática, a la que repugnaba el título de rey por sus relaciones con el antiguo régimen y porque contenía una evocación del derecho divino.

Europa era entonces legitimista, cosa que puede parecer extraña a quienes recuerden aquellos hechos un siglo después, pero perfectamente comprensible para aquel que se retrotraiga mentalmente a la época de que hablamos. La palabra legitimidad era el recurso mágico que se empleaba para conjurar los efectos de la sugestión revolucionaria, y el remedio que se había encontrado para contrarrestar los efectos de la demolición dinástica a que se entregó la Francia demagógica, sobre todo por ministerio del más ilustre de los revolucionarios: Napoleón. La Santa Alianza mostró, pues, no poca desconfianza contra el soberano de ultramar que a pesar de su carácter de príncipe real, se había alzado en las olas de un mo-

vimiento sedicioso que cedía en daño de la madre patria, y por lo mismo contra su rey, llevando por apoyo el dogma de la soberanía popular. En el fondo, sin embargo, la desconfianza de que hablo tendía a mitigarse, en primer lugar, por los vínculos de familia, puesto que el nuevo emperador era yerno del emperador de Austria, y sobre todo, por el inesperado y sólido concurso que prestaba en América al principio monárquico la existencia de una corona, cualquiera que ella fuese, en medio de tantas repúblicas como salieron de la disolución del imperio Español. Había que conservar esa corona, aun siendo independiente como lo era.

Las democracias hispanoamericanas, que no habían prodigado aún todos sus excesos, inspiraban a las monarquías europeas un temor justificado por la seducción qué ejercieron los Estados Unidos, cuya sencillez y prudencia trascendieron a Europa en hombres como Lafayette. El mismo Canning, que estaba muy lejos de profesar un exagerado *torysmo*, y cuya actividad se manifestaba particularmente en todo lo relativo al Nuevo Mundo, llamado por él a la vida política, según su propia expresión, para restablecer el equilibrio del otro hemisferio, favorecía el establecimiento de reinos americanos, con el fin de combatir los males de la democracia universal y de impedir que se estableciese una línea de separación entre ambos mundos, en detrimento de Europa, cosa que él mucho temía. Para Canning, América debía ser la prolongación moral de Europa; un mundo nuevo ligado al antiguo.

Conozco numerosas piezas diplomáticas relativas a aquel período de la historia de mi patria, período que me ha interesado siempre de un modo especial y que es por fortuna fecundísimo en documentos. No había telégrafo y los periódicos no estaban tan admirablemente servidos como lo están hoy, al grado de poder dar noticias á las propias cancillerías. Los diplomáticos tenían que escribir entonces informes voluminosos que conservan todo su in-

terés, puesto que son una fuente insustituíble de conocimiento histórico. Los agentes políticos en el extranjero eran emborronadores de papel, o más bien, escritores en la verdadera acepción de la palabra,—digámoslo para no ofender la memoria de aquellos hombres, que se distinguían de los que hoy desempeñan funciones diplomáticas, y que por el carácter más agitado de la vida que llevan, así como por el uso amplio que pueden hacer de la tijera, han dejado de emplear la pluma con la maestría de sus predecesores. Si recorremos aquellas páginas póstumas, como lo he hecho yo recientemente en los archivos de Viena, vemos hasta qué punto era útil el sistema de informes confidenciales. Yo por lo menos he podido conocer hasta la evidencia en este caso, lo que tal vez de otro modo habría quedado oculto a las miradas de la posteridad; a saber, que de 1823 a 1825, el reconocimiento del Brasil, asunto que ocupó casi exclusivamente a nuestra naciente diplomacia, no presentaba la sombra de una duda, pues ni la misma Rusia pensó un solo día en suscitar obstáculos insuperables para la viabilidad del Imperio.

Lo único que preocupaba a la Santa Alianza era la cuestión de forma. Fundada para defender la legitimidad como base del derecho público, no hubiera sido natural que abandonase su tema en aquel caso, sin hacer por lo menos un esfuerzo para consolar a la parte ofendida, sirviéndole con uno de los frascos el aceite diplomático, ya que con el otro se le daba el vinagre, también diplomático.

No olvidemos que el régimen constitucional había desaparecido en Portugal desde 1823. El rey recuperó su autoridad por medio de una violencia autoritaria, acto al que el monarca fue personalmente ajeno, en gran parte por lo menos. Los representantes diplomáticos de Portugal repetían en todas las cortes europeas que la separación del Reino Unido debía imputarse a la conducta impolítica y brutal de la Asamblea. Disuelta esta reunión de

energúmenos, por obra de la contrarrevolución de Villa Franca, restauradora del poder absoluto y nulificadora de la constitución ultraliberal, el Brasil ya no tenía razón para continuar el divorcio. La reconciliación se imponía, y éste era el objeto de la misión confiada al conde de Río Maior y a Francisco José Vieira, misión que llegó a Río Janeiro en la corbeta *O Voador*, y que no pudo desembarcar por disposición terminante del emperador, dictada en vista de que los agentes no estaban autorizados para reconocer previamente la independencia de la antigua colonia.

Nada arriesgaba Dom Pedro con su intransigencia, que parecía calculada para atraerle las simpatías de los patriotas. He aquí los términos en que se expresaba el príncipe de Metternich, jefe de la coalición de los tronos durante la existencia efímera de las Cortes de Portugal, en una Memoria destinada a circular por tódas las cancillerías de Europa. Ese documento explica la situación infinitamente mejor que como yo pudiera hacerlo:

"La emancipación del Brasil era una consecuencia necesaria e inevitable de la revolución de Portugal. Los vínculos que reunían a esos dos reinos se habían debilitado de tal manera que sólo se sostenían mediante la unidad y la fuerza del poder real. Pero despojada la corona de todos sus derechos por los facciosos, y privada de su dignidad, no menos que de su esplendor, se convirtió en una sombra a los ojos de los brasileños. La pretensión manifestada por las Cortes de Lisboa, que se creían con títulos para gobernar un país lejano, cincuenta veces más grande que Portugal, tenía que aparecer a los ojos de este país como absurda y monstruosa, y prescindiendo del carácter democrático de la revolución así en el Brasil como en Portugal, estamos en aptitud de afirmar que si en alguna ocasión pudo justificarse la insurrección de las colonias contra la metrópoli, fue en el caso del levantamiento de los brasileños contra la autoridad usurpada de una junta revolucionaria que destronó a su soberano y lo puso en cauti-

verio, y que destruyó totalmente el antiguo gobierno de su patria.

"Una vez realizada la separación del Brasil, que hubo de quedar decidida como resultado de la fuerza de los acontecimientos y de los crímenes de la facción dominante en Lisboa, el Príncipe Real, constituído como Regente del Brasil por su padre, se vio obligado a optar entre dos extremos igualmente desagradables. Si reconocía la independencia del Brasil, contribuía a un acontecimiento que será siempre deplorable para su antigua patria, y más o menos peligroso para los derechos hereditarios de su casa; pero si no la reconocía se veía obligado a volver a Europa, y en tal caso el Brasil, que no por eso hubiera dejado de quedar perdido para Portugal, quedaba también segregado para siempre de la familia de Braganza. Al firmar el acta de independencia del Brasil, el príncipe no hizo sino escoger entre dos males, optando por el menor de ellos...

"Los soberanos europeos tienen dos grandes intereses en los asuntos americanos, y deben examinar dos grandes cuestiones. La primera de éstas es la de la conservación de los derechos legítimos de las familias reinantes; la segunda, la del mantenimiento del principio monárquico contra los progresos de la democracia universal, en tanto que esto pueda lograrse. Lo demás nos interesa muy poco. Siempre que la soberanía legítima no quede aniquilada o desalojada, puede sernos indiferente que las provincias de ultramar se llamen colonias o reinos, es decir, que las gobiernen las autoridades, las cortes y los tribunales de Madrid o de Lisboa, o bien que gocen de una legislación particular y de una administración independiente de sus antiguas metrópolis. Y llegamos a un punto esencial. Ninguno de estos intereses supremos, atacados y heridos de muerte en la insurrección de las colonias españolas, ha sido comprometido directamente con la emancipación del Brasil y con la proclamación del Imperio. La casa de Braganza, contra la que se han ensañado todas las tempesta-

des revolucionarias, conserva sus derechos soberanos en ese país, y los desempeña por medio de una de sus ramas. Si el Imperio del Brasil puede afirmarse y consolidarse en la totalidad de las colonias portuguesas, no veremos otro grupo de repúblicas democráticas cubriendo la mitad del continente americano."

Un agente del Brasil no habría pronunciado un alegato mejor, — ni más inteligente ni más caluroso, — en defensa de la causa del Imperio. Metternich indicaba la marcha que debería seguirse para resolver el conflicto, sin que sufriese menoscabo la dignidad del rey de Portugal. El medio era éste: se enviaría una misión confidencial para que tratase con el soberano, cautivo de las cortes, y para que obtuviese su consentimiento a fin de que los gobiernos europeos pudiesen reconocer a su hijo, quien había obrado por lo demás, según se recordará, de acuerdo con el consejo que le dio Joao VI al decirle que antes de que un aventurero pudiese adueñarse de la corona, él la tomase para sí. Probablemente Joao VI pensaba en Bolívar, a quien se suponía víctima del delirio imperial, dolencia de la que no estuvo completamente inmune.

En Francia la reacción llegaba a su apogeo, puesto que el ejército francés acababa de intervenir en España para derrocar el régimen constitucional. Chateaubriand, que era ministro en aquellos días, no oponía objeción ninguna a lo hecho en el Brasil, y sólo hacía distingos sobre el carácter ultrademocrático del proyecto de constitución. Aceptaba los hechos consumados, puesto que discutía las consecuencias de ellos en sus conversaciones con el futuro vizconde de Pedra Branca, nombrado encargado de negocios en París.

La misma Rusia tenía una simpatía espontánea por el Imperio del Brasil, sentimiento debido sin duda al aislamiento de un país monárquico rodeado de repúblicas, "sin ilustración y sin verdadero patriotismo, aquejadas de incesantes convulsiones", como escribía el conde de Nes-

selrode al bailío de Tatistcheff. "No podría ocultarse que la influencia revolucionaria ha penetrado en el Brasil como en toda la América meridional, pero todavía no son iguales los efectos en aquel país, o a lo menos, allí toma la revolución formas diversas, que la Europa monárquica no debe ignorar."

Creía por tanto el ministro de Relaciones de Rusia que a Portugal le convenía dar una adhesión inmediata al cambio efectuado, puesto que ya no estaba en su mano deshacer lo que se había hecho, pero que al prestar su asentimiento debería obrar de tal manera que "lo pusiese a cubierto de las invasiones de una democracia que ya había hecho casi perder un trono a la casa de Braganza, y que afortunadamente no tuvo fuerza para arebatarle el segundo, ò que más bien se vio obligada a ofrecérselo para salvarse de las consecuencias de sus propios errores".

La única objeción formulada por la corte de San Petersburgo se relacionaba con la situación internacional de las colonias españolas, y era determinada a la vez por la intimidad existente entonces entre esa corte y la de Madrid, y por la antipatía que hasta estos últimos años ha prevalecido en Rusia contra los manejos de Inglaterra. Ahora bien, el reconocimiento del Imperio fundado en el Brasil, decidía prácticamente la cuestión, pendiente aún, del reconocimiento de las repúblicas hispanoamericanas, apadrinadas por Canning, puesto que desaparecería toda sombra de duda sobre la resolución que habría de darse al problema, y cerraría la puerta a cualquier transacción que quisiese intentar la metrópoli.

Rusia se inclinaba de preferencia a la celebración de un Congreso Europeo,—según la usanza de aquel tiempo de congresos: Aquisgrán, Laybach, Verona,—que resolviese las cuestiones de soberanía ultramarina y aquietase al *nuevo ministro* inglés, de quien decía Nesselrode que sus opiniones "hacían gemir a los amigos del bien". Según su costumbre, Canning procedió con una resolución rápida.

El medio de pacificación sugerido por Austria, fue al instante aprovechado por Inglaterra, unida a Portugal con el vínculo de antiguos tratados de amistad y alianza, que remontaban al siglo XIV, y que garantizaban la autonomía y la integridad del reino ibérico, incluídas sus vastas posesiones. Inglaterra tenía que ser la intermediaria obligada de cualquier negociación, aun cuando no hubiese tenido al frente de su cancillería la inteligencia perspicaz y el temperamento activo de Canning.

Portugueses y brasileños se veían con mirada colérica, pero en el fondo unos y otros tenían pocos deseos de venir á las manos, y era tal la confianza en una aproximación, que el gobierno de Lisboa negó su adhesión a un proyecto español de Congreso Europeo cuyo objeto sería arreglar los asuntos de América según los intereses de la legitimidad. Portugal no podía obrar de otra manera, no sólo en atención a los consejos de Londres, sino a los propios impulsos del rey, que había recuperado ya su poder absoluto. Ni quejas, ni recriminaciones, ni amenazas alteraron la resolución tomada por el gobierno portugués. Se tenía más fe en una negociación directa, si bien parecía no abandonarse el proyecto de la reconquista, siempre aplazada y jamás decidida. Así se hallaban las cosas cuando Sir Charles Stuart fue enviado a Río Janeiro como representante de la mediación británica para la reconciliación de ambos países.

Permaneció cerca de un año en la capital del Brasil. Stuart era un hombre de letras muy delicado, un bibliófilo incomparable, y un apasionado de los estudios portugueses. Su negociación fue en extremo interesante, y terminó satisfactoriamente para todos, lo que quiere decir que nadie quedó completamente satisfecho de ella, aunque nadie manifestase un serio descontento. Portugal renunció a toda pretensión retrógrada, y el Brasil por su parte consintió en pagar dos millones de libras esterlinas, cifra que no era descomunal si se considera que el antiguo propietario había hecho mejoras de importancia en

la finca; pero los brasileños no le perdonaron a Dom Pedro I esos dos millones de libras esterlinas. El emperador además había consentido en que su padre llevase el título de Emperador del Brasil, como reconocimiento de una soberanía nominal, compensada con la soberanía real que la otra parte reconocía.

Era tan merecido aquel homenaje al viejo monarca, que la cláusula respectiva no provocó reclamaciones. Todas las protestas se reservaron para el *octroi*, o graciosa merced de la independencia, que en vez de presentarse como el derecho de una nación que había llegado a la mayor edad, o como una conquista realizada por los esfuerzos de un pueblo, aparecía efectuada como consecuencia de cartas patentes, discretamente aludidas en el preámbulo del acta, pero que al ratificarse el tratado en Lisboa fueron maliciosamente divulgadas por el gabinete portugués.

Hablando en puridad, y considerando el asunto con la imparcialidad que puede darnos el tiempo transcurrido, no había una mentira histórica en aquella declaración. Ya hemos visto que la independencia del Brasil fue en gran parte obra del rey Joao VI, y que en esto no hay exageración. Cuando el rey partió, pudo llevar consigo la satisfacción del deber cumplido. No sin razón, pues, y en verdad no sin agudeza, afirmaba Telles da Silva, primer embajador de la corte imperial de Río Janeiro en Viena, y futuro marqués de Rezende, en una memoria que escribió a solicitud de Metternich para justificar la independencia, que el Brasil no la había proclamado y no había hecho otra cosa que restaurarla después de la vana tentativa de las Cortes para destruir la política audaz y generosa del soberano. "A Su Majestad Fidelísima debe el Brasil la terminación del odioso sistema colonial por la apertura de sus puertos al comercio de todas las naciones; por la creación de tribunales supremos, de gracia de justicia, de hacienda, de comercio, de marina y de guerra; por la creación del tesoro, del Consejo de las órde-

nes de Caballería, del Departamento de Marina, del ejército de tierra, del sistema particular de recaudación, de la organización de las aduanas, de dos Academias, del Banco y de la administración general del patrimonio; todo ello separado e independiente de Portugal; y en fin se le debe la elevación del Estado brasileño a la categoría de reino, acto que en el Congreso de Viena ha merecido los mayores elogios."

Cuando en julio de 1825 llegó al Brasil Sir Charles Stuart, se habían efectuado actos de importancia capital, posteriores a la separación de los dos reinos. En primer lugar, habían desaparecido ya los últimos vestigios de la dominación metropolitana, puesto que se embarcó a las tropas portuguesas, y que la revolución autoritaria estableció la supremacía del trono, o más bien dicho restauró el prestigio del poder frente a la representación nacional anárquica; por último, había sido vencida fácilmente una revolución republicana y federativa que tenía como fin destruir la unión.

Las condiciones que presentaba la nacionalidad brasileña después de la proclamación de Dom Pedro I, eran de un carácter muy incierto. El movimiento de la independencia partió de la capital, comenzó a organizarse en Sao Paulo, y de allí volvió a Río, en donde se le dio la forma definitiva que revistió más tarde; por último, después de ligeras vacilaciones, se propagó a la provincia de Minas Geraes y de allí a todo el sur. Ese era el bloque de la unidad imperial, pero estaba muy lejos de comprender todo el Brasil. Pernambuco, en donde había rescoldos de los sucesos de 1817, era el centro del espíritu democrático y particularista. Bahía, también agitada por el fermento liberal, fue el centro portugués de resistencia, por haberse reunido casualmente en esa provincia casi todas las fuerzas de ocupación, y también porque en ausencia de una flota nacional, esas fuerzas podían recibir fácilmente nuevos contingentes de Europa. El Maranhao, en estrecha dependencia de Portugal, por las dificultades

de comunicación marítima con el resto del Brasil mientras la navegación se hizo a vela, formaba por lo mismo en el extremo norte un baluarte de la metrópoli.

El nuevo Imperio carecía de marina, ya lo hemos dicho, y sin ella no era posible reunir los fragmentos desparramados de una colonia formada por una serie de posesiones autónomas, separadas entre sí. El gobierno imperial pudo crear esa marina con los restos que dejó Portugal. El Brasil no es un pueblo de espíritu esencialmente militar, si por esto se entiende el culto ferviente de las glorias bélicas; pero en dos ocasiones ha realizado el mismo prodigio naval, durante una cortísima vida como nación independiente. Esto sin contar la toma del islote en donde había sentado sus reales Villegagnon, operación realizada por una flotilla de canoas semejantes a las de los indígenas, con las que lograban éstos atacar a los navíos considerablemente más poderosos de sus enemigos europeos.

Cuando en 1864 el Paraguay de López, que se preparaba desde hacía mucho tiempo para la guerra, rompió las hostilidades contra los vecinos de oriente y del sur, el Brasil fue tomado por sorpresa y tuvo que hacer una defensa improvisada; pero en el año siguiente, el almirante Barroso, empleando la misma táctica naval a que acudió dos años después el almirante austriaco Tegetthoff, y que le valió la victoria de Lissa, ganó la célebre batalla naval de Riachuelo, y en 1868 nuestros buques franqueaban el paso de Humaytá, considerado como inexpugnable hasta entonces.

En 1823 el gobierno imperial tuvo la buena idea de acudir al famoso Lord Cochrane, marino inglés, obligado a abandonar el servicio activo en su patria a causa de las complicaciones que le creó una cuestión de bolsa, y que andaba por todo el mundo en busca de aventuras y de lucro. La guerra naval era entonces ventajosa por las presas que la habilidad, el valor y la fortuna reservaban a los vencedores. Lord Cochrane era valiente por oficio y por

temperamento, y además, tenía las cualidades que proporciona la experiencia. Ya lo había probado en el Pacífico, al frente de la flota revolucionaria de Chile, e iba a confirmarlo en la lucha por la independencia de los griegos. Encargado del mando de la marina brasileña, no tardó en señalar las rutas de la victoria.

La capital de Bahía, en donde se sostenía con vigor el general Madeira, estaba sitiada por fuerzas nacionales que mandaba el general francés Lebatut, uno de aquellos soldados puestos a media paga, que describe admirablemente Balzac y que posteriormente ha pintado M. d'Esparbés; uno de aquellos que en espera de que le creciesen las alas al polluelo del águila imperial, iban a ganarse la vida en los países de ultramar como sabían hacerlo: con las armas. Lord Cochrane llegó y estableció un bloqueo estrechísimo. Cuando la escuadra portuguesa, que había quedado inmovilizada en el puerto, tomó la ruta de Lisboa, llevándose consigo a la guarnición fiel que cedía el campo, así como a muchos comerciantes portugueses temerosos de las represalias, Lord Cochrane resolvió perseguir a los buques enemigos, y al efecto ordenó que uno de sus subordinados, el capitán Taylor, emprendiese la persecución, lo que se hizo, en efecto, con el resultado de que fuesen capturados ya cerca de Portugal algunos de aquellos buques, y que fuesen conducidos al Brasil. Después de esto, Lord Cochrane se dirigió a Maranhao y a Pará, en donde no tuvo dificultades para que se proclamase el Imperio y se le acatase.

La unión era, pues, obra de la marina, y aunque la efervescencia continuó durante cierto tiempo en Maranhao y Pará, no por eso dejó de ser obedecido el gobierno de Río. Pernambuco proclamó una Confederación llamada del Ecuador, en 1824, y estableció una Junta rebelde, a la que se unió Ceará, pero este movimiento, que tenía por objeto levantar frente al Imperio autoritario y centralizador, el esbozo de una liga federativa y demagógica, no encontró apoyo por falta de cohesión entre

los grupos locales dispuestos a secundar la revolución.

Esta había tomado por pretexto, y el pretexto no carecía de todos los visos de una excelente razón, el movimiento autoritario de la capital. Puesto que Dom Pedro I había recibido la investidura imperial de manos del pueblo, moralmente se había comprometido de antemano a aceptar la Constitución que votasen libremente los representantes del propio pueblo, como base del pacto entre los poderes ejecutivo y legislativo. Es verdad que el emperador había hecho una restricción, y no mental sino pública, pues dijo que obraría de ese modo siempre que la Constitución se mostrara digna de él.

La Asamblea Constituyente se reunió en Río Janeiro, en enero de 1823. El joven soberano gozaba de todo su prestigio,—el prestigio de la juventud y de la audacia,— y tenía a su lado a los dos hermanos Andrada, José Bonifacio y Martím Francisco, estimados por algunos, temidos por otros, y respetados por todos. Es verdad que estos dos hombres habían aparentado el deseo de retirarse, al ver el disgusto de los demócratas contra el gobierno, pero volvieron sobre su acuerdo a favor de un movimiento popular espontáneo y lleno de dignidad. Os daréis cuenta de la situación por el informe, todavía inédito, que el encargado de negocios de Austria dirigió a Metternich, y que reviste la autoridad que da a aquel diplomático su larga residencia en el país y su íntimo conocimiento de las cuestiones políticas en las que no dejaba de tener cierta participación por sus relaciones personales:

"Va a reunirse la Asamblea, y de la marcha que tome dependerá el afianzamiento del trono sobre bases sólidas, y el restablecimiento del orden. Todo está por hacer: constitución, códigos, arreglo de la jerarquía eclesiástica, sistema de educación, etc. Nada de esto existe. Sólo hay un soberano proclamado y coronado, sin oposición y sin compromisos que embaracen sus actos. En esto su situación difiere muy ventajosamente de aquella en que se han encontrado el rey padre y los de Nápoles y España.

„Sin embargo, la Asamblea no diferirá, tal es al menos mi opinión, de las que en aquellos países han llevado hasta el último extremo los desórdenes de que dimanaba su existencia. Se cree que en su mayoría estará formada de hombres moderados y prudentes, y conozco a muchos de ellos que parecen reunir tales cualidades, pero no hay que ver la cuestión por este aspecto, pues sólo la experiencia y los resultados podrán decir lo que harán estos hombres en una situación absolutamente nueva para ellos. Debe también tenerse en cuenta que los diputados vienen de puntos distantes unos de otros, sin relaciones entre sí. Ahora bien, siendo éste un país de civilización muy atrasada, en el que las doctrinas revolucionarias han hecho sólo progresos parciales, y en el que no se conoce por lo mismo sino una táctica defectuosa, propia de la naturaleza del suelo y del carácter de la población, es natural que la representación nacional se haga eco de las ideas falsas de sus miembros, de principios erróneos y de pretensiones exageradas. Con seguridad no se formará de todo esto, como pasa en Europa, un conjunto coherente y sistemático. Habrá en la Asamblea un partido demócrata, y aun habrá republicanos, pero a la luz de los últimos acontecimientos, no veo en dónde encontrarían estas opiniones el apoyo que han menester para imponerse.

„Contra este partido sin plan fijo, veo a un príncipe que ha sabido encabezar el nuevo orden de cosas, y sin meterme a examinar si lo ha hecho con justo título, creo incontestable que una vez desaparecido el antiguo régimen, y en la imposibilidad de restablecerlo sobre bases idénticas, puesto que la ilusión se ha disipado, el soberano adopta la actitud más conveniente que es la de regulador de los partidos extremos, papel que asumió desde el momento en que no aceptó la corona sino mediante un juramento condicional. Las cualidades personales del monarca, el vigor y la actividad de que ha dado pruebas en más de una ocasión, y aun su corta edad, a la que

debe no sólo el amor de los brasileños, sino el temor y el respeto que infunde; todo esto pone en sus manos los medios para imponerse definitivamente y no quedar sujeto a la condición humillante del rey su padre. Cuenta con un gabinete cuyos principios esenciales son buenos y que está animado de sentimientos monárquicos...

„Los ôbstáculos que debe dominar son la oposición armada de Portugal y la oposición democrática. Esta será fomentada por la metrópoli y alentada por los extranjeros, ya sean portugueses, ya de otros países, con excepciones muy especiales de ciertos comerciantes. Por lo que respecta a Portugal, en realidad se trata de un adversario más bien útil que peligroso, puesto que pone al gobierno en la precisión de vigorizarse, y desvía la atención pública de los problemas de política interior. Además, la creciente animosidad contra los portugueses, destruye la perniciosa influencia que han ejercido en este país.

„Volviendo a la democracia, debe advertirse que aun cuando el gobierno puede luchar contra ella ventajosamente, es tan peligrosa por su propia naturaleza, que mientras no la vea desarraigada, no puede considerarse completamente seguro. Hay sociedades secretas en todos los puertos, y aun cuando aquí se haya procedido a cerrar las logias, no podemos considerar que éstas han sido disueltas, ni creer que lo serán antes de que transcurra mucho tiempo. Los diputados que han vuelto de Lisboa, y que sin duda ejercerán un gran influjo en la Asamblea, no traen principios muy puros, y su reputación no les viene de haber defendido la monarquía. No pudiendo atacarla abiertamente, tratarán de hacer odiosa la persona del príncipe, y aun de provocarle a la violencia. Así el acta del 12 de octubre, (la proclamación del Imperio), podrá serle fatal, pues ese es el único hecho que no admite examen."

El antagonismo entre el príncipe y la Asamblea quedó de manifiesto en el mismo día de la apertura, pues al inaugurarse la Constituyente hubo de ponerse a discusión

cierto formalismo que no por serlo dejaba de tener importancia. La primera escaramuza se libró entre el príncipe y los diputados, al establecerse el ceremonial de la sesión de apertura. Eran las dos partes de la soberanía nacional, según la fraseología consagrada. El emperador consintió en retirar la corona de la cabeza al entrar en el salón de sesiones, pues no se consideró decoroso para los diputados que sólo ellos se descubriesen durante la ceremonia. Por otra parte, como los diputados tomaron asiento, el emperador leyó su discurso sentado, y a su vez el presidente de la Asamblea no se puso en pie para dar la respuesta.

Y ya no hubo acuerdo. El gobierno hubiera querido que la Asamblea se limitase a aprobar el proyecto de constitución que se le sometiera. La Asamblea, por el contrario, se empeñaba resueltamente en cumplir al pie de la letra su mandato constituyente, y en debatir solemnemente cada artículo,—con la esperanza desgraciadamente frustrada, de que la discusión traería la luz,—y por instinto de conservación, en limitar lo más que fuera posible las atribuciones del poder ejecutivo. Llevada de este espíritu, pretendió que las leyes votadas antes de la promulgación del acta constitucional, no deberían ser sometidas a la sanción soberana, en tanto que por su parte la corona tenía la ambición de un *veto* absoluto.

Esta interesante discusión de derecho público, que evoca punto por punto la que precedió en Francia a la caída de la realeza, y con la que se honraron las asambleas anteriores a la Convención, no alcanzó su término entre nosotros. La Constituyente brasileña había cobrado nuevas fuerzas, pero se había hecho aun más indócil, cuando los dos hermanos Andrada, reñidos definitivamente con Dom Pedro, se pusieron a la cabeza de la Asamblea, y secundaron con todo su egoísmo y todo su ímpetu al otro hermano, Antonio Carlos, que era ya el jefe parlamentario. Pero había pasado el momento en que esta conjunción podía producir algún resultado, si es que realmente en algún mo-

mento tuvo probabilidad de ser viable la idea que la inspiraba.

La Constituyente había hecho estéril su obra de construcción adoptando como base de ella el odio nacional contra los antiguos dominadores. No se necesitaba tanto, pues ya de suyo era negativa la acción de la Asamblea, a causa de la superabundancia imaginativa que viciaba sus planes y del doctrinarismo de sus teorías. El partido portugués, para defenderse de las amenazas legislativas de expulsión del elemento llamado europeo, se unió a algunos enemigos personales de los antiguos y omnipotentes ministros de la Independencia, y a otros hombres recién surgidos a la vida pública, ansiosos de figurar en los consejos del Imperio, y todos juntos obtuvieron del soberano la disolución violenta de la Asamblea, seis meses y medio después de su apertura.

Lo que puso la mecha en el polvorín, fue una diatriba por la prensa contra los oficiales portugueses a quienes el emperador favorecía de nuevo, en compensación de los ataques con que los facciosos pretendían rebajar su persona y sus tendencias. La publicación de este libelo dio como resultado una agresión personal de dos oficiales de artillería contra el supuesto autor de la obra. El ofendido acudió a la Asamblea, y ésta asumiendo las facultades de una Convención, se constituyó en juez de la querella y pretendió desterrar a los agresores tratando de monstruos a los portugueses. Entretanto la prensa de baja estofa amenazaba a Dom Pedro con la suerte de Carlos I y de Luis XVI.

El conflicto llegó a su período álgido. La Asamblea se declaró en sesión permanente, y exigió explicaciones del gobierno por el aparato militar que había desplegado. El soberano dio la respuesta de Cromwell, encargando a un oficial que cerrara el salón de sesiones y que aprehendiese y deportase a los principales jefes de la oposición, entre los que se hallaban los hermanos Andrada que se dirigieron a Francia.

Un Consejo de Estado, formado con tal objeto, hizo una Constitución en lugar del proyecto de la Asamblea. La Constitución era muy liberal, y el Consejo de que emanó estaba compuesto de hombres de mérito, bajo la presidencia del emperador. Tal vez la Constitución presentaba mayores ventajas que el proyecto, por las amplias garantías de que rodeaba el funcionamiento del poder ejecutivo y del poder moderador en un país que necesitaba de una voluntad suprema y fuerte para el mantenimiento de la unión, todavía no consolidada. A pesar de esto, habría de llegar un momento en que la opinión censurara el proceder demasiado rudo de Dom Pedro, y en que el sentimiento público se mostrara quejoso de que no se hubiese dejado al primer parlamento nacional la honra de consumar su obra magna. El parlamento no estaba formado exclusivamente de personas eminentes, pero había en su seno algunos de los hombres que más tarde se han ilustrado en nuestra historia. La Asamblea nos parece en efecto dominada por un ardiente patriotismo y por un sincero amor a la libertad. Y sus defectos no eran sino el exceso de sus cualidades. Para que se tenga una idea de su fisonomía, diremos que había en la Asamblea diez y nueve eclesiásticos, siete militares, veintidós magistrados y veintitrés abogados.

Aunque sometida a la aprobación de los ayuntamientos, la Constitución Imperial no fue ratificada sino después de graves incidentes. En Pernambuco la oposición tomó las armas, como ya lo he dicho, exigiendo que se restableciese el régimen de la Asamblea disuelta por medio de la violencia, y Frei Caneca, carmelita inteligente y de mucho valor, encabezó la crítica contra las tendencias absolutistas del emperador, y se hizo intérprete de las verdaderas doctrinas constitucionales. Su civismo le costó la vida. Otros le acompañaron en el sacrificio, pero como siempre, la sangre derramada fue funesta para quien no supo ver con indulgencia las ideas políticas de sus adversarios.

Surgió la abdicación en el horizonte al consumarse la inmolación del religioso en quien había encarnado el espíritu democrático, y que escribió lo que sigue en uno de sus más apasionados folletos:

"Cuando la patria llora, los ojos de su hijo amante se cierran para no ver las lágrimas de la esposa, el pesar de los niños y la actitud implorante de los ancianos. Lleno de piedad por la patria, enmudecen todos los afectos, callan todas las pasiones, y sólo habla el civismo. La patria lanza su voz tonante: no vacila el amor del ciudadano; no se detiene; avanza con firmeza y valor. El corazón no cesa de latir tranquilamente a la vista de los volcanes y de los patíbulos..."

# X

Impopularidad de Dom Pedro I a causa de sus tendencias autocráticas y de la pérdida de la provincia Cisplatina.—Adaptación del régimen parlamentario.—Abdicación y Regencia.

La segunda parte del reinado de Dom Pedro I, es decir, los pocos años que transcurrieron después del reconocimiento del Imperio, de la promulgación de la Constitución y del temporal apaciguamiento de la agitación revolucionaria, tiene importancia por dos acontecimientos memorables: uno fue el fracaso de la política exterior del soberano, fracaso que tomó un carácter impresionante por la pérdida de la provincia Cisplatina, y el otro fue la progresiva y segura implantación del régimen parlamentario, expresión del sistema representativo.

La guerra contra el Brasil era inevitable. Tan popular había llegado a ser en Buenos Aires. El sentimiento público no podía perdonar al gobierno de Río Janeiro la anexión de Montevideo, considerado como parte integrante de la patria argentina, destrozada interiormente por mil celos feroces y por mil disputas, algunas de ellas sangrientas, pero que a pesar de todo constituía un ideal basado en la unidad de raza y de lengua y en la comunidad de origen y de tradiciones. Era una verdadera amputación aquella que según la opinión nacional de las Provincias Unidas del Río de la Plata, les había sido impuesta por la voluntad del rey Joao VI. El temor a los

españoles, que no dejaban de mostrarse amenazadores, podía haber hecho hasta entonces que vacilara el valor de los menos belicosos, pero la derrota final del ejército real en el Perú disipaba toda aprehensión y permitía llevar las cosas a su punto extremo contra los herederos de Portugal.

Aprovechando la estancia de Bolívar en el Alto Perú, adonde había ido aquel jefe para recoger el fruto de la brillante victoria del general Sucre, el gobierno de Buenos Aires pensó en organizar una "guerra de principios", levantando a las jóvenes repúblicas de la América del Sur contra el Imperio formidable y agresivo, agitado como ellas en un desorden político que la autoridad del trono era impotente para calmar por completo. Bolívar se negó a correr nuevas aventuras. Ya tenía demasiado en qué pensar con su Gran Colombia, su viejo Perú y su nueva Bolivia. A pesar de la bravata de bajar de los Andes a Matto Grosso, descender el Paraguay y el Paraná hasta el Plata, seguir por la costa hasta Pará, dictando de paso la ley a Río Janeiro, y volver a Venezuela por el Amazonas, el Negro, el Casiquiare y el Orinoco, Bolívar prefirió no ensayar la proeza, tanto más cuanto que el emperador había desaprobado el acto del gobernador de Matto Grosso, quien creyó prestar un servicio grato a su soberano aceptando la incorporación de Chiquitos, desprendida del Alto Perú.

En Buenos Aires no había unanimidad respecto de la intervención de Bolívar en los asuntos de la Banda Oriental. No faltaba quien temiese sus desmedidas ambiciones y sus ensueños de dominación sudamericana. Un Brasil intacto era por lo menos contrapeso para la gran federación que parecía dibujarse en el noroeste, y que comprendería desde la desembocadura del Orinoco hasta los confines de Chile, con acceso a los dos Océanos y con una extensión que le inscribía las planicies de la Cordillera y las cumbres de la cadena de Parima.

Todo el mundo sin embargo estaba de acuerdo en la

Argentina sobre la reconquista del territorio que se había perdido en provecho nuestro, y que era ya para los habitantes del Río de la Plata una página inolvidable de gloria, puesto que en 1807 Santiago Liniers lo reconquistó de las fuerzas inglesas llegadas para vengar una afrenta y que no lograron sino añadir a ella otro desastre.

El Brasil no quería la guerra, pero deseaba menos aún abandonar la conquista hecha por el rey. El honor de Dom Pedro I estaba comprometido en esto, y lo hizo comprender así muy claramente a los agentes diplomáticos ingleses que se afanaban por evitar la ruptura y las hostilidades. Podemos medir el interés con que Inglaterra veía los asuntos sudamericanos, haciéndonos cargo de las relaciones mercantiles que ligaban sus puertos con los de las colonias emancipadas de España y de Portugal. En 1823, las exportaciones inglesas destinadas a nuestro continente meridional, ascendían ya a 5.600.000 libras esterlinas, lo que representaba una octava parte de la cifra total de su comercio, y excedía con mucho a las exportaciones destinadas a los Estados Unidos. Hoy mismo, digámoslo de paso, figuran en el diez por ciento de las exportaciones británicas, y esta fracción se eleva a 25.000.000 de libras.

En tales condiciones, el bloqueo del Río de la Plata, que el Brasil establecería para comenzar las operaciones, traería consigo pérdidas de consideración en un tráfico cada día más floreciente, y esto sin tomar en consideración la nube de corsarios que se precipitaría sobre el negocio legítimo, con absoluta falta de consideración para los neutrales. Examinando los efectos deplorables de una ruptura, Canning dio instrucciones a Lord Ponsonby, nombrado ministro de Inglaterra en Buenos Aires, para que al pasar por Río Janeiro en su viaje al lugar de su destino, ofreciese los buenos oficios del gobierno británico, a fin de que por la mediación de éste se llegase a un arreglo amistoso, basado en la restitución de Montevideo a cambio de una indemnización pecuniaria, o en último caso, en la formación de un Estado independiente

con el territorio de la Banda Oriental. Esto último fue lo que prevaleció más tarde, pero entonces tenía el grave inconveniente de contrariar las ambiciones legítimas de las Provincias Unidas y de lastimar las susceptibilidades del Brasil. Sólo podía pensarse en tal medida a falta de algo que disgustase menos a los beligerantes.

El emperador se negó redondamente a aceptar la mediación y a escuchar toda propuesta. Prefería correr los azares de la guerra, para la que sus adversarios se preparaban con entusiasmo. En 1825, Dorrego estaba al frente del gobierno de Buenos Aires. Para excitar a los argentinos, que no habían menester de estímulos en aquella ocasión, lanzó este grito de guerra: "¡Que el himno de la patria se entone sobre las murallas de Montevideo en el 25 de mayo de 1826!" Los acontecimientos dieron una tregua a esta festinación, pero con todo es incontestable que la Argentina pudo reclamar para sí los mejores triunfos militares y diplomáticos. Y en su beneficio, indirecto ya que no directo, el Imperio fue desmembrado de la única conquista hecha por el Reino, puesto que debilitar al Brasil significaba la más amplia seguridad para las Provincias del Río de la Plata. Tuvo gran importancia también el hecho de que nuestra marina, superior con mucho a la de los argentinos, hubiese dejado en manos del enemigo ventajas que cercenaron considerablemente su reputación.

El almirante Brown, irlandés que prestaba sus servicios a Buenos Aires, hizo maravillas con el material insignificante de que podía disponer. No sólo se burló del bloqueo, sino que desbarató las expediciones navales dirigidas contra el territorio de las Provincias Unidas. La marina brasileña, formada por Lord Cochrane con la autoridad de su valor y de su competencia, salió de la lucha humillada, casi desmoralizada. Por tierra, la batalla de Ituzaingó podrá haber sido de resultados indecisos como lo afirman algunos críticos militares, pero esto no impidió que se revelara la impotencia del ejército que mandaba el

marqués de Barbacena para garantizar el límite del Río de la Plata, alcanzado a costa de tantos esfuerzos. Ituzaingó equivale pues a una derrota brasileña, y así consideran esta acción de armas los argentinos.

Por otra parte, la anexión de la Banda Oriental al antiguo virreinato no entraba en el campo de lo factible. Buenos Aires carecía del vigor suficiente para compeler a la provincia rebelde, y había que contar con el sentimiento de independencia que ya se había desarrollado y que se manifestó primeramente con el levantamiento de Lavalleja contra la ocupación brasileña, levantamiento que el gobierno de Buenos Aires protegió y fomentó.

Un político argentino, que es a la vez literato, D. Ramón Cárcano, acaba de publicar a este respecto algunas páginas muy juiciosas que demuestran la imposibilidad que había de otra resolución, fuera del reconocimiento de la soberanía del Uruguay, y las ventajas que este arreglo encerraba para su propio país. "El sentimiento popular de la otra banda,—tales son sus palabras,—se manifestaba tan hostil a una dominación como a la otra, y esto nos explica la popularidad de un caudillo instintivo como Artigas, (el héroe de la resistencia contra la invasión portuguesa, que acabó por buscar asilo en el Paraguay, cuyo dictador, el Dr. Francia, lo retuvo como prisionero). Emancipar el país de la dominación brasileña, equivalía a levantarlo contra la Argentina; era tanto como sacrificar sangre e intereses en aras de un lirismo manifiesto. Dejar que el Imperio se fatigara y se agotara en una guerra interminable para la conservación de su autoridad en un país donde sólo era dueño del terreno que pisaban sus soldados, y reservar nuestra acción para el momento en que pudiéramos desarrollarla de una manera decisiva y preponderante, asumiendo el papel simpático de amistosos mediadores, tal era la política sensata, previsora y segura que las circunstancias imponían a la joven república." Tal era también, agregaré por mi

parte, el plan que había acariciado su estadista García.

"No había temor,—continúa el Sr. Cárcano,—de que el Brasil se volviese contra nosotros, amenazando con su poder la integridad del territorio argentino. Le faltaban medios materiales, y aun el espíritu de conquista necesario para empresa tan temeraria. Comprometido en una guerra a muerte con los uruguayos, no podía atreverse a aumentar las dificultades de su posición política y militar en países que están a una distancia inmensa de su centro de gobierno. Sacudido a la vez por una agitación doméstica, no podía exponer a la joven monarquía al peligro de nuevas complicaciones con una democracia guerrera y expansiva que acababa de recorrer la América atando la victoria a sus armas." No ignoráis,—y lo diré de paso,—que Chile debió su emancipación al ejército libertador de San Martín, quien escaló los Andes para auxiliarlo, y que las fuerzas de San Martín y de Bolívar se dieron la mano en el Perú, las unas remontando, las otras descendiendo por la costa del Pacífico, en una cruzada por la emancipación de la América Española.

"Las Provincias Unidas,—añade el autor argentino a sus anteriores consideraciones,—puestas a la expectativa y sin la pretensión irrazonable de conservar una fracción territorial incoherente, rebelde e irreducible, habrían reservado su poder y su ascendiente intactos para dar a la cuestión del Uruguay el último golpe profundo y definitivo." Buenos Aires no perdió sin embargo nada con la intervención armada que ensayó su gobierno, porque la república sacó de aquel acto tradiciones arraigadas profundamente en el corazón del pueblo, y también porque gracias a aquella guerra sin resultado decisivo, se llegó al que buscaba Inglaterra y que ambas partes habían rechazado como incompatible con su honor.

El desenlace constituía una positiva ventaja para la República Argentina, que se había mostrado capaz de luchar y de vencer, aunque incapaz de conservar el fruto de su victoria. Sólo el Brasil perdía, por su incapacidad para el

esfuerzo militar sostenido, y por consiguiente para una resistencia superior al desmembramiento que se le hizo. El desmembramiento no resultó sin embargo territorialmente benéfico para el adversario, y esto fue una fortuna, porque impidió la formación de una especie de Alsacia Lorena en la costa oriental de la América del Sur, cuestión que la guerra del Pacífico creó mucho más tarde en la costa occidental con la incorporación de las provincias de Tacna y Arica a Chile.

El Uruguay fue convertido en un Estado tapón,—según la expresión aun no inventada, y la idea que ya era vieja,—y ese Estado tapón, separaba y garantizaba las fronteras abiertas, como lo dice el ilustre uruguayo Andrés Lamas, mejor que los más sólidos límites naturales. Al dejar de ser una causa de perpetuas discordias la posesión de aquel territorio, su neutralidad quedó convertida en base permanente del equilibrio político en el Río de la Plata. D. Ramón Cárcano afirma sin vacilaciones que en la convención preliminar de paz, quedaron victoriosos los tres signatarios—el Brasil, la Argentina y el Uruguay,—como sucede siempre que se llega a una solución sencilla en que la gravitación de las fuerzas y de los intereses comunes produce resultados definitivos y justos, distribuyendo satisfacciones recíprocas.

El prestigio imperial salió maltrecho. No importa. La guerra era impopular en el Brasil, porque el sentimiento nacional jamás había considerado a la Provincia Cisplatina como parte integrante de la patria unificada. Cuando Joao VI desarrolló su política de absorción, obró por su propia cuenta, pues el Brasil de entonces, quizá debido a falta de tradición que unificara sus tendencias, pareció no darse cuenta de lo que significaba esa política. En los tiempos de Dom Pedro I las preocupaciones interiores, concentradas en el creciente ideal democrático que se imponía a la monarquía en menguante, eran de tal manera imperiosas al lado de las preocupaciones de orden exterior, que el elemento exaltado no ocultaba sus sim-

patías por los uruguayos a quienes se consideraba como guerreros de la libertad. Tampoco disimuló su satisfacción ese partido de extrema izquierda cuando el almirante Roussin exigió del gobierno imperial, con un tono que no tenía otra réplica que la voz de los cañones, la restitución de algunos buques franceses capturados durante el bloqueo y considerados por el Brasil como buena presa, por lo que la devolución exigída implicaba una humillación.

La situación personal del emperador comenzaba a ser la del equilibrio instable. Por una parte se fomentaba en detrimento suyo la animosidad y la desconfianza que evidentemente subsistían entre el Brasil y Portugal, y por otra parte se subrayaba la instintiva incompatibilidad que no se podía ocultar y que lo separaba del Código orgánico en extremo liberal que había sancionado a pesar suyo.

La disolución de la Asamblea Constituyente tomaba proporciones cada vez más dramáticas a medida que el tiempo transcurría,—proporciones que no tuvo en realidad,—y se inflamaba el deseo de la venganza a tal punto que las cámaras reunidas en 1826, después de manifestarse dispuestas a marchar de acuerdo con el soberano y a evitar nuevas disputas, poco a poco se fueron tiñendo de liberalismo y pretendieron asumir la más alta dignidad a que puede llegar el régimen parlamentario. Creían ser la expresión perfecta, teórica por lo menos, de ese régimen, que a no depender sino de Dom Pedro, hubiera quedado reducido a lo que fueron las antiguas cortes consultivas de la monarquía portuguesa.

El emperador no había vacilado, sin embargo, en otorgar una carta liberal a Portugal, cuya corona acababa de heredar por muerte de su padre. Se había acostumbrado de tal modo a la fraseología constitucional, que ya no podía prescindir de ella, y confiaba en la gratitud de los pueblos, creyendo quo éstos corregirían todo exceso humillante para la corona en el funcionamiento de las insti-

tuciones. Su carácter era por extremo contradictorio. No había temperamento más inclinado que el suyo al absolutismo, y, sin embargo, voluntariamente implantó en dos países el régimen constitucional; nadie le había excedido en entusiasmo para la desunión de esos dos países, obra a la que contribuyó personalmente, y, sin embargo, no cesaba de soñar en la nueva reunion de ambos; nadie le superaba en exaltación cívica y nadie sufría tanto como él al ver el menoscabo político de la Corona.

Así fue como al ser el emperador reconocido como rey de Portugal, por la natural sucesión de los acontecimien tos, los brasileños no dejaron de sentir una agitación tanto más justificada cuanto que las preferencias íntimas del monarca parecían dirigirse desde hacía algún tiempo y sin vacilación hacia los portugueses. Su corte, su círculo de amigos, o digamos más propiamente, su camarilla, se componía de individuos del viejo reino. Esto no se debía sólo a un platónico sentimiento de patriotismo exaltado desde que el emperador Dom Pedro I era a la vez el rey Dom Pedro IV; debíase principalmente al pesar atosigador de haber renunciado al trono de sus abuelos por el espejismo de un imperio cada vez más escondido entre las brumas republicanas.

Del arrepentimiento al deseo de reparar la falta había sólo un paso, pero muy peligroso. En el Brasil nadie habría consentido que se hiciese una nueva división de la soberanía, y en Portugal el príncipe, que había destruído el Reino Unido, lucharía contra la impopularidad, aun después de los triunfos más brillantes de la campaña liberal, de la que se hizo campeón en favor de su hija. He recorrido la correspondencia extranjera de aquel tiempo, y de toda ella sale la certidumbre de que Dom Pedro estaba empeñadísimo en buscar el medio de conservar las dos coronas, y que si abdicó en uno de los dos países fue por necesidad estrecha, si bien es verdad que contribuyó a esta determinación el ardiente interés con que vidづesde entonces los asuntos de Portugal, y que tampoco

fueron factores extraños a su resolución la pérdida de la Provincia Cisplatina, el conflicto con las Cámaras brasileñas y aun el escándalo de su vida privada.

La favorita era una brasileña de gran belleza y de origen elevado. A falta de otros, éste fue el poderoso lazo que mantuvo unido su corazón a la patria adoptiva. Pero esa Pompadour, llamada marquesa de Santos, se ocupaba más en su medro personal y en favorecer a sus parientes, que en asuntos de política internacional. Así lo contaba por lo menos Mareschal a Metternich. La influencia de la Santos era grande, y en ciertas ocasiones llegó a ser verdaderamente tiránica en la resolución de los acontecimientos. Los consejos de ministros se reunían en su residencia, y llegó hasta cambiar el personal del gabinete según sus conveniencias o caprichos. Pero el amante tornadizo se enamoró de la joven y encantadora princesa Amelia de Leuchtenberg, hija de Eugenio de Beauharnais, en la que renacía el encanto de Josefina. Así terminaron las relaciones con la Santos, que estuvieron a punto de costar la vida a la pobre archiduquesa Leopoldina, pues la brasileña imponía su presencia en la corte como favorita oficial, y obtuvo que la duquesa de Goyaz, hija adulterina de sus amores con el emperador, tuviese un lugar al lado de las princesitas sus medias hermanas. Esta penosa situación hizo muy difícil después para la diplomacia brasileña encontrar en Europa una nueva emperatriz.

Dom Pedro acabó por calmar sus ímpetus de erotismo, aunque no le duró la tranquilidad mucho tiempo, pues en Londres, cuando ya no era sino un simple duque de Braganza, defensor de los derechos de su hija al trono de Portugal, una gran dama inglesa que escribía a la princesa de Liéven, pintaba al antiguo soberano como un hombre *very frisky with the ladies* (excesivamente galante con las damas). No le daban rubor sus fragilidades. Siendo emperador,—y él mismo contaba esto al ministro de Austria,—discutía con el conde de Gestas, encargado

de negocios de Francia, y sucesor de Maler, sobre las cláusulas de un tratado de amistad, navegación y comercio, y como Gestas insistiese un poco más de lo debido para obtener la exclusión de la cláusula relativa a la libertad religiosa de los súbditos de un país en el otro, invocando la piedad de Carlos X, Dom Pedro que defendía los intereses de sus súbditos protestantes, hijos de colonos alemanes, le replicó de este modo brutal: "¡Carlos X es lo que usted y yo tendremos que ser algún día, o por lo menos lo que es de temer que seamos: fue libertino y es devoto!" Y el príncipe al contar la anécdota a Mareschal, quien se la transmitió a Metternich, le decía que el pobre Gestas, hombre muy piadoso, se quedó todo cohibido con aquella descarga.

El ministro de Austria no abogaba por el libertino emperador, que era el primero en darse el nombre que le correspondía, sin acudir a un disfraz. En su correspondencia, Mareschal manifestó frecuentemente lo que pensaba. Vaya un ejemplo. Hablando del sistema representativo, elogiaba la moderación y las buenas intenciones de las cámaras; decía que el gabinete debía acudir a las sesiones, como en Francia. Y concluía así: "Es infinitamente preferible conservar el gobierno representativo, que pasar por una nueva revolución para abolirlo. En el estado actual del Brasil, no veo otro medio de conservar la unión de las provincias y de amalgamarlas, que la continuación de ese sistema. Creía yo que las frecuentes visitas del emperador a las provincias, serían favorables para el prestigio del sistema monárquico, y para aumentar los sentimientos de fidelidad al trono, pero el viaje de S. M. a Bahía ha demostrado que el escándalo de su corte no sólo neutralizaba el efecto saludable de la presencia del emperador, sino que producía mayores males."

La evolución constante del sistema no tardó en dar satisfacción a los votos extraños del discípulo de Metternich. No tardó el Brasil en adoptar de lleno el régimen parlamentario, siguiendo el modelo tradicional de la

Gran Bretaña. El primer ministerio emanado de la mayoría parlamentaria, data de 1827, aun cuando aquel ensayo, como los que siguieron, tuviese todavía cierta imperfección, debida sobre todo a que el soberano se plegaba muy difícilmente a las justas pretensiones de la representación nacional, cada día más dueña de sí misma y más segura del triunfo de su ideal.

El gobierno tenía una notable instabilidad, originada por este conflicto entre opuestas tendencias. Los gabinetes se sucedían, los unos con fisonomía liberal, y los otros con carácter cortesano. Esta agitación era aprovechada por el partido federalista republicano, cuya popularidad creció hasta el punto de que muchos candidatos exaltados,—nombre que se les daba todavía,—triunfaron de los moderados en las elecciones de 1830, año fatal para las ideas reaccionarias. El desorden reinaba en las calles. De pronto desfilaban regimientos extranjeros, semejantes a los suizos del antiguo régimen, sublevados por indisciplina. O estallaba una reyerta entre brasileños y portugueses, que acababa con efusión de sangre y tomaba siempre carácter político. Si pasaba el emperador, la chusma gritaba: "¡Viva el emperador siempre que sea constitucional!" Y el monarca, impulsivo por naturaleza, respondía: "Soy, he sido y seré siempre constitucional."

La situación se hacía cada vez menos sólida. La noticia de las *Tres Gloriosas de Julio*, aumentó la efervescencia en Río, por sugestión inevitable. En abril de 1831 se inició un movimiento exclusivamente popular contra un gabinete formado exclusivamente de senadores, o cortesanos, como se decía, y el ejército, abandonado por el emperador para no extremar las cosas, hizo causa común con el pueblo, e impulsado hábilmente por jefes de la demagogia, determinó una situación tan tirante que el soberano resolvió abdicar, considerando esta medida como la más prudente y honorable para resolver la crisis.

Ya no veía al momento de partir, y desde hacía tiempo le tentaban los riesgos de la aventura portuguesa. Los

constitucionales emigrados en Londres, a quienes faltaba un jefe de prestigio para derrocar a Dom Miguel, se habían puesto de acuerdo, a lo que parece, con los liberales del Brasil, para que el emperador se viera obligado a salir de Río con destino a Europa. El emperador adoptó su resolución con sangre fría y dignidad, como solía hacerlo a la hora del peligro, y confiando su hijo, el emperador niño, a la generosidad de la nación y del parlamento que la representaba, dejó al soberano de cinco años bajo el cuidado de José Bonifacio, que acababa de volver del destierro, y a quien eligió como tutor.

La abdicación abría el camino a una u otra de estas dos soluciones: la república o la monarquía constitucional; aquélla corregida por la dictadura militar, y ésta limitada en las atribuciones y sobre todo en la acción personal del soberano, quien al menos durante su infancia y adolescencia sería un símbolo de que se valdrían los verdaderos detentadores del poder. Prevaleció la fórmula monárquica, con el carácter franca y voluntariamente democrático que permitió a uno de nuestros más ilustres publicistas, Joaquim Nabuco, decir que la Regencia fue una experiencia republicana. En efecto, el jefe del Estado, o en otros términos el Shogún del Mikado niño, era el representante de la fracción que dominaba en el parlamento, y así el cargo cambiaba de titular y de orientación, según el momento histórico. Después de la Regencia provisional que ejerció casi legalmente la autoridad delegada por los miembros presentes de las cámaras legislativas, se estableció una Regencia de moderados, compuesta de un triunvirato; después vino la Regencia del Padre Feijó, radical, o avanzada, según la fraseología de la época, y por último, la Regencia conservadora del marqués de Olinda.

La monarquía, y con ella la unidad nacional, se salvó en 1831, gracias sobre todo al ascendiente, a la habilidad y a la devoción con que desempeñó sus tareas Evaristo Veiga, foliculario notabilísimo que ganó su reputación redactando la *Aurora Fluminense*, y que en el par-

lamento adquirió una influencia no disputada, que se debía sólo a los privilegios del talento y de la honradez. En medio del agresivo desbordamiento de la prensa sectaria, el periódico de Evaristo da Veiga se distinguía por su moderación, por su imparcialidad y por la elevación que daba a la polémica. Sembraba pensamientos de doctrinario autodidacto, salído de las clases populares, y esos pensamientos no llevaban por lo mismo el ropaje del rebuscamiento literario, pero brotaban con mayor elocuencia, debida únicamente al ardor persuasivo del tribuno.

. He aquí cómo describe Joao Ribeiro con palabras breves y justas, el tipo de aquel eminente periodista, formado por la fuerza de su vocación: "Evaristo da Veiga quiso fundar un periódico con sencillez, sin la afectación hinchada de las hojas demagógicas y de oposición, pero al mismo tiempo sin la mentira y el servilismo de las hojas oficiales. Tal fue la *Autora Fluminense*. Quiso ser más bien sincero que brillante. Comprendiendo que formaba parte de una nación de inexpertos, se propuso vulgarizar por medio de extractos las ideas de los economistas y de los publicistas ingleses y norteamericanos, mal conocidas y peor interpretadas. Esta fórmula de actividad intelectual estaba de moda entre nosotros por aquel entonces. Era frecuente ver antologías del liberalismo europeo y norteamericano, y estos fragmentos de producciones de espíritus superiores, separados del conjunto de aplicaciones a que debieron su origen, obraban como venenos violentísimos. Las hipérboles brasileñas fueron la quintaesencia de la política.

„Evaristo figuraba entre estos manipuladores. Al principio, su periódico no se apoyó en ninguna de las facciones que se disputaban el poder, y aun cuando figurase entre los adversarios del despotismo imperial, se propuso la independencia como fin principal. El periódico, único en su género, adquirió una enorme circulación, y llegó a ser el primero en todo el país. El lenguaje de Evaristo, elegante y a veces irónico, quedó consagrado como el

modelo del estilo periodístico. Su elocuencia, (único don que poseía como escritor), estaba desprovista de imaginación, pero acusaba delicadeza y cierta ironía fascinadora."

Evaristo da Veiga logró como nadie contener la marea demagógica, y pudo levantar un dique de elementos contrarios a la disgregación, pero no estaba en su mano conseguir el reflujo de la indisciplina, que no era sólo popular sino del ejército. Y se acentuó de tal manera la indisciplina después de la abdicación, que sin abuso de retórica podría decirse que el orden quedó sumergido en todas partes. El patriotismo y la libertad sirvieron de excusa para excesos deplorables, y fue necesario que un hombre de energía excepcional, el Padre Feijó, ministro de Justicia, clérigo tan desligado del ultramontanismo que propuso la abolición del celibato eclesiástico, disolviese los regimientos del ejército de línea y organizase en lugar de ellos una guardia nacional, que vino a ser la ciudadanía armada defensora de la ley, contra la soldadesca que se proponía destruir toda legalidad.

El ejército fue por lo visto el primero que sufrió las consecuencias del orden que había contribuído a crear al levantarse contra el emperador, su mejor amigo, puesto que, como dice Joaquim Nabuco, quería conservarlo dentro de los límites de su papel militar, pasivo en su obediencia y fundamentalmente diverso por lo mismo del papel cívico de libertador que pretendían asignarle los liberales anemigos del militarismo. El autor inglés Armitage, que ha continuado la excelente obra del poeta laureado Southey, y que aventaja á éste por haber escrito en el país mismo cuyos acontecimientos narra,— aun hay quien diga que escribió inspirado por Veiga,—considera que la poca fortuna con que anduvieron nuestros soldados en la Provincia Cisplatina y en el Río de la Plata tuvo consecuencias saludables, según los deseos de los liberales, pues se desalentaron las vocaciones guerreras, y las ambiciones de la nueva generación se orientaron

hacia las carreras civiles. Es un hecho indiscutible que el Imperio, digan cuanto quieran sus enemigos en el extranjero, fue pacifico y poco dado a conquistas.

En medio de la anarquía que reinó durante muchos años, apuntaban preocupaciones políticas que iban desde el plan de restauración de Dom Pedro I como soberano casi absoluto, hasta la confiscación de los bienes pertenecientes a súbditos portugueses y la nacionalización de sus giros mercantiles; pero también aparecía, al lado de estas preocupaciones, la de una agitación social en extremo imquietante, pues tenía como fundamento la ignorancia y el sentimiento de la venganza, y como medio el asesinato erigido en sistema. Examinado desde este punto de vista, el período a que nos referimos nos ofrece una historia desoladora. La represión costó esfuerzos hercúleos, tanto más meritorios sin embargo, cuanto que no se mancharon con la sangre de las represalias, como podía temerse, y esta moderación se vio aun en el caso de la acción desarrollada por la autoridad pública.

Dificilmente se da uno cuenta de cómo fue posible la pacificación, cuando tiene presente el cuadro del Brasil de 1832. El país estaba dominado en ciertos lugares por la soldadesca rapaz, en otros por los temibles *sertanejos* (campesinos del interior), y en no pocos por los feroces mestizos. El restablecimiento del orden parecía un milagro, y en la mayoría de los casos, como en el Pará y en el Maranhao, fue necesaria la intervención de hombres del temple de Andrea y de Caxias, que limitándose a su tarea profesional, abrían paso a la acción preponderante de la autoridad civil. El Padre Feijó recuerda en verdad, según Euclydes de Cunha, el héroe providencial de Carlyle. Y su obra no se limitó a la represión del desorden, pues se extendió igualmente a la organización administrativa, escolar y financiera; en fin, a todos los órdenes de la vida pública.

La Regència tuvo el raro mérito de ser un gobierno fuerte, y a la vez un gobierno fecundo, que dejó huellas

muy hondas, no sólo en la historia política, sino en la historia social y económica del país. Estudió el problema de la esclavitud, y a su influjo se debió que fuera votada la primera ley prohibitiva de la trata de negros, según las estipulaciones del pacto concluído con Inglaterra en 1826. Reformó la justicia decretando un nuevo código de procedimientos penales, instituyendo el jurado, y cimentando las modificaciones hechas por el régimen constitucional a la antigua legislación portuguesa. Ya se había abolido la pena de muerte para los delitos políticos, por obra de las cámaras y contra la opinión del emperador, poco antes de que éste abdicara. Por último, la Regencia dio una satisfacción razonable a las tendencias particularistas en el Acta Adicional, pues reemplazó los consejos provinciales por asambleas legislativas locales e inauguró la descentralización administrativa a cuyo término se encontraba la federación republicana.

Evaristo da Veiga, que era el espíritu director de los moderados,—el partido en cuyo favor se hizo el movimiento revolucionario,—logró impedir que los presidentes de las provincias fuesen electos o elegidos en una terna, pues nombrados por el gobierno, eran representantes directos de éste, verdaderos prefectos que obraban en nombre del poder central y por su autoridad, asegurando así la cohesión nacional.

La muerte del emperador Dom Pedro I, acaecida en Portugal en 1834, inmediatamente después de la instalación victoriosa del régimen constitucional, facilitó la tarea política de la Regencia del Brasil, pues quedó eliminado de la lucha uno de los partidos, cuya expresión más vigorosa era la Sociedad Militar, y que representaba para este grupo lo que la Sociedad Federal representaba para los demócratas, y para el partido constitucional la Sociedad de los Defensores de la Libertad y de la Independencia Nacionales.

Los exaltados se mostraron dispuestos a las transacciones cuando tuvieron conciencia de que habían perdido la

partida empeñada en los momentos de la abdicación. Sin embargo, su resignación no fue completa ni inmediata, pero aun cuando se produjera de una manera incompleta y gradual, acabó por triunfar de las ambiciones no satisfechas, y sobre todo, de la decepción profunda que llevó al ánimo de los elementos avanzados el cambio de frente, justificado con miras patrióticas, de los que juntamente con ellos habían puesto al emperador en la precisión de abdicar, sin que esto diera por resultado lo único que debía hacerse, dado su punto de vista: la proclamación de la república.

En ciertos momentos los moderados habían llegado hasta el extremo de mostrarse inflexibles en su disciplina, cuyo único defecto consistía en no comprender la incompatibilidad de civilización, más aun que de ideas entre los directores de las corrientes políticas y los que en su nihilismo primitivo e inconsciente, se proponían minar toda autoridad e implantar la anarquía. Esta incompatibilidad, refractaria a toda acomodación de los civilizados, puesto que era principalmente social, explica por qué continuó el desorden después de la reconciliación de los partidos y de las tentativas de fusión de ideas.

En la esfera del gobierno llegaron a verse frente a frende dos partidos únicamente: los liberales, ligados a la reforma constitucional emanada de ellos, y que había sido una tentativa para zanjar las diferencias entre federalistas y unitarios,—diferencias que Rosas resolvía por aquel tiempo en la Argentina con el patíbulo y el asesinato,— y los conservadores, nacidos en una alianza de la fracción de los moderados, y de los reaccionarios o partidarios de la regencia del primer emperador. El partido conservador, dirigido por Bernardo de Vasconcellos, temperamento de organizador, triunfó en las elecciones de 1836, circunstancia que determinó la renuncia de Feijó y el advenimiento del marqués de Olinda como regente.

El regente dimisionario estaba fatigado, y políticamente ya no tenía prestigio. Se le veía mal. En Río Grande,

sección del país que parecía uruguaya por las costumbres, aunque su origen fuera brasileño, rugía la guerra civil, y amenazaba con la ruptura definitiva de la unidad, tan penosamente conquistada. Hubo que amordazar la prensa, pues se había entregado a los más violentos desahogos. Sabido es que nadie rivaliza en espíritu autoritario con el revolucionario que conquista el poder, y que los demagogos con mando no son regularmente los hombres más amigos de las clases populares.

La oposición parlamentaria acabó pues con Feijó, como había acabado con Dom Pedro. El Brasil bogaba en pleno océano parlamentario, y Feijó era demasiado celoso de las prerrogativas del poder ejecutivo, después de haberlo desempeñado en beneficio de nuestra sociedad, amenazada de disolución. Cedió a la opinión de la mayoría, sin someterse a ella. Respetó, pues, el veredicto del sufragio nacional, y abandonó el campo a los que se llamaban conservadores sin serlo en mayor grado que quien como él había conservado el edificio del Imperio. Con sus procedimientos de conciliación enérgica, había combinado la dignidad del gobierno y las exigencias de la libertad, inseparable de un sistema verdaderamente representativo. Los liberales, desposeídos del poder, tomarían el desquite al obtener del Parlamento tres años después que se anticipase la mayor edad del soberano: manifestación del culto que tributaron al principio de autoridad desde el momento en que reconocieron prácticamente sus beneficios, y aprendieron a execrar la anarquía.

## XI

Dom Pedro II.—Se le declara mayor de edad.—Su aprendizaje como soberano.—Características de su reinado.—El federalismo y el principio de autoridad.—El famoso *poder personal* y las libertades nacionales.

Dom Pedro II tiene un sitio definitivo entre las grandes figuras morales del siglo pasado. Su largo reinado, que se inauguró con un *pronunciamiento* parlamentario y que terminó con un *pronunciamiento* militar; su amor a la paz sin deshonor y a la justicia incondicional; su pasión, primero por las ciencias, después por las letras, y últimamente por las artes,—en suma, por todo lo que tiene valor para el espíritu; su desprecio a las vulgaridades y su desprendimiento de las riquezas; su afabilidad llena de dignidad; su gravedad sin énfasis; su bondad no afectada; su honradez intachable, han hecho el nombre de este monarca no sólo familiar para todos los que estudian la historia y la política, sino para aquellos a quienes seducen los aspectos superiores de la humanidad. La fama del emperador es muy justificada, porque fue el más noble de los hombres y el más cumplido soberano.

¿Por qué entonces, me preguntaréis, se destronó al jefe de esa *democracia coronada*, como llamaba al Brasil el gran argentino Mitre? Simplemente porque junto al sustantivo había un adjetivo, y porque en América las coronas estaban condenadas de antemano a este destino me-

lancólico, puesto que el nuevo mundo era designado con el nombre de *Continente libre,* lo que equivalía a continente sin reyes. Ahora bien, sabido es que en las sociedades de cultura imperfecta, las palabras tienen mayor significación que las ideas; los convencionalismos se imponen a las realidades en esos países. Y vosotros, hijos de la Revolución, habéis hecho la siembra de esas palabras sustitutivas de ideas en los pueblos de América; vosotros sois quienes habéis creado en nuestros espíritus los convencionalismos, más poderosos que las realidades.

Vosotros no tenéis la culpa de que el suelo sea tan fértil allende el mar, y de que las plantas germinen allá con estupenda facilidad. El hecho es que la floración ha venido antes de tiempo y que no ha dado frutos. Las libertades políticas, y aun las civiles, se han marchitado o han degenerado en secas y amargas calabazas, fruto típico de las pseudodemocracias del Nuevo Mundo, mecidas al nacer por grandes ilusiones románticas, y asoladas poco después por la garra de siniestras y sórdidas tiranías. Felizmente para estas repúblicas, y para la civilización, algunas de ellas pudieron escapar a la suerte común y desenvolverse normalmente. En vez de arrastrarse como sus hermanas, se encerraron en sus capullos para producir la seda que era su riqueza, antes de abandonarse al vuelo de la libertad en el espacio.

El Brasil-Imperio fue entonces el modelo de aquellas repúblicas, progresivamente calmadas, porque en ningún otro país de América, ni aun en los Estados Unidos, considerando las cosas desde ciertos puntos de vista, hubo libertades más amplias ni un sentimiento democrático más intenso. El viajero conocido con el nombre de barón Hubner, tenía razón cuando dijo que el Brasil le parecía un imperio republicano y Chile una república imperial. En otros términos, podría decirse del Brasil de entonces que era un imperio democrático, y de Chile que era una república aristocrática. Esbozando a grandes rasgos el reinado de Dom Pedro II, os haré ver cómo ha acabado

por prevalecer la identidad en la nomenclatura política americana, y al mismo tiempo os diré por qué prevaleció el modelo presidencial de los Estados Unidos, tanto sobre el modelo parlamentario de la Gran Bretaña, como sobre el del Brasil imperial y democrático.

El nombre de Dom Pedro II parece haber sido predestinado en nuestra historia para servir invariablemente de estandarte á los partidarios del orden. En el momento de la abdicación de su padre, cuando el nuevo soberano tenía cinco años cumplidos, su debilidad exaltaba la lealtad del pueblo y era un vínculo para evitar la desunión que hubiera reducido a polvo al coloso político sudamericano. No sin razón se enternecía el ministro de Austria viendo a aquel inocente descendiente de los Habsburgos, que parecía implorar la protección austriaca. Pero no la necesitó, pues no le faltó el apoyo de su pueblo.

A los quince años pronunció el famoso *Quero já*, y aceptaba el poder efectivo que le ofrecía un grupo de hombres públicos, desesperados de las incertidumbres de una regencia incapaz de dominar la guerra civil y de restablecer la unidad interior.

Para estos políticos, el advenimiento del joven soberano implicaba el acatamiento a una autoridad que se ejercería sin violencia, por el prestigio de la institución, antes de que el prestigio personal de aquel en quien encarnaba el principio monárquico, pudiese producir su acción bienhechora. Y así fue. Declarado mayor de edad en 1840, cinco años después terminaba la guerra civil en Rio Grande do Sul, que había empezado en 1835, y que estuvo a punto de segregar un nuevo Uruguay del Brasil. En 1848 sucumbía la más insensata de las revoluciones en Pernambuco, y el espítitu faccioso desaparecía. Pido perdón al Sr. Roosevelt, para quien han sido un misterio siempre dos movimientos insurreccionales: el que destronó a Luis Felipe y el que destruyó el trono del Brasil.

Considerando los cuarenta años transcurridos de 1849 a 1889, período de paz doméstica y de progreso, si no

de acelerado—esto ha sido posterior en el mundo entero,—a lo menos de progreso ininterrumpido. Limitémonos a recordar someramente que en el momento de su caída, el Imperio había resuelto de la manera más tranquila y generosa, ya que no la más hábil y justa, el problema de la esclavitud, tanto desde el punto de vista de su conservación, como desde el punto de vista de los intereses de los esclavistas, privados de indemnización y orillados por lo tanto a la ruina. Como quiera que sea, con la abolición de la esclavitud se había resuelto el más grave de los problemas económicos y sociales del país, que hasta entonces se levantaba como una sombra en el camino de lo porvenir. El Imperio había logrado también afirmar la preponderancia política del Brasil en el continente por su constante actividad en los asuntos del Río de la Plata, ya contribuyendo a la destrucción de la dictadura legendaria de Rosas, ya dirigiendo en cierto modo a su antojo los acontecimientos en Montevideo, ya desarraigando la tiranía de López en el Paraguay. El Imperio, por último, hizo del Brasil la más liberal y la más ilustrada de las naciones de la América Latina. Esto solo bastaría para su honor eterno.

Dom Pedro fue formado en la que todo el mundo llama la mejor de las escuelas: la del infortunio. Una infancia sin caricias, una adolescencia sin goces, una juventud sin placeres maduraron precozmente su inteligencia, y dieron a su espíritu la seriedad que fue uno de los rasgos que más lo caracterizaron. El conde de Suzannet, viajero francés de ferviente latinismo, conoció al emperador cuando éste no cumplía veinte años. Es curioso el retrato que nos ha dejado Suzannet. Dom Pedro era un enigma. A lo menos así lo consideraba el viajero francés. Le pareció que era de una impasibilidad oculta bajo la capa de una benevolencia que llegaba a la afabilidad. No dejaba por esto de ser frío, tal vez tímido, pues no tenía entonces la simpatía y la autoridad que después prevalecieron en su naturaleza. A los veinte años le faltaba aún el don

de la locuacidad, o si se quiere del espíritu comunicativo que sin menoscabo de la majestad, le permitió más tarde ganar tantas voluntades. Casi no hablaba entonces, de suerte que aquel hombre a quien años después se consideró como un dispersivo, impresionaba por el aspecto contrario de su futura versatilidad. El francés notó una mirada fija e inexpresiva que le llevó a tener dudas muy serias sobre la inteligencia y la voluntad que requiere la pesada responsabilidad de una corona, sobre todo en aquel país y en aquel momento. Pero todo ello no era sino resultado de la falta de aplomo, de alegría, de expansión sentimental en un joven sometido a la intimidad fastidiosa de los padres conscriptos del Imperio; en un joven sometido a la disciplina, sin influjos femeninos, y vagamente impresionado de la idea de que una corte era un centro de corrupción.

Su salud, poco sólida entonces, se resentía de la falta de ejercicio físico, porque sus tutores, muy quejosos de los desbordamientos de la energía animal del padre, quisieron hacer del hijo un ser confinado, un soberano de gabinete y no de escuadrones. Y ayudados por el temperamento dulce, herencia materna, los tutores hicieron una planta de sombra, instalada en el gabinete de estudio. *A book worm*, polilla de libros, dicen los ingleses; rata de biblioteca, dicen los españoles. Esto habría sido Dom Pedro sin su interés apasionado por las cuestiones sociales, y sin su ardiente patriotismo. De lo demás, se encargaría la sangre augusta que corría por sus venas. En efecto, ella le daría el aplomo que sustituiría a la timidez, y el porte noble que tanto lo distinguió cuando hubo abandonado la reserva de un medio que con pretensiones democráticas no era a veces sino demagógico.

El verdadero carácter democrático de la sociedad brasileña sería obra del propio emperador, quien lo acentuaba por su intencional apartamiento de los prejuicios, y por esto, así como por la fundamental rectitud de su naturaleza y de su proceder, llegó a verse rodeado del respeto

de sus compatriotas. Jamás le faltó ese respeto, ni el de los extranjeros, culto rendido a su sencillez y a su carácter de soberano intelectual.

Le faltaba la decisión, rasgo esencial de los estadistas de primera línea. Dom Pedro se abandonaba al tiempo, y le pedía la resolución de los más arduos problemas de la gobernación, reservando en cuanto podía su iniciativa personal. Tenía una actitud favorita: la impulsión teórica, retardada por la resistencia práctica. No se le escatimaron las críticas en este punto.

El Brasil se halla tan lejos de vosotros, que sin duda no habrá llegado a vuestros oídos el rumor de una expresión famosa en tiempo del Imperio. Todos los descontentos y todos los opositores, aun los de buena fe, hablaban del *poder personal* de Dom Pedro II. No hubo tal poder personal, pues el emperador sólo empleaba su acción en el límite de las atribuciones constitucionales de la Corona, y esto no siempre en toda su amplitud. Lejos de ello. Sus ministros cedían con frecuencia, pero él no con frecuencia. El gobierno era lo que debe ser un gobierno: transacción entre tendencias opuestas y opiniones divergentes. Justamente cuando M. de Sazonnet se preparaba para emprender el viaje de regreso, el emperador de diez y nueve años manifestaba ya deseos de gobernar, y no se contentaba con reinar, pues rehusó a su gabinete la dimisión de un alto funcionario liberal, lo que trajo consigo la caída de la situación dominante que era conservadora.

Con todo, jamás se le vio tomar resoluciones que lastimasen a la opinión pública. No jugó a la reacción. Y cuando se trataba de cuestiones constitucionales, no imponía su propia opinión a los ministros. En el último extremo, recurría al sufragio, que era restringido y mucho más representativo que el de un Brasil de sufragio universal en flagrante desacuerdo con las condiciones sociales. Sólo una dictadura le era cara, y esta sí la ejerció: la de la moralidad.

Creo que pocos países contemporáneos habrán tenido

tanta honradez como el Brasil monárquico, desde el punto de vista de la vida pública. A pesar de todos sus defectos, Dom Pedro I tenía serias cualidades, como lo hemos visto, y entre ellas el escrúpulo de la inversión de fondos públicos si no se destinaban a un fin útil para el Estado. Los primeros actos que lo hicieron recomendable durante su Regencia, en 1821, fueron los de economía. Como el príncipe real Joao VI,—el viejo rey, nombre que se le da con frecuencia, porque nunca fue demasiado joven para el Brasil, — era hombre muy económico para sí, pero el rey no lo era cuando se trataba de impedir que sus favoritos metiesen la mano en las arcas del tesoro.

Dom Pedro II estaba en un nivel superior, pues en lo que a él se refería, siempre tuvo por el dinero no sólo indiferencia, sino el desprecio popio de un filósofo. Y en lo tocante al tesoro público, no hubo cancerbero más feroz que el emperador. Velaba celosamente por la exacta aplicación de los créditos que votaba el parlamento, y nunca se le notó un solo desmayo en esto o una inclinación a la condescendencia en favor de los que pretendían abusar. Si su influjo hubiera sido tan real y efectivo en las cuestiones de gobierno más trascendentales, como lo fue en las poridades administrativas, Dom Pedro habría dejado la impresión de un grande bombre de Estado y no sólo la de un grande hombre de bien. En materias políticas tenía ideas generales, pero no reveló el genio del estadista. Fue notable, pues, por su probidad.

El estudio le dio una sólida ilustración, una verdadera erudición que le asignó puesto eminente entre las testas coronadas. No hay que insistir sobre su pureza. Y tampoco repetiremos lo dicho acerca del cuidado con que se apartó de toda afectación. Se hubiera querido verle libre de todo prejuicio social. ¿Qué habría ganado sino descalificarse? Evitó felizmente este escollo. Su único defecto fue el de haberle faltado amplitud, no en las miras, que jamás carecieron de grandeza, sino en la realización de los planes políticos. Hay que decirlo: aquel hombre

instruído, bueno, honrado, clemente, magnánimo, superior del todo como hombre privado, y en muchos aspectos como soberano, no alcanzó la perfección suprema de los grandes monarcas, por la insuficiencia del vigor en la resolución, cualidad que suple muchas veces a la misma comprensión y que adquiere todos los privilegios de la preeminencia.

Si he hablado con tanto detenimiento del emperador, es porque su personalidad, realzada por su posición, y sobre todo por su valor moral, se desliga a tal grado del conjunto de la época y del medio, que atrae naturalmente las miradas de aquellos que pensando y no sin razón que todo es materia de enseñanza, fijan sus ojos en nuestra evolución histórica. Una sociedad exótica como el Brasil, exótica en el primer sentido de la palabra, no carece de atractivos. ¿Cómo se podrá hablar del Imperio en Francia, del primero o del segundo, sin hablar de Napoleón I o de Napoleón III? Guardando las debidas proporciones, el emperador fue para nosotros el centro de la vida nacional.

Sin ser déspota, y mucho menos tirano, ejerció un poder considerable y desarrolló un ascendiente más considerable. La Constitución de 1824 puso en sus manos un instrumento eficaz e ingenioso para alcanzar ciertos resultados compatibles con la inclinación moral y el celo cívico del soberano. Ese instrumento era la facultad de nombrar senadores vitalicios, escogidos en una terna emanada del sufragio público. Así se combinaba constitucional y felizmente la voluntad popular con la iniciativa imperial; la deferencia a la opinión y la independencia de la corona. El soberano podía designar con toda libertad, para aquel cuerpo selecto, a uno de los candidatos señalados como más dignos por el sufragio de la nación.

Se protestaba entonces contra la práctica soberana de borrar invariablemente ciertos nombres, sometidos en repetidas ocasiones a la prerrogativa imperial en las ternas de los electores. Sin embargo, el monarca no se inspiraba

en razones mezquinas o en antipatías personales. Había siempre un motivo serio, ya político, ya de otro orden, para hacer a un lado candidaturas presentadas con insistencia por su partido, que se quejaba naturalmente con grandes aspavientos.

Generalmente la elección se hacía de acuerdo con el partido que ocupaba el poder, y el soberano creía debido abstenerse de mostrar sus predilecciones, aun cuando las tuviese muy íntimamente arraigadas, por personas pertenecientes al grupo de la oposición. Raras fueron las excepciones de esta regla, sobre todo después de que la elección de Salles Torres Homem trajo consigo la dimisión de un gabinete liberal, y produjo una grave crisis política durante la guerra del Paraguay. Torres Homem era de gran talento, y como radical había escrito un folleto famosísimo, sátira cruel contra la dinastía; pero acabó por hacerse conservador del grupo de conservadores ilustrados, y como tal partidario empeñoso de la abolición del régimen esclavista.

Hoy no podemos explicarnos al leer el *Libelo del Pueblo,* cómo tuvo éxito aquella publicación. Creo que sucederá lo mismo con otras muchas obras del mismo género, una vez pasado el momento en que podían despertar el eco del interés público. El lenguaje es bello, pero la emoción que lo anima tiene un aire convencional. "¿Cuál es el estado actual del Brasil, pregunta el autor? No hay nada que revele generosidad o grandeza; no hay signos de amor a la gloria, a la libertad y a la prosperidad pública; el entusiasmo se apaga; la torpeza del egoísmo invade gradualmente el organismo, como el frío del veneno, y avanza desde las extremidades hasta el corazón, disolviendo las carnes mórbidas de un cuerpo que supura..."

El *Libelo del Pueblo* denuncia sobre todo "los vicios del siniestro linaje a quien debe Portugal dos siglos de fatal decadencia", pero no perdona sus dardos al favoritismo y a los cortesanos. D'Escragnolle Taunay se pregunta en sus *Reminiscencias* si la lectura de ese folleto,

que le pareció en alto grado impresionante, no obraría decisivamente en la formación del carácter de Dom Pedro II. Ningún soberano, en efecto, vivió más alejado que él de las intrigas cortesanas y del ascendiente de los favoritos.

Aquel apasionado brasileño que lleva nombre francés, dice así: "Llegó (Dom Pedro) al umbral de la muerte, solo, aislado, sin un amigo personal, sin un corazón agradecido, sin un hombre fiel que lo acompañara, viendo en torno suyo la aridez afectiva de que había querido rodearse; pero en esa soledad, premeditada y dolorosa, se destaca más grandiosa a los ojos del historiador la majestad de su figura solemne y melancólica, que como las estatuas colosales de Egipto, parecen agigantarse por la amplitud del desierto..."

El sistema electivo del senado imperial, la imparcialidad con que Dom Pedro hizo sus designaciones y la libertad en que se veían los hombres públicos, una vez elegidos, para emanciparse de la disciplina del partido a que pertenecían y de los caprichos de la opinión pública, por la inamovilidad de los miembros de la más alta de las corporaciones nacionales,—alta y restringida, pues tenía sesenta y dos curules,—prestaron singular eficacia a esa asamblea. Mr. Harold Temperley, de la Universidad de Cambridge, en un libro reciente y muy documentado sobre el conflicto entre lores y comunes de Inglaterra, y sobre la necesidad constitucional de una segunda cámara activa, cita al senado de la monarquía del Brasil como un modelo de dignidad y prudencia, como una oligarquía ilustrada y amante del bien público, y a la vez como un organismo verdaderamente representativo de la nación y un elemento esencial del poder legislativo.

El *poder personal* del emperador,—que a pesar de todas las diatribas, algunas de ellas elocuentísimas y apasionadas, no dejó de ser ni un solo día el poder moderador inherente al sistema, tal cual lo exponen sus filóso-

fos,—ese poder personal era invocado por algunos de los espíritus más nobles como necesidad absoluta para la conservación de los intereses nacionales. Los veían en peligro si éstos caían en las manos de un pueblo desprovisto de educación cívica, o si se adueñaba de ellos un parlamento llevado por irresistible tendencia, según se creía entonces, a la esterilidad y la anarquía.

Otra publicación famosa del tiempo de Dom Pedro II, fue la de un ilustre escritor, José de Alencar, bajo el título de *Cartas al Emperador* y el seudónimo de *Erasmo*. Datan de fines de 1868 y alcanzan a los primeros meses del año siguiente. Alencar, como he dicho, era un gran escritor. Como novelista y dramaturgo había introducido el indianismo en la literatura, remozando la nota típica de Chateaubriand y atenuando la de Fenimore Cooper. Era además el pintor idealista de una sociedad en formación, poblada de fisonomías muy características, algunas de las cuales iban desapareciendo ya, arrastradas por las transformaciones de la nueva cultura. Espíritu jurídico, Alencar daba sin embargo a sus admirables trabajos de derecho civil y público, los acentos clamorosos del escritor, y cubría sus lucubraciones filosóficas con las flores de un estilo a la vez gracioso y vibrante.

En las *Cartas* que acabo de mencionar, Alencar ponderaba la superioridad de las instituciones monárquicas, e indicaba al mismo tiempo al soberano la fuerza que residía en su papel constitucional. "La monarquía representativa,—son sus palabras,—es el más difícil y complicado de los sistemas de gobierno. En la mejor de las repúblicas, el pueblo tiene que luchar constantemente para vencer sus propias pasiones, explotadas a porfía por los tribunos, los ambiciosos y los aventureros, en bien propio y con menoscabo de la patria. Grecia y Roma fueron repúblicas, pero el gobierno mixto que Cicerón y Tácito consideraron imposible en los tiempos antiguos, sólo ha podido realizarse bajo la influencia de la civilización moderna... Vuestra fuerza, Señor, tan grande como benéfi-

ca, consiste en los atributos supremos que otros países llaman prerrogativas de la Corona, y que nuestra constitución ha reunido en un poder calificado como poder *moderador*. Allí se encuentra la majestad en todo su esplendor; allí reside la parte importante de la soberanía popular, que la nación ha desprendido de sí misma para encarnarla en un ser superior facultado para imponerse a esa misma nación en sus errores, y para refrenar la vehemencia de las pasiones públicas... El poder moderador es el *yo* nacional; es la conciencia ilustrada del pueblo. Lo mismo que la criatura humana en el transcurso de la vida tiene un sentido íntimo que la obliga a reflexionar sobre la moralidad del acto que ejecuta, la nación recibe del monarca un servicio idéntico, y a veces el reproche interior, precursor de la pasión malsana, evita las consecuencias de ésta, y obliga al pueblo a suspender su acto."

Conviene añadir la observación que Joao Ribeiro ha hecho en su manual de historia para el curso superior de los Gimnasios brasileños. Dice Ribeiro que si el emperador fue a veces censurado por la influencia personal excesiva que ejerció, y que derivaba naturalmente de sus atribuciones constitucionales, con el fin de que prevalecieran sus propias ideas, la opinión más ilustrada hoy, ha podido advertir que si el punto de vista del monarca difería en ocasiones del que adoptaban sus ministros, esto se debía a que estando el soberano fuera del influjo de los partidos, juzgaba de los intereses nacionales con mayor imparcialidad.

Un poder personal tiránico habría sido incompatible con la libertad de imprenta y la de palabra, ambas amadas y respetadas siempre por Dom Pedro. Durante su reinado fueron constantemente mantenidas en toda su integridad, y muchas veces el emperador se mostró indulgente aun para los excesos y extravíos de la prensa y de la tribuna. Los ataques pérfidos, como puñaladas de asesino torpe, se deslizaban por la superficie de su bruñida coraza de filósofo, y si merced a la complacencia del mo-

narca se encontraron las instituciones sujetas a invectivas injustas y frecuentemente desoladoras por su vulgaridad, la acción del soberano produjo un resultado satisfactorio que fue el dar un correctivo al mal en los propios excesos de éste.

El periodismo político que había encontrado en Evaristo da Veiga un renovador, siguió bajo el Imperio la ruta que le había señalado aquel hombre probo, muerto a los treinta y ocho años, en 1837, y perdió así mucho del primitivo carácter virulento que la había distinguido. Si en lo sucesivo, y ya en épocas más próximas a nosotros, la prensa del Brasil cayó en el escándalo, culpa fue sobre todo del ansia de novedad, de la curiosidad malsana, del deseo de sacar a plaza poridades, y de otras máculas que vemos honradas como atributos distintivos de la vida moderna.

No obstante, fue el Imperio por su atmósfera de libertad, la edad de oro del periodismo brasileño. Desde Justiniano José de Rocha hasta Quintino Bocayuva, el estilo fue más fuerte que la pasión, y el país honró una larga serie de maestros. Entretanto, las letras alcanzaban su apogeo, no obstante la acritud de las campañas políticas. El romanticismo que prestó en Europa sus acentos líricos a la poesía y a la elocuencia, a la novela y a la historia, vibró con extraordinaria fuerza en el Brasil, y sin perder el paralelismo de sentimientos con su modelo, revistió la forma especial que he señalado y que fue una modalidad literaria de la malevolencia nacional hacia los portugueses, antiguos señores del país.

El emperador era un intelectual demasiado amante de la vida superior para que pudiera mantenerse en actitud indiferente al tratarse de las manifestaciones del espíritu. Las letras hallaron en él un protector ardiente y simpático que no mostraba el menor exclusivismo para esta o aquella fórmula. No se me ocultan los inconvenientes de la literatura oficial. La novela y la poesía se impregnan de convencionalismos; la historia y la elocuencia se an-

quilosan en el panegírico. No fue así en el Brasil, pues la falta de tradiciones, la indigencia educativa del medio social, la gran distancia que hay entre la minoría europeizada y la mayoría totalmente inculta, pedía para la cultura el patrocinio del poder público, que era el único factor capaz de promover el mejoramiento intelectual.

El soberano estaba muy distante de querer que su autoridad pesase como una losa sobre la expresión literaria del pueblo, y con la más liberal abstención, permitió que el movimiento siguiese la inspiración de la nueva conciencia nacional, interviniendo él sólo para favorecer aquel impulso, y preocupado únicamente con el propósito de que la literatura brasileña subiese en su vuelo a mayor altura que la de los pueblos vecinos.

Hay géneros literarios más estrechamente ligados que otros con las circunstancias del momento. La poesía es por su naturaleza hija de las fuentes nativas. En el Brasil tuvo una manifestación de sensibilidad espontánea, y sólo obedeció a las influencias del exterior en lo que se refiere a la forma. Cantando la vida indígena, Gonçalves Dias tradujo con acento profundo sus inspiraciones de mestizo, y Casimiro de Abreu, en composiciones poéticas impregnadas de penetrante melancolía, sin saberlo daba expansión a la desesperanza de una generación menos dotada de actividad que de sentimentalismo, atacada por la carcoma de la duda y engañada por la ilusión. Pero en la esfera de las ciencias políticas y morales, la situación era diversa. El Instituto Histórico de Río Janeiro, que asumió la tarea de reunir y de divulgar los documentos de nuestro pasado, no podía trabajar sin el apoyo del elemento oficial.

El monarca le prestó la atención más solícita. Presidía sus sesiones, y en ellas oía la verdad histórica, o lo que frecuentemente lleva ese nombre. Sabido es que la demagogia tiene cortesanos, no menos abyectos que los de la autocracia. Ajeno a todo espíritu de adulación, el emperador admitía la sinceridad, no se enfadaba por la con-

tradicción, y sólo reservaba su desaprobación para los extravíos de orden moral. El que alguien se opusiese al sistema que él personificaba, no era razón a sus ojos para dictar exclusiones u ostracismos. Os he presentado el caso de *Timundro,* autor del *Libelo del Pueblo,* que murió siendo vizconde, senador y ministro, y ese ejemplo no fue único. Si se hubiera puesto a escuchar la voz del exclusivismo, habría llegado un momento en que hubiera tenido que cerrar las oficinas públicas por falta de personal idóneo.

Ayudadas por la omnipotente retórica, prensa y tribuna se henchían de Liberalismo bajo la dominación de un soberano excesivamente liberal. Las frases incisivas, los juegos de palabras y todas las agudezas que llevaban alguna intención venenosa contra la Corona, se propagaban rápidamente en el seno de una sociedad que por falta de cohesión política no ofrecía resistencia a ningún ataque contra el orden existente. Si se eriguíana estatua en honor del soberano fundador del Imperio, corría inmediatamente por los círculos de la capital una frase despiadada: *Mentira de bronce;* si el soberano, en el ejercicio de facultades legítimas, borraba un nombre en la lista senatorial que se le presentaba, alguien decía al instante: *Lápiz fatídico;* si se creía que los partidos oscilaban más bien por obra de las preferencias imperiales que por la fuerza inherente a la naturaleza de las agrupaciones políticas, un tercero gritaba: *Caricatura de César,* o *Luis XI.* Pero cuando aquellos censores ocupaban un sitial en los consejos de la monarquía, se daban cuenta de la injusticia de sus declamaciones, a reserva de reanudarlas si los lastimaba algún castigo inicuo de la divinidad suprema.

Otra de las grandes cualidades de Dom Pedro II fue su amor sincero a la paz, que se debió tanto a su timidez íntima como a su liberalismo, a su horror por toda violencia y al respeto que le inspiraban los derechos ajenos. Los enemigos del Brasil,—y lo fueron sobre todo algunas

repúblicas del continente, pues por la excitabilidad de su temperamento español y por el ardor de sus sentimientos democráticos, sentían odio contra nuestro origen portugués y no podían perdonarnos la forma monárquica de nuestro gobierno,—los enemigos del Brasil, digo, clamaban en voz destemplada delatando el imperialismo de un soberano que tomó parte en dos guerras exteriores, cosechó laureles en ellas y no anexó sin embargo nuevos territorios a su país.

La guerra de 1852, en la que el Brasil fue aliado de los revolucionarios de Montevideo y de la provincia argentina de Entre Ríos, produjo como resultado el derrocamiento de la tiranía implacable de Rosas, en Buenos Aires, que ya conmovía a Europa; garantizar la independencia del Uruguay, cuyo territorio estaba ocupado por tropas argentinas, y asegurar la libre navegación del Río de la Plata. Al mismo tiempo que se prestaba un servicio a la civilización, se consolidaba indirectamente la preponderancia del Brasil en las querellas de esas repúblicas belicosas formadas con los restos del antiguo virreinato. ¿Qué gobierno digno de este nombre no se preocupa por su autoridad y por la grandeza de la nación cuyos destinos preside?

La guerra del Paraguay fue un magnífico pretexto que aprovechó el publicista argentino Alberdi, dotado de un gran talento de escritor, para que resonaran en todo el continente y en Europa las protestas de las naciones que se decían amenazadas por el coloso. A la vez, el chileno Lastarria volvía a su patria, después de una misión diplomática en Río Janeiro, llevando consigo un libelo contra las libertades del Imperio, que él calificaba de imaginarias. Buenos Aires tuvo que participar sin embargo en la guerra contra el Paraguay, pues su territorio fue invadido por el enemigo común, arrastrado por el delirio de una pugnacidad basada en el aniquilamiento de las libertades de todo un pueblo. La guerra aprovechó principalmente, y en proporciones enormes, a la República Ar-

gentina, cuya prosperidad tomó impulso con la lluvia de oro que cayó sobre el país durante una lucha de cinco años, en la que ella fue la proveedora comercial.

No tengo para qué trazar la historia militar de la guerra, y no describiré el largo y doloroso drama de una campaña que nos costó mil quinientos millones de francos y cincuenta mil vidas humanas. La campaña se hizo a una gran distancia de su centro de dirección, y fue contrariada por mil obstáculos de que estaba erizado el camino de los ejércitos de la alianza. Las marchas penosas, por una red intrincada de bosques y a través de pantanos, hubieran sido completamente estériles sin el apoyo de la escuadra brasileña, victoriosa desde el primer encuentro que tuvo con la flota inferior del Paraguay, pero que se vió paralizada durante largos meses, que sumados llegaron a contarse por años, frente a las temibles posiciones en que la naturaleza contribuía eficazmente a la defensa que nos opuso el enemigo, y que una larga preparación guerrera había hecho casi del todo inexpugnables.

La ofensiva del Paraguay fue de corto aliento, y pronto quedó paralizada; pero la defensiva se prolongó con una tenacidad llevada al último extremo. Vuestra historia contiene tantas páginas heroicas, semejantes a las de esta guerra, que no podría conmoveros con poner a vuestra vista aquellos episodios por mucho que ello fuese satisfactorio para nuestro amor propio. El honor del Brasil estaba comprometido, y el emperador no mostró un solo instante de debilidad, ni cedió en su patriótico empeño aun en las horas de abatimiento general. Perseveró hasta que se obtuvo la victoria, hasta que la capital enemiga cayó en poder del mariscal duque de Caxias, y el tirano, perseguido en las montañas del interior por el nuevo comandante,—un hijo de Francia, el conde d'Eu,—murió atravesado por la lanza de uno de nuestros dragones.

Escragnolle Taunay se ha inspirado en un episodio de esta guerra para escribir un libro famoso, único que com-

puso en francés aquel descendiente de una distinguida familia de Francia. La dilatada provincia interior de Matto Grosso, situada por la vía fluvial detrás del territorio paraguayo, e invadida desde el principio de la guerra por fuerzas de López, tuvo que ser auxiliada por la vía terrestre, puesto que nuestros buques estaban inmovilizados ante las fortificaciones de Humaytá. La enorme distancia no permitió que llegaran las fuerzas de auxilio sino después de dos años de marcha, y esto para emprender inmediatamente la retirada, ya por la superioridad de las fuerzas enemigas, dueñas del río Paraguay, o bien por la falta de medios de subsistencia y por haberse declarado la epidemia del cólera. El libro de que hablo se titula *Retirada de la Laguna.* Tomo de él algunas páginas, como la más viva evocación que puede hacerse de aquel período, á la vez glorioso y lamentable, en que Dom Pedro II dio a su civismo la expresión de la firmeza, buscando acaso en las glorias militares la seguridad para un régimen comprometido por las ardientes controversias de las agrupaciones políticas. La expedición, diezmada por la epidemia, no podía continuar la retirada, y para salvar a los sanos, así de la enfermedad como de los ataques del enemigo, el comandante se vió obligado a abandonar cuantos enfermos había, con excepción de los convalecientes,—entregando aquéllos a la piedad del enemigo. Las páginas que voy a citar fueron reproducidas en una conferencia dada en la Universidad de Roma por Escragnolle Doria, sobrino del autor:

"Al promediar la noche, el coronel Camisao citó de nuevo a los comandantes y a los médicos. Acababa de tomar una resolución suprema, último recurso a que apelaba después de una silenciosa lucha interior que había durado largas horas. Todos pensaban lo mismo, pero nadie se atrevía a formular la idea que los agitaba.

„Después de haber expuesto la situación en pocas palabras, el coronel demostró la urgencia de una marcha rápida, pues de otro modo se sacrificaría hasta el último

hombre. Y dada la imposibilidad de conducir a los enfermos, reconocida por todos, declaró bajo su responsabilidad exclusiva, y en cumplimiento de un deber que se imponía a su conciencia, la resolución de abandonar a todos los enfermos, con excepción de los convalecientes. Eso se haría en aquella misma etapa.

„No se oyó ninguna voz de protesta contra una resolución por cuyas consecuencias asumía generosamente toda la responsabilidad el que la formulaba. Un largo silencio acogió la orden y la consagró con el asentimiento general.

„No obstante esto, el coronel rogó a los médicos que presentasen las observaciones procedentes, de acuerdo con su deber profesional.

„El doctor Gesteira, después de reflexionar algunos instantes, dijo que no podía aprobar ni desaprobar; que por una parte lo ligaba su juramento como médico, y por la otra su conciencia de servidor del país, le imponía deberes en abierta contradicción con aquel juramento. Optaba, pues, por el silencio.

„Entonces el comandante, como quien obra fuera de sí, ordenó que a la luz de las antorchas se abriese un claro en el bosque vecino, y que inmediatamente se trasladase allí a los coléricos.

„Orden terrible para el que la daba, y no menos terrible para los que la ejecutaban, pero nadie levantó la menor protesta; nadie hizo la más ligera objeción. Se procedió a la ejecución de la orden, como si se hubiese tratado de una simple fajina. ¡El sentido moral había desaparecido, arrastrado por la dura exigencia de la situación! Con la espontaneidad del egoísmo, los soldados colocaron en el claro del bosque a los inocentes condenados, a los desdichados coléricos, a los compañeros durante largas jornadas, a los amigos con quienes se había compartido el común peligro de la guerra.

„Y cosa no menos extraña, los mismos coléricos aceptaron con resignación aquel golpe postrero de la suerte,

sin que fuese necesario recurrir a un subterfugio para lograr el asentimiento de las víctimas. Los dolores de la horrible enfermedad contribuían probablemente a la indiferencia de los pacientes; tal vez el pensamiento del reposo, después de las torturantes agitaciones dela marcha, pero sobre todo, el fácil desprendimiento de la vida, propio de los brasileños, que hace de ellos excelentes soldados, eran la caúsa determinante de aquella resignación. El hecho es que sólo pedían agua.

„Conmovidos por aquellas funestas impresiones, nos habíamos agrupado en torno de la tienda del teniente coronel Juvencio. Sus quejas atrajeron la atención de todos. ¡Acababa de sentirse atacado! Ya no se le podía conocer. Su voz resonaba de un modo siniestro. Corrimos al barracón de los médicos, y ya volvíamos con ellos, cuando oímos una detonación, seguida de los disparos del enemigo. El soldado de plantón en el cuartel general se había suicidado, al sentir los dolores horribles del cólico.

„Entretanto, el teniente coronel parecía indiferente a la causa de aquellas detonaciones. Poco a poco su agitación habia ido tomando el carácter de una alucinación frenética, Fatigados por tantas sacudidas, nos tendimos cerca del teniente coronel, sin poder dominar un sopor que se apoderó de nosotros, y que estaba poblado de imágenes de abandono y de matanza.

„La traslación de las víctimas duró toda la noche, y no terminó sino con los primeros albores de la madrugada. En ese momento de agonía para los pobres abandonados, el viejo guía Lopes, que había vuelto la víspera de una expedición, y que nos anunció que su hijo estaba enfermo, acababa de saber que el mozo había muerto. Le temblaba la voz, pero su actitud era tranquila. —Mi hijo ha muerto,—dijo Lopes al coronel,—y quiero llevar el cuerpo hasta donde pueda enterrarlo. Es un pequeño favor que solicito para él y para mí. Su vida pertenecía a la expedición, como la mía. Dios, que es el señor supremo,

lo salvó muchas veces de la mano de los hombres, y hoy lo toma para sí.

„Todo se ensombrecía en torno nuestro. Y nada más digno de nuestra simpatía y de nuestra compasión que la actitud del coronel después de dar la orden cuyo cumplimiento se consumaba al emprender nuestra marcha. Arrepentimiento, remordimiento, conturbación del espíritu en la apreciación de los motivos a que había obedecido en su determinación, que parecía debatir interiormente cuando ya sus órdenes habían pasado a la categoría de hechos consumados: todo eso se veía en la palidez de su semblante, que tomaba un tinte espectral.

„El coronel prestaba oído, y se retenía como si alguien le llamase de lejos. Efectivamente, oíamos imprecaciones y ruidos que nos desgarraban el alma. Abandonábamos al enemigo más de ciento treinta coléricos, amparados sólo por un llamamiento a su generosidad. En gruesos caracteres se dejó trazado en un árbol este ruego: *¡Piedad para los coléricos!*

„Poco tiempo después de nuestra partida, y cuando ya no se veía el campamento, oímos el ruido de nutridas descargas. Todos sentimos el corazón hecho pedazos por los clamores de dolor sin nombre que llegaban hasta nosotros. ¡No teníamos valor para mirarnos los unos a los otros!

„Uno de los desdichados que habían quedado en el campamento, y que se salvó por milagro, nos refería después que muchos de los enfermos se levantaron convulsivamente, y que reuniendo todas sus fuerzas, trataron de correr tras de nosotros. El testigo ignora si hubo una matanza general. El hecho es que, sea por la debilidad de los pacientes, sea por la crueldad del enemigo, ninguno de ellos pudo darnos alcance. Sin embargo, nuestra columna había aminorado el paso instintivamente, como si esperara...“

Os he hablado prolijamente de Dom Pedro II, porque como ya os lo he dicho, su figura llena el cuadro del Im-

perio, y tiene tal relieve que a su lado desaparecen las demás. Se ha escrito en Río Janeiro, al inaugurarse la estatua del soberano, que tenía un bien entendido celo por nuestra dignidad, y que nuestra historia estaba identificada a él de tal modo, que representaba ante el mundo la conciencia del Brasil.

¿Tendré que justificarme por los elogios que le tributo en París, en este París que, como escribía Henry Fouquier, "ama a Dom Pedro porque Dom Pedro ama a París, y lo ama como París quiere que se le ame"?—El encantador cronista añade: "Era en verdad hijo de la gran París, y llevaba a su patria el aliento del alma francesa, enamorada de justicia y de ideal." Las academias y las sociedades científicas, los talleres y las fábricas, las escuelas y los museos conocían perfectamente al monarca, modelo de todos los soberanos del mundo, según la frase de Gladstone; soberano de un país distante y mal conocido, casi tan popular entre vosotros como entre nosotros mismos. En los dos países le rodeaba el mismo respeto, y su recuerdo augusto parece flotar sobre nuestra obra de aproximación moral. Él nos dio el ejemplo, pues era el emperador científico, nombre que le dió Pasteur; el emperador filósofo, como lo llamó Lamartine; el nieto de Marco Aurelio, según la definición de Víctor Hugo.

## XII

El papel de los partidos constitucionales y los grandes problemas políticos, económicos y administrativos.—Cuarenta años de paz y de prosperidad.—Los motivos determinantes del cambio de régimen.

En el Brasil de ayer había algo más que su emperador, del que he hablado con gran detenimiento. Había un personal político digno de tomar parte en el gobierno de un país que alcanzaba el período de su desenvolvimiento. Dos partidos poderosos se disputaban el poder, oponiendo sus ideales y sus métodos, y esos dos partidos tradicionales, que llevaban los nombres clásicos,—conservador y liberal,—habían salido directamente de la primera agrupación monárquica y constitucional, por un proceso de evolución, que como todos los de su género se ha asimilado elementos más aptos para la lucha y ha eliminado elementos caducos, impropios para el conflicto vital.

Bernardo de Vasconcellos, estadista notable que organizó la reacción conservadora de 1837, contra las inclinaciones excesivamente radicales de la Regencia, que a su vez había sido hija de la revolución de 1831, explica con las siguientes palabras, notables por su profundidad, cómo se convirtió al partido del orden, más atento al orden que a la libertad: "He sido liberal cuando la libertad era cosa nueva en este país; cuando estaba en las aspiraciones generales pero no en las leyes ni en las ideas prác-

ticas: entonces fuí liberal. Hoy sin embargo, el aspecto de la sociedad es diferente, pues los principios democráticos lo invaden todo y comprometen cuanto existe; la sociedad que antes corría el peligro de perderse asfixiada por el poder público, se halla sujeta al de la anarquía y de la desorganización. Quiero servirla como antes, y a esto se debe que me haga reaccionario. No soy un tránsfuga; no abandono la causa que he defendido en los días de los peligros y de la debilidad; la abandono en el momento de su triunfo, y cuando éste es tan completo que su exceso mismo le compromete."

Los conservadores, que se llamaban gente de orden, no sólo paralizaron el desarrollo casi federalista de la Regencia, sino que, después de que los liberales tuvieron el triunfo de anticipar la mayor edad del soberano, aprovecharon los errores gravísimos de sus adversarios que en 1842 y en 1848 levantaron el pendón de la revuelta en Sao Paulo, en Minas Geraes y en Pernambuco, sin motivo alguno serio y sólo por haber caído del poder a consecuencia de un desacuerdo parlamentario o de algún movimiento electoral, que tenía es verdad, la tacha del fraude y de la violencia. Cuando más tarde los conservadores se sintieron gastados en el ejercício del poder, predicaron la conciliación; opusieron una política de retardos pero no de parálisis a la política de reforma precipitada, y por último, bajo la presión de la opinión pública, siguieron el movimiento general, y realizaron en Inglaterra algusas de las medidas más audaces.

Los liberales por su parte, obrando en sentido contrario, se hicieron progresistas, más dados a la realidad que a la jerga anticuada de la metafísica del derecho político. Preconizaron las más importantes reformas sociales y políticas, y las recogieron de las plazuelas en donde las discutían los oradores de guardacantón, para honrarlas con la dignidad del debate parlamentario. Se les acusó de apresuramiento y de indisciplina. En una palabra, fueron ante la historia autores responsables de una legislación

cuyo mérito ellos mismos no han comprendido en ocasiones.

Para hacerse cargo de la obra considerable desempeñada por los partidos durante el Imperio, bastará que evoquemos en pocas palabras el estado de los problemas políticos y sociales de mayor importancia cuando cayó el régimen. Todos esos resultados les pertenecen, aun cuando atribuyamos al desenvolvimiento fatal del país su progreso económico y financiero, progreso que podría resumir fácilmente con cifras precisas, que tienen la más persuasiva elocuencia, si no temiera dar demasiada aridez a las consideraciones históricas que son el objeto de este curso.

No puedo sin embargo abstenerme de advertir de paso que los ingresos del Imperio, que eran de 11.000 contos de reis en 1831, llegaban a 153.000 en 1889. Durante este período se elevó la producción nacional de 100 millones de francos a 1.250 millones. Cuando se inauguró el régimen republicano, había 10.000 kilómetros de vías férreas en explotación, y más de 18.000 kilómetros de líneas telegráficas. Por último, sólo en 1888 desembarcaron 131.268 inmigrantes. La juventud y las riquezas naturales del país cuentan por mucho en esta sorprendente prosperidad, pero la sabia orientación dada por la administración imperial se debió esencialmente a los que asumieron la dirección de los negocios públicos.

Consideremos por ejemplo la cuestión religiosa. Descubriremos sin dificultad en ella una evolución completa, desde el tratamiento antiliberal que pesaba en un principio sobre los cultos distintos del romano,—religión del Estado,—pues sólo a los católicos se les permitía que exteriorizasen el aspecto religioso de sus templos, y los no católicos estaban proscritos de las funciones políticas,—hasta la separación, que la República pudo realizar felizmente, gracias al celo regaliano del Imperio que hizo indirectamente factible aquel resultado.

Se ha acusado de volterianismo al Imperio. El empera-

dor era tibio en materia religiosa e indiferente para la práctica. Pero el Estado normaba su actitud sobre todo en el antiguo espíritu real, hostil al ultramontanismo. En los tiempos del Imperio asistimos a un espectáculo que parece muy extraño a la República en su neutralidad confesional. Me refiero al espectáculo que dieron dos obispos, eminentes por la inteligencia y la virtud, y ambos de mucha representación entre los grandes dignatarios de la Iglesia nacional, detenidos, llevados ante los tribunales y condenados a pena de prisión por haber publicado bulas pontificales sin el *placet* del emperador, y por haber menospreciado órdenes de la autoridad civil durante una campaña contra la francmasonería. No era clerical la monarquía que obraba de esa suerte.

Por lo que se refiere a la descentralización, muletilla de los oposicionistas al Imperio, debe decirse que éste procuró siempre robustecer la posición del poder central. La reacción conservadora de 1837 fue seguida inmediatamente de una ley interpretativa del Acta Adicional, con el fin de restringir las atribuciones, y sobre todo, la autoridad de las legislaturas provinciales, creadas para dar satisfacción al espíritu particularista. Las vías férreas y las líneas de navegación, reduciendo las distancias, fueron coadyuvantes para que se vigorizara la unidad nacional y para que se impusiera la supremacía de un gobierno absorto en las preocupaciones económicas, y que por lo tanto dispensaba la más solícita atención al desarrollo de la agricultura y del comercio, al aumento de la colonización y a la supervaloración de los capitales privados.

El apaciguamiento de las luchas políticas, que cerraron su período de agitación armada en 1848, permitió la realización de un vasto programa de mejoras financieras, administrativas y sociales, puestas en planta por un personal reclutado en las filas del parlamento, educado en la escuela de la libertad y templado en el conocimiento de las realidades políticas. Este personal manifestó la más per-

fecta unidad de miras, sin menoscabo de la variedad individual en los procedimientos. Entre sus directores reinó siempre la armonía de una concepción superior acerca de las necesidades del progreso nacional.

No os presentaré a todos los personajes que tomaron parte en aquella famosa transformación, benéfica para la patria y celebrada en todo el mundo como una contribución a los fines de la cultura humana. Los más ilustres fueron el marqués de Paraná, hombre a quien se debe principalmente la sustitución de las luchas de partido por las cuestiones administrativas; el duque de Caxias que alternaba el mando del ejército, conducido por él a la debelación de las revueltas y al derrocamiento de tiranos extranjeros, con la presidencia de ministerios consagrados a la paz; el marqués de Olinda, último regente, que como dice Euclydes da Cunha, desempeñó sus funciones con la majestad de un rey; Nabuco de Araujo, reformador de las instituciones jurídicas; el vizconde de Rio Branco, a quien se debe el arreglo diplomático de las cuestiones pendientes con las repúblicas del sur, y que como estadista creó una situación fecunda en transformaciones; el vizconde de Itaborahy, hábil financiero; Zacarías de Goes, dialéctico mordaz y trabajador infatigable; Saraiva, liberal reflexivo, que dió al sufragio la dignidad y la equidad que había menester; el barón de Cotegipe, espíritu satírico y clarividente que dio al trono los últimos consejos de prudencia.

Euclydes da Cunha, autor del estudio titulado *De la Independencia a la República*, que he citado muchas veces por su penetración y por su estilo personal y vibrante, describe como nadie la transición política que se efectuó después de 1850, que nos llevó al recodo democrático de 1860, y que fue seguida en 1871 de la reorganización del partido republicano. Síntoma de esto fue la llamada *conciliación* de los partidos en 1853, provocada por la *fatiga* del que ejercía el poder,—tal es la expresión que se empleó en el parlamento. Y el acto decisivo

del movimiento fue la ley electoral que reemplazó el sufragio de provincia por el de cantón.

"A partir de 1822 se había ido efectuando una convergencia de fuerzas. En los primeros momentos, la dispersión revolucionaria, el ideal de la independencia, agitado o diseminado, era todo lo que aparecía en aquellos grupos numerosos, mal organizados, que sólo se unían per el influjo prestigioso del príncipe. Después, en 1831, aparecen ya claramente determinados los tres partidos militantes de la Regencia. Más tarde, con el renacimiento del prestigio monárquico en 1837, se efectúa una nueva concentración, en dos partidos únicos. Pero este movimiento, que vemos en nuestra historia con un trazo regular de líneas geométricas, y con una composición mecánica de fuerzas. expresa de una manera señalada la victoria de los elementos conservadores sobre los progresistas; un continuo amortiguamiento del principio democrático; una revolución triunfante que se agota gradualmente y que pierde flexibilidad en sus movimientos,— que de 1822 a 1861, es decir, en treinta y ocho años, ve su corriente tumultuosa morir en el remanso anchuroso del Imperio.

„Para esto necesitábamos de alguien que no se dejase deslumbrar por el cuadro único del orden inaugurado, y que sondeando el sentimiento popular, fuese capaz de despertar paulatinamente el elemento progresista que se había ocultado entre el fango de las revueltas sofocadas. Tal fue la misión del marqués de Paraná. Bajo su influjo se extinguieron los partidos, cuyo antagonismo tenia desde 1848 la fuerza dispersiva del odio, y aparecieron los partidos formados por la fuerza constructiva de las ideas. La *conciliación* fue la absorción del partido liberal agotado, que pasó a fundirse en la organización conservadora, pero a su vez la *Liga* de 1862 fue la absorción de la mayoría del partido conservador, incorporado en el liberalismo que había renacido.

„La elección cantonal sustituyó a las antiguas influen-

cias históricas, a las conservadoras sobre todo, con el prestigio naciente de los jefes o influencias regionales, y distribuía de este modo la responsabilidad política en todo el país. Fue realmente, como lo dijo un periodista de entonces, el triunfo de la causa territorial contra *el atrincheramiento en el litoral, propio del antiguo régimen.* Los nuevos representantes podrían traducir con mayor fidelidad la voluntad del país. Paraná es un pasaje decisivo de nuestra historia constitucional, aun cuando la haya centralizado. Reúne las energías del pasado y da suelta a las de lo porvenir. En este punto culminante, asistimos a la separación de dos épocas. Pasado aquel momento, empieza la decadencia continua del principio monárquico hasta su término en 1889, y es de notar que el descenso dura tanto como el período ascendente. La República había sentado sus bases. El principio democrático renacía ardientemente en las elecciones de 1860."

A partir de allí, la marcha del liberalismo fue tan resuelta como agresiva. El parlamentarismo, vencedor de las tendencias autocráticas de Dom Pedro I en 1830, y omnipotente con la regencia, comenzó a decaer desde el 23 de noviembre de 1841 con el restablecimiento del Consejo de Estado, creación napoleónica que había surgido también con nuestro Imperio, y que consistía en un cuerpo consultivo al que se sometía el estudio previo, y puede asegurarse que la decisión final de los proyectos de ley y de los tratados. Las garantías individuales, que en ningún país latino gozan de la amplitud y de la solemnidad que las consagra en las comunidades anglosajonas, habían sido gravemente vulneradas por el código de procedimientos del 3 de diciembre de 1841, año del apogeo de la reacción conservadora.

Por otra parte, aun cuando la Constitución imperial hubiese consignado muchas libertades políticas y civiles, en la práctica éstas no eran respetadas escrupulosamente, pues no estaban en completa armonía con el ambiente social. A fin de corregir una licencia que pudiera surgir

y que no sería tolerable en un país de cultura más elevada, se permitía cierto abuso de las autoridades, que tampoco habría sido posible en un país de franca y sólida civilización.

Le faltaba entonces al Brasil, como le falta todavía, un pueblo consciente de sus derechos y de sus deberes. El personal político vivía en una esfera superior y hermética, por más que a cada paso hablase de soberanía de un pueblo que en realidad no podía de ningún modo tener intervención directa en los problemas públicos, puesto que eran para él un enigma indescifrable. El cuerpo electoral, restringido como estaba, tenía por lo mismo carácter verdaderamente representativo, y se habituaba paulatinamente a contrariar las tendencias autoritarias, inaugurando con ello el régimen de instabilidad gubernamental, causa de que el sistema se desacreditase. "La agitación deaquelañodecisivo de 1860,—dice el autor de la síntesis política que he citado en varias ocasiones,—giró en torno de tres nombres victoriosos en las urnas, que traían consigo la restauración del partido liberal agotado en una lucha de cuarenta años: Francisco Octaviano, Teophilo Ottoni y Saldanha Marino. El primero, ateniense tropical, soñador y poeta, fue siempre leal a la leyenda histórica del liberalismo. El segundo, cuyo papel consistió en inflamar las pasiones populares con una elocuencia explosiva que lo inhabilitaba para el parlamento, fue siempre un hombre de papel equívoco a pesar de sus apariencias de insurrecto. El último daba los primeros pasos en un largo camino que lo llevaría a... la República."

Allí debía detenerse la transformación del liberalismo. El trono se vio gradualmente atacado, aun en el ejercicio más estricto de sus prerrogativas, y las manifestaciones electorales, que reflejaban la opinión de la clase dominante, aprobaban a cuantos seguían un camino desviado de la ortodoxia monárquica, y decían con Francisco Octaviano "que el Imperio constitucional era el último tributo de la hipocresía a la ilustración del siglo".

El propio gobierno procuraba mantenerse limpio de espíritu cortesano, y hacía ostentación de independencia en sus actitudes. Los bancos del parlamento estaban atestados de novicios que se reían de las supersticiones de los miembros más antiguos, y exigían sacrificios de todo género a la sombra de nuevos ritos. Cuando el viejo espíritu conservador empezó a dar señales de inquietud, y sobre todo, cuando quiso apercibirse para la lucha, sostenido por la Corona, alarmada ya a la vista de tamaña sumisión, las fuerzas organizadas bajo el estandarte liberal contestaron con el grito: *¡Reforma o Revolución!* La una para conjurar a la otra. Eso pasaba en 1869, y en 1870, el partido republicano, ya dispuesto para la campaña,—digamos más bien para la propaganda, puesto que el Imperio, apelando alternativamente a la energía y a la amnistía, había cerrado el ciclo revolucionario,—publicaba su manifiesto del 3 de diciembre, dos meses después del advenimiento de la tercera república en Francia.

Aproximad estas fechas de estas dos historias: 1789 evoca para nosotros la conspiración de Minas Geraes; 1830-1831 señala en nuestra vida el advenimiento del régimen monárquico liberal, mediante una transacción con el espíritu republicano; 1848 es la última convulsión de la jenofobia que escogió como víctima a los portugueses; 1870 es la organización del partido republicano, victorioso en 1889, por su unión con el elemento militar.

No presento simples coincidencias, sino indicios del influjo considerable, y a veces decisivo, que ejerció vuestra evolución sobre la nuestra. En primer lugar, vemos los apetitos de la Francia de los Valois que estimulan la protección de nuestro territorio recién descubierto. Después vemos la ambición siempre en vela de la Francia de los Borbones, que es uno de los peligros que mantiene vivo el instinto de defensa de la metrópoli portuguesa. Más tarde la renovación de vuestro siglo filosófico siembra en nuestro suelo las ideas de libertad que brotaron

al calor de la revolución americana, ayudada por Francia. Finalmente, la Francia del siglo XIX, batalladora y enamorada con pasión do los progresos morales, acompaña y por decirlo así, orienta nuestro desarrollo político y social.

El liberalismo rejuvenecido de 1869, comprendía en su programa, juntamente con la reforma electoral realizada por los liberales en 1880, la reforma judicial que se hacía imperiosa en 1871 como correctivo para la situación creada por la reacción de 1841, y por último la gran reforma, llamada en el lenguaje parlamentario *del elemento servil,* que llevaron a término los conservadores, guiados por su eminente director.

La abolición de la esclavitud fue el más grave de los problemas que hubo de resolver el Imperio. Los intereses agrícolas, omnipotentes en un país de censo limitado a la propiedad inmueble, protestaban contra toda iniciativa filantrópica del gobierno, el cual por su parte estaba obligado a conciliar el celo humanitario de Inglaterra que no había consentido en el reconocimiento de nuestra independencia sino mediante la extinción de la trata de negros.

Más de una vez se declaró ilegal ese comercio, pero una apatía intencional obraba por inercia, y ésta provocó de parte de Inglaterra la adopción del famoso *bill* Aberdeen, de 1845, que daba a los cruceros ingleses, en nombre del Parlamento de Westminster, la facultad de capturar buques negreros en nuestras aguas territoriales, y de someter las presas al juicio de los tribunales británicos. Las susceptibilidades nacionales no podían menos de sentirse irritadas por intromisiones que desconocían los derechos soberanos de la nación, y cuyos resultados inmediatos fueron contrarios al fin propuesto, puesto que la indignación general, excitada por los negreros, se reveló de la manera más inesperada con un aumento considerable del tráfico. El número de africanos desembarcados, que fue de 30.000 en 1840, y que en 1845 había bajado

a 20.000, se elevó a más de 50.000 en el año siguiente al del *bill* Aberdeen; en 1847 a 56.000, y a 60.000 en 1848.

La lección no fue inútil, sin embargo. En 1850 quedó definitivamente abolida la trata, y el emperador declaró que prefería la abdicación a ver subsistente aquel negocio. Bastó la buena voluntad del gobierno, o lo que es igual, el vigor en la represión, para que el número de negros transportado bajase a 3.000 en 1851, y a 700 en 1852. Rápidamente se fue llegando a la extinción total del infame comercio.

Era natural que la esclavitud fuese aborrecida en una sociedad guiada por sentimientos morales y en la que los principios cristianos y el idealismo tenían muchos adeptos fervorosos. Ya hemos visto que en la Asamblea Constituyente hubo quien abogara por la abolición. La riqueza territorial se fundaba sin embargo en esta institución, y nada podía hacerse sin su aquiescencia. El ejemplo de los Estados Unidos, cuyo gobierno se había empeñado hasta 1861, en la defensa y consolidación de la servidumbre negra, tenía suficiente fuerza y prestigio para sostener a los que en el seno de nuestra sociedad negaban las ventajas del trabajo libre. La gran guerra separatista de los Estados Unidos dio impulso en el Brasil a los proyectos de libertad de la raza proscrita, e inspiró a la vez la aprehensión de que el desenlace de aquella crisis social produjese las mismas violencias.

Tavares Bastos, publicista de miras audaces, muerto en la flor de la edad, y que a pesar de ello removió más ideas que ningún otro escritor,—ideas que el tiempo consagró con la victoria,—decía en sus admirables *Cartas del Solitario:* "Bastiat, hombre de corazón, se quejaba de que los periódicos más importantes no tratasen sino de la política militante y estéril de los partidos en 1849, y de que olvidasen las cuestiones sociales, que son de fondo. Dirijo la misma queja a los hombres y a la prensa de nuestro tiempo. Bajemos, amigo mío, a las capas más profundas. Penetremos a la obscuridad. Encendamos una

esperanza en el corazón del oprimido, y démosle una antorcha para las tinieblas de su porvenir... Y esto no será bastante. Abajo del hombre libre está el esclavo; abajo del miserable, propiedad de otro, hay el miserable africano, libre sólo de nombre... Cuando penetramos a estas galerías subterráneas, minas de la miseria, sentimos que el aire falta a nuestros pulmones, y que el espíritu se envuelve en una nube espesa de tristeza y desaliento. Pero prosigamos nuestra misión. Comencemos por un cuadro que parece el más melancólico: por la suerte de los negros...“

El papel del emperador en la evolución de la cuestión abolicionista, fue de un liberalismo tal vez moderado, pero constante; de un oportunismo calculado para dar satisfacción a las exigencias de la civilización, y al mismo tiempo para no dañar el principio monárquico en la opinión de los partidos. Por carácter y principios, su aspiración personal tenía que ser filantrópica. Favoreció el progreso de la idea, con muchos actos nada equívocos. Esos progresos eran constantes, porque en el Brasil había muy pocas personas, si es que existía alguna, que considerasen la esclavitud como una institución destinada a perpetuarse, como pasaba en el sur de los Estados Unidos.

Las manumisiones eran frecuentes en el Brasil; las sociedades de emancipación trabajaban empeñosamente en la obra de rescate; millares de negros libertos se alistaron para servir en el ejército durante la guerra del Paraguay. No eran raras las manumisiones en masa, como la de los recién nacidos de 1.600 esclavos pertenecientes a la Orden de San Benito, y las de los esclavos pertenecientes al patrimonio de la Corona. En los últimos tiempos de la esclavitud, muchos de los más ricos plantadores seguían el movimiento general, que se propagaba de provincia en provincia, y abarcaba a veces zonas muy extensas. Además, la dulzura característica del Brasil, de energía menos dura y de simpatía más humana que otros pueblos, hacía en el país la suerte del esclavo diferente de la

que le estaba deparada en otros países, así como la del liberto tenía ventajas inasequibles donde se imponen los prejuicios de raza, desconocidos entre nosotros.

Una cuarta parte de la población del país se componía de esclavos, cuando en 1865 la abolición comenzó a figurar entre las reformas posibles. La marcha de la idea fue rápida a partir de aquel momento, puesto que en 1888 quedaron libres los esclavos, reducidos ya a 700.000 en una población de quince millones. Las medidas adoptadas tuvieron una gradación bien calculada. No ha habido jamás una transformación efectuada con mayores precauciones.

Se comenzó por la emancipación de los recién nacidos, que era la segunda fuente,—la primera fue la abolición del tráfico,—y que suprimía una situación definida por Torres Homem, en uno de sus discursos más luminosos en el senado, como "la piratería ejercida en torno de las cunas, en aguas de jurisdicción divina y a la vista de un pueblo cristiano. Estos seres no viven todavía: el polvo de que se han de formar sus cuerpos flota aun en la tierra; el espíritu inmoral que ha de animarlos reposa, tranquilo y libre, en el seno de la potencia creadora, y ya el esclavista impío los condena, los reclama como propiedad suya, los reivindica en los umbrales de los dominios de Dios, para arrojarlos al infierno de la servidumbre".

Esta ley, conocida bajo el nombre de *libertad del vientre*, fue aprobada en 1871, después de una tempestuosa campaña parlamentaria que duró cinco meses, y en la que el vizconde de Río Branco, jefe de un ministerio conservador, se sostuvo valerosamente en su puesto, logrando al cabo el triunfo de la iniciativa del marqués de San Vicente, autor del proyecto primitivo, que se sometió al estudio y aceptación del Consejo de Estado. La reforma tenía su coronamiento con la afectación de ciertos impuestos para la emancipación gradual de los esclavos adultos y con la facilidad para el esclavo de rescatarse a sí mismo cuando podía pagar su precio.

Corresponde a Joaquim Nabuce la honra de haber presentado a la cámara de diputados, en 1879, si no el primer proyecto de abolición total fijado para el 1.° de enero de 1890, a lo menos el rechazado por el ministerio y por la mayoría, que eran, sin embargo, de matíz liberal: fue acogido por la opinión general y sirvió de punto de partida a una agitación, en la que se absorbieron todas las otras cuestiones públicas. La libertad de los esclavos de sesenta años, asociada a una tarifa de valor decreciente con la edad, fue una medida de transacción votada en 1885, para llegar a la emancipación absoluta, decretada el 13 de Mayo de 1888. Joaquim Nabuco podía exclamar con toda razón en la tribuna de la Cámara: "La generación actual no ha conocido una emoción tan poderosa. Para encontrar algo semejante hay que remontar hasta la que experimentaron nuestros padres el día de la proclamación de nuestra independencia. Para los brasileños, 1888 será una fecha más importante que 1789 para Francia. Literalmente, comienza una nueva patria."

Vuestro generoso abolicionista Víctor Schoelcher señaló una circunstancia en este movimiento que no ha dejado de influir en la formación histórica de nuestra nacionalidad, y es que el Brasil pudo escapar a la fatalidad común que "llena de sangre los caminos del adelanto social por las resistencias que éste encuentra". La abolición de la esclavitud se realizó, en efecto, de una manera completamente pacífica, como se realizó un año después el cambio de régimen.

Durante los veinte años transcurridos de 1869 a 1889, que fueron el período más perturbado de nuestra historia, por lo menos desde el punto de vista del choque de las ideas, el Imperio y la República se encontraron frente a frente, dispuestos a un combate decisivo para el cual emplearían las armas que les proporcionaba la propaganda por la prensa, por la tribuna y por la escuela.

Euclydes da Cunha condensa con exactitud aquel mo-

mento: "La nueva concepción política, sin carácter, y desligada de las tendencias separatistas que tuvieron las rebeliones incoherentes anteriores a 1817; inoportuna en 1822 y en 1831, porque contrariaba el interés mayor de la unidad patria; rechazada de 1837 a 1848, porque la acción exclusiva de la fuerza centrípeta propia del poder dinástico es todavía indispensable; dominante hasta sofocar la idea de separación, gracias a la cual el nuevo pensamiento acogió los resentimientos generalizados en el país, entre 1853 y 1858; y vigorizada por último en 1862, aun cuando la violencia de su impulso fuese amortiguada por la guerra exterior que canalizó las preocupaciones nacionales: ese pensamiento político se imponía en 1870, después de tantas vicisitudes. Para salir victorioso, contaba con la fuerza de toda nueva aspiración social, y las de entonces eran tan vigorosas que se reflejaban aun en los partidos dinásticos, cuyas disidencias internas tenían un apasionamiento extraordinario y no perdonaban en sus enconos ni la persona misma del emperador."

La institución monárquica estaba por el contrario agotada, y sobre todo, aislada. Los elementos con que podía contar, en vez de prestarle su apoyo, no hacían sino formular quejas. La Iglesia se decía atacada en sus libertades esenciales. La acción vigilante del Estado era un ofensa que ella consideraba como expresión del despotismo. "Dad libertad a la Iglesia de Jesucristo, clamaba el obispo de Pará. Ella no os somete; no os compele; os deja en libertad para que sigáis vuestras doctrinas regalianas o cualesquiera otras doctrinas o sectas que sean de vuestro agrado. Pero dejadla que se gobierne libremente según sus propias leyes." En otros términos, el prelado pedía la separación, y el Imperio la rechazaba, celoso de su autoridad.

A la vez el ejército se creía menospreciado y falto de la solicitud que se le debía. La guerra del Paraguay le había dado glorias militares que ansiaba hacía tiempo, y cuando las conquistó, su actitud se volvió hostil ha-

cia el trono, ocupado por un príncipe de temperamento más bien burgués que guerrero. De pronto la incompatibilidad llegó a su período crítico. Era la misma incompatibilidad iniciada en 1831, a la que la Regencia puso término procurando infundir en el ejército un espíritu menos irreconciliable con el del régimen de carácter civil implantado en el Imperio. La campaña extranjera tuvo sin embargo dos consecuencias desastrosas. La una fue que volviese a manifestarse de nuevo la tendencia militarista, y la otra el descrédito que cayó sobre nosotros por habernos empeñado en proseguir la lucha con un enemigo muy inferior a nosotros por la exigüidad de su territorio y la escasez de sus recursos, hasta el total aniquilamiento del sistema dominante en el Paraguay.

La cuestión militar se precisó, pues, y se envenenó con las reclamaciones de gremio, y con los conflictos surgidos a cada paso entre autoridades militares y civiles. El gobierno salió *rasguñado,* según la confesión cínica hecha en el senado por un presidente del consejo que tenía dotes de satírico y de profeta. Cuando en los últimos días de la esclavitud, el ejército se negó a perseguir a los esclavos que en Sao Palo y en Río de Janeiro abandonaban en masa las plantaciones, siguiendo el consejo de los agitadores abolicionistas, el principio indispensable de la obediencia quedó tan maltrecho que desde entonces ya nadie dudó que la Corona no debía contar con el apoyo de la fuerza pública para rechazar las amenazas de que se veía rodeada.

En el curso de su propaganda, los abolicionistas reprochaban al soberano su tibieza y su disimulada protección a los intereses ultraconservadores, y le amenazaban con las represalias que tomaría la indignación del sentimiento liberal. Después de la abolición, en la que jugó su existencia la Corona, los plantadores que por sus escasos recursos no podían hacerse abolicionistas como los potentados que afectaban filantropía, volvieron contra el trono toda la acritud de sus resentimientos, y le hicieron

responsable de la ruina en que los envolvía el cambio de régimen económico. Engrosaron las filas de la República esos desilusionados que habían creído encontrar el apoyo de una protección eficaz en el gobierno, y a quienes se había negado injustamente la limosna de una indemnización, como la que se otorgó a los plantadores en las colonias inglesas y francesas, permitiéndoles adaptarse á las nuevas condiciones.

No olvidemos que la mitad del país sufría más que la otra mitad a causa de ese abandono. El Norte pasaba por una crisis económica, debida a la baja del precio del azúcar, y esa es precisamente la zona del Brasil en donde la emigración blanca sería más difícil de obtener y en donde prosperaría con menos probabilidades por la naturaleza tropical del clima. En el Sur empezó desde luego una corriente de colonos europeos, atraídos por los precios elevados del café, que permitían a la agricultura local verse libre de los embarazos resultantes de la falta de trabajadores.

Sólo desde un punto de vista no fue el emperador un soberano ideal para el Brasil, en aquel período de expansión consecutiva a la resolución de la crisis económica y social que se había planteado desde la independencia y que tuvo el mejor de los desenlaces posibles, salvo no obstante el aspecto poco sonriente que acabo de señalar, es decir, la ruina de muchos propietarios.

Apasionado por el progreso moral, Dom Pedro II era menos ferviente del progreso material. Estaba convencido de la necesidad de este progreso, y aun lo estimulaba; pero a lo que se dice,—pues yo por mi parte no le hago tal reproche,—no estaba suficientemente de acuerdo con el espíritu positivo de su época, y menos aún mostraba disposiciones para estimular los apetitos de riqueza latentes en torno suyo. Personalmente era enemigo del lujo, y prefería la sociedad de hombres inteligentes, aunque fueran pobres, a la de los advenedizos y de los mediocres sin refinamiento intelectual. ¿Cómo, pues, podía

ser simpático a los que sólo soñaban en la opulencia?

Tenía una gran desconfianza por esos cambios bruscos que implican el abandono de las tradiciones nacionales. Y llegaba hasta ver con repugnancia invencible el exceso de colonización que hubiera destruído el carácter del antiguo Brasil, — del Brasil histórico, dominio de sus antepasados y patria de su dinastía. Llámese a esto sentimiento de casta u orgullo de su dignidad, pero en el fondo no había en todo ello nada que señale sino un tradicionalismo poco egoísta, superior por lo mismo. A pesar de sus maneras democráticas, Dom Pedro II era amante de un Brasil, prolongación del pasado, un Brasil fortificado por la defensa consciente de sus glorias y por la vibración ininterrumpida de sus dolores.

La gran afluencia de emigrantes, de lenguas y razas diversas, que era a sus ojos el planteamiento de un problema de asimilación irresoluble, le preocupaba como un mal que debía evitarse y no como un bien que debía procurarse. Sin embargo, el país tenía la necesidad de una expansión que parecía incompatible con el sistema existente, según la opinión de los que podían emitir un juicio autorizado. La expansión se efectuaba de todos modos, pero los interesados buscaban mayor amplitud en los planes, más realismo en los designios y menos trabas de moralidad.

La acción del poder ejecutivo, que hasta entonces había contrarrestado con su energía las tendencias del parlamento, se debilitaba como consecuencia de las dolencias del soberano, incapacitado para prestar a los negocios públicos la antigua e infatigable actividad que les consagraba. El personal político estaba lleno de escepticismo, y vacilaba en su fidelidad a las instituciones. Esto se vio por el número de los que formaron el coro de adhesiones a la República.

La elocuencia política se resentía también de aquel cambio. Había pasado ya el tiempo de las luchas académicas de la tribuna. En lugar de ellas se vio lo que

Euclydes da Cunha pinta como una elocuencia salvaje de soberbia rudeza, propia de la nueva energía con que reivindicaba los derechos del pueblo, en sus rebeliones de formas y en sus temeridades de juicio. Silveira Martins levantaba su figura atlética y dantoniana.

Si juzgamos por sus enemigos,—muy pocos eran los defensores,—el Imperio no era hacia 1889 sino un montón de errores. Como nunca habían sido suprimidas las libertades, no se podía sentir la falta de ellas. Hasta se escatimaba el valor de las victorias con que el segundo reinado borró los reveses del primero. Discutíase con empeño la procedencia de nuestras constantes intervenciones diplomáticas y armadas en Montevideo. Se pesaba la justicia de nuestra ingerencia puntillosa e irritante en los asuntos de la región del Plata. Se ponía en tela de juicio la equidad de la protección belicosa concedida a los intereses de nuestros nacionales. Una de las primeras ideas del nuevo régimen fue la restitución de los trofeos militares del Paraguay, lo que no se hizo porque la República se inauguró bajo los auspicios del ejército, y el sentimiento de los oficiales no imbuídos de doctrinas positivistas, muy generalizadas en los cuerpos técnicos, fue hostil a aquella manifestación de contrición por los resultados de la campaña. El ejército fue por lo tanto el agente conservador que reclamaba la continuidad de las tradiciones nacionales cuando todo se hundía en derredor del trono, cuando la Iglesia, la propiedad y el saber se negaban a hacer el menor sacrificio para sostenerlo.

FIN

# INDICE



# BIBLIOTECA DE AUTORES VARIOS

## (ESPAÑOLES Y AMERICANOS)

## SE HAN PUBLICADO:

I.—OFRENDA DE ESPAÑA Á RUBÉN DARÍO, por Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, Cávia, Pérez de Ayala, Díez-Canedo, González Olmedilla, Cansinos-Assens, etc, etc.

Precio: 3,50 pesetas.

II.—ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO: *Escritores representativos de América.*—**(Rodó. Blanco-Fombona. Carlos A. Torres. Carlos O. Bunge. J. Santos Chocano.)**

Precio: 4,50 pesetas.

III.—RAFAEL ALTAMIRA: *España y el programa americanista.*

Precio: 3,50 pesetas.

IV.—POESÍAS INÉDITAS de Herrera el divino, Quevedo, Lope de Vega, Argensola (Lupercio), Góngora, Marqués de Ureña y Samaniego, María Gertrudis Hore, Alvaro Cubillo de Aragón, Juan de Matos Fragoso, Cristóbal del Castillejo, Luis Gálvez de Montalvo, Zaida (poetisa morisca), Tirso de Molina, Baltasar de Alcázar.

Precio: 3 pesetas.

V.—PEDRO DE RÉPIDE: *Los espejos de Clio.*

Precio: 3,50 pesetas.

VI.—ANTONIO MANERO: *México y la solidaridad americana.*

Precio: 3,50 pesetas.

VII.—EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO: *Voltaire.* (Su biografía.—Su característica.—Su labor.)

Precio: 4,50 pesetas.

VIII.—E. GÓMEZ CARRILLO: *Tierras mártires.*

Precio: 3,50 pesetas.

IX.—MANUEL MACHADO: *Sevilla y otros poemas.*

Precio 2,50 pesetas.

X.—EMILIO CASTELAR: *Vida de Lord Byron.*

Precio: 3 pesetas.

## Publicaciones de la EDITORIAL-AMÉRICA

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA

### SE HAN PUBLICADO:

I.—*Hernán Cortés y la epopeya del Anáhuac*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

II.—*Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, por Carlos Pereyra.—3 ptas.

III.—*Humboldt en América*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

IV.—*El general Sucre*, por Carlos Pereyra.—3,50 ptas.

V.—*La entrevista de Guayaquil*, por Ernesto de la Cruz, J. M. Goenaga, B. Mitre, Carlos A. Villanueva. Prólogo de R. Blanco-Fombona.—3,50 ptas.

VI.—*Tejas. La primera desmembración de Méjico*, por Carlos Pereyra.—3,50 pesetas.

VII.—*Ayacucho en Buenos Aires* y *Prevaricación de Rivadavia*, por Gabriel René-Moreno. 4 ptas.

VIII.—*Apostillas á la Historia colombiana*, por Eduardo Posada.—3,50 pesetas.

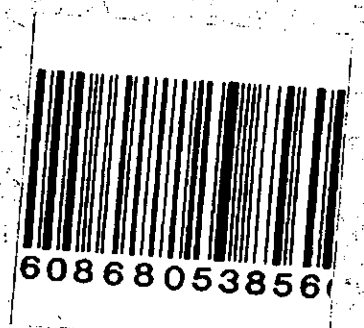
IX.—*El Washington del Sur. Cuadros de la vida del Mariscal Antonio José de Sucre*, por B. Vicuña Mackenna.—4 ptas.

X.—*Leyendas del tiempo heroico. Episodios de la guerra de la independencia americana*, por Manuel J. Calle.—4 pesetas.

XI.—*Los últimos virreyes de Nueva Granada (Relación de mando del virrey don Francisco Montalvo y Noticias del virrey Sámano sobre la pérdida del Reino)*, por Francisco Montalvo y Juan Sámano.—3,50 pesetas.

XII.—*El almirante don Manuel Blanco Encalada.—Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*, por Benjamín Vicuña Mackenna.—3,50 pesetas.


BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1103088387


60868053856